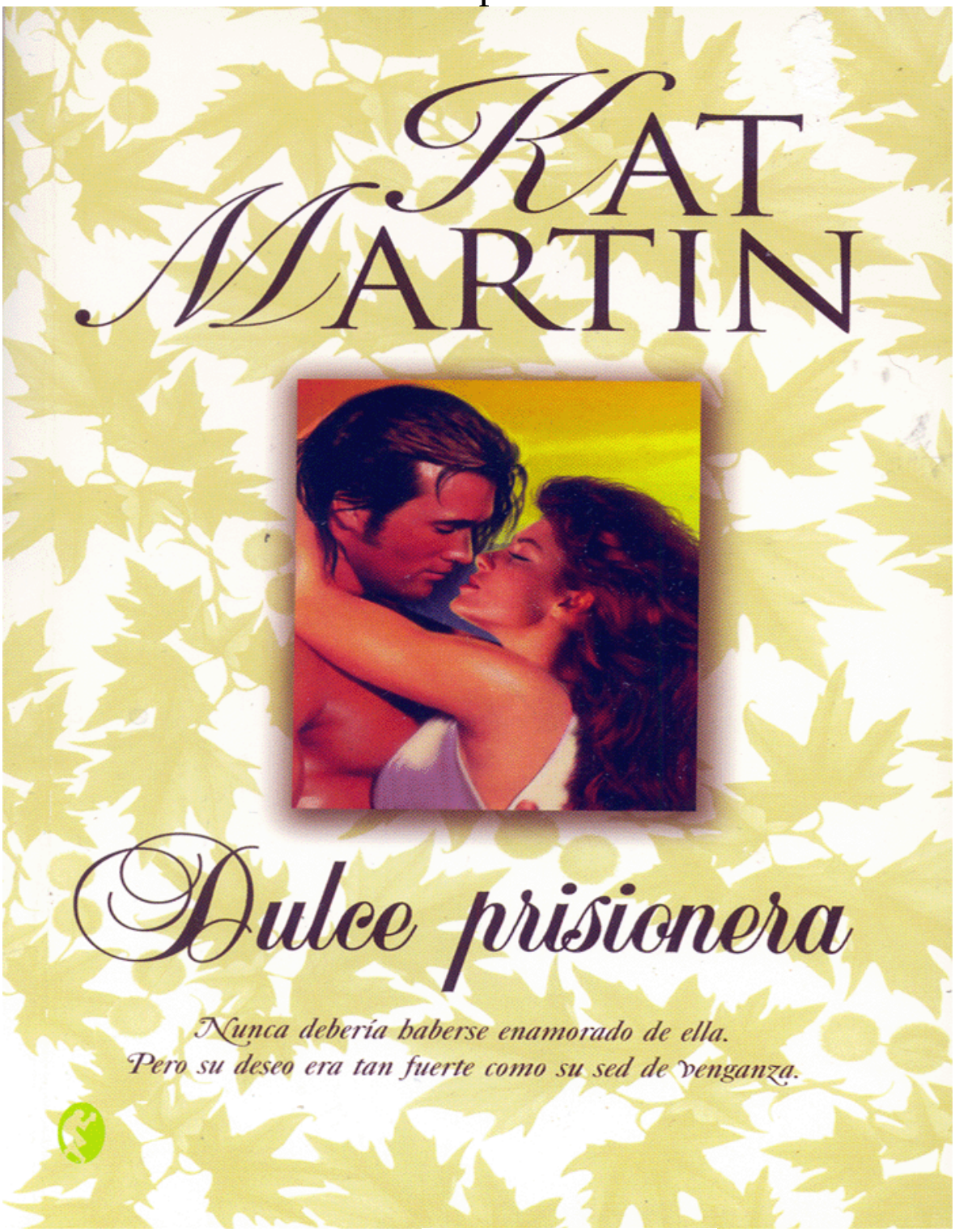
KAT MARTIN

Dulce prisionera



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A mi madre, Helen Kelly,
por su amor inclaudicable, su amistad y su apoyo.
Gracias, mamá, eres la mejor.

Librodot

1

INGLATERRA, 1752

-¡Te lo prohíbo! ¿Me oyes?

El rostro del duque de Carlyle se tiñó de distintos tonos de rojo bajo la espesa melena de cabellos blancos.

-Tú eres un Sinclair -dijo el duque con la mirada clavada en su apuesto y desafiante hijo-. Eres un conde, un par del reino, y el heredero del duque de Carlyle. ¡No permitiré que continúes tu sórdida relación con esa ramera!

La espalda de Jason se puso rígida. De pie en medio del recargado despacho de paredes revestidas de nogal de Carlyle Hall, la fastuosa finca rural del duque, Jason apretó las mandíbulas para impedir que saliera la furia que estaba acumulando en su interior, y los músculos de sus anchas espaldas se tensaron.

-¡Por lo que más quieras, padre; ella es la condesa de Brookhurst, no una casquivana moza de taberna!

El tenía veintiún años, era alto y apuesto, un hombre hecho y derecho, sin embargo su padre lo trataba como si fuera un chiquillo.

-Te lleva ocho años y además es una viuda que se ha acostado con medio mundo. Es obvio que no se detendrá ante nada si se trata de conseguir el título de los Carlyle y la fortuna correspondiente.

Jason cerró los puños.

-No te permito que hables así de Celia. Y además, lo prohíbas o no, trataré a quien me dé la gana.

Sin inmutarse por el golpe de la carnosa mano de su padre sobre el escritorio de palisandro, Jason salió precipitadamente del estudio, con pasos furiosos que resonaron en el suelo de mármol. Lleno de ira y humillación, tomó la fría determinación de hacer todo lo que estuviera al alcance de su mano para frustrar los deseos de su padre.

Fuera de la casa, su estilizado caballo bayo lo aguardaba piafando inquieto, como si estuviera al tanto de lo acontecido. Jason agradeció al mozo de cuadra con una seca inclinación de cabeza y montó de un salto. En una ventana a sus espaldas, la luz de la lámpara de aceite que iluminaba el estudio de su padre se sacudió cuando éste salió como una tromba al vestíbulo; a continuación se oyó un portazo que resonó en la enorme mansión de piedra.

Una sensación de desasosiego se instaló en la espina dorsal de Jason. Seguramente, su padre no se atrevería a seguirlo hasta la taberna. No, no sería capaz. Ni siquiera un hombre de la arrogancia y obstinación del duque de Carlyle se atrevería a hacer algo así.

Jason aguardó unos instantes más, pero su padre no apareció. Algo más sosegado, se alejó de la casa con cierto alivio de que el enfrentamiento hubiera terminado, al menos por el momento. Cabalgó a medio galope; rato después, el paso regular y constante del animal le ayudó a relajarse un poco más. Los claros rayos de la luna atravesaban las ramas de los árboles, y una brisa ligera despeinaba los oscuros cabellos del joven al tiempo que enfriaba la furia que aún ardía en su nuca.

A medida que avanzaba, sus pensamientos se iban alejando de las palabras amargas de su padre y se centraban en la mujer cuyo cuerpo cálido y complaciente lo estaba esperando. Celia Rollins. Lady Brookhurst. Alta, de figura esbelta y hermosa desde la cabeza de cabellos negros y elegantemente peinados, pasando por el busto curvilíneo y la estrecha cintura, hasta los arcos elevados y femeninos de los pies.

Se veían desde hacía tres meses; a menudo se encontraban en El Báculo del Peregrino, una posada íntima y elegante a medio camino entre Carlyle Hall y Brookhurst Park, la casa de campo de la condesa. Habían planeado encontrarse allí esa noche; Jason percibió su erección en los ceñidos pantalones negros al imaginar la placentera sensación que le esperaba cuando

viera a la condesa en la cama.

En menos de una hora estuvo frente al familiar arco cubierto de hiedra que coronaba el patio y señalaba la entrada de la posada, lo que hizo que a Jason le hirviera de nuevo la sangre. Lo atravesó y entró en el patio cercado por una tapia. Los cascos del caballo resonaban en el suelo adoquinado. Desmontó, palmeó el cuello de su airoso bayo y entregó las riendas a un mozo de cuadra que aguardaba delante de él.

Con paso firme y ansioso, Jasón se encaminó hacia la parte posterior del edificio. Accesible desde el interior de la taberna, o también desde afuera a través de una segunda y discreta entrada, la habitación alojaba con frecuencia a clientes acaudalados. Jason apresuró aún más el paso pero, viendo que algo se movía en la esquina, hizo una pausa.

-¿Una moneda, señor? Una moneda que le sobre para este hombre ciego; sin duda Dios lo bendecirá.

Se trataba de un mendigo mugriento y encorvado; estaba sentado en el suelo envuelto en harapos de arriba abajo y tenía una vieja taza de lata en la mano. A pesar de la oscuridad, Jason advirtió las llagas que tenía en la macilenta piel. Echó una moneda en la taza, se encaminó hacia la parte trasera de la posada y subió la escalera de dos en dos. Golpeó la puerta una sola vez, y Celia lo invitó a entrar.

-Milord -susurró sonriendo mientras iba hacia sus brazos. Era esbelta y a la vez voluptuosa, una adorable visión en el resplandor del fuego que ardía en la chimenea-. Jason, mi amor, estoy tan contenta de que hayas venido.

Apretó los labios contra los suyos y lo besó con ardoroso abandono, provocando la súbita erección del joven. Jason la besó con la misma urgente calidez que percibía en ella, y le soltó las horquillas que le sujetaban el sedoso cabello, largo hasta la cintura. Brillaba con un tono entre azul y negro a la luz de la lámpara y descendía liso por su espalda, un tapiz de medianoche que contrastaba con su propio cabello castaño, por encima de los hombros, y recogido en la nuca en una cola de caballo.

-Celia... Dios mío, parece que han sido años en lugar de sólo una semana.

Le besó el lunar que tenía debajo de la oreja, y después sus besos fueron recorriendo los hombros desnudos para después comenzar a desabrochar con cierto frenesí los botones del vestido de seda, de un intenso azul zafiro, casi el mismo tono que sus ojos.

Celia vaciló un instante.

-Yo... temía... sé lo que piensa tu padre... pensé que tal vez no vendrías.

-La opinión de mi padre no me importa. Al menos respecto de lo nuestro.

La besó de nuevo, como si quisiera confirmar sus palabras, después comenzó a besar la garganta arqueada descendiendo hacia los senos, pero se detuvo en seco al oír que alguien aporreaba la puerta con insistencia.

«No se habrá atrevido», pensó Jason, y recordó los distintos tonos encarnados del rostro de su padre. Pero, tal como temía, abrió la puerta y allí estaba el duque, en el umbral.

-He venido porque tengo algo que deciros. A los dos -sus miradas se cruzaron, y relampaguearon los distintos azules de esos ojos. La mirada sombría de su padre se volvió acerada y feroz, para terminar posándose sobre el desaliño que mostraba la condesa, su melena despeinada y el vestido arrugado-. No me marcharé hasta que diga lo que he venido a decir.

Jason apretó los dientes, luchando entre la furia y la humillación, tanto por Celia como por él mismo. -Di lo que tengas que decir y márchate.

Cuando su padre entró en la habitación, Jason retrocedió unos pasos y cerró la puerta. Se acercó a Celia y le pasó un brazo protector por la cintura, maldijo a su padre en silencio y dio gracias a Dios por estar al menos completamente vestidos.

El duque de Carlyle fijó la mirada gélida en los dos y abrió la boca para hablar. Entonces frunció el entrecejo y desvió la mirada hacia un movimiento que le pareció percibir en la puerta al otro lado de la habitación. Por un instante, permaneció inmóvil. El eco de un

disparo puso fin a lo que hubieran sido sus palabras, y un ruido ensordecedor llenó la habitación mientras la bala de plomo le daba de lleno en el pecho.

La condesa lanzó un grito ahogado, y Jason se quedó sin aliento al advertir la sangre que brotaba del centro del chaleco plateado de su padre. El duque apretó con las manos la mancha que se iba extendiendo, como si quisiera evitar que se le escapara la vida; finalmente se desplomó hacia delante cuando las rodillas se doblaron bajo su peso.

-¡Padre! -la palabra estalló en la garganta de Jason.

Se dio la vuelta hacia el agresor y observó con horror el rostro familiar de su hermanastro, Avery, que había subido por la escalera exterior y disparado desde la ventana abierta. Sintió entonces un dolor terrible que estallaba en su cabeza. La habitación le dio vueltas y las piernas se negaron a sostenerlo. Unas manchas brillantes le nublaron la visión y comenzó a derrumbarse.

-Padre... -susurró luchando contra los círculos negros que se arremolinaban delante de los ojos. Dio un grito y cayó hacia delante, inconsciente, a unos pocos pasos del cuerpo inerte de su padre.

La condesa se dirigió hacia la puerta con cuidado de no pisar los fragmentos de cristal del jarrón roto que quedaron esparcidos por el suelo, después abrió la puerta y entró el hombre ataviado a la última moda que aguardaba afuera.

-Muy bien, querida -Avery Sinclair se alisó un gran rizo plateado que colgaba del costado de su elegante peluca, recogida atrás-. Siempre has sabido estar alerta.

Sin hacer caso de los golpes insistentes en la puerta que daba al interior de la posada, se arrodilló y colocó la pistola, aún humeante, en la mano fláccida de Jason.

La condesa esbozó una leve sonrisa.

-Siempre hay que estar preparada cuando se presentan las oportunidades.

Avery se limitó a asentir con la cabeza.

-Siempre supe que eras lo bastante inteligente como para saber que el viejo duque no iba a permitir jamás que te casaras con su hijo.

-Yo lo sabía, aunque Jason no parecía darse cuenta de ello.

-Bueno, ahora ya tienes el problema resuelto -contempló los cuerpos en el suelo con macabra satisfacción-. Jamás imaginé que el viejo duque iba a hacerlo tan fácil.

-¡Abrid la puerta!

La voz enronquecida del posadero se oyó desde el pasillo. Con sus pesados puños aporreaba los gruesos tablones de roble de la puerta.

-Deja que yo me encargue -dijo él.

Celia arqueó una elegante ceja negra.

-Por supuesto.

-Recuerda, un pequeño escándalo no es un precio tan alto, a cambio de tu parte en esta inmensa fortuna. Su hermosa boca se curvó en una sonrisa.

-No tema, lo recordaré... Excelencia.

2

INGLATERRA, 1760

¡Duquesa! ¡Iba a ser duquesa! El plan desesperado que habían tramado tendría éxito.

Velvet Moran permaneció en la entrada, junto a las altas ventanas emplomadas, viendo partir el majestuoso carruaje con adornos dorados del duque de Carlyle hasta que finalmente desapareció por la avenida flanqueada de álamos. Enfrascada en cavilaciones sobre la hora que acababa de pasar en compañía de aquel elegante hombre rubio que pronto sería su esposo, apenas oyó las pisadas de su abuelo al cruzar el suelo de mármol blanco y negro, que se

acercaba adonde ella aguardaba bajo la araña de cristal.

-Bueno, querida, parece que lo conseguiste, ¿no? -el conde de Haversham tenía un buen día. Sin lapsos de memoria, sin olvidarse de dónde estaba, ni de qué acababa de decir. Días así no abundaban, y eran cada vez más infrecuentes, pero Velvet valoraba cada uno de ellos-. Has salvado Windmere, tal como dijiste que lo harías. Nos has salvado a ambos de la ruina.

Velvet sonrió a pesar del temblor que todavía se agitaba dentro de ella.

-Dos semanas más y me habré casado. Siento una terrible culpa por haberlo engañado. Ojalá hubiera otra manera, pero ciertamente no podemos arriesgarnos a decirle la verdad.

El anciano rió con suavidad. El poco cabello que le quedaba era blanco como la nieve; él era enjuto como un hueso, y tenía la piel tan fina que se le transparentaban las venas azules de las manos y el rostro.

-Se irritará un poco cuando descubra las deudas que va a contraer cuando sea tu esposo, pero tienes una buena dote. Eso lo aplacará en cierta medida. Y te tendrá a ti. No hay mejor esposa que un hombre pueda desear.

-Lo haré feliz, abuelo. No lamentará haberse casado conmigo, lo juro por mi honor.

El anciano tomó las mejillas de la joven en sus manos arrugadas y miró atentamente aquel hermoso rostro. Con su nariz respingona y los ojos castaños con tintes dorados, ligeramente rasgados, Velvet era la viva imagen de su madre, muerta desde hacía mucho tiempo. Era menuda y bien proporcionada, de pechos altos y generosos y cintura muy pequeña. Tenía el cabello largo y ondulado, del color de la caoba brillante cuando se dejaba sin tratar, avivado por destellos rojizos.

Su abuelo suspiró.

-Sé que ya no se puede hacer nada, pero siempre tuve la esperanza de que te casaras por amor, no por conveniencia. Lo que tu abuela y yo tuvimos... eso es lo que quería para ti. Ojalá hubiera sido así, pero la vida no es fácil. Y uno debe hacer lo que debe hacer.

La invadió una sensación de nostalgia. Ella también había guardado la esperanza de casarse con un hombre que amara, aunque en realidad jamás creyó que podía tener esa suerte.

-El duque y yo nos vamos a llevar bien. El tiene riqueza y posición. Yo seré duquesa, viviré una vida llena de lujos. ¿Qué más puede querer una mujer?

El conde sonrió sin demasiado entusiasmo. -Amor, querida mía, tan sólo amor. Acaso, con el tiempo, lo descubras junto al duque.

Ella forzó una sonrisa.

-Sí, abuelo. Seguro que sí -pero al pensar en Avery Sinclair, en sus pretenciosos aires de superioridad yen sus modales pomposos y afectados, no lo creyó posible-. Hay una corriente de aire aquí -dijo tomando del brazo a su abuelo-. ¿Por qué no vamos a sentarnos un rato frente al fuego?

El abuelo asintió, y ella lo condujo hacia la parte posterior de la casa, atravesando el elegante recibidor, de paredes revestidas de opulento terciopelo rojo, techos decorados con frescos de carruajes y muebles de madera profusamente tallada, después otro salón más pequeño, también magníficamente decorado, con cortinajes de muaré y una chimenea central de mármol verde.

En cuanto pasaron la esquina, la opulencia desapareció. El salón ya no resplandecía con candelabros de oro ni con retratos de marcos dorados a la hoja, ya que tanto los candelabros como los marcos habían sido vendidos hacía tiempo. Las espléndidas alfombras persas que había antiguamente alcanzaron un precio que les había permitido comprar carbón para pasar el invierno. En su lugar había raídas imitaciones manchadas que cubrían el suelo para defenderse del frío glacial.

A los ojos del visitante ocasional, con los cálidos ladrillos rojos de la fachada y el terreno todavía con aspecto de parque, Windmere tenía la misma majestuosidad de siempre, con sus tres plantas y la vista al río. En tiempos de su padre, los grandes torreones cuadrados, los tejados a dos aguas con las chimeneas y los cientos de hectáreas de pradera que lo rodeaban habían hecho del lugar un paraje digno de ser exhibido.

Pero todo había cambiado en los últimos tres años. Las deudas que su padre había contraído antes de morir fueron un duro golpe para Velvet y el conde. A pesar de su errático estado mental, su abuelo se dio cuenta del grave error que había cometido al delegar los asuntos administrativos en su hijo. Pero la salud del anciano flaqueaba. Sin tener a nadie más en quien delegar, no tuvo otra opción.

Ahora George Moran estaba muerto, lo mismo que su esposa desde hacía diez años. Había encontrado la muerte en un accidente con un coche en uno de sus viajes al Continente en compañía de su amante, una actriz que respondía al nombre de Sophie Lane.

Fue Velvet quien descubrió, para su propio horror, los fondos diezmados, y la montaña de deudas que su padre había dejado. Excepto su dote, el único gesto desinteresado que había tenido durante los años en que había estado a cargo de la finca. Como la fortuna del conde había sido inmensa, la dote era considerable, de hecho, era una de las más grandes de Inglaterra, sin duda suficiente para que pudieran vivir bien unos cuantos años.

La única trampa era que Velvet debía casarse antes de que se liberara el fondo de inversiones protegido a cal y canto. Su marido iba a recibir una pequeña fortuna.

Y también la extensa lista de deudas de Haversham.

Su abuelo hizo una pausa en el pasillo.

-¿Adónde vamos?

-Al Salón de Roble. Snead ya habrá encendido el fuego -Snead era uno de la media docena de criados de confianza, es decir toda la servidumbre que podían mantener en Windmere-. Estará cálida y acogedora.

-Pero, el duque... ¿no iba a venir de visita?

El corazón de Velvet se le hundió en el pecho. La lucidez había desaparecido.

-Ya vino, abuelo.

-¿Y qué hay de la boda?

-Iremos a Carlyle Hall este fin de semana. Su Excelencia insiste en que debemos llegar con varios días de anticipación para que todo esté en orden antes del día de la boda -ya le había dicho todo esto pero, desde luego, el anciano lo había olvidado. Pero, ¿qué importancia tenía, si a él le agradaba volver a oírlo?

-Serás una novia hermosa -le dijo, con una sonrisa sentimental.

Y él será un duque muy sorprendido, pensó Velvet. Pero ya se preocuparía de eso cuando llegara el momento. Mientras tanto, cubriría las apariencias para asegurar su unión matrimonial con un acaudalado esposo. Había decidido ignorar el frío omnipresente de la casa, el olor a humedad de las habitaciones que se habían cerrado, el hedor de velas de sebo baratas.

Gracias a Dios, debía continuar fingiendo sólo dos semanas más.

Jason Sinclair caminaba de un lado a otro de la habitación, frente al fuego que ardía suavemente en la chimenea con repisa de mármol. Los lazos blancos y almidonados de los puños de su camisa le rozaban los dedos mientras caminaba. Siempre había sido un hombre de considerable estatura, anchas espaldas y magras caderas. En los últimos ocho años, la delgadez propia de la juventud había dado lugar, gracias a horas y horas de trabajos denodados, a un cuerpo musculoso y firme, sólido como el acero.

Se volvió hacia el hombre que tenía frente a él.

-Por el amor de Dios, Lucien, hemos conseguido arrastrar al bastardo al borde del abismo. No vamos a flaquear ahora y dejar que se salga con la suya.

Lucien Montaine, marqués de Litchfield, se apoyó en el respaldo de su silla tapizada.

-Sé que no son las noticias que te hubiera gustado oír, amigo mío, pero amargarse pensando en ello no te va a hacer ningún bien. Tal vez nos lleve algún tiempo, pero tarde o temprano encontraremos la forma de atraparlo. Los leopardos no mudan las manchas de la piel, y un chacal como Avery acabará siendo una vez más presa de sus propios vicios.

Jason se dirigió hacia su amigo, el único hombre que no lo había abandonado en todo el padecimiento vivido durante los últimos ocho años.

-Ya he esperado un tiempo prudencial, Lucien. Puede que muestre la falsa apariencia de su fortuna, pero tú y yo sabemos bien la mentira que eso entraña. Su dinero ha desaparecido casi por completo. Es momento de actuar.

-Estoy de acuerdo con tu opinión. Esa es la razón por la que está tan decidido a casarse.

-Quiero lo que me corresponde por ley, Lucien. Carlyle Hall es el primer paso para lograrlo. Quiero que se haga justicia a mi padre. Quiero que mi hermano pague por lo que ha hecho. Haré cualquier cosa con tal de que sea así.

-Sólo quedan dos semanas para la boda. La muchacha es una de las herederas más ricas de Inglaterra. En cuanto Avery reciba la dote, podrá pagar sus deudas, lo que incluye la hipoteca que pesa sobre Carlyle Hall. No podrás ejecutar el pagaré. A menos que encuentres la manera de impedir esa boda.

-Eso, mi querido Litchfield, es precisamente lo que pienso hacer.

Una espesa y negra ceja se arqueó sobre unos ojos tan negros como el alquitrán. Lucien era casi tan alto como Jason, aunque un poco más delgado, con facciones más duras, y cabello negro como el ébano.

-¿Y cómo, si se puede saber, vas a lograrlo?

Se conocían desde la infancia; sus fincas eran vecinas. Sin duda, el marqués era la única persona en quien Jason podía confiar, incluso su propia vida.

Que fue justamente lo que había hecho a su regreso a Inglaterra, cuando todos lo daban por muerto.

-Dijiste que ella iba a Carlyle Hall con su abuelo, que llegarían el fin de semana que viene.

-Correcto.

-Entonces, sólo tengo que retener a la preciosa prometida de mi hermano hasta después de la boda. El pagaré está a punto de vencer. Cuando mi hermano no pueda realizar el pago, nosotros sí lo haremos y recuperaré la propiedad.

Lucien extendió sus largos dedos.

-¿Pretendes raptar a la chica?

-No me queda otra opción -se apartó un mechón del oscuro y ondulado cabello que se había soltado de la fina cinta que recogía el resto en la nuca-. Necesito tu ayuda, por supuesto. He de encontrar un lugar donde esconderla hasta que la propiedad sea mía.

-Hablas en serio -dijo Litchfield.

Jason se sentó en una silla frente a él estirando sus largas piernas.

-Siempre hablo en serio. Todo el humor que alguna vez pude tener me fue quitado en estos últimos ocho años.

Litchfield lo miró con expresión sombría.

-Ella sólo tiene diecinueve años, es pura inocencia, lo mires por donde lo mires. Se morirá de miedo.

-No le haré daño. Haré todo lo que esté a mi alcance para que esté bien -jugueteó con los cordones de sus puños y se frotó la cicatriz del dorso de la mano izquierda-. Le diré que sólo pido un rescate por ella, que no tengo motivo para hacerle daño, siempre que su prometido esté dispuesto a pagar -sonrió fríamente-. Cuando por fin se dé cuenta de que no es el dinero lo que me interesa, el día de la boda ya habrá pasado y el pagaré habrá sido ejecutado. Carlyle Hall me pertenecerá y mi hermano habrá iniciado su camino hacia la ruina.

Litchfield se movió en el asiento, las cejas juntas, pensativo.

-En circunstancias normales no aprobaría tu acción pero, por esta vez, puede que tengas razón. Evitaremos, al menos por un tiempo, que la chica se case con un asesino. Con suerte, jamás lo hará. Eso solo justifica lo que piensas hacer.

Esta vez a Jason le resultó fácil esbozar una sonrisa.

-Sabía que podía contar contigo. No me has abandonado ni en los peores momentos que

un hombre pueda vivir. Ahora pones en juego tu reputación para ayudarme una vez más. Jamás me olvidaré de esto, Lucien. Eres el mejor amigo que se puede tener.

-Y tú, amigo mío, te mereces la oportunidad de recuperar lo que la amarga fortuna y tu criminal hermanastro te arrebataron -se incorporó y fue hacia el aparador de madera tallada y quitó el tapón de la licorera de cristal-. La chica va a venir desde Windmere, lo hará por la carretera de Winchester. Tengo un coto de caza en el bosque que hay cerca de Ewhurst, no muy lejos de allí. Es pequeño, pero está limpio y bien cuidado. Lo llenaremos de provisiones, con todo lo que tú y ella podáis necesitar.

Se sirvió un poco de coñac, se acercó a Jason con la licorera en la mano y llenó su copa vacía.

-Hay un mozo que vive allí cerca que te puede ayudar. Es leal hasta la muerte. Puedes confiar en él a la hora de llevar mensajes y ayudar en lo que sea menester. Aparte de él, ahí estaréis solos.

Jason se limitó a asentir con la cabeza.

-Una vez más, estoy en deuda contigo.

El marqués bebió un sorbo de licor y sus labios esbozaron una leve sonrisa.

-Conozco a lady Velvet. Es una joven pizpireta con mucho encanto. Confío en que vas a mantener a salvo tanto su virtud como su persona.

Jason gruñó como toda respuesta.

-Lo último que quiero cerca de mí es otra supuesta dama. Me basta con la lección de Celia, una lección amargamente aprendida -al mencionar su nombre, sintió como si la cicatriz le ardiese en el dorso de la mano. Sin darse cuenta, se la restregó-. Prefiero un revolcón con una prostituta cualquiera. El precio que se ha de pagar por acostarse con una dama es demasiado alto.

Lucien no respondió. Jason Sinclair había cambiado en los últimos ocho años. La ira y el dolor padecido en las colonias habían corroído al hombre juvenil de antaño. De los ocho años, había pasado cuatro trabajando como esclavo en las plantaciones de Georgia, donde lo habían llevado en un extraño golpe de suerte, puesto que la condena había sido morir en la horca.

Los años lo habían cambiado. Se había endurecido hasta tal extremo que Lucien apenas reconocía a su amigo. Los fríos ojos azules con los que Jason veía el mundo no transmitían ni una pizca de la calidez que lo había caracterizado de joven. Eran ojos de ave de rapiña, distantes y tan duros como su sólido cuerpo. El cambio se veía en cada movimiento, desde sus largas zancadas de pantera hasta el estado de alerta que se le despertaba cuando presentía peligro.

Tras cuatro años de recluso con trabajo forzado, finalmente logró escapar. En los últimos tres años había prosperado, explotando su propia plantación en una pequeña isla a poca distancia de St. Kitts. En el recuento sólo faltaba un año. Un año del que Jason jamás había hablado.

Lucien se preguntaba si no tendría que ver con la sombra que se instalaba en el semblante de su amigo cada vez que creía estar solo.

3

Velvet Moran se movía inquieta en el lujoso asiento de terciopelo del resplandeciente carruaje negro de los Haversham, el único que quedaba de la media docena que alguna vez había tenido su familia.

-¿Cuánto falta, abuelo? Parece que salimos hace horas.

-En efecto, *hace horas* que salimos. Ya casi ha oscurecido. No sueles fijarte en las horas.

Siempre me insistes con que viajemos. Y ahora que lo estamos haciendo, no has hecho otra cosa que moverte y fastidiar.

Velvet suspiró.

-Supongo que tienes razón. Por una parte quiero llegar ya y terminar con esto de una vez por todas. Pero otra parte de mí desearía no llegar nunca.

-Animo, mi querida Velvet. Una vez casada, todo volverá a tener sentido.

Eran los dos únicos pasajeros que viajaban dentro del carruaje. Aunque el aire era cada vez más gélido, su sirvienta personal, Tabitha Beeson, lo hacía en el asiento alto del carruaje, junto al cochero. Se había sentado allí al reanudar la marcha tras la parada que hicieron para cenar en una posada y cambiarse los arrugados vestidos del viaje. Velvet sospechaba que la mujer tenía cierta predilección por el cochero; tal vez a éste le sucediera lo mismo.

Con la cabeza apoyada en los mullidos asientos de terciopelo dejó escapar un suspiro. ¿Qué se sentiría al enamorarse? Alguna vez llegó a soñar que se casaba con un hombre que la amaba pero, con la misma frecuencia, también pensaba que ella no se quería casar. En los últimos tres años había aprendido a valorar su independencia. El matrimonio significaba sacrificarla.

La mayor parte del tiempo sólo deseaba poder quedarse como hasta ahora, sola, sin las restricciones de un marido que controlaría cada movimiento suyo.

-¿Velvet?

-Sí, abuelo.

-Parece que lo he olvidado... ¿adónde vamos? Velvet se arrimó a él y le apretó la mano venosa y delgada.

-A Carlyle Hall, abuelo. Me voy a casar con el duque, recuerdas?

El asintió con la cabeza y sonrió.

-Ah, la boda. Sí, sí, claro. Serás una novia muy hermosa.

Velvet no contestó. Jugueteó con un mechón de su empolvado cabello caoba, se alisó la parte de delante del vestido de seda color damasco que llevaba bajo la pesada capa y trató de no pensar en la noche de bodas. O en lo que diría el duque al enterarse de que su dote era todo lo que quedaba de la fortuna de los Haversham. Una vez más, pensó en Avery Sinclair como en alguien más o menos razonable. Su riqueza era formidable y desde luego parecía quererla de verdad. Tal vez lo entendería.

Velvet recostó de nuevo la cabeza y cerró los ojos, con la esperanza de poder dar un descanso también a sus pensamientos. Lo consiguió un rato, hasta que el ruido de cascos de caballo irrumpió en el silencio de la fresca noche de marzo. El ruido era cada vez más intenso, un estruendo que tapaba el de los cascos de sus propios caballos. Después, el seco estallido de un disparo hizo que el carruaje diera un violento tumbo y patinara hasta detenerse del todo.

-¿Qué demonios...?

El conde volvió a sentarse frunciendo el entrecejo. Velvet se inclinó hacia delante y asomó la cabeza por la ventanilla.

-Buenas noches, milady -dijo un hombre alto montado en un gran caballo negro.

La pistola aún humeaba en una mano, y en la otra una escopeta amartillada apuntaba al cochero. Al ver la aterradora imagen que el oscuro jinete ofrecía iluminado por los finos rayos plateados de luz de luna que se filtraban por entre los espesos nubarrones, Velvet ahogó un grito.

-¡Que los santos nos protejan! -gritó Tabby desde arriba del carruaje-. ¡Es el bandolero Jack Kincaid, el tuerto!

Velvet volvió a meter la cabeza con premura dentro del carruaje, y su cuerpo comenzó a temblar. ¡Dios, dulce Señor, era él! Había oído comentarios, como todo el mundo. Había asaltado a un gran número de viajeros desventurados, desde Marlborough hasta Hounslow Heath. ¡Aquí estaba en carne y hueso, con su parche negro y todo!

-No tiene nada que temer, milady -dijo el bandido en tono calmado en el que, no

obstante, podía percibirse el filo del acero. Inclinándose desde su montura, corrió el pestillo de la puerta y tiró de ella hasta abrirla.

-Limítese a entregarme sus objetos de valor y podrán seguir su camino a salvo.

Era un hombre corpulento, musculoso, alto y fornido. Tenía un ojo cubierto con un parche negro, pero el otro era de un intenso azul, el más feroz que hubiera visto jamás. Ella miró a su abuelo, aturdido por completo, y después de nuevo al hombre del caballo. Llevaba unos pantalones de montar negros metidos dentro de las botas altas que le llegaban hasta las rodillas. Una camisa de manga larga blanca, de lino, mostraba su pecho ancho y musculoso.

-Lo crea o no lo crea -dijo con la voz más firme que pudo articular -, viajamos con muy poco dinero; ni siquiera llevamos muchas joyas. Valdría más que asaltara otro coche.

El la observó unos instantes, entonces posó la mirada en el emblema dorado de la puerta del carruaje: una paloma en vuelo sobre dos espadas cruzadas. Paz y fortaleza. El lema de los Haversham.

-Quizá tenga razón. Pero, quién sabe, tal vez no la tenga. Entrégueme el portamonedas del señor y también el suyo.

Ella obedeció con rapidez y entregó con mano temblorosa los dos monederos. Le había dicho la verdad: no había mucho en ninguno de los dos. El frunció el entrecejo mientras se los metía en el cinturón.

-Ahora las joyas.

Llevaban el reloj de oro macizo de su abuelo y un gran anillo de rubí con el mismo lema familiar que había en la puerta. La irritaba sobremanera tener que entregarlos. Se desabrochó el broche del corpiño con una disimulada sonrisa. El alfiler de diamante era falso. El original, el de su madre, lo había vendido hacía tiempo para pagar deudas.

-Esto es todo -dijo ella a regañadientes mientras se lo entregaba-. Ya le dije que no había mucho.

Las comisuras de los labios de él se curvaron hasta formar una sonrisa que en realidad no era tal. Tenía unos labios muy bien formados, advirtió, el de abajo más carnoso que el de arriba, pero había algo de dureza en ellos. La nariz era recta, las cejas oscuras y arqueadas. Había una fina cicatriz a lo largo de la mandíbula, de aspecto rígido e implacable.

-Como usted decía, no hay tanto -volvió a mirar el emblema y ella se preguntó si los había reconocido-. Dadas las circunstancias, supongo que tendré que sacar el mayor provecho de una mala situación -la sonrisa se desvaneció-. Salga del carruaje, lady Velvet.

¡Dios Santo, sabía su nombre!

-¿Por... por qué? ¿Qué quiere?

-Quiero que haga lo que le digo.

-No... hasta que no sepa cuál es su intención.

El la observó un instante, quizá sorprendido por su valentía, como si quisiera seguir evaluándola. Una expresión de dureza acudió a su rostro.

-Mi intención, milady, es pedir a su prometido un rescate por usted. Debe valer una fortuna. Y ahora, baje del carruaje antes de que alguien resulte herido.

Sus últimas palabras la aterrorizaron. «Antes de que alguien resulte herido». El abuelo ya era mayor. Ella no quería que nadie le hiciera daño.

-¿Qué sucede? -preguntó el conde al ver que se dirigía vacilante hacia la puerta- ¿Adónde vas?

-No pasa nada, abuelo -trató de ocultar el temblor de su voz-. El caballero sólo quiere decirme algo. No debes inquietarte. Estoy segura de que no tiene intención de hacerme daño.

Alzó la mirada hacia el bandolero y oyó una expresión que la sorprendió por su nobleza.

-No le haré daño, milady; le doy mi palabra de honor.

-¿Su palabra de honor? ¿Cree que voy a aceptar la palabra de un bandolero? ¿Me está diciendo que un asaltante de caminos tiene honor?

-Este sí.

No sabría decir por qué le creyó, pero parte del miedo que sentía se fue desvaneciendo. Sólo perseguía su dinero. Y ella entendía que una persona tuviera que hacer las cosas más insospechadas para conseguirlo. Descendió del carruaje alisándose el miriñaque, y deseando que su corpiño no tuviera tanto escote. El bandido captó con la mirada su vistoso atavío, y ella advirtió que él comenzaba a fruncir el entrecejo.

El forajido desvió la mirada hacia el conductor.

-Es hora de que sigan camino. A la dama no le pasará nada siempre y cuando hagan lo que les digo -sacó la pistola y apuntó con ella al cochero-. Si se detienen una sola vez de aquí a Carlyle Hall, no prometo nada respecto al destino de la señorita.

-¡Ay, mi pequeña! -sollozó Tabby-. ¡Víctima de los deseos del tuerto Jack Kincaid!

Lloraba y se secaba los ojos con un pañuelo, pero a la vez, y por extraño que pareciera, en sus palabras había cierto tono nostálgico.

-Ya le dije que no tengo intención de hacerle daño -interrumpió él-. ¡Ahora, en marcha!

La pistola rugió y él la guardó en un costado, entonces apareció una segunda como por arte de magia. Tabby chilló, el conductor chasqueó las riendas y el abuelo de Velvet se desplomó contra el asiento en cuanto el carruaje arrancó a toda velocidad.

Con el corazón en un puño, ella vio cómo desaparecían por la curva. Alzó la mirada con lentitud hacia el rostro del bandido.

-Quítese esa maldita jaula que lleva puesta.

-¿Q... qué?

-Su ropa interior... esa jaula infernal que lleva debajo de la falda. Quítesela.

Velvet sintió un miedo aterrador. Sin duda él iba a violarla. ¿Cómo podía haber sido tan ingenua y creer que no le iba a hacer daño?

-¿Aquí?

Miró hacia la sinuosa carretera que desaparecía en el bosque, a los tejos altos que formaban una cortina a lo largo del camino. Un búho ululó desde una rama lejana donde estaba posado, un sonido inquietante cuyo eco resonó en la oscuridad e hizo que le corriera un escalofrío por la espalda.

-Haga lo que le digo.

Le temblaba el labio inferior, pero alzó la barbilla. -Vuélvase.

-¿Qué?

-Digo que se vuelva. No voy a desvestirme delante de usted.

-Dios Santo, no estoy diciendo que se desvista, sólo que se quite ese horrible artefacto para que pueda sentarse en el caballo conmigo -pero como ella no se movía, giró el caballo y miró hacia el bosque.

Tal vez decía la verdad, tal vez no iba a hacerle daño. Velvet ya no quiso saber nada más. Lanzando una última mirada al bandolero, se levantó las faldas para que no le estorbaran y salió corriendo. No iba a ser tan sumisa, no iba a serlo si había una posibilidad de escapar.

Ya era noche cerrada. La luna se había escondido tras una nube y había tanta oscuridad que apenas veía el suelo que tenía ante sus pies. Sólo había dado unos cuantos pasos cuando oyó que él juraba en voz alta y, a continuación, el ruido de sus botas en el suelo. ¡Dios mío, no podía dejar que la atrapara!

Echó a correr con todas sus fuerzas. Los guijarros le atravesaban las suelas de su fino calzado de cabritilla y las enredaderas le rasgaban los lazos de los codos, pero aun así, Velvet aceleró. Esquivó un árbol a su izquierda y, desesperada, se adentró por la derecha en la oscuridad, llegó a un claro y corrió aún con más velocidad. Le dolían los costados, y le parecía que el corazón se le iba a salir entre las costillas.

Por mucho que corría y corría, oía el estruendo de sus botas cada vez más cerca. En cuestión de segundos la alcanzó, la tiró al suelo y ambos se revolcaron en el polvo del camino. Velvet gritó anticipándose al dolor, la respiración jadeante, pero él había logrado, sin saber cómo, recibir todo el impacto de la caída, por lo que, para su asombro, estaba ilesa.

Tirada en el suelo boca abajo, bajo aquel cuerpo pesado, pero ilesa al fin y al cabo.

-¡Suélteme!

-¡Maldita sea, quédese quieta! -sus grandes manos la rodearon, después las deslizó entre la cintura de la falda y el ajustado corpiño. Le soltó primero las lengüetas que alzaban el vuelo del vestido y después las que mantenían el miriñaque en su sitio. Desde luego, él sabía desenvolverse con el vestuario de una dama, pensó ella con aire taciturno mientras trataba de soltarse.

-¡Déjeme!

Antes de que supiera qué estaba sucediendo, él ya no la sujetaba sino que le había logrado bajar el miriñaque hasta los pies y tiraba de él con habilidad hasta quitarlo por completo.

Seguía vestida, advirtió todavía aturdida mientras él la ayudaba a incorporarse. Lo único que faltaba ahora era la voluminosa enagua de aros.

El se fijó en sus despeinados cabellos, de oscuros tonos rojizos, alborotados sobre los hombros, las costillas marcadas en el corsé y el rostro cubierto de polvo.

-Es hora de marcharnos -dijo-. Por el bien de sus amigos, además del suyo propio, será mejor que no estemos aquí cuando regresen.

Con la mirada puesta en aquel único e implacable ojo azul, Velvet se estremeció. Tal vez Jack Kincaid fuera un hombre de palabra, pero había en él un aura de peligro que lo envolvía como si fuera una capa. Sus amenazas quizá fueran sutiles, pero ella no dudaba ni un momento de su capacidad para llevarlas a cabo si era preciso.

Sin prestar atención al polvo que aún tenía en el vestido ni a las horquillas que se habían desprendido de sus cabellos, comenzó a caminar delante de él en dirección al caballo. El la levantó hasta sentarla sobre la cruz y después montó con un salto ágil tras ella. A sus espaldas la joven podía sentir los tensos y flexibles músculos del pecho del hombre, y sus brazos de acero que le rodeaban el cuerpo para sostener las riendas.

Un temor repentino se apoderó de ella. Era aún más corpulento de lo que le había parecido y sabía que ahora estaba a solas con él. Tratando de no pensar en lo que pudiera estar tramando respecto de ella, agarró con los puños las gruesas crines negras del caballo y se aferró a la montura con todas sus fuerzas.

En pocos minutos se habían adentrado en el bosque, a mayor velocidad de lo que parecía posible en la negra noche. El bandido parecía no equivocarse en ningún momento. Como jinete era formidable, pensó para sus adentros: se tenía sobre la silla con una elegante y asombrosa facilidad y con la prestancia de un noble. Entonces pensó por primera vez que en realidad su forma de hablar era la de un caballero. Velvet se preguntó de dónde habría salido, qué motivo le habría impulsado a desviarse de la rectitud y encomendarse al destino fatal de los delincuentes.

Y pensó qué le depararía su propio destino y si él iba a mantener su palabra de no hacerle daño.

Pasara lo que pasara, una cosa era cierta. Su boda iba a celebrarse en apenas unos días. No tenía idea de la reacción que tendría el duque ante un pedido de rescate, ni si estaría o no dispuesto a pagar, pero desde luego, ella tenía que conseguir sacar la boda adelante.

En la primera oportunidad que se le presentara, tendría que escaparse.

El imponente caballo negro tropezó y Jason agarró con más fuerza a la chica que tenía delante. Era menuda pero no frágil, de ojos pardos chispeantes y nariz respingona. Los labios carnosos, las mejillas del suave color de un melocotón maduro. Los pechos, altos y lozanos, casi rebosaban por el escote de su vestido color albaricoque. La parte inferior le rozaba de vez en cuando los brazos que sostenían las riendas.

Al forcejear con él por el suelo, se le había soltado el cabello y ahora tenía largos mechones que le caían sobre los hombros, de un tono rojizo claro, aunque en realidad no podía distinguir bien el color a causa del polvo que ahora cubría lo que en su momento era un

elegante peinado. Estaba libre y suelto, suave y sedoso, ondulado allí donde tocaba su mano; se preguntó si acaso el color caoba que suponía oculto debajo de los polvos era efectivamente el suyo.

El caballo comenzó a descender una colina, lo que hizo que ella se arrimara aún más hacia su pecho y él tensara todo el cuerpo como respuesta. Litchfield ya le había avisado, una jovencita pizpireta, le había dicho. Pero su descripción apenas le hacía justicia. Velvet Moran era uno de los bocados más tentadores que había visto, fogosa pero femenina, suave y sensual en la justa proporción; hacía mucho tiempo que él no estaba con ninguna mujer. Jason se movió sobre la silla, tratando de calmar la erección que sentía dentro de los pantalones; maldijo para sus adentros.

Jamás se le había ocurrido que la prometida de su hermano pudiera ser tan atractiva. Era lo último que podía imaginar. Y ahora se daba cuenta de que no hacía más que preguntarse cómo sería hacer el amor con ella.

No lo iba a hacer, por supuesto. Había hecho muchas fechorías en los años que había estado fuera de Inglaterra, cosas despreciables para poder sobrevivir. Pero jamás había hecho daño a una mujer, jamás había forzado a ninguna de ellas. No iba a hacerlo ahora con ésta.

Además, calmar su apetito no era ni siquiera importante. Lo que importaba era recuperar su herencia, dar el primer paso para que se hiciera justicia.

Comenzar el largo y doloroso camino que él esperaba que pudiera limpiar su nombre.

Advirtió que la chica temblaba y entonces detuvo el caballo para desatar la capa que llevaba detrás de la silla y echársela a ella sobre los hombros. Hecho esto retomó la marcha. Al principio ella se mantuvo distante, dispuesta a evitar el roce. Pero estaba cansada y terminó hundiéndose contra su pecho, con la cabeza apoyada en su hombro.

El sintió una repentina punzada de culpabilidad que enseguida se desvaneció. Haría lo que tenía que hacer. La muchacha estaba a salvo, tal como él había prometido. El era quien iba a sufrir. Ella se estiró un poco y sus largos y sedosos mechones le rozaron las mejillas. Llegó a oler su suave perfume de lilas. La semana se presentaba infernal, pero cuando acabara ya todo habría pasado. Un inoportuno arrebato de deseo carnal no era lo más terrible que le había sucedido en todos esos años de padecimiento.

Cabalgaron un poco más y, finalmente, apareció el coto de caza de su amigo Litchfield. Gracias a Dios, masculló para sus adentros con el deseo de apartar de sus brazos a la adormilada joven. Detuvo el caballo frente a una construcción de piedra amarillenta que tenía dos plantas v estaba situada al borde de una pradera. En la planta alta había un dormitorio individual y abajo una amplia habitación con las vigas del techo al descubierto y una gran chimenea de piedra que hacía de cocina.

El mozo de cuadra, Bennie Taylor, los aguardaba delante de la casa. Tal como Litchfield le había anunciado, era listo y leal hasta el extremo. Haría todo lo que Jason le dijese.

-Buenas tardes, milord.

El muchacho tenía unos doce años, era robusto, tenía el cabello de un pardo arenoso y una sonrisa distante, incierta. Litchfield le había anticipado que Jason era el conde de Hawkins, nombre que le había dado el marqués. Dado que ése era el nombre que había utilizado desde que se alejara de Inglaterra, era tan apropiado como cualquier otro.

-Ocúpate del caballo. Yo me ocuparé de la dama.

-Sí, milord.

Ella despertó cuando él la estaba alzando para bajarla del caballo, y se puso rígida con el roce de aquellos brazos que la rodeaban.

-¿Dónde... dónde estamos?

-Estamos en un lugar del bosque. He procurado que fuese cómodo.

Los ojos de Velvet lanzaban chispas, unos ojos acusadores que lo miraban tras la espesa cortina de pestañas.

-Lo tenía planeado. Su intención era raptarme.

No estaría mal raptarla, pensó él al ver que el rubor le iba cubriendo el pecho, pero no de la forma que ella se imaginaba.

-Como dije, espero que esté cómoda -hizo un ademán con la cabeza en dirección a la casa-. Por aquí, milady.

Con cierta resistencia natural, ella lo siguió y se detuvo un instante en la entrada, sorprendida de que todo estuviera tan bien cuidado.

-No es precisamente el tipo de cabaña que una asocia con los bandidos -dijo.

-¿Qué esperaba? ¿La buhardilla de alguna sórdida taberna?

-Exactamente.

-Lamento desilusionarla.

Arrancó hacia la escalera pensando que ella lo seguiría.

-¿Cuánto va a pedir?

El se detuvo y se volvió.

-¿Cómo dice?

-El rescate. ¿Cuánto va a pedir?

Jason esbozó una estrecha sonrisa.

-¿Cuánto cree que vale?

No tanto como piensas, pensó Velvet sintiendo un súbito arrebato de pánico. Su salvación dependía del dinero que ella lograra reunir para él. Pensó en lo que podía llegar a hacer si el bandido descubría lo incierto que era en realidad su valor.

-Tal vez el duque no valore los bienes dañados -dijo ella pensando en el perjuicio que el rapto iba a causar en su reputación y en el incorregible mojigato que Avery Sinclair podía llegar a ser-. No hay forma de que él sepa que usted no me ha... que no...

Una elegante ceja oscura se arqueó.

-Que no la he... qué, milady. ¿Que no la he violado? ¿Que no la he raptado ni he mancillado su virtud? Las mejillas de Velvet se ruborizaron.

-Estoy diciendo que seguramente no esté dispuesto a pagar.

Y tenía la certeza de que su abuelo tampoco podía hacerlo.

Pero él se limitó a encogerse de hombros. En el interior de la casa, parecían tan anchos como la viga que había sobre la puerta.

-Supongo que tendremos que esperar y ver qué ocurre.

Por extraño que pareciese, no daba la impresión de que a él le perturbara demasiado la perspectiva. De hecho, nada de lo que había hecho hasta el momento encajaba con la idea común que uno tenía de los bandidos. Eso debía tranquilizarla. Sin embargo, le producía una extraña inquietud, como si estuviera ocurriendo algo más allá de su campo de visión, algo que no alcanzaba a ver.

-Arriba hay una habitación para usted-dijo el bandido encaminándose hacia el segundo piso-. Sígame.

Ella obedeció. Sus faldas, ahora demasiado largas, se arrastraban por el suelo. Al haber quitado el miriñaque, colgaban tras ella y le pesaban sobremanera, como si fuera un atractivo modelo de plomo en lugar de costoso muaré de seda.

El bandido debió darse cuenta porque frunció el entrecejo. Cuando llegaron arriba, se volvió y la miró. -No se mueva.

Al ver la brillante cuchilla que sacó de la bota negra, Velvet chilló y casi se precipita escalera abajo. Un rápido brazo extendido lo impidió por muy poco. El bandolero maldijo en voz alta.

-Por la sangre de Cristo, ya le dije que no voy a hacerle daño.

Ella temblaba pero alzó la barbilla.

-Resulta un poco difícil de creer, viéndolo aquí delante con eso en la mano -señaló la daga resplandeciente.

El sonrió con cierta malicia e, inclinándose ante ella, sujetó el dobladillo de su vestido y

recortó generosamente la parte de adelante.

-Vuélvase.

Aún con recelo, ella hizo lo que él le dijo, y otra buena porción de tela cayó al suelo.

-Al menos podrá caminar sin tropezar con esa maldita cosa que lleva puesta.

-Si no me hubiera prácticamente desvestido... -se detuvo al ver su mirada penetrante. Sus mejillas se ruborizaron y desvió la mirada-. Supongo que aquí es donde voy a dormir.

-La ropa de cama está limpia. Creo que la cama le resultará cómoda.

Ella se volvió hacia la ventana y por un instante resucitó la esperanza.

-Olvídelo. Todas están cerradas con clavos, si es que estaba pensando en eso. Pórtese bien, lady Velvet, y pronto seguirá su camino a salvo. Es apenas un pequeño inconveniente que tendrá que vivir unos pocos días.

Un pequeño inconveniente, pensó. Ojalá fuera ésa la única consecuencia. De todos modos, asintió con la cabeza, resignándose.

-Como quiera... milord.

Jason alzó una ceja. No estaba dormida, como imaginó él cuando el mozo de cuadra le había dado el tratamiento de un noble. Y no pensaba quedarse ahí sentada, a la espera de que él, o cualquier otro, llevara el mensaje al duque. Y esperar después a que Avery pagara, y arriesgar su boda, y perder Windmere, y destruir su familia y su futuro. Tenía que encontrar la manera de escapar de allí.

Velvet tenía ganas de ponerse a caminar de un lado a otro de la habitación, pero se hizo un ovillo en el centro del mullido colchón de plumas de lo que podría haber sido una cómoda cama, de haber podido conciliar el sueño. Sin embargo se sentó expectante, acurrucada en la oscuridad, aún con su voluminoso e incómodo vestido puesto, sintiendo cómo se le clavaban las ballenas en las costillas y agradeciendo en secreto que el pesado miriñaque hubiera desaparecido.

Por la ventana veía que las nubes se habían hecho más espesas y cubrían el cielo. A lo lejos se veían destellos de relámpagos.

No era la clase de noche que hubiera elegido para su huida, pero su situación empeoraba de hora en hora. Aunque no tenía idea de dónde estaba, seguro que tarde o temprano, si caminaba sin parar, llegaría a algún pueblo o aldea, o al menos a una casa de campo donde podría encontrar ayuda.

Lo único que tenía que hacer era salir de allí.

¿Cuánto tiempo habría pasado? ¿Acaso lo bastante para que el bandido ya estuviera dormido? Trató de abrir la puerta pero vio que estaba cerrada con llave. La ventana, cegada con travesaños de madera claveteada, era su única salida.

Con cuidado de que las tablillas de la cama no crujieran, dejó caer las piernas hasta apoyarlas en el suelo y se incorporó despacio, con el corazón cada vez más acelerado, ahora que al fin había llegado el momento. Juntó toda la ropa de cama que había atado a modo de soga larga, caminó de puntillas y cruzó la habitación, con una pausa en el aparador para agarrar el martillo que había improvisado: un cepillo con montura de plata que, junto con un peine también de plata, habían sido dispuestos sobre la mesa para su uso.

Miró hacia el cielo con la esperanza de que el de allá arriba se hiciera cargo de sus plegarias.

-Mi Señor, no soy muy diestra en este tipo de cosas. Espero que consideres mi petición de auxilio.

Al parecer, su plegaria fue escuchada, pues cuando ejerció presión en el cristal de la ventana con el montón de ropa y lo rajó, con todo el esmero del mundo, utilizando el mango del cepillo, el cristal se partió limpiamente; sólo cayó un trocito pero sin el menor ruido.

-Gracias.

Le temblaban las manos. Trató de recobrar la calma lo mejor que pudo, y entonces,

trozo a trozo, comenzó a quitar los cristales del marco de la ventana, agrandando cada vez más el agujero. Después se puso a desclavar las tablas de madera que cruzaban la ventana y terminó de sacar los trozos de cristal. Le llevó más tiempo de lo previsto. Había empezado a lloviznar cuando tomó el último trozo de cristal y ató la soga de ropa a la pata de una pesada mesa de madera que había contra la pared.

Rezando para que la ropa atada y la mesa resistieran su peso, salió por la ventana y, poco a poco, logró bajar hasta el suelo. Los pies fueron a parar a un charco de barro y ahogó un grito cuando el agua gélida se le metió por su frágil calzado y le empapó las medias de seda.

Soltando un insulto impropio de una dama, Velvet evaluó con rapidez la situación antes de decidir qué camino tomaría. Nada le era familiar. Lamentó no haber prestado más atención. Pero bueno; eso ya no tenía remedio.

Alzándose las faldas, que iban absorbiendo el agua con rapidez, Velvet enfiló hacia el bosque a toda carrera.

Jason parpadeó una y otra vez, incapaz de asimilar lo que estaba viendo. Pero la menuda figura que había visto oscilar delante de su ventana y que ahora corría hacia el bosque, no iba a escapar. ¿Cómo diablos lo había hecho? El mismo había clavado esa ventana. Ella debía de haber roto el cristal, pero no había oído nada. De nuevo echaba a correr, derecho hacia lo que parecía una inminente tormenta.

-¡Por todos los diablos!

La mujer era, desde luego, una pesadilla. Abrochó el último botón del pantalón, se calzó las botas, agarró la capa y se la echó sobre los hombros mientras salía por la puerta. Un relámpago seguido por un trueno dio el primer aviso. La maldita muchacha había tenido que elegir justo una noche como ésa para causar problemas.

Cuando logró cruzar la pradera siguiendo la dirección que ella había tomado, ya caía una lluvia alevosa y un viento feroz sacudía los árboles. El destello de los continuos relámpagos era visible y el eco de los truenos señalaba que la tormenta no estaba tan lejos.

Una mirada al cielo le bastó a Jason para acelerar aún más y comenzar a preocuparse en serio. Maldiciendo a la pequeña cautiva con cada bocanada de aliento helado que al salir emblanquecía el aire, se adentró en el bosque a toda velocidad. La lluvia le azotaba el rostro y el viento tiraba de su cabello, pero sus zancadas eran cada vez más largas. De pronto vio un destello del vestido color damasco que se ocultaba tras un árbol. Se internó más en el bosque y vio el trazo zigzagueante de un rayo que estalló y echó chispas mientras partía en dos una rama que sobresalía de un árbol.

Comenzó a correr frenéticamente, con el corazón latiendo como un trueno y golpeando sus costillas salvajemente. ¿Y si le pasaba algo? ¿Y si se había herido o incluso estaba muerta?

Se le hizo un nudo en el estómago. El la había traído aquí. Protegerla era su responsabilidad. Y lo iba a hacer, se prometió.

Y rogó que le fuera posible mantener su palabra.

Velvet avanzaba resollando, tenía dificultades para respirar. Sentía una punzada en el costado que era cada vez más insoportable, y las piernas le temblaban tanto que ella pensó que no podrían sostenerla mucho tiempo más. Su pelo era una masa pegajosa y chorreante que se pegaba a sus hombros desnudos, y el vestido, un harapo que se le pegaba a las piernas y le pesaba sobremanera. ¡Dios mío, la tormenta había empeorado rápidamente! Una llovizna podría haber ayudado a borrar sus huellas. Pero esta tormenta furiosa, el viento salvaje azotándole los brazos *y* las piernas *y* tirando del cabello, ponía en riesgo su vida.

¡Cielo Santo, esto no era lo que había planeado! Y encima, no podía regresar. El peligro

se cernía con igual ferocidad en el camino de regreso a la casa.

El ruido de un trueno hizo que volviera la cabeza, y una sensación de miedo le recorrió la espina dorsal al ver, a continuación, el destello de otro rayo. Velvet se paralizó cuando el rayo cayó tan cerca que tuvo la certeza de que aquello podía matarla.

El rayo había caído en la copa de un árbol justo encima de ella; su garganta dejó escapar un grito terrorífico. Esquivando las llamas que incendiaron las ramas a tan sólo unos pasos de ella, comenzó a correr en la dirección opuesta.

Pero chocó contra un muro sólido de carne y hueso. -¡Maldita seas, duquesa!

Unos brazos robustos la rodearon para apartarla de las llamas que ardían sobre su cabeza y la arrastraron hacia un lugar seguro. La protegió con su cuerpo, la envolvió en su capa y presionó su rostro contra la firme calidez de su pecho. A Velvet le temblaba todo el cuerpo, pero advirtió que a él también.

Sin saber por qué, eso le pareció reconfortante.

Permanecieron así unos minutos. El pecho del hombre crecía y bajaba bajo las mejillas de ella; de su ropa emanaba un aroma a lluvia y tierra húmeda.

-Por favor -dijo ella al fin-, tiene que dejar que me marche -Velvet alzó la mirada hacia su rostro húmedo y brillante por la lluvia, sintiendo el pulso cada vez más acelerado y la respiración entrecortada.

-Debo... debo regresar.

El se limitó a negar con la cabeza. Había perdido la cinta de cuero que le sujetaba el cabello y le caían mechones ondulados sobre los hombros.

-Por favor... debo llegar a Carlyle. Tengo que casarme con el duque.

Al oír aquellas palabras, Jason se puso tenso. Apartándose un poco de ella, la miró con una expresión severa en el rostro.

-Podrá casarse con quienquiera... una vez que la rescaten. Hasta entonces, se quedará aquí conmigo.

Ella comenzó a forcejear para soltarse, pero los brazos que la rodeaban la apretaron con más fuerza. Jason la sacudió, y no de buenas maneras, para obligarla a que lo mirara.

-Escúcheme bien, pequeña tonta, ¿no se da cuenta de que ha estado a punto de morir?

Sin esperar la respuesta, la levantó en sus brazos firmes y ambos comenzaron el camino de regreso. Ella sentía que el corazón de Jason latía en sincronía con la cadencia veloz y pesada del suyo. Su cabello bruñido y oscuro le caía sobre las cejas y la mandíbula tenía un aspecto adusto. Por extraño que pareciera, de pronto pensó que, a pesar del inquietante parche negro, Jack Kincaid era un hombre muy apuesto.

No tardaron mucho en regresar, sobre todo con las zancadas que él daba. Cuando se encontraron frente a la casa, el hombre abrió la puerta de una patada y entró, después la puso de pie con cuidado en el suelo, que enseguida se encharcó y se manchó de barro.

A ella le temblaba todo el cuerpo. Estaba entumecida por el frío y la mezcla de temor y derrota que sentía. Sus dientes castañeaban con tanta fuerza que apenas oyó la expresión grosera que salió de la boca de Jason.

-Por la sangre de Cristo, mujer. ¿Cómo pensó que podía sobrevivir ahí afuera?

-Si... si no hubiera empezado a llover... si no hubiese hecho tanto frío...

-Claro; si los cerdos volasen, seguro que habría logrado escapar.

Ella alzó la barbilla. Tal vez marcharse así fuera una 'estupidez. Tal vez debió planearlo mejor, pero estaba demasiado alterada para pensar con claridad. Apretó bien las mandíbulas para evitar el ruidoso castañeteo y dirigió una mirada ansiosa hacia la chimenea, donde el bandido estaba arrodillado para encender el fuego.

Pronto el calor llenó la habitación de techos altos. A pesar del fuego, empapada como estaba, Velvet continuaba temblando.

-Ha de quitarse esas ropas.

Su voz grave se impuso sobre los chasquidos y el crepitar en el hogar. El se volvió y tiró de la manta que cubría el sofá donde había dormido.

-Mañana el muchacho traerá alguna ropa limpia para que se ponga.

Le dio la manta a Velvet y permaneció a la espera con una mirada implacable en el rostro.

Velvet se mordió el labio inferior. Tenía los dedos entumecidos; y no tenía la certeza de que los pulgares siguieran estando unidos a las manos. Desabrocharse los botones de la espalda iba a ser una tarea imposible.

-Tal vez se seque el vestido -dijo ella sabiendo que no existía la menor posibilidad.

El bandido se burló.

-No sea insensata. Quíteselo. Vaya arriba si eso es lo que quiere, aunque si yo estuviera en su lugar, con esa ventana rota en su habitación, mejor me quedaría aquí junto al calor del fuego.

La joven se mordió el labio.

-Quizá tenga razón, pero... la verdad es que... a menos que usted quiera hacer de doncella... no voy a poder hacerlo. Tengo los dedos demasiado entumecidos para desabrocharme los botones -unos botones a los que nunca hubiera llegado sin ayuda.

El maldijo para sus adentros, después frunció el entrecejo y el único ojo azul a la vista se ensombreció. -Vuélvase.

Bajo sus faldas, Velvet sentía que las rodillas aún le temblaban, pero hizo lo que él había dicho. El recato tenía su momento, pero éste, desde luego, no lo era. Aguantando la vergüenza, ignoró las cosquillas que sus manos voluminosas le hacían al rozarle la piel y en cuanto el vestido cayó al suelo se lo llevó al pecho. Cuando se volvió hacia él, se encontró con sus anchas espaldas y los ojos apuntando en dirección opuesta. Todo un caballero. A Velvet le habían contado que existían bandidos así, pero no hablaban del tuerto Jack Kincaid.

Con cierta premura y sin querer poner a prueba la paciencia del hombre, se quedó en enaguas y después se envolvió en el suave abrigo de la manta.

-¿Y qué pasa con usted? -arrastrando los pies hacia el fuego, dejó escapar un profundo suspiro de alivio por el calor que la envolvía.

-Yo estoy acostumbrado a un poco de incomodidad.

Sin embargo, se dirigió hacia la chimenea, alzó los brazos y se quitó la empapada camisa de lino. Velvet se quedó helada por un momento. Jamás había visto el pecho desnudo de un hombre, ni mucho menos se había imaginado uno de ese porte. A la luz del fuego, estaba ondulado por gruesas bandas de músculos. Un tapiz de vello castaño oscuro le cubría la parte de arriba y descendía en línea recta hacia más abajo de la cintura del pantalón. Advirtió, no por primera vez, el entramado de cicatrices que tenía en el dorso de la mano izquierda.

-Voy a arreglar la ventana -dijo mientras se sentaba para quitarse las botas. Velvet apartó la mirada tratando de no prestar atención al ruido de tela que significaba que se había quitado los pantalones-. Y después, con suerte, tal vez podamos dormir un rato.

Velvet no contestó. Aún le daba vueltas la cabeza con la imagen de aquel firme torso varonil, imaginando qué podría sentir al tocarlo, preguntándose si aquel rizado vello marrón sería tan suave y sedoso como prometía.

Oyó más movimientos mientras él se ponía ropa seca, también oyó las pisadas subiendo la escalera hacia el piso de arriba, el martilleo de la madera en la ventana que ella había roto. Eso era todo lo que quedaba de su brillante huida. Apenas sentía remordimientos por haberlo intentado; no podía desprenderse de la imagen de protección que le había brindado en el bosque, de la consternación que ella había leído en su rostro.

¿Quién era él, se preguntaba ella?

¿Por qué el mozo de cuadra se había dirigido a él como si fuera un noble?

Y lo más importante: ahora que su primer intento de fuga había fracasado, ¿cómo iba a marcharse de allí?

4

Jason vertió el último cubo lleno de agua caliente en la tina de madera que había dispuesto delante de la chimenea. Bañarse era un placer que con los años se había transformado casi en una necesidad. Esa misma mañana, se había lavado en el agua gélida de afuera. Ahora pensó que, tras el barro de la escapada nocturna, la muchacha también apreciaría la posibilidad de bañarse.

Además, en su fuero íntimo deseaba mirarla bien. Parecía hermosa cuando la vio por primera vez, aunque el maldito parche que llevaba le obstruyera la visión. ¿Cómo sería sin aquella polvareda gris pegoteada a sus cabellos, su bonito rostro sin manchones de barro y recién lavado?

Era peligroso, lo sabía. Su fuerza de voluntad tenía un límite y la joven la ponía duramente a prueba. La noche pasada, a pesar del barro y la mojadura, había sentido deseo por ella. A la luz del fuego, había suspirado por acariciar la suavidad de su piel, por desnudar sus pechos lozanos y abarcar con las manos su blanca y pesada redondez.

Le enfermaba pensar que su hermano podía haberla acariciado, besado, tal vez incluso le habría hecho el amor. La imagen hizo que la mandíbula se le pusiera rígida, sin inmutarse siquiera por el ruido de la puerta al abrirse en el piso de arriba.

Ella asomó la cabeza. Lo estudió unos instantes antes de hablar.

-Buenos días, milord.

-Buenos días. Parece que ha dormido bien.

-Lo mejor que podía esperar... teniendo en cuenta las circunstancias.

Jason sintió una súbita sensación de culpa, pero no le prestó atención.

-Le he traído ropa limpia. Pensé que le gustaría darse un baño antes de vestirse.

La había conseguido el joven Bennie, ya que el baúl de la muchacha era demasiado grande para poder llevarlo con un caballo, un detalle que se les pasó a Litchfield y a él cuando planearon el secuestro. Por suerte, la hermana del mozo era tan menuda como Velvet. Jason les había ofrecido una suma generosa a cambio de una falda sencilla de lana parda, una blusa blanca de campesina y unas enaguas, y también un camisón limpio de color blanco para la noche.

-¿Baño? ¿Ha dicho baño? -descendió la mirada hacia la tina y se le iluminó el rostro con una sonrisa que transformó su semblante-. Me encantaría darme un baño.

Jason también sonrió. Había pensado que tal vez ella creyera, como era el caso de muchos ingleses, que el baño provocaba enfermedades. Al parecer, estaba dispuesta a correr el riesgo.

-¿Tiene hambre?

Procuró no quedarse mirando la piel desnuda que sobresalía de la manta y concentrarse en cambio en la masa de cabello mojado, pero la imagen de su piel blanca y tersa persistía en su mente.

-Me muero de hambre. Se ve que el secuestro no me ha quitado el apetito.

-Hay pan *y* queso en la mesa, *y* una taza de té. Esperaré afuera hasta que haya terminado.

Velvet no dijo nada. Se quedó en lo alto de la escalera hasta que él salió y cerró la puerta con firmeza tras de sí. Dejó escapar un suspiro de agotamiento. Le dolía el cuerpo por las desventuras de la noche anterior y no había podido dormir bien. Había dado vueltas y más vueltas hasta que al fin logró conciliar un sueño pesado y breve. Despertó con la luz oblicua de los primeros rayos de sol metiéndose por las rendijas de la ventana claveteada. La tormenta había pasado tan rápidamente como había llegado.

Por un momento se olvidó de dónde estaba. Pero enseguida recordó. El secuestro. La huida fallida. La tormenta. El peligroso bandolero. Paseó la mirada por los rincones de la

alcoba, las cortinas de muselina con volantes, el tocador de madera contra la pared, el cuenco de porcelana pintada con sauces azules y la jarra de agua junto a él. Le pareció extraño ver un pequeño ramo de narcisos amarillos en un jarrón de cristal tallado que había junto a la porcelana. Por la noche no los había visto, como tampoco el colorido edredón azul que había en la cama.

Como prisión, no estaba nada mal.

Aun así, no estaba muy segura en ese lugar. El hombre era un secuestrador; hasta que alguien no la liberara, su vida seguiría corriendo peligro. La confortable prisión podía terminar siendo su tumba. ¿Quién podía asegurar lo contrario?

Bajó la escalera y cruzó la habitación para mirar por la ventana. Vio al bandido cortando leña y corrió las cortinas, después se acercó a la pequeña tina de cobre. Nerviosa, se mordió el labio inferior. Era un riesgo, pero tenía que quitarse de encima el polvo y la suciedad, y el bandido era tan fuerte que ya la habría violado si hubiera sido ésa su intención.

Comprobó la temperatura del agua, vio que estaba bien, tiró la manta a un lado y se metió.

Un suspiro de auténtico placer salió de sus labios. El agua estaba a la temperatura perfecta. Se sumergió en ella todo lo que pudo, disfrutando el contacto del agua en su piel, que sentía como la seda, y se inclinó hacia delante para lavarse el pelo. Una pastilla de jabón de lilas había sido dispuesta para ese fin y, relajándose placenteramente, comenzó a enjabonarse la espesa melena hasta acabar con la última mota de polvo.

Se restregó bien el rostro recordando que había perdido el pequeño lunar postizo que tenía junto a la comisura de la boca en el forcejeo con el bandido.

Permaneció en el agua durante un tiempo hasta que se fue enfriando.

Finalmente, salió y se secó con una pequeña toalla de lino. En el brazo del sofá, había unas enaguas limpias, una falda de lana parda y una blusa blanca de muselina con el escote fruncido. Se vistió con premura y cierta sorpresa al ver que la ropa le quedaba bien, comió pan y queso y después se sentó delante de la chimenea para tomar el té y secarse el cabello.

Casi había terminado cuando el bandido llamó a la puerta.

-Espero que esté ahí, duquesa, y que ya se haya vestido. Voy a entrar.

La puerta se abrió de par en par. Jack Kincaid apareció en el umbral.

Velvet se echó hacia atrás la oscura melena de color caoba, dejó la taza de té y se enderezó en su asiento para recibirlo.

-No me dijo que tenía que darme prisa.

El bandido no dijo nada.

-Lo... lo siento si he tardado mucho. Me temo que no me di cuenta. Estaba... sólo estaba disfrutando. Jack Kincaid se limitó a mirarla fijamente. -¿Milord? -dijo ella.

El entró en la habitación y cerró la puerta. Cuando habló, la voz tenía un tono grave y un poco ronco.

-Acepte mis excusas, lady Velvet. Empezaba a creer que se había vuelto a escapar de alguna forma. Yo... -se aclaró la garganta, dirigiéndole una mirada azul y penetrante desde su único ojo al descubierto-. Pero veo que me equivoqué.

Ella se humedeció los labios.

-Sí... sí, se equivocó. Gracias, señor, por el baño. Le aseguro que me ha reconfortado en gran medida.

-Su cabello... -dijo él- parece fuego... jamás he visto un color tan extraordinario.

Una ardiente sensación la recorrió. A qué se debía, no lo podía saber.

-Gracias, milord.

-Hay un cepillo y un peine arriba por si los necesita.

-Sí... gracias -su voz salió entrecortada, sin aliento; de pronto, se sentía precisamente así. El la miraba de una forma extraña; eso le provocaba cierto revuelo en el pecho-. Estaba a punto de subir para peinarme.

El se quedó donde estaba. Velvet se incorporó tratando de calmarse y pasó junto a él en

dirección a la escalera, percibiendo el olor a humo de leña y cuero que emanaba de él. Le temblaban las manos. ¿Por qué le latía el corazón con tanta fuerza?

Cuando regresó abajo, con el pelo recogido en la nuca, él estaba arrodillado junto a las brasas, cortando la verdura recién lavada sobre una pesada cacerola de hierro a la que después añadió pequeños trozos de carne para completar lo que parecía ser los preparativos de un guiso.

Observó su cabeza inclinada en semejante tarea, el cabello ondulado y recogido atrás, como solía tenerlo, y recordó el aspecto salvaje y agreste que tenía la noche de la tormenta. En ese momento parecía algo más civilizado, pero la amenaza estaba latente, con la fuerza apenas contenida. El peligro.

La imagen no le permitía olvidar el conflicto, el riesgo que encerraba su permanencia en el lugar, la ruina que tendrían que afrontar ella y su abuelo si la boda no se celebraba.

El día estaba despejado: ni una nube en el cielo y una brisa suave y fresca. En las largas horas antes del amanecer se le había ocurrido otro plan para huir. Lo único que faltaba era encontrar la forma de llevarlo a cabo.

-Supongo que no ha tenido noticias del duque.

El se volvió para mirarla.

-¿El duque? ¿Se refiere a su futuro y amado esposo?

-Me refiero a Su Excelencia, el duque de Carlyle. -No.

Siguió con la preparación del guiso, aunque debajo de su camisa blanca los músculos de la espalda se marcaban más que antes.

-Supongo que no ha pasado el tiempo suficiente, pero efectivamente envió el mensaje, ¿no?

El la miró y su labio inferior apenas se movió.

-¿Y por qué no lo iba a hacer? Ese es el motivo por el que la traje aquí, ¿no?

-Supongo que sí. Eso es lo que dijo.

Pero él desvió la mirada. ¿Por qué sería que siempre que mencionaba el rescate le daba la impresión de que no tenía nada que ver con la verdadera razón de su estancia en ese lugar?

La mañana dio paso a la tarde. El bandido estuvo casi todo el tiempo afuera. Ella, en cambio, se quedó encerrada en la casa.

Al menos el bandido le había provisto de unos cuantos libros, cuyos títulos leyó según se los fue entregando. Las *Obras completas* de Milton, *La marcha del peregrino,* de Bunyan. Un volumen con sonetos de Shakespeare y Ro*binson Crusoe* de Defoe. Aunque parecía ser un caballero, tal vez incluso un verdadero noble, a ella le seguía sorprendiendo que supiera leer.

Pasó las horas siguientes hojeando los libros, pero las páginas no lograron captar su interés. Tenía cosas más importantes que hacer. Cuando por fin él volvió a entrar en la casa, ella caminaba de un lado a otro, dispuesta a llevar a cabo su plan.

-¿Cuánto falta para la cena?

El le lanzó una mirada desafiante por encima del hombro musculoso.

-Con calma, duquesa. Yo no soy uno de sus criados; le aconsejo que me lo pregunte de buena manera, ya que si no tendrá que prepararse usted misma la comida.

Velvet alzó el mentón.

-Jamás he preparado una comida.

-¿Por qué será que no me sorprende en absoluto?

-¿Es usted realmente un lord? -el cambio de tema lo tomó desprevenido-. Tengo la sensación de que está muy acostumbrado al título.

El sacudió sus hombros poderosos.

-Tal vez lo fui... hace tiempo. Pero ahora todo es un poco confuso.

-Pero, ¿es un miembro de la nobleza o no? Jason arqueó una de sus oscuras cejas.

-¿Y qué importancia tiene? ¿Tanto le importa? Pero por supuesto, claro que debe ser importante para una dama que se supone que va a casarse con un duque.

La frase le pareció extraña.

-¿Cómo que *se supone* que va a casarse? *Voy a* casarme con él. Ni usted ni nadie podrán impedirlo.

El dejó caer con ruido la cuchara en la cacerola.

-¿Tan convencida está? -apretó la mandíbula-. No pensé que ese hombre le gustara tanto -se frotó la cicatriz de la mano-. Sospecho que habrá momentos en los que quizá sea encantador. Y supongo que es bastante apuesto. ¿Intenta decirme que se trata de una pareja por amor?

Velvet se mojó los labios. ¿Enamorada de Avery Sinclair? Avery no era un hombre a quien se pudiera amar. Estaba demasiado enamorado de sí mismo. Velvet suspiró y dirigió la mirada hacia las llamas.

-No. No estoy enamorada de Avery. Ojalá lo estuviera. La boda fue un arreglo de mi abuelo -más o menos, era así-. A los dos nos conviene; a nuestras familias también.

El cuerpo de Jason se relajó un poco más. Ella no acertaba a comprender su interés en el asunto.

-El guiso está listo.

Llenó un cuenco de peltre y se lo pasó, luego sirvió otro para él. Comieron en silencio; en cuanto terminaron, él recogió los dos cuencos y los llevó afuera para lavarlos.

El momento había llegado. Velvet sintió que el corazón se le paralizaba unos instantes antes de ponerse a latir con toda su fuerza. Se puso de pie apresuradamente y fue a la chimenea, donde tomó el pesado atizador de hierro que él había utilizado para avivar las llamas y corrió escalera arriba. No podía esperar más tiempo. Debía haber actuado a la mañana temprano, pero algo se lo había impedido.

Miró hacia la ventana cubierta por los tablones y advirtió el resplandor de los rayos de sol metiéndose por las rendijas. El sol seguía muy alto en el cielo; aún quedaban muchas horas de luz hasta el anochecer. Esta vez se llevaría el caballo, y, si todo salía bien, el bandolero no estaría en condiciones de perseguirla.

La mano que agarraba el atizador de hierro estaba sudada. Lo soltó para secarse con la falda de lana parda y apoyó la oreja en la puerta para ver si había regresado.

No pasó mucho tiempo antes de que lo oyera moverse en la planta baja. Ya había sacado los vistosos narcisos amarillos del jarrón del tocador, y vació el agua en la bacinilla que había debajo de la cama. Con el atizador en una mano, arrojó el jarrón al suelo lanzando un grito destinado a simular dolor mientras el cristal se hacía añicos.

-¿Duquesa?

Soltó un débil sollozo parecido al llanto, después se encaramó a una silla que había arrastrado hasta detrás de la puerta. Tenía el estómago lleno de nudos y la boca más seca que el algodón, pero el propósito permanecía firme.

-Duquesa, ¿pasa algo?

Las pesadas botas subían los escalones de dos en dos.

Velvet contuvo la respiración para reunir coraje, alzó el atizador con las manos temblorosas y lo sostuvo en alto esperando que él entrara de golpe en la habitación. Sentía el estómago como si fuera de plomo. Dios mío, no quería hacerle daño, pero agarró con más fuerza el atizador y lo dejó caer sobre su cabeza.

Un ojo azul y centelleante captó el movimiento y se agrandó por la sorpresa. En el último momento se apartó lo imprescindible. El atizador le dio en un costado de la cabeza y rebotó en su hombro. De todas formas, el golpe surtió efecto y se desplomó en el suelo.

-¡Cielo Santo!

Velvet bajó con dificultad de la silla, las piernas flojas *y* temblorosas, tiró el hierro a un lado, se arrodilló *y* le tocó la mejilla.

-Lo siento -susurró tratando de no oír su lastimero grito de dolor-. Tuve que hacerlo. Tengo que salir de aquí.

La mejilla tenía una buena temperatura. No lo había matado, gracias a Dios. Con suerte, no resultaría una herida fatal.

Le temblaba todo el cuerpo. Bajó la escalera a toda velocidad y sólo se detuvo para tomar rápidamente la capa y algo de pan y queso que había logrado esconder. Hecho esto, salió corriendo hacia el establo. El gran caballo negro estaba ahí; por suerte, el mozo de cuadra se había ido. Había rezado para que no intentara detenerla.

-Vamos, *Blackie* -susurró recordando el nombre con el que el bandido lo había llamado.

Ella tomó el ronzal y logró sacar el caballo del establo, después acomodó la cuerda que le rodeaba la cabeza para utilizarla a modo de riendas. Sólo tuvo tiempo de colocar una almohadilla en la silla de montar. Salió de las caballerizas tirando del caballo, se encaramó a la valla y a continuación se dejó caer sobre la silla. Se arregló la falda alrededor sin importarle que las piernas, enfundadas en medias, le asomaran por debajo del dobladillo.

-Buen chico, tranquilo, tranquilo.

El caballo era brioso, pero ella era una amazona aceptable. Mejor que la mayoría de mujeres, cuando montaba como es debido. Seguro que, a horcajadas del gran caballo negro, lograría llevarlo con la suficiente destreza y llegar a algún pueblo de los alrededores.

Al menos, eso es lo que pensaba mientras clavaba los talones en las costillas del animal y se inclinaba hacia delante. Pero al primer brinco del portentoso caballo, unas manos enormes la aferraron por la cintura y la arrancaron con brusquedad de la silla. Velvet gritó al ver al tuerto Jack Kincaid empujándola hacia el suelo justo delante de él, con el rostro hecho una auténtica máscara de furia. Se le cortó la respiración. Forcejeó para soltarse pero los dedos le agarraban los brazos y se le clavaban en la parte superior impidiéndole cualquier movimiento. Un hilo de sangre corría por la frente del hombre y, a pesar de lo mucho que deseaba escapar, se le encogieron las entrañas al ver la herida que le había hecho.

-¿De paseo, milady?

El terror se apoderó de ella al ver la cruel tensión de su mandíbula. Dios Santo; era probable que ahora sí la matara. Se mordió el labio tembloroso.

-Lo... lo siento. Tenía que escaparme.

En su semblante apareció una cruel expresión. -Lamento desilusionarla.

Sintió un terror aún más intenso. Un hormigueo escalofriante le recorrió la espalda y se instaló en su estómago, como un trozo de acero frío. Miró la expresión de su rostro y por primera vez comprendió que en lugar de un solo ojo que la fulminaba con una mirada amenazante, esta vez había dos.

-¡Dulce Jesús! -susurró sintiendo una repentina parálisis-. ¿Quién es usted? No es Jack Kincaid, el tuerto.

La dura expresión se acentuó.

-Su Némesis, milady. Un hombre que ha subestimado su voluntad por última vez. -Lanzó un agudo silbido para llamar al caballo. La agarró del brazo con fuerza y condujo el animal de nuevo al establo, arrastrándola a ella a su paso. Arrojó la almohadilla y desató las improvisadas riendas, para después llevarla de nuevo a la casa sin dejar de clavarle los dedos en la carne durante todo el trayecto.

Velvet trató de no llorar, pero el dolor que sentía por la forma en que la llevaba, más la profunda sensación de fracaso, hizo que llegara a la entrada de la casa con las mejillas bañadas en lágrimas.

El bandido lo advirtió, maldijo, y para sorpresa de ella, aflojó un poco.

-Entre -dijo con brusquedad.

Ella obedeció apartándose con sus cansinos pasos hasta una distancia prudente.

El se volvió hacia ella y la miró con toda la intensidad de sus penetrantes ojos.

-Maldita sea, mujer. ¿Es que no lo entiende? Podrá irse cuando llegue el momento y no antes. No complique más las cosas para ninguno de los dos y resígnese, ¡no se va a ir hasta que yo lo diga!

Ella se sorbió la nariz y se secó las lágrimas en las mejillas.

-¡Por todos los diablos!

El bandido salió de la casa dando un portazo tan fuerte que resonó en las vigas del techo, oscurecidas por el humo. Por la ventana, ella lo vio encaminarse hacia el abrevadero. Allí, sumergió la cabeza y después la sacudió para escurrir el agua de su cabello ondulado, como haría un perro saliendo de un arroyo helado. Advirtió que en la mejilla de él había una mancha rosada y una sensación de culpa se apoderó de ella.

Dios Santo, ella jamás había herido a un ser humano. Se odiaba por ello, aunque tampoco podía negar el legítimo motivo que tenía para hacerlo. Retrocedió varios pasos cuando él volvió a entrar pero no hizo ningún amago de acercarse; se limitó a desplomarse en el sofá, cerrar los ojos y apoyar la cabeza en el respaldo.

Velvet lo miró con cierta cautela. En el costado de su rostro empezaba a asomar un moretón y otro arranque de culpabilidad la invadió. Se acercó un poco a él.

-No quise hacerle daño -dijo con hilo de voz.

Un par de ojos azules se abrieron de golpe. Ella los sintió sobre su rostro, como si la estuviera tocando.

-Como mujer que es, jamás tendría que haber confiado en usted.

Velvet suspiró.

-Si me contara la verdad, qué es todo esto, tal vez pueda ayudarlo. No creo que sea Jack Kincaid. Ni siquiera estoy segura de que esté interesado en el rescate. Por favor... si pudiera...

-Señora, si guardara silencio, tal vez dejaría de dolerme la cabeza.

Velvet se mordió el labio inferior. El hombre estaba dolorido, y ella era la causa. Se acercó al cubo de agua que estaba junto a la chimenea, humedeció un trapo, volvió al sofá y 10 puso con suavidad sobre la herida de la cabeza.

Aquellos ojos penetrantes se abrieron poco a poco. Había algo sombrío y turbulento en sus profundidades, relacionado con el dolor y la traición. Algo que le hizo arrepentirse y desear no haber hecho lo que había hecho.

-Tuve que hacerlo -susurró-. Ojalá lo entendiera.

Los ojos volvieron a cerrarse despacio.

-Tal vez lo entiendo -dijo sin mirarla-. Tal vez hasta la admiro por ello. Pero a pesar de todo, no puedo dejar que se marche.

Velvet no dijo nada más. Nunca había conocido a un hombre así. No lo entendía en absoluto, pero se sentía atraída hacia él. Le fascinaba el peligro que parecía rodearlo. Le conmovía la suavidad que había intuido en él más de una vez.

Tenía que seguir luchando contra él. No había otro remedio. Pero sabía que pasara lo que pasara, jamás volvería a hacerle daño.

5

Carlyle Hall resplandecía como una joya en la oscuridad de aquella fría y despejada noche de marzo, con todas las ventanas iluminadas por el resplandor de las velas de cera de abeja. Las notas de un clavicémbalo flotaban en la quietud de la noche.

Construida a principios de siglo, la casa tenía un diseño palatino y estaba edificada en piedra de Portland. Sus majestuosas balaustradas venecianas, sus elegantes ventanas sobre los frontones hacían del lugar uno de los parajes más atractivos del paisaje de West Sussex.

Bajo los techos pintados de la cámara del rey Jaime, Avery Sinclair caminaba de un lado a otro delante del sofá de brocado dorado junto al que se encontraba Bacilius Willard, un ex comisario del cuerpo de policía londinense, fornido y corpulento, que aferraba su tricornio con cierto nerviosismo.

-¿Dónde demonios se ha metido? -el resplandor de la chimenea se reflejaba en la peluca plateada que cubría la dorada cabellera del duque-. ¡Por todos los santos, sólo faltan tres días para la boda! Los invitados están empezando a llegar. Por ahora no se han dado cuenta de que la mocosa ha desaparecido, e incluso el viejo lo olvida la mitad de las veces. Pero tarde o temprano van a descubrir que algo va mal.

-Ya deberíamos haberla encontrado -dijo el gigantesco hombre-. Pusimos una docena de hombres recorriendo todos los caminos de la zona y también del lugar donde la raptaron. Tarde o temprano, vamos a encontrarlos.

-¡Bueno, pues más vale temprano que tarde, desde luego!

Baccy asintió con su enorme y encrespada cabeza. Llevaba más de seis años trabajando para Avery, desde que lo habían arrestado por un hurto menor y enviado a la prisión de Newgate.

-El cochero dijo que se llevaron a la muchacha con intención de pedir un rescate, pero hasta ahora no ha habido ningún mensaje.

-Es una joven pizpireta y hermosa. Acaso sus encantos le hayan hecho perder los sentidos.

El rostro voluminoso y picado de viruelas de Baccy enrojeció.

-Si la toca es hombre muerto. Yo mismo perseguiré a ese bastardo y le abriré la garganta de oreja a oreja. Tiene mi promesa, Su Excelencia.

Avery hizo un ademán con la mano para restar importancia a las palabras de Baccy.

-Tal como están las cosas, el hecho de que la viole o no es lo de menos -aunque la idea de que un vulgar ladrón frustrara sus planes hizo que la furia le recorriera todo el cuerpo-. Lo único que importa ahora es encontrarla, y encontrarla pronto. No puedo seguir ocultándoselo a su abuelo mucho más tiempo. Y además, está la boda. Se nos está acabando el tiempo.

Baccy enderezó el tricornio que sujetaba entre las manos.

-No le fallaré, Su Excelencia.

-De eso estoy seguro.

Avery tenía la certeza de que la promesa del hombre era verdadera. Baccy Willard era más leal que un sabueso. Avery le había salvado de la horca en Tyburn Hill, sacándolo de las fauces del lobo, y, como resultado, no había nada en el mundo que este grandullón no hiciera por él.

Que era justo lo que él había querido.

-Y ahora ponte en marcha -dijo Avery dándole unas palmaditas en el fornido hombro, casi como si tirara un hueso a un perro de aguas-. Tráeme a esa mocosa y habrá una hermosa bolsa rebosante de guineas de oro para ti.

Baccy no respondió. A diferencia de Avery, el dinero no significaba gran cosa para él. El trabajaba a cambio de una palabra amable, un halago o una sonrisa de agradecimiento.

Al verlo marchar, Avery sintió un súbito arrebato de júbilo, pensaba que aquélla era la forma más acabada de esclavitud para aprisionar a un hombre.

Transcurrió un día más. Jason cepillaba las espesas crines negras del caballo, tratando de aprovechar cualquier tarea para distraer la mente de la chica que había dentro de la casa. Aún le dolía la cabeza cuando hacía un movimiento demasiado rápido. Maldita sea, todavía no podía creer que él hubiera sido presa tan fácil de sus maquinaciones.

Una vez, hacía ocho años, Celia Rollins le había amedrentado de forma muy parecida. Casi había significado su muerte. Por todos los diablos, tendría que haber aprendido ya la lección.

Con todo, las circunstancias no eran ni siquiera parecidas. Velvet Moran no lo había traicionado, ni tampoco había fingido sentir algo por él cuando en realidad no era así. No había hecho un pacto con el diablo, en la persona de su inescrupuloso hermano. No la movía el afán por hacerse con su fortuna.

Tan sólo había intentado escapar. Luchaba por ponerse a salvo de un hombre que le resultaba una amenaza desconocida, un hombre cuyas intenciones no podía imaginar, ni el final que había podido prever para ella.

En circunstancias parecidas, ¿acaso él no habría reaccionado igual?

En realidad, como ya había dicho, la admiraba por la valentía de hacer algo al respecto.

Otras mujeres se habrían desmayado con sólo verlo galopar a toda velocidad tras el magnífico carruaje de los Haversham. La mayoría se habrían ahogado en sus propias lágrimas al oír un disparo sobre su cabeza.

Velvet no había reaccionado de ninguna de las dos formas. Se había sacrificado ella para salvar a otras personas, y después lo había enfrentado con toda la fuerza y determinación que poseía.

Era demasiada mujer para su criminal hermanastro; en el transcurso de las últimas horas ya había decidido que ese canalla no iba a quedarse con ella. Velvet se merecía un matrimonio decente. En cuanto se viera libre del duque, encontraría un esposo respetable, un hombre acorde con una mujer valiente y fogosa, como lo era Velvet Moran.

Miró hacia la puerta de la casa y una sonrisa involuntaria afloró a sus labios. Se preguntaba qué nueva estratagema, a pesar de todo, estaría planeando ahora, ya que ni por un instante creyó que ella hubiera desistido en sus intentos de burlarlo.

No iba a lograrlo. De eso estaba seguro. Se jugaba demasiado como para sucumbir ante una chiquilla.

La sonrisa de sus labios se ensanchó. Teniendo en cuenta el chichón que tenía en un costado de la cabeza, se preguntaba; con entusiasmo paradójico, adónde lo llevaría su próximo desafío temerario. Comenzó a pensar en poner fin a la tarea que él mismo se había impuesto y en regresar a la casa.

Velvet miraba por las rendijas de la ventana cegada de su habitación. El bandido todavía seguía en el establo. El bandido. Así era como ella lo seguía considerando, aunque ahora que veía sus dos ojos sanos, tenía claro que no era Jack Kincaid. Y hasta era más apuesto de lo que se podía imaginar. Tan alto e imponente que le cortaba la respiración.

Velvet suspiró. Quienquiera que fuese, seguía siendo su adversario, un hombre a quien tenía la obligación de burlar, de una forma u otra. No iba a ser fácil, como ya se había dado cuenta, pero si acaso existía una manera de hacerlo, estaba dispuesta a encontrarla.

Con esta idea en mente, volvió a cerrar el último cajón del aparador, contrariada por no haber encontrado nada de utilidad en él.

Había un viejo arcón de madera apoyado contra una de las paredes. Cruzó la habitación y se arrodilló frente a él. No temía que él la sorprendiera. Si entraba en la casa, ella lo oiría, y aunque fuera al piso de arriba, hasta ahora no había intentado jamás invadir la intimidad de su dormitorio.

El arcón crujió al abrir la tapa. Había una bandeja con útiles de costura: una madeja de lana aún sin ovillar, agujas de asta de ciervo, una vistosa bobina de hilo de bordar, varios largos de tela burda de lana sin teñir. No había nada que pudiera serle útil. Levantó la bandeja y buscó un poco más abajo. Medicamentos: tiras de muselina decolorada para utilizar como vendas, sales de amoniaco para los desmayos, varios tarros de ungüento. Levantó la tapa de uno de los tarros y arrugó la nariz por el olor a grasa rancia mezclada con rábanos y hebras oscuras de otras hierbas indescriptibles.

Había varios paquetes más de hierbas en el fondo del arcón. Abrió uno y reconoció el olor de ortigas secas, abrió otro y frunció el entrecejo. Era un tipo de seta que se encontraba en el bosque, una planta narcótica que a menudo se pulverizaba y se mezclaba con ponche caliente de vino y especias como pócima para dormir. Cook le había enseñado cómo hacer tal brebaje para su abuelo, cuando se presentaba la necesidad.

Un vago pensamiento comenzó a revolotear en el fondo de su mente. Trató de que se desvaneciera pero no lo logró, sino que, al contrario, se convirtió en una idea muy sólida. Había prometido no hacerle daño nunca más pero, ¿qué mal podía hacerle sumirlo en un sueño profundo y relajante?

Tarde o temprano despertaría.

Para entonces, ella ya no estaría allí.

Librodot

Velvet sonrió y apretó el paquete contra su pecho. Ellos hacían la comida fuerte a media tarde. El mozo de cuadra ya había traído pastel frío de paloma, empanada de cordero, queso stilton y una jarra de vino. La comida, envuelta en una tela, y el vino, estaban encima de la mesa que había detrás de la chimenea.

Miró por la ventana una vez más. No había rastro del bandido. Puso el paquete de hierbas en el suelo y lo pisoteó con el fin de pulverizarlo, después lo machacó aún más con el jarro de peltre que había junto al cuenco y la jarra de agua del aparador.

Cuando terminó, bajó a la sala. La jarra de vino estaba justo donde el mozo la había dejado. Sacó el tapón y se puso a verter el polvo, pero de pronto la mano se detuvo sobre la jarra.

¿Cuánto habría que echar?

Era un hombre corpulento. Haría falta una porción generosa, ya que nunca bebía más de uno o dos vasos de vino. Por lo que tenía entendido, la pócima no era mortal. Cerró los ojos y vació todo el paquete en la jarra. Volvió a poner el tapón y la agitó hasta que creyó que ya se habría disuelto bien.

No bien terminó, se oyeron unas pisadas. Se alejó. apresuradamente de la chimenea y corrió a sentarse en el sofá, tomó el libro que simulaba leer y enterró la nariz en sus páginas con la esperanza de que el sonrojo de culpa que había teñido sus mejillas desapareciera antes de que el bandido, o quienquiera que fuese, tuviera tiempo de darse cuenta.

El bandido se detuvo en la entrada y la contempló unos instantes, más de lo que hubiera querido, y finalmente entró en la habitación y cerró la puerta. Ella se obligó a no mirarlo a medida que se acercaba, aunque sus largos pasos amenazadores siempre lograban captar su atención.

-Los sonetos de Shakespeare -dijo arqueando las cejas oscuras-. Creí que estaba leyendo a Defoe.

Su corazón se aceleró. Dios mío, ¿cómo había podido equivocarse así? Fingió un suspiro de cansancio.

-En realidad, ninguno de los dos atrapa mi interés. Lo único que puedo pensar es cuánto tiempo más he de permanecer aquí encerrada -el molesto comentario encajaba con sus sospechas.

-Lo siento, duquesa -Jason elevó la comisura de sus labios-. Considérelo un respiro ante las enormes responsabilidades que le esperan como esposa de un duque.

Velvet se echó el cabello hacia atrás, ya gratamente acostumbrada a llevarlo simplemente recogido atrás, flojo y sin empolvar.

-Vaya, tendré cientos de criados a mi entera disposición. Me imagino que tendré todo el tiempo del mundo para sufrir.

El bandido frunció el entrecejo.

Ella apartó el libro y contempló el apuesto semblante del hombre.

-Tiene dos ojos sanos, no uno sólo. No creo que sea Jack Kincaid. Al menos, podría decirme su nombre.

Por unos instantes él guardó silencio y ella no creyó que fuera a contestar. El corazón le empezó a latir con fuerza cuando vio que él se dirigía hacia la mesa donde se encontraba el vino, destapaba la comida y se disponía a preparar la mesa. La miró por encima del hombro.

-Jason -dijo-, me llamo Jason.

Velvet sonrió.

-Jason -repitió, paladeando el nombre. Tenía cierta suavidad que no encajaba con él, un barniz de cortesía que contrastaba con su peligroso personaje-. No es nombre de bandolero, sin embargo, resulta muy adecuado.

Jason no dijo nada, sólo se limitó a llenar los dos platos de peltre con comida y a continuación sirvió una copa de vino para cada uno. Velvet aceptó la comida y la bebida, las llevó al sofá y se sentó. Comenzó a mordisquear el pastel frío de paloma, pero el estómago le gruñía por los nervios y casi no pudo comer. Fingía dar pequeños sorbos de vino, pero se

aseguró bien de no tragar ni una gota.

Jason dejó el plato limpio y bebió el vino, después se sirvió una segunda copa y también la bebió. Cuando vio que él la llenaba por tercera vez, Velvet se puso tensa.

-Parece que hoy tiene más sed que nunca.

Él miró al vaso y después a ella, entonces advirtió que, sin darse cuenta, ella se estaba mordiendo el labio inferior.

-¿Por qué lo dice? ¿Tiene miedo de que me emborrache y la viole? Le aseguro que eso no va a suceder -terminó la copa-. Quédese tranquila, milady, unas cuantas copas de vino no me van a convertir en una bestia voraz -pero tuvo que parpadear cuando estaba terminando la frase y volvió a depositar el vaso con lentitud, en la mesa.

Velvet, mirándolo con los ojos entrecerrados, advirtió cómo su alta figura se hundía en el asiento junto al fuego lento que ardía en la chimenea. Jason se quedó mirando con fijeza las brasas, olvidándose del vino y al parecer, también de su presencia. ¡Cielo Santo, estaba funcionando!

Transcurrieron unos minutos. Poco a poco los ojos se le fueron cerrando y el pulso veloz de Velvet se disparó aún más. Iba a salirle bien. ¡Dios mío, el plan iba a funcionar al fin!

La cabeza se le desplomó hacia delante, cayendo flojamente sobre el pecho. Cada vez más recostado, terminó hundiéndose en la silla con el cuerpo flojo, los músculos relajados y los párpados completamente cerrados.

Un poco más, pensó Velvet con los nervios a punto de estallar de entusiasmo y de urgencia por salir corriendo. Unos cuantos minutos más, y podría marcharse.

Jason tenía la cabeza caída de tal forma que la barbilla llegó a apoyarse en el pecho. Velvet también se inclinó hacia delante en el borde del sofá, con el corazón latiéndole con fuerza mientras esperaba y esperaba.

Estaba casi a punto de levantarse cuando el bandido se tambaleó hacia un lado y con un sobresalto se enderezó. Pestañeó una y otra vez, se pasó la mano por el rostro, después, con gran aturdimiento, se volvió hacia ella.

No bien lo hizo, sus feroces ojos azules leyeron en su rostro la culpabilidad que había en él y supo al instante que, de alguna forma, ella era responsable del estado en que se encontraba.

-¿Qué ha hecho? -rugió mientras se incorporaba de golpe-. Por todos los diablos, ¿me ha envenenado?

En dos pasos la tenía a su alcance y con su voluminosa mano la aferró por la cintura para inmovilizarla.

Ella trató de soltarse, pero la tenía sujeta con una fuerza férrea.

-¡Por el amor de Dios... no lo he envenenado! jamás haría algo así! No va a morir... es sólo un somnífero. No le va a hacer mal... ¡sólo se quedará dormido!

El se tambaleó y casi perdió el equilibrio, pero no le soltó la cintura.

-¡Arpía! -gritó-. ¡Maldita arpía!

La arrastró hasta llevarla un poco más cerca de la chimenea y, alargando la mano agarró la correa de cuero que había servido para atar el trapo que envolvía la comida.

-¿Q... qué hace? ¿Qué...?

La atrajo hacia él con brusquedad, y ella lanzó un grito. Después pasó la correa alrededor de su cintura y de la suya propia y la ató de forma que quedara bien tirante. Con somnolencia acusada, vertió un poco de vino en el nudo para que el cuero lo absorbiera y entonces tiró de él para dejarlo aún más tirante.

-Tal vez me duerma, duquesa, pero quédese tranquila porque mientras yo duerma, no va a ir a ningún sitio.

Se dirigió hacia el sofá tambaleándose con la intención de echarse antes de que cayera dormido, pero no llegó. La apretó contra su cuerpo y los ojos le quedaron en blanco. Se le

doblaron las rodillas, y los dos se desplomaron en el suelo formando una maraña de piernas y brazos, con todo el peso del bandido encima de ella.

-¡Ay, Dios mío!

Casi no podía respirar. Tuvo que hacer un esfuerzo considerable para lograr mover su cuerpo el mínimo espacio que necesitaba para llenar los pulmones de aire. Le llevó unos instantes orientarse de nuevo. En cuanto lo hizo, su rostro se *sonrojó de vergüenza. Tenía la mejilla* contra su hombro. El muslo de él metido íntimamente entre sus piernas, y una gran mano callosa descansaba sobre su pecho. Sus largos dedos la rodeaban, y lo único que impedía que tocaran su piel era la barrera que formaba la fina blusa de muselina.

La punta de un dedo le rozaba un pezón.

No bien lo sintió, el blando botón se puso rígido y un extraño y dulce calor se instaló en su estómago. ¡Santo Dios bendito! Trató de moverse pero no pudo; sólo lo consiguió acercando aún más sus partes femeninas contra la pierna de él. Estaba montada sobre los músculos largos *y* duros de su pierna, *y* al darse cuenta, un calor ardiente le invadió las entrañas.

Le latía el corazón con fuerza enloquecida, pero con todo, una extraña curiosidad comenzó a despuntar en su interior. Tenía una mano inmovilizada del todo, pero la otra no. Vacilante, la levantó una pulgada, después otra más. Palpó su camisa de lino con las puntas de los dedos, recorriendo, con un leve roce, la ancha y poderosa espalda que se iba estrechando hacia la cintura, delgada y recubierta de músculos. Como si tuviera vida propia, la

mano fue descendiendo hacia las nalgas, examinando las curvas y su firmeza. Una sensación de culpabilidad la impulsó a retirar la mano con brusquedad y volver a la cintura, pero el recuerdo de la tersa carne perduró en sus dedos.

Velvet apretó los dientes. No se le ocurría una tortura peor que aquella. Iba a permanecer varias horas tendida bajo él, con su cálido aliento acariciándole la mejilla y sin poder moverse debido al cuerpo fornido que la inmovilizaba. Iban a ser horas de sentir extrañas sensaciones *y* cosquilleos corriéndole por las venas *y* acomodándose en la parte baja del estómago. En el transcurso de aquellos largos minutos, de pronto acusó un suave escozor, uno en el seno, que le tentaba a presionarlo del todo contra su mano, y otro en un sitio más abajo.

Cielo Santo... ¿qué le estaba pasando? Ese hombre era un bandido, un ladrón, o quizás algo peor. A pesar de todo, el escozor persistía y con el paso de las horas lo maldijo. También se maldijo a sí misma. ¿Cómo había dejado que le sucediera esto?

Cuando cayó la noche, comenzó a sucumbir bajo el peso de semejante cuerpo sobre ella. Estaba agotada por el esfuerzo continuo de tratar de apartarse de él, de luchar por liberarse. De fingir no advertir la calidez de su cuerpo voluminoso ni el suave cosquilleo del suyo propio. Sin saber cuánto tiempo más iba a permanecer atrapada debajo de él, agradeció la sensación de cansancio y finalmente se quedó dormida.

Aunque el fuego de la chimenea se había apagado hacía ya tiempo, no tenía frío y, en sus sueños, se vio extrañamente protegida.

Jason se movió. La cabeza se le partía, como si tuviera dentro una docena de tambores retumbando con fuerza, y sentía todo el cuerpo aletargado. Todo el cuerpo menos una parte.

Esa parte estaba más dura que una piedra y latía al mismo ritmo que el martilleo que sentía en la cabeza.

Por todos los diablos, ¿qué demonios sucedía? Sacudió la cabeza para ver si conseguía aclarar sus confusos pensamientos y abrió los ojos haciendo un esfuerzo hercúleo. ¿Pero qué:..? ¡Estaba tirado en el suelo! La habitación estaba a oscuras y hacía frío. Empezó a temblar. De pronto la cabeza se le aclaró, y sus pensamientos fueron a toda velocidad hacia la chica, desesperándose ante la posibilidad de que hubiera escapado de nuevo y de saber adónde habría ido.

Los acontecimientos se sucedieron rápidamente. Antes de moverse siquiera, sintió la suavidad del cuerpo de la mujer debajo del suyo, vio que tenía la falda subida, las piernas

separadas *y* la suya en medio, *y* también vio que una de sus manos ahuecadas aprisionaba un pecho de la joven.

Jason gruñó, cada vez más excitado, y se apretó junto a la calidez que había entre las piernas de la joven. Los ardientes cabellos oscuros le acariciaban la mejilla y algunos mechones suaves se le enroscaban en el cuello y los hombros.

Hizo un movimiento instintivo y el pezón que había bajo su mano se erizó.

Todo su cuerpo vibró como respuesta y Jason juró para sus adentros. Se puso de rodillas con rapidez, arrastrándola también a ella en su movimiento, lo que la hizo pestañear y mirarlo fijamente.

El le dedicó una sonrisa atrevida.

-¿Bonitos sueños, milady? Habría pensado que preferiría la comodidad de su cama.

-¡Canalla! -gritó Velvet, apartándose de él, lo que hizo que volviera a rebotar contra su cuerpo gracias a la correa de cuero que tenía alrededor de la cintura.

-Tranquila, duquesa. Esta es su pequeña travesura, no la mía.

-¿Está... está diciendo que todo esto es por mi culpa? ¿Acaso me está echando la culpa a mí? ¡Nada de esto es culpa mía! ¡Es usted quien me ha raptado!

-Sí; también yo soy el que se está cansando de sus intentos de burlarme -se incorporó sin gran equilibrio y la ayudó a hacer lo mismo-. Escúcheme bien, duquesa, otro temerario intento como éste y no respondo de mis actos -le alzó el mentón con la mano-. Y puedo prometerle, sin embargo, que la próxima vez no seré tan benevolente -le lanzó una mirada severa-. ¿Me he explicado bien?

Ella no dijo nada, y él le soltó el mentón.

-Hay una forma más fácil de acabar con esto -respondió ella al fin mientras se apartaba-. Permita que me marche.

-Cuando llegue el momento lo haré.

-¿Y cuándo será ese momento, se puede saber? ¿No será después del día de la boda?

El la fulminó con la mirada.

-Precisamente.

-¿Qué?

-Lo crea o no, algún día me lo agradecerá. -¡Agradecérselo! ¿Se ha vuelto loco?

Pero él no le hizo caso.

-Hace frío aquí -se agachó y sacó un cuchillo de la bota, giró el filo y lo utilizó para cortar la correa de cuero que los mantenía unidos por la cintura. Velvet parecía querer hundirle el cuchillo en las costillas.

Revolvió los leños junto a la chimenea y los apiló con esmero sobre el carbón, y utilizó el fuelle para reavivar las mortecinas brasas, casi apagadas por completo, y avivar el fuego.

-Un buen fuego nos vendrá bien.

-¡Es... es insufrible!

Velvet se dio la vuelta y enfiló hacia la escalera. Jason trató de no fijarse en la manera en que sus largos cabellos rojizos revoloteaban por su espalda, ni en los esbeltos tobillos que, revestidos por las medias, asomaban bajo la falda alzada. Pero sobre todo, trataba de no pensar en la suavidad de su pecho cuando su mano reposaba en él.

Cuando ella subió a su dormitorio y cerró la puerta de un portazo, de pronto se alegró de haber dormido tanto tiempo y con un sueño tan profundo. Sabía que con el recuerdo del suave cuerpo de la mujer invadiéndole la mente durante lo que restaba de la noche, no podría haber dormido demasiado.

Jason dirigió la mirada hacia la puerta del dormitorio, en la planta alta. De eso podía estar seguro.

El duque sonrió con efusividad al vizconde de Landreth y a su rolliza esposa, Serena, quien, coronando la ancha escalinata de granito, se pavoneaba en su descenso hacia la entrada.

-Me alegra que haya venido, Landreth. Un viaje infernal, supongo, con las carreteras tan embarradas como están.

-No me lo habría perdido por nada del mundo.

Hizo un guiño tan marcado que se le *cayó* el monóculo de las gruesas bolsas de piel que rodeaban su ojo.

-Atrapaste un buen bocado. Yo tenía la esperanza de casarla con mi hijo, pero hay que decir que no tenía muchas posibilidades compitiendo con un hombre de su talla.

Avery sonrió con cortesía.

-Sé que soy un hombre afortunado -se volvió hacia el mayordomo, que aguardaba a poca distancia-. Cummings, lleva al vizconde y a su esposa a sus aposentos. Deben estar cansados. Supongo que querrán relajarse tras el fatigoso viaje.

-Ciertamente -dijo el vizconde-. Últimamente padezco de gota, entre otras dolencias.

Avery sonrió.

-Les espero a la hora de cenar.

El mayordomo inclinó la cabeza ya canosa hacia los invitados, y el vizconde, junto con su séquito de sirvientes, salieron de la habitación tras el mayordomo, lo que dio a Avery la oportunidad de escapar.

Se encaminó derecho hacia su despacho, donde Baccy Willard aguardaba como un colegial castigado frente al escritorio tallado de palisandro. Avery cerró la puerta con excesiva fuerza y lo vio estremecerse.

-Y bien, ¿dónde está? Dijiste que la ibas a encontrar. Me lo prometiste; ahora veo que me has fallado. Baccy bajó la cabeza.

-Hemos rastreado las malditas colinas, Su Excelencia, pero no hay rastro de ella.

Avery se obligó a reprimir el arranque de furia que amenazó con desbordarlo.

-Debió ir más lejos de lo que ninguno de vosotros imaginó.

-Sí, Su Excelencia. Creímos que se quedaría por aquí cerca para pedir el rescate.

-Pues se ve que no lo hizo.

-No, Su Excelencia.

Avery apretó la mandíbula.

-Pasado mañana es el día de la boda. Cuando caiga la noche, la casa estará plagada de invitados. ¿Qué voy a decirles?

Baccy encogió sus anchos hombros.

-¿La verdad? -sugirió sin convicción.

-¡La verdad! ¿Qué verdad? ¿Que han raptado a la chica o que si este matrimonio no se celebra supondrá mi ruina?

Baccy bajó la cabeza mansamente.

-No me refería a esa verdad, Su Excelencia.

-Ya lo sé. Ahora sugiero que te vayas y la encuentres. Su abuelo está empezando a dar problemas; además, esta mañana llegó de Londres una carta del abogado que representa al titular del pagaré de Carlyle Hall. Si no actuamos pronto, la hipoteca se ejecutará. Yo me veré en la pobreza más absoluta y tú, mi querido amigo, volverás derecho a la vida de las calles.

Baccy se estremeció.

-La encontraré, Su Excelencia.

Avery agarró del escritorio un pesado pisapapeles de cristal y 10 miró fijamente con unos ojos glaciales que reflejaban las frías profundidades cristalinas.

-Entonces, hazlo de una vez.

Al ver que Avery no añadía nada más, el grandullón se volvió y apartó de sí la amenaza que había presentido en la dura expresión del duque para dirigirse hacia la puerta de salida con paso ligero.

Avery lo observó mientras se marchaba. Por razones que aún no lograba entender, Baccy Willard era el único hombre en quien podía confiar. Aunque su intelecto apenas superaba al de un niño, Avery le decía cosas que no decía a nadie más. Acaso era porque

sabía que en realidad no le entendía. O tal vez era la seguridad de que Baccy se dejaría arrancar la lengua antes de pronunciar una palabra referente a lo que Avery pudiera decir.

A lo mejor, tan sólo era la necesidad que tienen todos los hombres de hablar con alguien; en realidad, Baccy era el único con quien él podía hacerlo.

Fuera cual fuera la razón, no le preocupaba. Desde luego, no de la misma forma en que le preocupaba la desaparición de la heredera de Haversham. Necesitaba a Velvet Moran. Necesitaba su estupenda dote para salvar el pellejo.

¿Dónde demonios estaba?

Avery se puso a caminar de un lado a otro de la habitación, maldiciendo al bandolero que la había raptado y a Baccy Willard por su fracaso en llevar a la chica de regreso, maldiciendo las vueltas de la vida que lo habían empujado a hipotecar la casa y al despiadado titular del pagaré, quienquiera que fuese.

-¡Maldito sea!

Hizo un ademán con la mano cerrada en un puño, deseándole al bandolero la mayor de las perdiciones y deplorando la perspectiva de tener que enfrentar a la comitiva de invitados, que iba en aumento. En el plazo de apenas dos días, los miembros más distinguidos y acaudalados de la sociedad estarían ya instalados en Carlyle Hall. Con el propósito de impresionarlos, él no había reparado en gastos. Sus acreedores, ansiosos por presenciar la ceremonia, habían olvidado momentáneamente las deudas debido a los rumores que corrían respecto de la fortuna que pronto iba a caer en sus manos.

¿Y Velvet Moran? ¿Qué sucedía con ella? Hubiera quedado manchada su reputación o no, siempre y cuando siguiera viva, se casaría con ella. El pensaba liquidar la deuda que pesaba sobre Carlyle Hall, le reprocharía a ella su mala conducta y la dejaría en el campo lamentándose. Él pasaría la mayor parte del tiempo en la ciudad, utilizaría la fortuna de ella para reconstruir la suya propia y volvería a tener el mismo poder de su padre cuando era el duque de Carlyle.

Hasta ese momento, sólo tenía que continuar fingiendo. Avery se colocó una sonrisa fingida y fue a atender a los invitados.

6

Transcurrieron dos días más. Llegó el día de la boda. Velvet se preguntaba qué habría dicho Avery a los invitados, cómo les habría explicado que su prometida no había llegado, que el casamiento previsto no se iba a celebrar.

Ella había fracasado en sus intentos de huir, de regresar a tiempo de casarse con el duque. Durante toda la mañana sintió el peso del fracaso como una losa sobre los hombros. Miró la puerta, pero seguía cerrada. El bandido merodeaba por afuera, cuidando de mantenerse lejos de la casa y fuera del alcance de su furia. La única persona que había aparecido era el mozo de cuadra para vaciar bacinillas y llevar comida, pero sin decir nada. Sus modales indicaban claramente que su lealtad estaba con aquel hombre llamado Jason.

En ese momento se encontraba en el piso de arriba trabajando, ordenando la habitación y renovándole el agua fresca de la jarra. Lo observó mientras bajaba la escalera evitando posar la mirada donde se encontraba ella leyendo.

Velvet señaló la página del libro con el dedo y se volvió hacia el muchacho, que no levantaba la vista del suelo delante de ella.

-Te llamas Bennie, ¿no? -fue lo único que se le ocurrió. Deseaba encontrar la manera de persuadirlo para que la ayudara.

-Sí.

-¿Eres amigo de Jason?

Su cabello pajizo se encrespó.

-¿Está usted hablando de Su Señoría?

-Sí, de él hablo.

-El me paga, eso es todo. Yo hago lo que él me dice -respondió Bennie con cierta incomodidad y mirando hacia la puerta.

-El paisaje de aquí es hermoso... ¿no crees? -Hace un frío terrible en invierno, pero no está mal. -Se me ha olvidado el nombre de ese pueblo que hay en la carretera, no muy lejos... ¿cómo se llama? El la miró con recelo.

-No vaya a tratar de engañarme. Su Señoría ya me avisó, me dijo que usted era muy astuta y que no debía hacerle caso.

Velvet alzó el mentón.

-¿Qué más te dijo? ¿Te dijo acaso que me raptó? ¿Que estoy aquí retenida contra mi voluntad?

El mozo se dirigió hacia la puerta negando con la cabeza, con el cabello rubio arenoso cayéndole sobre la frente *y* ocultándole la mayor parte del rostro delgado *y* anguloso.

-Ese no es mi problema. No sé ni me interesa por qué la trajo aquí. Que yo sepa, él no le ha hecho ningún daño. Usted es su mujer. Tendría que hacer caso de lo que diga Su Señoría..

-¡Su mujer! ¿Eso te ha contado ese embustero?

Pero el chico se limitó a avanzar hacia la puerta.

-Yo también puedo pagarte -gritó Velvet a la espalda-, si me ayudas a salir de aquí. Te daría el doble de lo que él te paga.

El mozo hizo como si Velvet no hubiera hablado, abrió la puerta, salió y la cerró con firmeza tras de sí. Allí terminaron sus intentos de persuasión. Sospechaba desde el principio que no iba a poder comprar la lealtad de Bennie; sin entender por qué, aún lo apreciaba más por ello.

A pesar de todo, eso no la ayudaba a resolver su situación. Dio un suspiro de desesperación, volvió al sofá y miró el reloj que había sobre la chimenea. Las dos de la tarde. A esa hora ya tendría que haberse casado. No importaba el hecho de que si lo estuviera, en estos momentos se encontraría muerta de preocupación por la noche de bodas que le esperaba junto a Avery Sinclair.

Aunque su fría conducta fuera de lo más desconcertante y ninguno de sus desganados besos había despertado el mínimo deseo en ella, habría cumplido con su deber conyugal. Formaba parte del trato, era un precio que hubiera pagado de buena gana a cambio de salvar a su familia y la casa que adoraba.

Revolviéndose nerviosa en el sofá, Velvet alcanzó el volumen de *Robinson Crusoe* encuadernado en cuero que estaba tratando de leer, pero las letras se le borraban. La sensación de furia y contrariedad se le asentó en el estómago como una roca. En una arranque de ira, cerró el libro con brusquedad, lo tiró y lo vio caer al suelo con un ruido sordo.

¡Maldito sea! Si no se casaba con el duque, ¿cómo diablos iban a sobrevivir su abuelo y ella?

Casi no les quedaba dinero. Estaban retrasados con el salario de los sirvientes, y ya no les quedaban muchas cosas más para vender en la casa. Por otra parte, tendría que guardar las apariencias para poder cazar otro esposo millonario.

Miró por la ventana y vio al bandido a distancia que hacía trotar a su gran caballo negro atado con una soga. ¿Por qué querría detener la boda? ¿En qué le afectaba su matrimonio con el duque?

No encontraba ninguna respuesta.

Con gran frustración, se levantó airada del sofá, recogió el grueso libro de donde había caído y advirtió que la losa que había debajo parecía estar suelta. Velvet la miró con detenimiento. Parecía que la habían colocado así a propósito; nunca la habían fijado al suelo. Retiró el libro y comenzó a tratar de levantarla con la idea de que tal vez debajo pudiera haber

algo escondido.

Resoplando por el esfuerzo, logró levantar la pesada piedra y entonces vio un pequeño saco de cuero en el hueco. Al levantarlo, se oyó el repicar de monedas en su interior, pero fue el arma que había en el agujero lo que más le llamó la atención.

Una sensación de entusiasmo le corrió por todo el cuerpo. Sintiendo una repentina torpeza en las manos, tomó el viejo trabuco, lo sacó de su escondrijo y le quitó la tela protectora que lo envolvía.

Acarició con los dedos la madera desgastada y pulida.

-¿Funcionarás aún?

Advirtió que estaba bien cuidado, el cañón estaba todavía azulado, y los accesorios de latón aún olían a aceite. Estaba cargado y listo para disparar, advirtió mientras lo observaba con mayor detenimiento. Quien lo puso en ese lugar, quería estar prevenido ante cualquier amenaza que pudiera surgir.

Se apresuró hasta la ventana y vio que el bandido llevaba el caballo de nuevo al establo. En cualquier momento podía entrar.

Alzó el arma una vez más evaluando el peso de la misma en sus manos. Al parecer, la oportunidad había vuelto a presentarse; no podía rechazarla. Con todo, sabía que no podía disparar. Acarició la pulida madera de la empuñadura. ¿Qué hacer?

Velvet se mordió el labio cuando se abrió la puerta y entró Jason cargando varios leños. No había forma de esconder el arma, ni de postergar la acción que debía acometer, si es que en realidad reunía el valor necesario. Tragándose la incertidumbre, echó el percutor hacia atrás, con las dos manos, levantó el pesado trabuco y apuntó al pecho ancho de Jason.

-No... no quiero hacerle daño.

El dejó caer los leños, que rodaron delante de sus piernas.

-¿Pero qué demonios...?

-Lo único que quiero es salir de aquí. Es lo único que he querido siempre. Pero si me obliga, voy a utilizar esta arma. Apártese de la puerta y déjeme pasar.

Un músculo palpitó en la mejilla de Jason.

-Baje el arma, duquesa, antes de que alguien resulte herido.

Unos tenaces ojos de zafiro le recorrieron el rostro. Ella advirtió que sin querer estaba tratando de memorizar el tono exacto de aquel azul, intentando sellar la imagen de esas facciones en la mente para no olvidarlas nunca más.

-Quizá sea usted quien resulte herido -dijo pensando que en pocos instantes, aquel hombre llamado Jason iba a salir de su vida para siempre. La sensación provocó cierta tensión en su pecho-. Se lo voy a repetir, apártese de la puerta y déjeme pasar.

El corazón le tronaba. En las manos temblaba el trabuco. Lo empuñó con más fuerza para enderezarlo. Ella no iba a apretar el gatillo, pero él no lo sabía. Tenía la esperanza de parecer convincente.

El se acercó un poco más.

-Estoy cansado de sus juegos, duquesa. Retire esa maldita arma de una vez.

Velvet dirigió una mirada anhelante hacia la puerta, que continuaba abierta detrás de él.

-No puedo.

Comenzó a dar un rodeo para abrirse camino hacia la salida. Cuando alzó la mirada y contempló su rostro, vio cómo apretaba las mandíbulas de rabia. Un músculo le hizo temblar la mejilla y ella sintió un súbito temor recorriéndole la espalda.

-Por favor... Jason... apártese.

El cerró los puños. Los ojos azules y centelleantes reaccionaron con un ardor que no se molestó en ocultar.

-Le he dicho una y otra vez que no voy a hacerle daño, que en unos días más la dejaré libre. Se niega a escuchar. Me ha arrastrado por el lodo, me ha golpeado la cabeza y estuvo a punto de envenenarme. Ahora me amenaza con un arma de fuego. Se lo aviso, duquesa, deje esa maldita cosa ahora mismo o sé que no va a gustarle el precio que pagará por no hacer lo

que le digo.

Velvet alzó la ceja con perversa intriga ante el desafío.

-¿El precio, milord? Al parecer, ha olvidado que soy yo quien tiene el arma.

Jasón hizo una mueca.

-Y yo quien la pondrá sobre mis rodillas y le dará de azotes hasta dejarla medio muerta si no hace lo que le digo.

Velvet sintió que su coraje flaqueaba. Se mordió el labio. Su mirada era pura amenaza. Si la atrapaba, la iba a golpear. Por la puerta abierta entró una brisa. Ella bajó la mirada hacia el arma mortal. ¿Sería Jason capaz de arriesgar su vida para impedir que se marchara?

De nuevo miró a la puerta con anhelo. Era demasiado tentadora. Apuntó el arma en su dirección y se abrió paso hacia la puerta. Se oyó un gruñido salvaje y una mano, que salió de ningún lado, golpeó el cañón del trabuco con tanta rapidez que el arma se disparó. Velvet lanzó un grito al ver que una lluvia de yeso y astillas les caía encima, a la vez que un brazo fornido la rodeaba por la cintura y la arrastraba con brusquedad hacia el cuerpo de Jason.

-Se lo avisé -vociferó, y acto seguido la empujó hasta una silla, se sentó en el borde y la estiró sobre sus rodillas, mirando para abajo.

-¡Suélteme!

Pero él no le hizo caso. Levantó la mano vigorosa y con fuerza le dio tres azotes en el trasero, que le ardían al traspasar la fina falda de lana. El escozor de cada uno de ellos era el resultado de toda su rabia contenida. Después, la aferró por los hombros y la obligó a volverse con brusquedad, resoplando con intensidad cuando se encontró con su mirada furiosa.

Velvet abrió la boca para dejar salir el ofensivo insulto que tenía en la mente, pero la dura mirada de él congeló sus palabras. Sus ojos se encontraron, mantuvieron la mirada, un azul de acero y un violento castaño dorado. En el cuello de Jason podía verse el palpitar nervioso de una vena. Su pecho subía y bajaba, marcándole los tendones, lo que a ella le hizo recordar la noche en que aquel cuerpo firme la apretaba en el suelo.

Instintivamente, su lengua salió sin querer de la boca y se humedeció los labios. Fue entonces que oyó al bandido soltar un rugido.

-¡Por todos los diablos, mujer!

Jason le agarró el mentón entre los dedos y acto seguido sus labios chocaron contra los de ella.

Asombrosa perplejidad. Indignación. Después, conciencia de aquellos labios firmes sobre los suyos, una sensación a la vez dura y suave, calidez, la ferocidad con que tomaban posesión. Una suave exclamación ahogada permitió a la lengua adentrarse y reclamar sus derechos corno si tal cavidad le perteneciera.

La habitación daba vueltas. El estómago la había abandonado, como si hubiera saltado de un acantilado. Las manos de Jason se enterraron en sus cabellos y se acercó más, para desatarle la cinta que los sujetaba, haciendo que la rojiza melena cayera suelta sobre los hombros de Velvet.

Su boca continuaba el saqueo, y una sensación de calidez total se apoderó de ella. El corazón estaba a punto de estallarle, y sentía cómo las violentas palpitaciones le retumbaban en el pecho. Bajo la fina blusa, los senos comenzaron a palpitar, cada vez más sensibles y pesados.

Jason intensificó el beso ayudándose con la lengua, lo que la hizo estremecerse con una sensación de ardor que le recorrió todo el cuerpo *y* la dejó temblorosa *y* floja. Levantó las manos y se aferró a sus hombros hundiendo los dedos en los músculos, como si aquella fuerza sólida que él desplegaba fuera lo único que la mantenía firme.

-Jason... -susurró cuando él apartó la boca y comenzó a recorrer el cuello hasta llegar a los hombros.

-Dios Santo, duquesa.

Volvió a besarla, y la mano que tenía en su cintura se fue deslizando hasta llegar al pecho. Con un movimiento, ella se acercó más a él, jadeante, con la respiración entrecortada,

y advirtió cómo el pezón se le endurecía bajo la mano. Sintió un escozor. Se apretó más contra la palma de su mano y un gemido enronquecido salió de la garganta de Jason.

Velvet no percibió que él le había desatado la cinta del escote de la blusa; lo único que sintió fue un leve roce de tela que caía de sus hombros. Entonces, al sentir la cálida palma de su mano alrededor del pecho desnudo, los fuegos de Satán irrumpieron en su estómago. ¡Dios mío! No esperaba lo que le estaba sucediendo. Sentía que, sin remedio, se adentraba cada vez mas en terrenos desconocidos.

-Jason... -susurró tratando de apartarse, luchando por recuperar los últimos restos de un control que quedaba cada vez mas fuera de su alcance. Ardía de pasión. Los senos le latían y un calor líquido le quemaba el vientre.

El la besó apasionadamente, presionando sus labios cautivos, después inclinó la cabeza e introdujo su pezón en la boca. Un calor abrasador recorrió todo su ser. La lengua le bañaba con suavidad el extremo más sensible y ella se arqueó hacia arriba. El poco control que aún le quedaba se desvaneció ante aquella oleada de placer diferente a todo lo que había imaginado. Sabía que tenía que detenerlo, pero sin embargo no lograba reunir la fuerza necesaria. Recorrió con la mano los músculos de su espalda y éstos se pusieron rígidos por el roce. Hundió los dedos en sus sedosos cabellos oscuros y desató la estrecha cinta negra que los sujetaba atrás. De esta forma se liberaron y el cuello firme se le cubrió de mechones ondulados.

A Velvet le temblaba todo el cuerpo. Tenía la cabeza echada hacia atrás, y el cabello era una nube oscura y salvaje, con las puntas de los mechones enroscandose en las muñecas de Jason. Velvet advirtió un endurecimiento bajo su cuerpo pero ni siquiera la amenaza que insinuaba ese miembro turgente era capaz de disipar la nebulosa de sensaciones intensas.

Sólo Dios, al parecer, era capaz de una cosa así; rogó en silencio que El interviniera. Llegó en la persona de Bennie Taylor, o al menos fue quien, según su parecer, hizo que en ese momento aporrearan la puerta.

-¿Qué demonios...?

Tardó unos segundos en incorporarse, en poner fin a sus besos adictivos y apartar la boca de aquella calida piel. Cuando por fin lo logró, una corriente de aire frío entró al lugar que acababa de abandonar y con ella, el gélido sobresalto de la realidad, lo que puso fin a su ardiente y anestesiado estado.

-¡Dios mío! -susurró ella horrorizada por lo sucedido.

-Por todos los diablos -dijo Jason, mientras le arreglaba la blusa con mano temblorosa, los ojos, azules y turbulentos, y se sentía casi tan apesadumbrado como ella-. No se preocupe, duquesa -dijo en tono suave al ver la mirada afligida de ella-. No lo dejaré pasar.

El se arregló la ropa; el grueso bulto bajo sus ceñidos pantalones de montar era un recordatorio rotundo de lo que había estado a punto de suceder.

Velvet se dio la vuelta. El rostro le ardía, y tenía un nudo en el estómago ocasionado por la vergüenza, la calidez y el cosquilleo de unas sensaciones que le habían hecho descender a las llamas abrasadoras de la tentación.

No dijo nada al bandido mientras se dirigía hacia la puerta y tiraba de ella para abrirla. Tampoco dijo nada mientras lo veía hablar con Bennie, que se mantenía a prudente distancia. Cuando el chico señaló hacia el establo, Velvet vio un esbelto caballo gris atado a la valla y a un hombre alto merodeando entre las sombras. El hombre dio un paso y se apartó de su vista antes de que ella pudiera apreciar su rostro con mayor detenimiento.

-Ahora vuelvo -dijo Jason.

Le lanzó una última mirada, cruzó la puerta, la cerró tras de sí y ella permaneció dentro, despeinada, desconcertada y avergonzada por el calor que seguía sintiendo en todo el cuerpo.

Jason se encaminó hacia el establo y distinguió a lo lejos la figura de Lucien Montaine que aguardaba en e1 frescor de la sombra. Con el deseo de que su pulso aflojara, se quitó el cabello de la cara lamentando no tener a mano la cinta con que lo sujetaba. Ansiaba no dar el aspecto de un hombre que acaba de ser interrumpido mientras retozaba con una doncella. Se

Librodot

maldijo a sí mismo por haber hecho justamente eso. Se odiaba por semejante comportamiento.

-Y yo que me preocupaba por cómo te estaría yendo en tu retiro rústico... temiendo que lo encontrabas demasiado aburrido.

El agudo sarcasmo de sus palabras no pasó inadvertido a Jason.

Se limitó a negar con la cabeza. Tal como estaban las cosas, el marqués de Litchfield no se equivocaba mucho. Era obvio que sabía perfectamente qué había sucedido dentro de la casa.

-El aburrimiento es lo que menos me preocupa -Jason se pasó la mano por los cabellos oscuros y ondulados-. Menos mal que llegaste a tiempo. No sé cómo sucedió. Estábamos riñendo y al minuto siguiente la estaba besando. Es la boca más suave y dulce que he besado jamás -sacudió la cabeza de nuevo, todavía incapaz de creerlo-. En todo caso, la culpa es sólo mía, no de ella. No era mi intención que sucediera nada parecido. Te doy mi palabra, Lucien, no volverá a ocurrir.

-Debo entender que eso significa que he llegado antes de que desflorases a nuestra inocente joven.

Jason cerró los ojos. Deseaba con todas sus fuerzas borrar de la mente la imagen de sus manos sobre aquellos hermosos pechos.

-La chica sigue siendo virgen.

Pero no habría sido así, si Lucien no hubiese llegado tan oportunamente.

-En ese caso, menos mal que sólo te queda un día más de retiro forzado en su compañía. Confío en que podrás controlar tus bajos instintos un día más.

Jason suspiró.

-No puedo creer que me haya comportado así. Sabía que había cambiado desde que me fui de Inglaterra, pero no pensaba que tanto.

Lucien arqueó una atrevida ceja negra.

-Supongo que no estarías forzándola.

Los ojos de Jason se agrandaron.

-Por el amor de Dios; eso no. Ni yo mismo soy capaz de caer tan bajo.

La boca de Lucien esbozó una leve sonrisa; le dio una palmada en la espalda.

-Entonces, tranquilo, amigo mío. La dama es una hermosa y joven pizpireta, una tentación para cualquier hombre. No te castigues sólo por ser humano.

Jason sonrió al escucharlo.

-Su virtud esta a salvo, como ya he dicho. De todas formas, me alegro de que todo este asunto esté por terminar.

-Eso he venido a contarte. Avery ha recibido la misiva anunciándole las últimas horas previas a la ejecución de la deuda. Mañana a medianoche, Carlyle Hall y sus seis mil hectáreas de tierra volverán a ser tuyos.

Jason asintió satisfecho.

-¿Qué pasó con la boda? ¿Sabes algo?

Lucien se rió ligeramente.

-Diría que fue para morirse de risa. Cuando llegué a Carlyle Hall esta mañana temprano, Avery rebosaba tal sensiblería que podría haber cubierto los rojos tacones de sus zapatos. Anunció que estaba consternado por la desaparición de su prometida en manos de un bandolero que la había asaltado en el camino. Que no iba a repararen gastos hasta encontrarla y que la boda tendría que ser aplazada.

Jason frunció el entrecejo.

-¿Aún piensa casarse con ella?

Lucien se quedó mirándolo durante largos segundos y después se encogió de hombros, unos hombros casi tan anchos como los de Jason.

-Si es que ella aún lo desea. Pero, tal vez, descubra la verdad de las circunstancias. Dudo que la heredera de los Haversham se interese demasiado en aliarse con un duque sumido en la pobreza.

Los hombros de Jason se relajaron al escuchar sus palabras. No se había dado cuenta de lo tenso que se había puesto ante la idea de que Velvet se casara con su hermano.

-Entonces, me encargaré de que llegue a salvo a Carlyle Hall pasado mañana. No hace falta que su abuelo se preocupe más de lo necesario.

Lucien asintió.

-Si surge algún problema, te enviaré un mensaje, pero no lo creo. En cuanto llegue la muchacha, tú puedes venir a mi residencia. Desde allí continuaremos las investigaciones para dejar tu nombre limpio de toda sospecha.

Jason extendió la mano, y el marqués se la estrechó. -Gracias, Lucien. Jamás olvidaré lo que has hecho por mí.

-Esto no ha hecho más que empezar, amigo mío -señaló la casa con la cabeza-, y mientras tanto, la verdad es que no envidio los dos días que te esperan.

Jason puso los ojos en blanco.

-No te haces una idea.

Lucien se echó a reír. Con cuidado de mantenerse de espalda a las ventanas, montó de un salto.

-Cuídate. Nos vemos pronto.

Jason lo vio alejarse cabalgando, después respiró hondo y se encaminó de nuevo hacia la casa. Esperaba encontrarla encerrada en su habitación, llena de resentimiento y vergüenza, culpándolo, con toda razón, por lo sucedido.

Sin embargo, la encontró sentada tranquilamente en el sofá, con la mirada clavada en las páginas del libro. El cerró la puerta tras de sí y cruzó la habitación hasta situarse delante de ella, pero la joven no levantó la vista del libro.

-Sé que estás enfadada.

Ella no dijo nada.

-No digo que no tengas todo el derecho de estarlo. Quiero decirte que jamás planeé algo parecido. Nunca tuve la intención de tocarte. Lo siento, lady Velvet. Y te doy mi palabra de que no volverá a suceder.

Ella bajó el libro, y Jason advirtió el sonrojo de sus mejillas.

-No me esperaba una disculpa. Viniendo de un bandido es bastante inesperado -se mojó el labio inferior y por primera vez, él se dio cuenta de lo mucho que le estaba costando mantener ese control-. Sus palabras son muy galantes, milord, pero en realidad, también fue culpa mía. Me comporté muy mal.

Velvet negó con la cabeza agitando sus bruñidos cabellos oscuros que aún se esparcían como una nube sobre los hombros.

-No lo entiendo -añadió-. Fue como si no fuera yo. Tal vez la reclusión, o... -las mejillas se ruborizaron aún más. Volvió a negar levemente con la cabeza-. Espero que no crea que siempre actúo así. Le aseguro, milord, que no es así.

El estuvo a punto de esbozar una sonrisa.

-Tal vez haya llegado a cansarme, milady. Tal vez no siempre tenga en buena estima a las mujeres, pero sé distinguir a una joven inocente cuando la veo. No debería haberme aprovechado.

Ella desvió la mirada y la dirigió hacia la ventana, aún evitando la de él.

-El hombre que vino... la hora de la boda ya ha pasado. ¿Llegó el dinero del rescate?

-No envié ningún mensaje de rescate. Esa no era la razón por la que te traje aquí.

-Entonces ha llegado la hora de que me marche. El asintió.

-Pasado mañana, me encargaré de que regreses sana y salva a Carlyle Hall. Supongo que tu abuelo aún está allí. Seguro que está deseando verte.

-¿Pasado mañana?

-Tienes mi palabra.

Sólo entonces lo miró y 10 examinó con detenimiento, sin poder estar segura de creerlo o no.

-Pero te he visto y te puedo reconocer. ¿No temes que diga quién eres?

Ahora él sonrió.

-¿Y quién soy, milady?

-¿Quién vas a ser? Eres... eres... -se quitó los ardientes cabellos del rostro y él trató de no acordarse de la sedosa sensación de tenerlos enroscados en la mano-. Eres un bandido alto y apuesto, de ojos azules. Entiendo perfectamente su observación, señor.

-Velvet.

El íntimo tratamiento con que se dirigió a ella hizo que alzara la cabeza.

-¿Sí?

-Hay algo de tu futuro esposo que deberías saber. Lo miró con recelo.

-¿Y qué puede ser, milord?

-El duque está casi en la ruina. Ni siquiera Carlyle Hall le pertenece.

-¿Qué? -se levantó de un salto y el libro salió disparado de su regazo-. Eso es absurdo.

-Lo siento. Tal vez tus abogados puedan verificar lo que estoy diciendo, pero acabarás descubriendo que es cierto.

-No te creo. No es posible. El duque posee una verdadera fortuna.

-Hace un tiempo eso era verdad. Pero me temo que ya no es así. Se iba a casar contigo por dinero. Lo necesitaba para reavivar sus negocios, cada vez más ruinosos. Lleva años haciendo malas inversiones. Un fracaso tras otro. Invirtió una pequeña fortuna en un método para desalinizar el agua salada. Como es natural, no funcionó. Después invirtió mucho en una compañía que aseguraba poder extraer plata del plomo. Otra vez quiso convertir el mercurio en metal maleable. Llegó a comerciar con cabello humano, importar asnos de España y apoyar a un inventor que decía haber construido la rueda del movimiento perpetuo.

La expresión de su rostro se ensombreció.

-Dios mío.

-Ninguna de estas empresas produjo el menor beneficio. En cuestión de negocios, es un rotundo fracasado. Si te casas con él, pondrás tu fortuna en manos de un hombre que con toda probabilidad acabará con ella.

Velvet se volvió a sentar en el sofá, el rostro, aún más pálido que antes.

-¿Por qué me dices esto ahora? Si lo que querías era poner fin al compromiso, ¿por qué no me lo dijiste antes?

-Jamás dije que quería poner fin a tu compromiso. Basta con decir que no quería que arriesgaras tu fortuna en sus manos... al menos, no hasta pasado mañana.

Le comenzaron a temblar las manos. Ella las entrelazó en su regazo.

-Me estás diciendo la verdad, ¿no?

-Sí, duquesa.

Velvet se echó hacia atrás en el sofá. Sacudió la cabeza y una pequeña risotada se le escapó.

-No lo puedo creer.

Al pensar en Avery, en el matrimonio que ella creía que era su salvación, su risa iba en aumento, le inundaba la mente y resonaba con claridad en las vigas del techo.

-¡Es gracioso! ¡Muy gracioso!

El bandido la miraba con el entrecejo fruncido, viendo cómo a sus ojos acudían verdaderas lágrimas de risa que ella apartaba con la mano. La risa continuaba y continuaba, una especie de rugido apenado teñido por una ironía que sólo ella entendía.

¡El duque se iba a casar con ella por dinero! Se reía más y más alto, doblándose hacia delante, dándose palmadas en las piernas y riendo una vez más. Se reía con tanto afán que no veía nada porque las lágrimas le inundaban los ojos.

-Ya está bien, Velvet -dijo Jason con suavidad, pero ella aún se rió con más ganas-. ¡Para ya, he dicho! -la agarró con brusquedad y la levantó del sofá. El movimiento la sobresaltó y quedó en silencio. La risa cesó, pero no las lágrimas, que seguían surcando sus

mejillas-. Lo siento, duquesa... -Jason la atrajo hacia sí y la abrazó contra su pecho, brindándole protección-. El no te merecía.

Entonces ella lloró con más fuerza y deslizó los brazos alrededor de su cuello, aferrándose a él y dejando que aquella cálida fortaleza se filtrara en su interior.

-No pasa nada -dijo él-. Encontrarás a otro hombre y será mucho mejor que Avery Sinclair.

Velvet lo escuchaba, pero la ternura de él se iba filtrando poco a poco en su desesperación. Lo sentía tan cálido, tan sólido. Sus manos grandes eran de una suavidad asombrosa. Las lágrimas comenzaron a desvanecerse y la tensión de la garganta empezó a aflojar. Poco a poco recobró el sentido y advirtió los brazos firmes que la rodeaban, el latido regular del corazón en el que apoyaba su mano. Tras una última mirada tímida a aquel rostro, se apartó.

-Lo... lo siento, milord -se sonó la nariz y logró controlar la última de sus lágrimas-. No es sólo lo del duque y mis fallidos planes de matrimonio. Es todo junto, supongo.

El le secó las mejillas con la yema del dedo pulgar. -No pasa nada. Pronto estarás en casa y podrás olvidar todo esto.

Velvet asintió, pero sentía un dolor en el pecho por todo lo que había perdido, y la sonrisa que le dedicó fue artificial.

Estaba segura que iba a pasar algo. Si no encontraba a otro hombre para casarse, un hombre que tuviera el dinero suficiente para pagar las deudas de los Haversham, pasarían cosas horribles.

Velvet se esforzó por no derramar nuevas lágrimas, pero no le resultaba fácil. Ansiaba más que nunca poder volver a casa.

7

Los dos últimos días transcurrieron con tranquilidad. Jason pensó que tal vez había sido un error no contarle la verdad acerca de Avery. Seguramente, al principio no le habría creído. Con toda probabilidad ella habría pensado que él era un demente y habría intentado escapar aún con más denuedo.

Al menos ahora ella sabía la verdad, o parte de ella, y daba la impresión de que le creía y había aceptado su promesa de llevarla a Carlyle Hall. Ella también le dio diciéndole que se quedaría en la casa al menos hasta que llegara el día en que debían marcharse.

Teniendo en cuenta la frágil tregua que habían acordado, él le dio más libertad y la dejó salir a disfrutar el diáfano sol de marzo. Velvet pareció sentirse más feliz al aire libre, paseando junto al correntoso arroyo cercano a la finca o escuchando el gorjeo de algún mirlo precoz o mirando alguna liebre en el prado.

Su conducta había cambiado. Se resignaba a aprovechar al máximo los pocos días que le quedaban, dispuesta, al parecer, a disfrutar el breve interludio en el campo antes de regresar a la vida reglamentada que le esperaba en casa.

Incluso Bennie había bajado las barreras y ahora aceptaba su amistoso acercamiento. Los dos últimos días crearon un provisional lazo de amistad; hasta reían juntos, Velvet le contaba historias y lo ayudaba en los quehaceres de la casa.

Jason se sentía algo más relajado y bajó la guardia, tal vez un poco más de lo debido. Una vez, al terminar de cortar leña, miró hacia el sol, ya bajo en el horizonte; de pronto se acordó de que hacía más de una hora que Velvet no estaba a la vista. Apretó los dientes y se dispuso a salir en su búsqueda, pensando que, después de todo, bien podía haber escapado, y acto seguido comenzó a barajar distintas posibilidades respecto de la ruta que podía haber tomado.

Cuando la encontró en el establo, lanzó un suspiro de alivio.

-Estabas aquí -se acercó a la caballeriza por donde asomaba la brillante y oscura cabeza de la joven, apoyó un pie en el travesaño de la valla y los hombros en la baranda para mirarla desde arriba-. Pensé que, después de todo, tal vez habías decidido escaparte.

Estaba allí sentada sobre una cama de paja, con las piernas cruzadas. La media de seda se le insinuaba bajo la falda plisada, y tenía tres pequeños cachorros blancos y negros acurrucados en el regazo, con aspecto de satisfacción.

Velvet levantó la mirada sin inmutarse por la ligereza de su tono.

-Acepté tu promesa de que me llevarías mañana a casa. Yo te di la mía a cambio, y no tengo intención de romperla.

De alguna forma, él sabía que no mentía. Sonrió y se relajó aún más, disfrutando al verla allí sentada con los cachorros.

-Veo que has hecho nuevas amistades.

La dulce boca hizo una mueca graciosa.

-¿No te parecen hermosos? Este se llama *Marty, y* éste, *Nigel.* Bennie les puso el nombre. Dejó que yo le pusiera uno a este otro.

-¿Sí? -preguntó arqueando una ceja.

-Decidí llamarlo *Winky* por ser el más pequeño de la camada -apretó la nariz contra el suave collar de pelo negro que el cachorro tenía alrededor del cuello-. Me encantaría tener un cachorro. Una vez tuve una pequeña perra de aguas rubia, adorable, pero murió hace algunos años. Su nombre era *Sammy,* el diminutivo de Samantha -la sonrisa se le desvaneció-. Aun hoy, después de tanto tiempo, la echo mucho de menos.

Jason no dijo nada. Estaba tan condenadamente hermosa, ahí sentada en la paja, que tenía cierta dificultad para concentrarse. Advirtió el cuidado con que trataba a los cachorros. De pequeño, él también había querido mucho a un perro. Su padre se lo había regalado de cachorro al cumplir él los doce años, un perro de caza, un setter majestuoso de ojos tristes y suave pelo rojizo. Habían hecho de todo juntos.

Hacía años que no pensaba en *Rusty.* Desde que lo habían llevado lejos de su tierra, encadenado a bordo de aquel viejo y deteriorado bergantín, no había vuelto a pensar en él.

-¿Te gustan los perros, milord?

-Sí -respondió con aspereza.

Ella dejó con mucho cuidado dos de los tres cachorros en el colchón de paja, se levantó con el tercero en brazos y se lo acercó.

-¿Quieres tener a *Winky un* rato?

Comenzó a excusarse, pero sin saber cómo, se vio alargando las manos para sostenerlo. El perro era una mezcla de razas de origen desconocido, que tenía el mismo sospechoso aspecto del perro que de vez en cuando correteaba tras Bennie cuando trabajaba cerca de la casa.

Aún era pequeño, y a Jason le cabía en sus grandes manos. Era suave y daba calor, olía a leche fresca y a cachorro, un olor muy particular...

Advirtió que, sin darse cuenta, estaba sonriendo.

-Quizá puedas llevártelo. Supongo que Bennie se alegrara de saber que ha encontrado una casa para el pequeño chucho.

Ella negó con tristeza.

-No creo que sea el momento. He de arreglar este asunto con el duque y también tengo que pensar en mi abuelo. Está un poco... olvidadizo. Cuidarlo me ocupa mucho tiempo. Aunque a veces tiene días buenos, me preocupa igualmente. Odia lo que le esta sucediendo. Ojalá pudiera ayudarlo, pero no puedo hacer nada.

Jason acariciaba el cachorro, que había cerrado los ojos de largas pestañas; su pequeño cuerpo se había quedado flojo y relajado con los atentos cuidados de Jason.

-¿Qué fue de tu madre y tu padre? -preguntó él.

-Mi madre falleció cuando yo tenía nueve años. Y este otoño se cumplirán tres años de

la muerte de mi padre -su voz se tiñó de cierta amargura-. No era muy buen padre. Casi nunca estaba en casa, pero yo lo amaba. Y supongo que, a su manera, él también me amaba.

El cachorro lloriqueó en sueños, y Jason lo calmó con suaves caricias.

-Mi padre era el hombre más increíble que he conocido jamás. Exigente, pero generoso. Siempre supe que me amaba. El era el mejor padre que un hombre puede tener.

El recuerdo era tan doloroso que se le quebró la voz. Cuando bajó la mirada hacia Velvet, ella lo contemplaba con expresión compasiva. Jason le devolvió el cachorro, y se sintió incómodo por lo que había dicho.

-Se esta haciendo tarde y empieza a hacer frío. Saldremos mañana, temprano por la mañana. Es hora de regresar a casa.

Velvet lo miraba como tratando de descifrar los pensamientos que, una vez más, se había guardado. Ya había dicho más de lo que pretendía. No le gustaba hablar del pasado. No era asunto de nadie más que de él; además era demasiado doloroso.

-Enseguida voy -dijo ella.

Se arrodilló para acomodar al cachorro junto a sus hermanos al calor del colchón de paja. Al salir del establo, vio entrar a una perra, la madre de los cachorros.

A Velvet le causó buena impresión y sonrió, aunque no hizo ningún comentario. Después echó a correr para alcanzar a Jason, que iba a buen paso. El aminoró la marcha y juntos se fueron hasta la casa. Se había levantado una brisa que sacudía las hojas y movía las ramas del olmo que había junto a la puerta, pero el sol aún calentaba. Los rayos de la última hora de la tarde hacían brillar sus cabellos color caoba con tonos rojizos, y los ojos castaños adquirieron un brillo dorado. Se curvaban hacia arriba en los extremos, advirtió él, al menos cuando sonreía.

La recordó sentada en el establo, riéndose y acariciando a los cachorros, con sus suaves labios de melocotón sonriendo con placer mientras le extendía los brazos para que sostuviera a uno de ellos. Necesitó reunir toda la fuerza de su voluntad para no detenerse en la entrada, rodearla con sus brazos y apretar esa suave boca contra la suya. La imagen hizo que una corriente de calor le recorriera el cuerpo, que la sangre se le espesara y desembocara en el miembro.

Sintió una erección acompañada de un dolor punzante. Entró en la casa apretando los dientes, y Velvet se quedó pensando el porqué de su drástico cambio de humor, así como la mala disposición mostrada durante el resto de la velada.

Mañana ya se habría ido. O al menos ya estaría en camino a Carlyle Hall. Velvet creía lo que Jason le había dicho, que la dejaría allí sana y salva, tal como lo había prometido. Meditó sobre el rato que había pasado con él esa tarde, y la pequeña revelación de sentimientos. Bajo su dura apariencia, había una dulzura en Jason que asomaba muy de vez en cuando, como cuando tuvo al cachorro en sus brazos o habló de su padre reflejando en los ojos el amor que sentía por él.

Después, se distanció, dio todo tipo de órdenes durante la cena, refunfuñó y finalmente salió de la casa con brusquedad. Cuando regresó, ella ya se había retirado a su habitación. Tal vez era eso lo que él quería.

Por el silencio que había abajo, ella pensó que él ya estaría durmiendo. Se desvistió y se puso el suave camisón blanco que él se había encargado de traerle, y dejó de preocuparse por una posible visita inesperada de Jason. Era un hombre de palabra. Desde el ardiente encuentro que tuvieron y sus sorprendentes disculpas, él había representado el papel de un caballero. No volvería a tocarla, lo sabía. No iba a romper su promesa.

Velvet se metió en la cama y se inclinó para soplar la vela pero un ruido en la planta baja la detuvo. Oyó una voz y sacó las piernas por un costado de la cama. Sin hacer ruido, cruzó la habitación y apoyó la oreja en la puerta que Jason cerraba con llave cada noche antes de irse a dormir.

Tampoco es que hiciera falta. En las pocas ocasiones en que se quedaba dormido, el sueño era tan ligero que, por lo general, el menor ruido lo despertaba y le hacía ponerse en estado de alerta.

La voz continuaba; ella advirtió que era la voz de Jason. Sintió curiosidad por saber con quién estaría hablando. Sabiendo que era en vano, levantó el cerrojo y, para su sorpresa, vio que la puerta estaba abierta. Al parecer, pensaba que ella esperaría hasta la madrugada para ver si en realidad iba a cumplir con su palabra. O, tal vez, simplemente se había olvidado.

Fuera lo que fuese, abrió la puerta con cuidado y vio a Jason estirado en el sofá. Con él no había nadie. Estaba sumido en un sueño profundo, advirtió, con las sábanas retiradas hasta más abajo de su firme cintura, el musculoso pecho, desnudo y brillante de transpiración.

La imagen hizo que se ruborizara. Después se llenó de preocupación. Dios mío, ¿estaría enfermo? Comenzó a bajar la escalera sigilosamente, con la certeza de que se iba a despertar, como siempre ocurría, pero lo único que hizo fue darse vuelta y seguir mascullando palabras ininteligibles. Se dio cuenta de que estaba soñando, hablando con alguien que sólo él veía, en medio de alguna pesadilla terrible.

-Jason -dijo con la voz muy baja, pero él no se inmutó.

Lo había pescado en pleno trance, prisionero de alguna oscura amenaza que estremecía todo su cuerpo vigoroso.

Velvet terminó de bajar la escalera con la esperanza de que se despertara y tratando de no pensar en el aspecto tan viril que tenía echado en el sofá; medio desnudo, ni en la sensación de aquellos músculos tersos en su piel cuando se habían besado.

Llegó a su lado, y él seguía sin despertarse. -¿Jason...?

Se inclinó hacia él comenzando a preocuparse de veras por algo terrible que le pudiera estar sucediendo. Le puso una mano en el hombro y lo sacudió con suavidad.

-Despierta, milord. Es una pesadilla...

Gritó al verlo sobresaltarse e incorporarse de inmediato, extendiendo una mano que la agarró y, con fuerza abrumadora, la arrastró contra su pecho desnudo.

-¡Soy... soy Velvet! -gritó-. ¡Suéltame! -Jason tardo un largo segundo en recobrar el sentido, en darse cuenta de que le estaba haciendo daño al aferrarla con tanta fuerza.

-¡Por Cristo! -gruñó mientras la soltaba y se quitaba el sudor del rostro con la palma de la mano-. ¿Qué estás haciendo aquí?

Instintivamente, ella retrocedió un paso. -Estabas... estabas dando vueltas y hablando en sueños. Pensé que tal vez te habías enfermado.

Jason respiró hondo con acusado cansancio y se recostó en el sofá.

-No te he hecho daño, ¿no? -sin darse cuenta, se frotó la cicatriz de la mano mientras ella hacía lo mismo en el morado del brazo.

-No pasa nada. No era tu intención -advirtió que fruncía el entrecejo-. Debe de haber sido una pesadilla terrible.

-Las he tenido peores. Siento haberte lastimado. Vuelve a acostarte.

-Yo estoy bien.

El desvió la mirada de su rostro y la paseó de arriba abajo por todo su cuerpo, cubierto apenas con el fino camisón de algodón, y entonces, el extraordinario azul de sus ojos se ensombreció. Jason apartó la mirada y la fijó en un punto de la pared encima de su cabeza.

-He dicho que vuelvas a la cama. Para empezar, no sé por qué has tenido que bajar.

De pronto a ella se le ocurrió que al estar delante de la chimenea, tal vez se le transparentaba el camisón. Se ruborizó y se volvió en dirección a la escalera, lamentando no haberlo dejado en paz.

-Saldremos temprano de aquí -dijo él mientras se incorporaba, con el mismo mal humor de antes-. Será mejor que bajes antes de que amanezca, si no. quieres que sea yo mismo quien suba y te saque de tu acogedora cama -le dedicó una media sonrisa maliciosa-. Aunque, pensándolo bien, tal vez eso sea lo mejor. Te puedo asegurar que sería una forma mucho más agradable de empezar el día.

Ella sintió que le ardían las mejillas y el estómago se le inundaba de oleadas de calor. ¡Cielo Santo! Le dio la espalda y subió precipitadamente la escalera. Al llegar a su dormitorio, cerró la puerta y se desplomó contra ella, sin aliento y sintiendo de pronto demasiado calor.

Seguro que no iba a subir. ¡Seguro que no se iba a atrever! Sin embargo, y a pesar de lo mucho que necesitaba dormir, pasó el resto de la noche dando vueltas y más vueltas, incapaz de pensar en algo que no fuera aquel apuesto bandido, de aspecto tan varonil, entrando en su cuarto mientras ella dormía y despertándola con sus besos apasionados.

8

Velvet caminaba con decisión por la entrada de mármol brillante que conducía a Carlyle Hall, en dirección al imponente Salón de la Reina, donde iba a encontrarse con Avery Sinclair. Le había pedido ir a un lugar apartado para verlo en privado. No iba a ser una conversación que los sirvientes debieran oír.

Aceleró el paso al verse cerca de las inmensas puertas doradas que daban al salón, uno de los más elegantes de la casa y también uno de los preferidos de Avery. Su llegada, dos días antes, había provocado un efusivo recibimiento de un duque con los ojos húmedos y sentidas lágrimas de alivio derramadas por su abuelo, quien, a continuación, se olvidó de que alguna vez ella había estado secuestrada.

Había llegado a Carlyle Hall en la grupa del airoso caballo negro del bandido. El la había dejado en el borde de los árboles, y después le señaló la parte posterior de la mansión. Su rostro, al despedirla, mostraba una expresión impenetrable.

-Bueno, duquesa -dijo-, parece que es hora de despedirnos -de forma distraída, se llevó un dedo al moretón que tenía en la cabeza-. No puedo decir precisamente que haya disfrutado en nuestro confinamiento -entonces, la miró con sus ardientes ojos azules y le dedicó una sonrisa arrogante-. Pero tampoco puedo decir lo contrario.

Ella advirtió que se estaba sonrojando, consciente de que se refería a los íntimos momentos que habían compartido.

-Es usted un insolente, milord.

-Y usted, toda una mujer.

Ella sonrió, incapaz de resistirse al cumplido.

-De todos modos, la aventura no me ha venido mal. Si Carlyle está al borde de la ruina, como dice, me ha salvado de un matrimonio desastroso. Aunque sólo sea por eso, se ha ganado mi silencio y una buena dosis de gratitud de mi parte.

El paseó la mirada por su rostro, contemplando cada uno de sus detalles.

-Por extraño que parezca, duquesa, sé que la voy a echar de menos.

Ella sintió un inesperado nudo en la garganta. Consciente de la locura que suponía, los ojos le escocían por el picor de las lágrimas.

-Y yo a ti... señor bandido. Que Dios te proteja, Jason.

El no dijo nada durante un largo lapso. Finalmente, Velvet se dio vuelta tratando ignorar la desazón que se había instalado en su pecho. Comenzó a cruzar el jardín hacia la mansión, con su ligero calzado cada vez más mojado por el rocío del atardecer, pero el ruido trepidante de un caballo que se acercaba por detrás hizo que se detuviera. Se volvió y vio al bandido cabalgando en su dirección. Se inclinó desde la silla y la levantó hasta sentarla delante de él, después la envolvió con sus brazos y su boca se aplastó contra la suya.

Fue un beso apasionado y posesivo con el que él se adueñó completamente de sus labios, y le provocó una ardiente sensación en el estómago. Después, el beso se suavizó, se transformó en una degustación, en un paladeo, en la creación de un recuerdo. Fueron momentos eternos, lacerantes, en los que Velvet le rodeó el cuello con las manos. Una última pasada feroz por su boca y Jason la soltó y se inclinó de nuevo para dejarla en el suelo.

-Adiós, duquesa -dijo con una voz que de pronto se volvió áspera-. Prometo que no te olvidaré.

Dicho esto, azuzó el caballo con los talones y se marchó trotando en dirección opuesta.

Velvet se quedó temblando al verlo marchar, con los ojos súbitamente empañados por las lágrimas. Era demencial sentirse así, tan vacía de repente, tan rotundamente sola. Había estado cautiva de él varios días, rodeada de su presencia indómita. Jamás se habría imaginado qué sentiría cuando desapareciera su poderosa esencia.

No apartó los ojos del último punto donde lo vio perderse, y así se quedó, sola, con un agudo dolor en el pecho y un nudo que le ahogaba la garganta. Era una locura, pero eso no eliminaba el dolor.

Dolor que en ese momento estaba vivamente presente y era el sordo latido del recuerdo, mientras aguardaba al duque en el Salón de la Reina; una sensación de pérdida, de algo esencial y sólido que jamás iba a tener la oportunidad de vivir.

¿Quién era él? Se lo preguntaba una y otra vez. ¿Por qué había impedido la boda? Velvet había enviado a uno de los lacayos de Haversham a Londres con una nota para su abogado. En breve sabría las verdaderas circunstancias del duque de Carlyle. Aunque en realidad no necesitaba tal confirmación. No tenía la menor duda de que aquel hombre llamado Jason le había dicho la verdad.

Desde el primer momento del secuestro, ella había percibido su honestidad. No tenía motivos para mentirle en este asunto. Permaneció de pie delante de la chimenea de mármol, bajo los seis metros de altura de los techos en forma de panal de abeja, aguardando al empobrecido duque que habría arruinado su vida.

Velvet vestía su traje más elegante, de brocado color marfil con bordados en oro y ribetes de encaje negro de Mechlin, parte del costoso ajuar que había pagado con sus últimas libras; una necesidad, si se iba a casar con un duque. Tenía el pelo empolvado y peinado con grandes tirabuzones recogidos en la coronilla. Un pequeño lunar postizo resaltaba junto a la comisura de la boca y el pecho se asomaba por el escote cuadrado de su vestido.

Se había preparado para el encuentro. Era fundamental tener éxito y ella sabía exactamente cómo hacerlo.

Las inmensas puertas dobles se abrieron, y el duque entró en el salón. Dos lacayos vestidos con uniforme de raso rojo cerraron las puertas, y él caminó hacia ella con una sonrisa en los labios, exhibiendo una boca que no era más que una fina hendidura coloreada con un ligero toque de carmín.

-Mi querida dama.

Se acercó y besó la mano de Velvet con una reverencia.

-Su Excelencia.

Estaba tan engalanado como ella, en el estilo *habit á la francaise,* tan en boga, consistente en una chaqueta y calzas de color verde oscuro con ribetes en hilo de oro y el chaleco sobrecargado de bordados. No llevaba peluca, como era su costumbre, sino que se había empolvado el cabello, lo que ocultaba el tono dorado de sus cejas y sus gruesas pestañas rubias. Para los cánones de la sociedad, él era bastante atractivo: las facciones finas, los ojos castaño oscuro y los párpados caídos, le daban un aspecto refinado.

-¿Nos sentamos?

Ella asintió.

-Como guste.

Elle ofreció asiento en una gran silla de brocado que había junto a la chimenea y luego se sentó frente a ella. -¿Le gustaría beber algo?

-No. Seré breve. Como ya dije, quiero que sea un encuentro privado.

El se recostó en su asiento y cruzó una pierna encima de la otra. Ella jamás se había fijado en las pantorrillas de un hombre. Ahora se le ocurría que, bajo las medias, las pantorrillas de Avery estaban acolchadas. Las del bandido, recordó, eran proporcionadas y en ellas sólo había músculos.

-Este asunto del que tanto quiere hablar... intuyo que es bastante delicado. ¿Me equivoco si sugiero que tiene algo que ver con el secuestro? -se inclinó hacia delante-. Querida dama, si su virtud es el tema de este encuentro, no tiene nada que temer. No soy tan despiadado como para permitir que algo así se interponga entre nosotros. No puede decirse que usted tenga la culpa de haber sido tan cruelmente arrancada de su prometido. De hoy en adelante, lo que haya pasado será nuestro secreto y no se hablará más. La boda se celebrará...

-La boda, Su Excelencia, no se va a celebrar en absoluto.

Avery frunció el entrecejo.

-Eso es absurdo. Ya le dije que no me importa... -Mi virtud sigue intacta. Ese no es un tema que importe.

El entrecejo del duque se hundió aún más y sus cejas rubias se juntaron casi hasta tocarse en medio de la frente.

-En ese caso, ¿me permite saber de qué se trata, querida?

-Me temo que me he enterado de una verdad muy alarmante, Su Excelencia. En circunstancias normales, sería mi abuelo quien se encargaría de tratar el tema con usted, pero como usted sabe, él ya no... no es el mismo. El hecho, sin embargo, es que, sin que importen las fuentes, estoy al tanto de sus verdaderas circunstancias. Ojalá los asuntos económicos no adquirieran tal importancia, pero en un matrimonio como el nuestro, los dos sabemos que realmente la tienen. Entiendo su necesidad de reunir fondos, Su Excelencia, y hasta siento cierta identificación con usted. Lamento decirle que mi dote no será utilizada para resolver sus problemas.

El rostro de Avery no se inmutó, pero sus mejillas comenzaron a palidecer.

-Lo siento, querida, pero no tengo la menor idea de lo que está diciendo.

-Sabe perfectamente lo que digo -Velvet se permitió asumir un tono indulgente-. No le estoy recriminando nada, Su Excelencia. Como miembros de la aristocracia, todos hemos de asumir grandes responsabilidades. Los matrimonios acordados para resolver problemas financieros son una práctica común. Sin embargo, en nuestro caso, eso no va a suceder -se movió en el asiento y se alisó la falda de su vestido de brocado color marfil-. Como ya le he dicho, estoy al tanto de su situación. No es mi intención, sin embargo, debatirlo fuera de estas paredes.

Avery no dijo nada.

-A cambio de mi silencio, hay algo que deseo obtener.

Los ojos de él se afilaron transformándose en dos puntos negros. Entendía de tratos. Volvía a pisar suelo firme, advirtió ella, justo lo que quería.

El se incorporó en su asiento y quitó una pelusa de su casaca verde oscuro.

-Mi querida dama, no voy a confirmar sus ridículas acusaciones, pero si se encuentra en la necesidad de pedir algún tipo de ayuda, tal vez pueda serle útil.

Velvet se levantó y se acercó a la chimenea, se detuvo y allí lo miró desde un plano ligeramente superior.

-Estos últimos días han sido duros para todos. Como supongo que usted sabrá, el secuestro no ha hecho sino ensuciar mi reputación -clavó la mirada en su rostro-. Si canceláramos el compromiso, habría todo tipo de especulaciones. Al igual que usted, los demás pondrían en duda mi virtud; aunque no he sido ultrajada, las posibilidades de que alguien me pretenda se verán reducidas de manera considerable.

-Continúe -dijo el duque.

-A cambio de mi silencio, sólo pido que nuestra relación continúe algunas semanas más, tal como ha venido siendo hasta ahora. Hagamos creer que aún se quiere casar conmigo. Podría decir que pagó el rescate que le pedían. Que regresé sana y salva gracias al dinero que usted pagó.

Eso sonaba mucho mejor que la versión que ella había dado, que consistía en decir que había logrado escapar. Avery apretó los labios.

-Por mí no hay inconveniente.

-Llevará algún tiempo volver a fijar la fecha de la boda. Una demora es previsible. Antes de fijar la nueva fecha, yo me arrepentiré. Seguiremos en buenos términos, por supuesto; para entonces, tal vez hayamos encontrado un pretendiente adecuado para el matrimonio.

Avery la examinaba como si fuera una mujer completamente desconocida. Su sonrisa era más bien un pliegue de labios.

-Le aseguro, milady, que los rumores que ha oído acerca del duque de Carlyle son totalmente falsos. Con todo, si prefiere dar término a nuestro compromiso, estoy dispuesto a acatar sus deseos. Y por supuesto, dejaré que se arrepienta, como haría cualquier caballero.

-Entonces, ¿trato hecho? -ella extendió con delicadeza una mano enfundada en un guante blanco.

-Trato hecho, milady.

El duque hizo una extravagante reverencia. El tono de malicia que había en su voz no pasó inadvertido a Velvet, tampoco el hecho de que bajo su cortés fachada se veía el enfado. Ella había frustrado sus planes para salvarse de la ruina y a Avery Sinclair no le gustaba ser burlado de esta forma.

-Mañana regreso a Windmere. Tengo entendido, sin embargo, que usted había organizado una celebración de gala aquí en Carlyle, tres semanas después de nuestra boda.

Una siniestra sonrisa afloró en sus labios.

-Había pensado en un baile de disfraces; ése habría sido nuestro primer suceso oficial de casados. Las invitaciones ya se han enviado. Como dice, se celebrará dentro de tres semanas.

-Bueno. La temporada aún no ha comenzado. Unos días después del baile, me echaré atrás en cuanto a la boda; eso nos dará libertad para ocuparnos de nuestros intereses.

-Como guste -dijo él con voz tensa.

Velvet se despidió con cortesía.

-Gracias, Su Excelencia. Espero no haber destrozado su corazón.

El duque alzó una de sus doradas cejas..

-Au contraire, lady Velvet. Sé que no voy a hallar consuelo por su rechazo -le dirigió una mirada de pura malicia-. Vaya con Dios, milady, hasta nuestro próximo encuentro.

En medio de un resplandor de seda verde oscura, él desapareció dando furiosas zancadas. Velvet advirtió que acababa de hacerse un enemigo en la persona de Avery Sinclair, pero ahora que lo había apartado de su vida sentía una jubilosa sensación de alivio.

La imagen de aquella malvada mirada del duque de Carlyle le vino a la mente y pensó que, tal vez, el bandido la había salvado de algo más que un simple matrimonio desastroso. Velvet se estremeció al pensar en la amenaza que podía ocultarse tras aquellos ojos oscuros, una vez que se hubiese convertido en su esposa.

Sentado junto a la chimenea del estudio de paredes revestidas de nogal que tenía su casa de campo, Castle Running, no lejos de Carlyle Hall, el marqués de Litchfield observaba a su amigo, Jason Sinclair, que caminaba de un lado a otro de la habitación.

-Pareces distraído, amigo mío. Desde que llegaste. ¿No tendrá algo que ver, por casualidad, con cierta joven que ambos conocemos?

Un músculo se tensó en la mandíbula de Jason.

-La joven ha sido devuelta sana y salva. Sabe toda la verdad respecto de la situación económica de Avery. No es mi problema si le falta el buen sentido para cancelar el compromiso.

Lucien alzó una de sus oscuras cejas.

-Creo que lo hará... a su debido tiempo. Es un tema delicado, y Velvet Moran no es ninguna tonta. Con el tiempo, pondrá fin a la relación con tu hermano y retomará la búsqueda de esposo -miró a su amigo por encima de la copa de licor antes de beber un trago-. Tal vez, en cuanto ella lo haga, tú mismo estés interesado.

Jason hizo un ruido descortés con la garganta.

-Yo soy más candidato para la horca en Tyburn Hill que para un matrimonio, Lucien.

-Discúlpame. Por algún extraño motivo, pensé que tal vez la chica te atraía. Si mal no recuerdo, no te oponías a tener un encuentro con ella. Debe de tener un encanto considerable.

Jason se dirigió a él con expresión sombría.

-Me hubiera gustado acostarme con ella. Era una zorrilla muy fogosa, y yo codicié sus encantos prácticamente desde el primer momento en que la vi. Ya está madura para un hombre; si no fuera por su inocencia, no habría dudado en poseerla. Si hubiese saciado mi deseo, hace tiempo que me la habría quitado de la cabeza.

-Lo que quiere decir que sigues pensando en ella.

-Lo que significa que todavía siento el deseo de acostarme con ella. Pero como eso no es lo que se espera de un caballero, haré todo lo posible para olvidarla.

Lucien esbozó una leve sonrisa.

-Creí que decías que no quedaba nada de caballerosidad en tu persona, que hacía años que habías abandonado tales gentilezas en los pantanos fangosos de Georgia.

Jason casi sonrió.

-Las perdí en su mayoría. Mientras esté en Inglaterra, trataré de resucitarlas. Te aseguro, Litchfield, que no es tarea fácil.

-Entonces, piensas marcharte aunque tu nombre quede limpio.

-Ya no pertenezco a esta tierra. Ya no soy parte de esta vida, ni tampoco ella es parte de mí. Me quedaré aquí sólo el tiempo que deba quedarme.

Lucien suspiró. Veía la impaciencia en el rostro sombrío de su amigo. Jason quería limpiar su nombre. Más de un año atrás, había contratado a un comisario del cuerpo de la policía londinense para investigar la muerte de su padre, pero no había sacado nada en claro. Otro hombre, esta vez elegido por el mismo Lucien, había sido contratado para investigar el caso cuando Jason regresó a Inglaterra.

-Soy consciente -dijo Lucien-, de que en este caso la falta de noticias no es buena señal, pero te aseguro que el hombre que trabaja para nosotros es competente. Lo he contratado en otras ocasiones y jamás me ha fallado.

-No dudo de su pericia. Pero ocho años son demasiados. No sacamos nada en claro de la primera investigación. De haber algún testigo que haya visto lo que en realidad ocurrió aquella noche, sé que no será nada fácil encontrarlo.

-No, ya lo sabemos. Pero el dinero siempre es un buen estímulo. Una palabra aquí y otra allá... un pagaré de liquidación inmediata. ¿Quién sabe con lo que nos encontraremos?

Jason sonrió, pero Lucien interpretó bien la sonrisa. La balanza se inclinaba hacia el fracaso, y Jason Sinclair lo sabía. Su regreso a Inglaterra suponía un gran riesgo, pero un riesgo que él estaba dispuesto a correr.

Durante los últimos ocho años, se había prometido limpiar su nombre, asegurarse de recuperar las propiedades de su familia, de que el asesino de su padre sufriera la condena adecuada. Ya había dado el primer gran paso; Carlyle Hall de nuevo le pertenecía, aunque había permitido a Avery quedarse allí. El dueño estaba de viaje por el Continente, le habían dicho. El duque podría quedarse hasta que el dueño regresara.

Lo cierto es que era sencillamente mejor que Avery se quedara en Carlyle Hall, o en la casa que el duque tenía en la ciudad, en Grosvenor Square, así podían controlar sus movimientos.

Lucien se recostó en el mullido sillón de cuero, muy cómodo, y bebió un sorbo de coñac. La copa de Jason permanecía intacta en la repisa de la chimenea. Volvía a caminar de un lado a otro, con la misma inquietud de antes, la cabeza rebosante de pensamientos que Lucien ni siquiera podía intuir.

-Tal vez sea mejor que vayamos a la ciudad -sugirió Lucien-. La temporada acaba de empezar. Y aunque no fuera así, siempre hay algo entretenido que hacer. Por el aspecto que tienes, quizá una compañía femenina no te vendría mal.

-¿A la ciudad? -Jason desvió la mirada en dirección a Lucien.

-Eso he dicho. Siempre que te mantengas lejos de tu hermano, una vez que él llegue, hay poco riesgo de que te reconozcan. Ni tu propia madre reconocería al muchacho de antes.

Muy cierto, dijeron sus ojos.

-Me doy cuenta de que, con gran sabiduría, has evitado a Celia Rollins. No es fácil que una dama se olvide de alguien que ha conocido tan íntimamente como ella te conoció a ti.

Jason se detuvo y alcanzó su copa, la calentó entre las manos y finalmente bebió un trago.

-Lady Brookhurst está a salvo por ahora. A su debido tiempo, tengo intención de buscarla, pero no todavía. Primero quiero ir a la posada. Tal vez haya algo, un recuerdo que surja de pronto, algo importante que haya pasado por alto.

El comisario había estado en El Báculo del Peregrino, no en más de una ocasión, pero, según decía quedaban pocos sirvientes de los de entonces, y ninguno recordaba nada relevante sobre la noche del crimen.

Lucien calentaba la copa entre los largos dedos de su mano.

-En realidad, tal vez estés más seguro si te quedas en Castle Running unas cuantas semanas más. Avery está organizando un baile de disfraces a todo trapo, aunque no puedo imaginar cómo pretende pagarlo. Será interesante.

Jason apretó los dientes. La feroz mirada de aquellos ojos azules habría congelado el licor de la copa.

-A mi hermanastro siempre le ha gustado recibir. El cree estar en el centro de la moda; como es natural, Carlyle Hall resulta el marco adecuado para sus fastuosos excesos.

Lucien se levantó con distraída elegancia de la cómoda silla de cuero, dejando la copa en la mesilla redonda que había junto a ella.

-Lady Velvet va a asistir -dijo con una naturalidad calculada-. Ser vista en compañía del duque la ayudará a disipar rumores. Es fundamental que el escándalo de su secuestro se vaya olvidando.

La boca de Jason hizo una mueca de malicia.

-Como si hubiera algo de qué escandalizarse.

Lucien se limitó a sonreír. Aunque no lo quisiera reconocer, su amigo sentía, de algún modo u otro, un interés especial por la joven. Sentimientos que no se había permitido desde su desventurado amorío con Celia Rollins. Lucien tenía intención de alentarlo. Jason Sinclair ya había sufrido bastante en los últimos ocho años. Se merecía un poco de felicidad.

Merecía conocer la ternura de una mujer, no sólo sus traiciones.

Aunque no podía decirse que Lucien fuera un experto, y a pesar de su extremo sarcasmo, había algo en su interior más recóndito que le decía que su amigo merecía conocer, aunque fuera un poco, el amor.

Jason abrió de par en par la puerta de El Báculo del Peregrino y entró. No podía quitarse la idea de que la respuesta a su problema estaba allí, en la posada. Alguien había tenido que ver algo más de lo que Avery quería que se viera: que el duque de Carlyle fue asesinado por su hijo mayor en una disputa a causa de la última amante de éste.

Alguien habría visto algo más que aquel rostro desolado de su hermanastro, cuyos esfuerzos heroicos no bastaron para salvar al padre, pero sí para inmovilizar al villano que lo había matado. Tenía que haber algo. Sin embargo, todavía nadie, incluido él mismo, había podido descubrir la menor pista.

Jason asomó la cabeza y entró en el bar de techos bajos. En ocho años nada había cambiado: el olor a tabaco y cerveza rancia, el suelo de bastos tablones de madera desigual, las pesadas vigas de roble, aún más oscurecidas por el paso del tiempo.

Habían dado una nueva capa de barniz a las mesas llenas de cicatrices. Pero las muescas y los surcos eran los mismos, los bancos para sentarse seguían siendo desiguales, o tal vez fuera el suelo. La habitación de arriba que alguna vez compartiera con Celia tenía el mismo

aspecto, o al menos así le había parecido cuando miró por la ventana desde afuera. Las cortinas estaban algo más gastadas, la cama un poco más pequeña, el colchón un poco más desvencijado, pero tal vez sin la deslumbrante presencia de Celia, siempre habían tenido ese aspecto.

Estaba pensando en ella cuando se sentó a una mesa vacía y pidió una jarra de cerveza. Celia vivía en Londres, él lo sabía, gracias a una generosa asignación anual que Avery había dispuesto para ella. Se preguntaba cómo tomaría ella la noticia de que el duque de Carlyle estaba arruinado o si ya estaría al tanto.

Sentía curiosidad por conocer su aspecto en la actualidad. Se la imaginaba alta, esbelta, una belleza de cabellos negros como el azabache, y enseguida se vio comparándola con los frescos encantos, coronados por esos voluptuosos pechos, que acababa de descubrir en la persona de Velvet Moran.

Eran las dos mujeres más distintas que cabía imaginar: una utilizaba su misterioso atractivo para seducir, la otra era ardiente, enérgica y su deseo era estimulado por su sencilla naturaleza fogosa. Celia era la maldad personificada. En Velvet la pasión pugnaba con la inocencia, y su atractivo era aún más intenso por la pureza de su ingenuidad. Y había dulzura en ella, una bondad que él percibía y que no había visto en la mayoría de las mujeres que había conocido.

No había una pizca de bondad en lady Brookhurst, ni el menor gesto de compasión, pero en aquel momento, el deseo le había cegado y no le había dejado ver su verdadera naturaleza.

Jason imaginó a Celia y tomó con más fuerza el asa de la jarra que sostenía. Celia sabía qué había sucedido en realidad. Ella podía ser su salvación, pero aún no se atrevía a encararla. Le podía ofrecer dinero que, aunque ahora no lo necesitara, todo apuntaba a que pronto lo iba a necesitar. Pero ni siquiera una suma generosa de dinero le aseguraba nada. El problema iba a ser el escándalo. Admitir la culpa de Avery Sinclair en la muerte de su padre significaba involucrarse en un asesinato.

Destruirse ante sus pares no era algo que lady Brookhurst estuviera dispuesta a hacer, más allá del dinero que pudiera obtener a cambio. El momento de ir a verla tendría que estar muy bien calculado, y la amenaza de quedar expuesta debía ser tan real que no tendría más remedio que prestarle la debida atención. Necesitaba encontrar la manera de obligarla a admitir la verdad, necesitaba un testigo.

Jason recorrió la taberna con la mirada, examinó los rostros de las sirvientas, de los clientes de la barra, del mozo que atendía detrás del mostrador. Termino la cerveza y se metió en la cocina. Una vez allí, el pulso se le aceleró al reconocer el familiar rostro redondo de la cocinera.

-¿En qué puedo ayudarle?

La mujer, rolliza y de baja estatura, sonrió. Balanceando una pesada espátula de hierro, se acercó a él. También en aquel entonces siempre había sido amistosa con él. Tal vez, por eso la recordaba.

-Huele bien. Podría comer algo.

Ella observó los ceñidos pantalones de gamuza y la chaqueta de montar azul marino, el lazo que colgaba de los puños hasta la punta de los dedos. El cabello, recogido atrás, no estaba empolvado, pero su vestimenta decía que era, como mínimo, un miembro de la alta burguesía.

-La anguila frita que está oliendo y una pierna de venado asada. Haré que le sirvan un plato en un abrir y cerrar de ojos.

Jason sonrió. No tenía tanta hambre, pero si lograba que la mujer siguiera hablando, él comería.

-Muchas gracias, señora. ¿Le importa que me siente aquí?

Ella frunció el entrecejo. Era una pregunta extraña, viniendo de un hombre con esa vestimenta. Entonces su boca dibujó una sonrisa.

-Si lo que está buscando es a mi Betsy, no volverá hasta más tarde. Al pueblo; fue al pueblo. No volverá antes del anochecer. Aunque yo puedo decirle que usted ha venido, si me dice su nombre. Un caballero tan apuesto... mi Betsy lamentará habérselo perdido.

-Mi nombre es Hawkins -dijo con mucha facilidad tras aquellos ocho años-. Jason Hawkins.

Ella asintió y se dispuso a preparar la comida. La cocina despedía calor y vapor. Un gran recipiente negro con algún líquido en ebullición colgaba de un gancho sobre el fuego y por un momento, la pequeña y robusta cocinera desapareció tras una nube de vapor. Reapareció con un plato de peltre en el que había carne y un trozo de pan de centeno que puso en la mesa de madera maciza que tenía delante. Desapareció de nuevo y a los pocos minutos volvió a aparecer con una jarra de cerveza, que también puso en la mesa.

-He estado fuera del país -dijo Jason con naturalidad-. Hace bastante tiempo que no venía. Aunque me acuerdo de usted, que trabajaba aquí en la cocina.

Ella lo miró con detenimiento, tratando de situarlo.

-Su aspecto me es familiar pero, sinceramente, no puedo decir que lo reconozco.

Casi deseó que se acordara de él. Tal vez entonces también recordaría las circunstancias del asesinato.

-En especial, recuerdo una de las noches que vine. Las cosas tomaron un rumbo de lo más sorprendente, ya que el viejo duque de Carlyle fue asesinado...

La cocinera revoleó los ojos, que eran redondos y rodeados de bolsas de arrugas.

-¡Esa sí que fue buena! Pobre diablo. Vaya manera de terminar... asesinado por su propio hijo.

-¿Lo vio usted?

Ella lo negó.

-Yo estaba aquí en la cocina cuando sucedió, pero tenga la seguridad de que nos quedamos temblando.

-Lo atraparon, creo recordar. Aunque después decían que en realidad no fue el hijo mayor. Hay quien dice que fue el hijo menor.

Una expresión de extrañeza acudió a su rostro redondo.

-Yo también lo he oído, pero hace ya muchos años. Se habló durante un tiempo, pero acabó por olvidarse. El duque es un hombre muy poderoso por aquí. No hay ningún chiflado que se atreva a contrariarlo -sus ojos recorrieron el semblante de Jason-. Por extraño que parezca, ahora que lo pienso, usted se parece un poco a él, al hijo mayor del viejo duque, quiero decir. El era más delgado y no recuerdo que fuera tan alto. Era más pálido, más delicado, no tan varonil, ¿me entiende?

Desde luego que lo entendía. Lo entendía mejor que nadie.

La mujer sonrió y él advirtió que le faltaba más de un diente en la parte inferior.

-No es usted familiar, ¿no?

Jason esbozó una sonrisa con la esperanza de que pareciese más sincera de lo que era.

-Espero que no, teniendo en cuenta que se trata de un asesino.

Ella se encogió de hombros.

-Como usted dijo, corrían rumores de que él no lo había hecho. Yo no lo puedo saber, estaba, como digo, aquí abajo trabajando. No vi nada hasta que llegó el agente de policía y se llevó al muchacho. No es que importara demasiado. El ya murió. Es mejor no despertar a los muertos.

Jason no hizo más comentarios. Terminó de comer en silencio, a pesar de que los nervios se le habían desatado y no tenía nada de hambre. Tal vez hubiera alguien en este lugar que supiera algo y pudiera ayudarlo. Buscarlo no iba a ser fácil pero era un rayo de esperanza. Tragó el último bocado, dejó unas monedas sobre la mesa y se puso de pie.

-Muchas gracias por la comida, señora, y por la conversación.

-Volverá, ¿no?; tendría que ver a mi Betsy. Jason forzó una sonrisa.

-Tal vez.

Era casi seguro que iba a volver, pero tenía que andar con cuidado, saber esperar el momento oportuno.

Sin embargo, a menos que estuviera columpiándose de la horca, nada lo iba a impedir.

9

Velvet se encontraba frente al espejo de vestir oscilante que había en su habitación. Como casi toda la mansión de Windmere, los salones de la planta de arriba estaban muy vacíos y el aspecto de las habitaciones era de marcada austeridad. En su dormitorio también se notaba la falta de recursos: un sencillo armario de roble había reemplazado al elegante mueble de palisandro que un día había estado allí. Los cuadros, de un buen guste exquisito, que en otros tiempos adornaban las paredes con sus marcos dorados, habían desaparecido. Las cortinas de seda de color damasco seguían estando, y hacían juego con el cubrecama y con las telas que colgaban del dosel.

Velvet sonrió para sus adentros al pensar que tal vez terminaría haciéndose vestidos de esas telas si su situación económica no daba un giro en breve.

Pero no era día de pensar en ello. Dejaban Windmere para asistir al baile de disfraces de Carlyle Hall, el último paso que había que dar para romper relaciones con el duque. De pronto pensó en él y un gélido escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Había algo amenazador en la figura de Avery Sinclair, algo que él se había encargado de ocultar muy bien hasta aquel día en el Salón de la Reina. Por centésima vez, agradeció en silencio al bandido por haberla salvado del terrible destino que le esperaba de haber contraído matrimonio con Avery; al mismo tiempo se preguntaba dónde habría ido a parar aquel alto y apuesto bandido.

De sólo pensar en él, sus mejillas se encendieron. Recordaba sus enérgicos y ardientes besos y la imagen de sus grandes manos sobre sus senos. Por Dios, cuánto había tratado de borrarlo de su mente, arrodillada en la pequeña iglesia de la parroquia, rezando para que aquellas imágenes no volvieran.

Sin embargo, cada noche, al meterse en la cama, daba vueltas y cambiaba de postura, con el deseo de volver a verlo, de que no fuera un forajido, de que llegara cabalgando en su defensa, de la misma forma en que lo había hecho el día del rapto, sacándola del carruaje y llevándola con él.

Velvet suspiró. Tenía que casarse, y pronto, y no podía hacerlo con un forajido, ni siquiera con un noble desplazado, si es que eso es lo que era. Jason no podía salvarla, por muy apuesto que fuera. Debía buscar otro hombre, un esposo adecuado y rico, que no necesitara su dote. La búsqueda iba a comenzar en el baile de disfraces.

Tenía que ser sutil, por supuesto. El objetivo principal era acallar las malas lenguas, pero con la ayuda de Avery, aunque fuera mezquina, pensaba poner fin a los rumores. Mientras tanto, la temporada iba a comenzar muy pronto en todo su esplendor. Tal vez, entre los candidatos hubiera caras nuevas que desearan la mano de una rica heredera, un pretendiente de dinero y posición. Con un poco de suerte, tal vez lograra despertar el interés de alguno de ellos.

Y tal vez, con el tiempo, ese sentimiento terminara siendo amor.

Velvet suspiró y se alejó del espejo justo cuando su doncella, Tabitha Beeson, se apresuraba a llevarse el disfraz que llevaría en el baile, lo único que faltaba por meter en la maleta.

-Ya he terminado, milady. Dios Santo, qué hermoso es. Usted será la más bonita del

baile.

Eso esperaba. Tenía mucho que hacer en Carlyle Hall. Sonrió al pensar en la decepción del duque cuando supiera que no iba a ser su dote la que se hiciera cargo de sus deudas. Pobre de la que le tocara hacerlo. Velvet no dudó en ningún momento que el duque de Carlyle iba a conseguir una esposa, y pronto.

-Gracias, Tabby. Di a Martha que, como siempre, se ha vuelto a esmerar -sobre todo, teniendo en cuenta el poco material del que disponía. Los sirvientes que quedaban en Windmere habían aprendido a multiplicarse. Martha era una costurera excepcional cuando no atendía la mesa en la planta de arriba, y Tabby ayudaba con cierta frecuencia a quitar el polvo y a la limpieza en general-. Dile que el disfraz es formidable.

Velvet llevaría un atuendo medieval, como el de la joven doncella Gweneviere, con una túnica de terciopelo color ciruela encima de unas enaguas de seda ámbar con bordados en oro. La cintura iba ceñida con una faja dorada de la que colgaba una daga con piedras preciosas incrustadas en la empuñadura, aunque las verdaderas incrustaciones de la legendaria espada familiar habían sido sustituidas. Las mangas del vestido, que eran largas y terminaban en punta, colgaban casi hasta el suelo. Iba a ir con el cabello suelto, que le caería por la espalda, como las muchachas solteras del medioevo.

Un ruido proveniente del vestíbulo distrajo su atención.

-¿Qué sucede ahí arriba? -su abuelo levantó la voz con impaciencia-. El carruaje nos está esperando y el lacayo está nervioso. Ya tendríamos que haber salido.

Velvet salió con premura al rellano.

-Ya estamos, abuelo. Ahora mismo bajamos.

Efectivamente, en menos de un cuarto de hora ya estaban en marcha. Iban a toda velocidad por la carretera que conducía a Carlyle Hall. La semana previa había hecho un frío infernal, pero el día anterior había cambiado el tiempo y la incipiente primavera tenía todo el aspecto de haber llegado para quedarse. Entre las ramas de los árboles que bordeaban la carretera se veía la bóveda azul rosácea y se colaban los tibios rayos del sol.

Debido a la demora en la partida, ya era noche cerrada cuando llegaron a la posada que había a mitad de camino, pero las habitaciones estaban preparadas y el fuego de la chimenea encendido. A la mañana siguiente reanudaron el viaje, más velozmente de lo que ella esperaba. Cerca de Wealdon Forest, pasaron por una pequeña aldea cuyas construcciones eran en su mayor parte de ladrillo rojizo, y un perro famélico, con las costillas marcadas, corrió junto al carruaje ladrando para ahuyentarlos.

Se acercaban a Carlyle Hall; a medida que se acercaban, crecía la inquietud de Velvet. Su mente volvía una y otra vez a dibujar las imágenes de la última vez que había viajado por ese camino, la noche del secuestro.

No vendría, ¿no? El no se atrevería a abordarla nuevamente. Pero vio que sin darse cuenta, lo deseaba. Deseaba que saliera del bosque con su gran caballo negro, obligara el carruaje a detenerse, se agachara y la alzara para sentarla en la silla con él.

Cuando llegaron a la curva donde él había aparecido aquella noche, Velvet se mordió el labio inferior y se retorció los dedos que tenía entrelazados en su regazo. Un hilo de sudor bajaba entre sus pechos.

El abuelo la miró detrás de sus pobladas cejas blancas, consciente de las miradas que a diestra y siniestra lanzaba ella desde la ventana.

-Pareces preocupada, querida mía. Lo veo en tu rostro. No temas, mi querida Velvet, esta vez el bandolero no nos pillará desprevenidos -esgrimió una sonrisa de satisfacción-. Si aparece, estamos preparados. Esta vez, el cochero va armado.

-¿Armado? -chilló Velvet-. Santo Cielo.

-Sí, armado. Si a ese bribón se le ocurre acercarse otra vez, se encontrará con el cañón de una pistola.

Al pensar en John Wilton, tan grandullón, que era el conductor que iba en el asiento de

arriba, el deseo de que apareciera el bandido se desvaneció. «No vengas, Jason, no vengas.» ¡Dios Santo, no quería que lo mataran! Tan sólo era una vana esperanza de verlo una última vez.

Miró a su abuelo rezando una silenciosa oración. Le resultaba sorprendente que el anciano conde hubiera tomado tales medidas, y más aún, le sorprendía que recordara algo de aquel viaje. Pero así era su enfermedad. En .un momento estaba lúcido y al minuto siguiente ya no lo estaba. La memoria del pasado lejano no le fallaba en absoluto, pero los pensamientos del día eran tan nebulosos como la neblina de Londres.

Sentada en el borde del asiento, Velvet fijó la mirada en los árboles que se alineaban a lo largo del camino y trató de controlar los acelerados latidos de su corazón.

Al final, todo su nerviosismo fue en vano. Jason no apareció y el carruaje avanzó sin ningún impedimento hacia Carlyle Hall. Al parecer, el bandido se había olvidado de ella por completo.

Velvet hizo la promesa de olvidarse de él de una vez por todas.

La música llenaba los magníficos salones y los pasillos iluminados de Carlyle Hall. Las notas del clavicémbalo flotaban delicadamente en el áureo salón de baile decorado con grandes espejos. De pie, a la luz titilante de un candelabro de oro, uno del centenar que habían dispuesto en línea por el salón majestuoso, Avery Sinclair disfrutaba en soledad el breve respiro que le habían dado sus invitados y su supuesta prometida.

Alcanzó a ver su pequeña figura entre la gente que bailaba, con sus ondulados cabellos de oscuro tono caoba que brillaban como madera pulida en el salón iluminado con cuentos de velas. Avery apretó los dientes hasta sentir un agudo dolor en la mandíbula. La imagen de la mujer lo enfurecía. ¡Tanto que se había esmerado en mantener la apariencia de riqueza y poder! ¿Cómo lo había descubierto? ¿Dónde había estado los días anteriores a la boda, durante el supuesto secuestro?

No tenía la menor idea, yen realidad no le importaba. Más allá de su paradero, había una cosa que tenía clara. Ella era una jovenzuela pizpireta y maquinadora, más inteligente de lo que él había imaginado; sin duda la había subestimado en gran medida. No volvería a hacerlo.

Avery se acomodó el bonete negro de terciopelo con adornos de armiño, inclinándolo ligeramente hacia delante sobre una de sus finas y rubias cejas. Al mirarse al espejo advirtió que la delicada pluma alargada que lo coronaba le daba un toque de elegancia. Iba vestido de Enrique VIII, con una casaca de manga larga hasta la cintura, chaleco bordado con hilos de plata, medias de seda blancas y un braguero con bordados plateados.

Forzó una sonrisa pensando en el rey que representaba; le hubiera gustado poder decapitar a esa pequeña zorra de Velvet Moran.

Se acomodó el braguero para que no le apretara el miembro. Tal vez, también podía hacer como hacía Enrique VIII, fornicar con ella una o dos veces y después entregarla al verdugo.

Meditó la posibilidad con una oleada de satisfacción mientras miraba hacia donde ella estaba bailando con el conde de Whitmore, que no apartaba su hambrienta mirada del pecho de la joven. Buena suerte y a otra cosa, pensó desviando la atención hacia un objetivo mucho más interesante. Era una mujer rubia y esbelta que había visto alguna vez, una joven que asistía por primera vez a un acontecimiento de la temporada de la sociedad londinense. Se sabía que su padre, sir Wallace Stanton, tenía la confianza del rey en materia de finanzas. Durante todos esos años, sus negocios habían sido un rotundo éxito; él era uno de los pocos hombres que en realidad había hecho dinero antes de la quimera de los Mares del Sur. En las décadas siguientes, logró convertir los beneficios en una considerable fortuna. Stanton tenía riqueza y poder, pero sólo una hija, Mary, de dieciocho años de edad, que sería la única heredera de sus vastas propiedades.

Sir Wallace, de avanzada edad, tenía todo lo que la mayor parte de los hombres podía desear, pero lo que él anhelaba con más vehemencia era un título para su pequeña. Deseaba que entrara en la aristocracia, la única cosa que él, de momento, no había podido ofrecerle.

Librodot

En los últimos meses, Avery había oído hablar de ella; los rumores decían que la joven y su fortuna estaban en venta. En aquel momento él no se había interesado, ya que se había comprometido con la heredera de los Haversham. Para él, casarse con una mujer que no perteneciera a la aristocracia era, a todas luces, impensable.

Por desgracia, con la pérdida de su prometida y la amenaza de ruina en el horizonte, se vio obligado a considerarlo de nuevo.

Avery se llevó un delicado pellizco de rapé a la nariz, examinó a la joven rubia y volvió a meter la cajita de plata enjoyada en el bolsillo del chaleco. No podía decir que ella le desagradara. Llevaba un sencillo disfraz de granjera, tenía muy buen cutis y su rostro era hermoso, de estilo menos radiante que el de Velvet Moran; sin duda sería mucho más manejable que ella. La semana anterior había tenido un encuentro secreto con su padre. Sir Wallace había estado a punto de desmayarse con la idea de ver a su hija casada con un duque.

Habían llegado a un acuerdo provisional que incluía la formidable dote de su hija y la condición de que el matrimonio convertiría al duque de Carlyle en heredero de la vasta fortuna de los Stanton.

Sólo había un obstáculo: Mary Stanton tenía que estar de acuerdo.

Avery le sonrió desde el otro lado del reluciente suelo de mármol. Advirtió que estaba bailando con el conde de Balfour, un hombre apuesto y adinerado, del que se rumoreaba que al fin se había decidido a entrar en el mercado matrimonial. El conde necesitaba un heredero; pensaba resolver el problema al terminar la temporada.

Avery frunció el ceño. Quería a Balfour lo más lejos posible de Mary Stanton. Su reputación con las mujeres era pésima y, aunque Mary no lo sabía, ya corrían habladurías sobre ella. Avery se quería asegurar de que el conde comprendiera la situación. En cuanto se quitara de encima a su no deseada prometida, iba a ganarse los favores de Mary Stanton.

Avery sonrió. La chica iba a aceptar su proposición matrimonial, y pronto. Ya se encargaría de que no tuviera más remedio. Con Velvet Moran había cometido una equivocación. No iba a errar de nuevo con Mary.

Se acarició la recortada y oscura barba postiza y pensó en Enrique VIII. En cuanto volviera a tener dinero su poder sería aún mayor. Tal vez, cuando su posición se afianzara de nuevo, podría devolver la atención a Velvet Moran.

Velvet forzó los labios para poder sonreír. Se aburría hasta la muerte con el conde Whitmore. En toda la noche no había hecho otra cosa que mirar sus pechos lascivamente y babear de la forma más repugnante. Por suerte, casi todo el tiempo Avery había representado su papel con corrección, bailando con ella y dejando claro que aún eran una pareja, que no había ningún problema entre ellos. Sus adulaciones la habían rescatado por momentos de los libidinosos avances del conde, pero ahora el duque se había alejado.

-Parece cansada, querida -dijo el conde observando el rubor de sus mejillas al terminar el baile-. Tal vez un poco de aire fresco en la terraza le vendrá bien.

-No! Di... digo... lo siento, milord, pero me temo que no puedo -lo último que quería era estar a solas con el conde libertino-. He prometido este baile a otra persona. Tengo la certeza de que en cualquier momento llegará para pedírmelo.

Se volvió para alejarse pero se detuvo bruscamente ante un ancho pecho que bloqueaba el camino.

-Como usted dice, milady -dijo la voz entre suave y áspera que le era tan familiar-, creo que este baile me corresponde.

¡Jason! El corazón se le desbocó *y* comenzó a latir a un ritmo vertiginoso dentro de su pecho. No podía ser él. No era posible que estuviera aquí. Llevaba máscara y peluca, pero aun así no tenía la menor duda de quién era.

-¿Milady?

Librodot

Hizo una reverencia completa, después señaló la pista de baile con un movimiento de cabeza y se volvió en esa dirección.

A Velvet le resultaba difícil tomar aliento; sentía una gran sequedad en la boca.

-Sí... sí... creo... creo que este baile es suyo... milord.

El llevaba la túnica escarlata y las ceñidas calzas blancas de los oficiales de caballería, las piernas firmes encajadas en unas botas altas de color negro. Una peluca plateada cubría sus ondulados cabellos, y la mitad superior del rostro quedaba oculta por una máscara de seda negra. Pero ni siquiera la máscara podía ocultar aquellos intensos ojos azules ni detener el vértigo que sintió Velvet.

Aceptó la mano que él le ofrecía, una mano grande que le envolvía los dedos; la calidez y la fortaleza que transmitía le hizo recordar la fuerza imponente que él representaba. Bajo su túnica de terciopelo color ciruela, las piernas temblorosas aceptaron seguirle hacia la pista de baile.

Lo miró, sintió el calor de aquellos ojos y un pequeño escalofrío recorrió todo su cuerpo. Con la fuerza de un vendaval, se dio cuenta de cómo lo había echado de menos desde que él se había marchado dejándola en aquel prado, de cuánto había pensado en él, de la preocupación constante que había sentido por su bienestar. Era una locura, pero el interés y la inquietud que sentía por él no habían disminuido un ápice. Más bien aumentaban según lo veía mover el cuerpo al compás de la música, con la elegancia de un cortesano más, aunque era más alto y corpulento que cualquier otro invitado. Nerviosa, Velvet miró a la gente que giraba a su alrededor. Era peligroso que él estuviera allí. Cualquiera fuese su verdadera identidad, seguro que era alguna clase de villano. Dios Santo, tal vez alguna de sus víctimas lo podía reconocer con tanta facilidad como ella lo había hecho. ¡Quizá lo arrestaran, hasta lo podían mandar a prisión! Santo Cielo, ni siquiera los nobles venidos a menos eran inmunes a la ley.

Velvet trató de concentrarse en la música, una danza folclórica que no terminaba nunca, pero su mente seguía enfrascada en el hombre que tenía enfrente. A pesar de su altura, se movía con la misma elegancia que ya había advertido en él antes. Sus ojos la examinaban de arriba abajo a través de la máscara, con un brillo ardiente y alguna que otra oscura emoción.

Ella lo examinó con la misma osadía, percibió la anchura de su espalda, el estómago chato y la cintura estrecha, la forma en que las calzas le marcaban los muslos firmes. Advirtió que la tela enfundaba un bulto considerable a la altura de su sexo, y sus mejillas se encendieron. Velvet desvió la mirada, pero no sin detenerla previamente en su atrevida y arrogante sonrisa.

Al terminar el baile, él la tomó de la mano y salieron de la pista de baile en dirección a la terraza que daba al jardín. En el aire había una fragancia primaveral, y la noche estaba fresca pero no fría. O, tal vez, era el calor que corría por sus venas lo que mantenía su temperatura.

Ella dejó que él la llevara hasta las sombras que había en el extremo de la terraza, entonces se volvió para encararlo, recuperando la voz por primera vez desde que apareció.

-Por todos los santos, Jason, ¿has perdido la cordura? ¡La casa del duque es el último lugar en el que podías haberte presentado!

El encogió aquellos hombros poderosos, resaltando los músculos a través de su uniforme escarlata.

-Vine para verte -sonrió-. Pensé que tal vez me habías echado de menos.

-¡Echarte de menos! Eres un arrogante insufrible. El roce firme de su brazo deslizándose por la cintura no la dejó continuar hablando.

-¿Qué estás hacien...?

La frase terminó de golpe con el choque de sus labios ardientes y húmedos. La besó con gran determinación, moldeando la boca sobre la suya, obligándola a separar los labios ante la invasión de su lengua.

El estómago le dio un vuelco y el mundo comenzó a girar, la sangre fluyó a gran

velocidad y las piernas le flaquearon. El la estrechó con más fuerza entre sus brazos, presionándola contra todo su cuerpo musculoso, y ella sintió agujas al rojo vivo en todo su ser. Los labios le producían cierto cosquilleo y la piel acusaba un rubor cada vez mayor. Una oleada de placer, puro y salvaje, la recorrió y todo su cuerpo tembló.

-Jason... -susurró devolviéndole los besos mientras le rodeaba el cuello con sus brazos. Dios Santo, lo que hacía era una insensatez, pero no podía detenerse.

Jason la besó con más pasión, saboreando el interior de su boca, barriéndola con la lengua mientras con las manos recorría su espalda, le rodeaba la cintura y después las deslizaba hacia más abajo, abarcando sus nalgas y acercándola más a él. Su sexo estaba duro, una protuberancia que la alertaba, pero el beso era tan ardiente, tan devorador que, sin ser muy consciente de ello, vio que se arrimaba a él más y más, con las manos tomándole el rostro y devolviéndole los besos con la misma pasión.

Fue Jason quien se retiró. Su máscara negra se había ladeado ligeramente y sus ojos azules le dirigieron de pronto una mirada acusadora.

-Todavía eres la prometida del duque. Dudo que él apruebe nuestro beso.

Tomó aire a duras penas, asombrada de que pudiera hablar con tan repentina calma.

-Su Excelencia y yo ya hemos acordado separarnos. Lo único que hago es esperar que pase el debido tiempo para acallar las malas lenguas.

Los firmes músculos de sus anchas espaldas liberaron parte de la tensión acumulada.

-Tenía la esperanza de que fueras inteligente y cortaras esa relación.

A ella le faltó poco para echarse a reír. Lo había hecho porque no le quedaba más remedio. Necesitaba dinero con la misma urgencia que el duque.

-¿Por qué has venido, Jason?

El se enderezó un poco y tomó una actitud un poco más precavida.

-Para verte, por supuesto.

Pero había algo más. Lo veía en sus ojos. Ni siquiera la picardía de su sonrisa podía tapar esa sensación.

-Y ha valido la pena, duquesa.

Sus mejillas se sonrojaron. No debía haberlo besado. Aún peor, ahora que ya lo había hecho, sabía que lo iba a lamentar. En realidad, no sentía el menor arrepentimiento.

-Ya no voy a ser duquesa.

-¿Te importa?

Ella negó con la cabeza.

-En absoluto. En realidad, creo que tengo una deuda de gratitud contigo. Mi matrimonio con el duque habría sido terrorífico. No entiendo cómo no vi en él su verdadera naturaleza.

La línea de su boca sensual se endureció.

-Avery tiene muchas caras. No debe sorprender que una joven inocente como tú se engañe.

-Hablas como si lo conocieras bien.

-Pensé que lo conocía, pero me equivoqué. Pagué muy caro el error. Un error que no voy a cometer nunca más.

-El compromiso sigue en pie. Cuando llegaste esta noche, ¿cómo sabías que no daría la voz de alarma y no diría que tú eras el secuestrador?

Jason esbozó esa sonrisa que la desarmaba. Su rostro rejuvenecía, parecía menos beligerante, menos extenuado. Se le ocurrió que sonreír era casi una novedad para él, como si no fuera algo que hiciera con frecuencia.

-No tenía la certeza. Suponía que ya sabrías que lo que te dije era la verdad. Tenía la esperanza de que tu gratitud bastaría para guardar silencio -una oscura ceja se arqueó al tiempo que examinaba su rostro-. O que, tal vez, te habías acordado de mí alguna vez, como yo de ti.

El corazón de ella dio un vuelco y comenzó a latir a mayor velocidad. Clavó la mirada

en su apuesto semblante y una oleada de tristeza se apoderó de Velvet. Seguro que había pensado en él, sin tregua, desde el momento en que se separaron. Pero eso no cambiaba las cosas. Tenía que casarse por dinero, debía encontrar un hombre que salvara a su familia de la ruina.

Era irónico, pero ella y Avery Sinclair transitaban el mismo camino. En realidad, aunque odiaba admitirlo, ellos no eran tan diferentes, después de todo.

-Tengo que entrar -dijo con el deseo de no tener que hacerlo-. ¿Nos volveremos a ver?

El negó con la cabeza.

-No creo. No sería lo más sensato. Tendría que haberte dejado en paz esta noche.

Ella se alzó ligeramente y le acarició la mejilla. -Me alegro de que no lo hayas hecho.

Los ojos de Jason parecían brillar con un fuego interior. Por un momento pensó que la iba a volver a besar, pero no lo hizo.

-Adiós, duquesa.

No lo corrigió. La palabra tenía un trasfondo de afecto y a ella le gustaba la ternura de su mirada cada vez que la pronunciaba.

-Adiós, Jason. Cuídate.

El se volvió, y ella lo vio salir de la terraza y desaparecer en la oscuridad del jardín. Su sombra se proyectaba en gigantescas dimensiones por la luz de las antorchas que iluminaban el sendero de gravilla.

En pocos segundos él desapareció, y Velvet sintió un súbito vacío. Le escocía la humedad acumulada en los ojos. No era correcto sentirse atraída de esa forma tan salvaje por un hombre que apenas conocía; no obstante, al verlo marchar, se le instaló un dolor en el pecho y un nudo agudo de emoción que le ahogaba la garganta. Pero todo era en vano. Aunque Jason sintiera algo más que un simple deseo por ella, no iba a resultar nada de aquello. El no formaba parte de su mundo ni ella del suyo. Nada que pudieran hacer, ninguno de los dos, podía cambiar eso.

Sin embargo, los besos ardientes y el recuerdo de aquellos ojos intensos que la miraban, la habían sumido en un hechizo que sólo se rompió cuando sintió el gélido aire nocturno que la obligó a volver a la casa.

Sin embargo, no podía olvidarse de él.

El baile de disfraces se le hizo interminable. Velvet sonrió, rió y habló de Avery con afecto a sus invitados. Se sentía cansada e incómoda; además seguía preguntándose acerca de la verdadera razón que había impulsado a Jason a presentarse así. Mientras seguía dándole vueltas al asunto, le pareció ver su imagen escarlata en el vestíbulo anejo al despacho del duque. ¿Habría entrado? ¿Acaso el motivo era robar, o tal vez algo peor? Y de no ser así, ¿qué estaba haciendo allí?

No hallaba ninguna respuesta. El llamado Jason era un enigma, tan insondable como las criaturas salvajes del bosque. A lo mejor, ella podía contratar a alguien para descubrir su verdadera identidad, pero sus fondos ya eran bastante exiguos, y en realidad, tampoco le importaba tanto. No había un lugar en su vida para Jason. El no podía salvarla. Su deber era encontrar a un hombre que pudiera salvarla.

Sin embargo, esta noche no iba a suceder, y según se iba alargando la velada, su cansancio iba en aumento.

Buscó a su abuelo pero vio que ya se había ido a acostar. Cansada, pero todavía con un ligero nerviosismo, deambuló por los magníficos pasillos de mármol de Carlyle Hall, olvidándose de los invitados, recorriendo un elegante salón tras otro, disfrutando de la belleza que la rodeaba.

En la sala de armas había armaduras relucientes que llamaban la atención con sus contundentes espadas envainadas, las lanzas sujetas por una firme mano de metal. La biblioteca era enorme, las paredes estaban revestidas de madera pulida yen ella había más

Librodot

libros de los que jamás había visto en un mismo lugar.

Una biblioteca espléndida era una gran distinción social. Por encima de todo, lo que anhelaba Avery era destacar en la sociedad, pero no creía que aquella colección tan maravillosa fuera obra de él. Pasó el dedo por las tapas de cuero de los distintos volúmenes. *La marcha del peregrino,* de Bunyan, *El libro de los mártires,* de Foxe, *Crónicas,* de Baker. También encontró *El único deber del hombre, Los siete campeones, Historia de una barca y El espectador,* de Turner. La lista era interminable. Se le ocurrió que, de haberse casado con el duque, al menos se habría entretenido en este lugar. La idea le hizo sonreír.

Un formidable reloj de pie dio la hora cuando estaba saliendo de la habitación. Aún seguía oyéndose el clavicémbalo que sonaba en el salón de baile. Al salir al pasillo pensó en retirarse a su habitación pero las dimensiones de la casa eran de tal magnitud, que no supo recordar por dónde había bajado.

Se metió erróneamente por un pasillo que la condujo hasta la Gran Galería, un estrecho pasaje con arcos, pinturas en el techo y docenas de retratos con marcos dorados que colgaban de las paredes. Cuatro generaciones de duques de Carlyle y sus antecesores, retratos de esposas e hijos, con sus nombres tallados orgullosamente en pequeñas placas de plata al pie de cada pintura.

-Disculpe, milady -el mayordomo de pelo cano apareció en la puerta-. Lamento molestarla, pero como la vi caminando por aquí pensé que tal vez se había perdido.

Ella sonrió al ver la preocupación que había en aquel rostro de finas facciones, un rostro que le resultaba tanto más agradable con cada visita a Carlyle Hall.

-Gracias, Cummings. Estoy un poco desorientada. No era mi intención llegar aquí, pero me ha resultado entretenido.

El esbozó una genuina y cálida sonrisa, giró un poco y señaló uno de los retratos.

-Este es el segundo duque, milady, el abuelo de Su Excelencia.

-¿Y este hombre tan imponente que hay aquí? -preguntó señalando al hombre robusto y de cabellos plateados de uno de los cuadros-. ¿Era el padre del duque actual? -ella trató de leer el nombre de la placa, pero la iluminación era escasa y no lo veía bien.

-Así es, milady.

-Jamás lo hubiera dicho. Son muy distintos.

El mayordomo se acercó hasta que los dos estuvieron más cerca del cuadro.

-El actual duque es el segundo hijo. Su primera esposa falleció mientras daba a luz, y el viejo duque se volvió a casar al poco tiempo. El duque actual se parece a su madre, la duquesa Clarice.

Velvet se mordió el labio inferior y se quedó pensativa arqueando una ceja marrón.

-No sabía que el duque tenía un hermano mayor. El mayordomo asintió con la cabeza.

-Lo tenía, milady -Cummings se acercó a un retrato familiar que había en un extremo de la pared y no estaba tan iluminado como el resto-. Aquí está. La mujer sentada junto al duque es su segunda esposa, Clarice. Su Excelencia es el niño rubio sentado a su izquierda, más abajo, y su hermano mayor es el joven de cabello oscuro, a la derecha.

Velvet se arrimó más al cuadro, con el pulso acelerado y el corazón comenzando a golpearle en las costillas. El retrato representaba a los cuatro miembros de una familia, con los hijos adolescentes ya casi adultos. El rostro de los dos hermanos reflejaba aún la inocencia, la mirada traviesa y a la vez curiosa de la juventud. El rubio semblante de Avery era inconfundible, los cambios habidos en él eran apenas perceptibles: su piel seguía teniendo el mismo tono pálido, su figura era todavía esbelta, aunque había madurado.

Pero el otro joven había cambiado de verdad. Aún así, ayudándose con la luz de un candelabro que ella tomó de una mesa para observar atentamente el cuadro, Velvet supo sin ninguna duda quién era el joven.

No había equivocación posible: aquellos ojos de un azul penetrante, la mandíbula firme y cuadrada, los huesos de las mejillas tan marcados, la curva sensual de aquellos labios. Su aspecto actual era más adusto, más corpulento, más fuerte. Más duro. Aquel mocoso se había

convertido en un guerrero. El niño de antes, en un hombre.

Las manos de Velvet temblaban cuando acercó aún más la luz titilante al retrato.

-¿Cómo... cómo se llamaba?

-Su padre lo llamó Jason, milady, igual que el primer duque de Carlyle.

El estómago de Velvet se agarrotó. Cuando miró de nuevo al mayordomo, una triste sonrisa había alterado el semblante de Cummings; de pronto su aspecto había envejecido varios años.

-Era un buen muchacho, el joven Jason. No es verdad lo que dijeron de él. Jamás conseguirán que yo lo crea, hasta el día que me muera.

La emoción le quebró la voz, que salió atiplada. Velvet sintió que se le retorcían las entrañas.

-¿Qué le ocurrió? -preguntó con un tono que casi era un susurro.

El se limitó a negar con la cabeza.

-Lo siento, milady. No debía haber hablado así. No está bien que yo le cuente estas cosas. A Su Excelencia le desagradaría, y a mí no me gusta mucho hablar de eso.

Velvet se acercó y le agarró el brazo con tanta fuerza que él se estremeció.

-Lo... lo siento -ella le soltó el brazo y dejó el candelabro en la mesa-. Necesito saber qué le sucedió a Jason. Le prometo que lo que me cuente no saldrá de aquí, pero tiene que contármelo, se lo ruego, Cummings, por favor.

La observó unos instantes, vio la palidez de su rostro, oyó la absoluta desesperación de su voz. Dejó escapar un suspiro de resignación.

-Fue hace ocho años, milady, pero lo recuerdo como si hubiera sido esta misma noche. Estaban discutiendo, Jason y su padre. El muchacho acababa de cumplir veintiún años.

-¿De qué discutían?

-Por lady Brookhurst, creo.

-¿Lady Brookhurst? -repitió Velvet con un retortijón en el estómago.

Ella había visto esa noche a la hermosa condesa por primera vez. Iba vestida de Cleopatra con un disfraz muy atrevido de seda color rubí y un tul plateado muy transparente, *y* con sus negros cabellos sin empolvar *y* sueltos hasta la cintura, había sido el centro de las miradas de todos los hombres que había en el salón. La mujer andaba en los treinta y mantenía la piel y la figura en perfectas condiciones.

Velvet se había sentido fascinada por su belleza desde el mismo momento en que la condesa entró en la sala.

-Sí, milady, es casi seguro que era por la condesa. Eso dijeron los sirvientes. Se sabía que Jason andaba con ella y que su padre no lo aprobaba. El caso es que Jason salió precipitadamente de la casa y a los pocos minutos el duque salió detrás de él. Siguió a su hijo hasta la posada donde se encontraban el joven y la condesa; fue allí donde ocurrió todo.

Velvet se humedeció los labios.

-Donde sucedió, ¿qué?

-La discusión continuó en la posada. Alguien mató a Su Excelencia de un disparo, después dijeron que había sido Jason.

Velvet se obligó a respirar pero no le era fácil. A pesar de la escasa iluminación, vio el brillo de las lágrimas derramándose por las huecas mejillas del mayordomo.

-Pero no fue así, milady. El adoraba a su padre. Jamás le habría hecho ningún daño.

Las piernas de Velvet comenzaron a temblar. Estaban a punto de doblarse y dejar que se desplomara en el suelo. Se agarró al borde de la mesa para mantener el equilibrio.

-¿Y qué... qué le pasó a Jason? -una parte de ella no quería seguir escuchando. Pero la otra parte tenía que saberlo.

-Lo detuvieron, milady, y se lo llevaron a Newgate. Su hermano menor siguió al duque hasta la posada. Dijo que trató de evitar que disparara. Lady Brookhurst también testificó en su contra. Sólo un hombre lo apoyó en el juicio, lord Litchfield. El y Jason eran buenos amigos desde la infancia.

Librodot

-¿Litchfield? -repitió Velvet imaginándose la oscura y alta figura del marqués.

-Sí, pero no sirvió para nada. Lo condenaron a la horca. Aunque bien sabe Dios que eso no llegó a suceder. La primera noche, lo atacaron unos ladrones. Newgate es un lugar terrorífico; allí está la peor escoria humana que se pueda imaginar. Esa misma noche mataron al pobre joven, por alguna moneda y la ropa que llevaba. Lo abrieron en canal, algo espantoso, según dicen.

Velvet pensó que iba a marearse. Volvió a mirar el retrato y sintió aquellos penetrantes ojos azules como si estuviera ahí mismo en la habitación. No se equivocaba en absoluto. Era el rostro del hombre que la había secuestrado, el hombre que por suerte había impedido que se casara con el despiadado duque.

El rostro del hombre que la había besado un rato antes en la terraza. Un rostro que no podía olvidar.

-Gracias, Cummings -trató de teñir su voz temblorosa con un tono de gratitud-. Ahora, si no le importa, tal vez pueda guiarme hasta la escalera para subir a mi habitación.

El asintió con gravedad.

-Por supuesto, milady.

No cruzaron ninguna palabra mientras él la conducía por el pasillo correcto y ella desapareció por la escalera de mármol.

Al llegar a su habitación, Tabby la estaba esperando. Velvet no habló mucho. Dejó que la corpulenta mujer la desvistiera, masculló unas palabras de agradecimiento, y se dejó guiar hasta los peldaños junto a la enorme cama con dosel.

En cuanto la puerta se cerró, Velvet se hundió en el mullido colchón de plumas. Sentía una gran desazón en su interior, y el corazón le pesaba en el pecho.

No era simplemente Jason, como ella lo había conocido, sino Jason Sinclair, el hombre que debía haber sido el cuarto duque de Carlyle. El mismo que había venido hoy, el hombre que la había besado en la terraza de esa forma tan apasionada.

No era un bandido, sino un asesino. ¡Cielo Santo!

Velvet se mordió el labio inferior para impedir que siguiera temblando. Los pensamientos eran tan turbulentos que le resultaba difícil ordenarlos. ¿Dónde se había escondido todos estos años? ¿Por qué había reaparecido ahora?

Una mínima falla, una sola persona que lo reconociera como el hijo mayor del duque de Carlyle y él volvería a la prisión. ¿Por qué estaba arriesgando la vida? ¿Qué podía ser tan importante?

Velvet posó la mirada en las telas de seda ámbar que colgaban del dosel, en las borlas de seda roja que pendían del dobladillo, pero en realidad no podía verlas porque había un rostro que le interceptaba la visión. Jason Sinclair. El duque de Carlyle.

Recordó el ardiente beso, se preguntó por su paradero y por la razón que le había impulsado a acudir esta noche a Carlyle Hall.

Se preguntaba también si, en realidad, podía ser un asesino.

Cerró los ojos, pero no se durmió.

10

Jason subió la escalera que conducía a su habitación en la torre del ala norte de Castle Running. Estaba hospedado allí, lejos de la residencia principal, donde podía entrar y salir cuando quisiera sin necesidad de toparse con la servidumbre.

Era raro, pero él se sentía cómodo en esta parte del antiguo castillo donde todo era más sencillo y primitivo. De las gruesas paredes de piedra colgaban grandes tapices flamencos que representaban escenas medievales de caza. Junto a ellos había un escudo normando, una lanza

y dos espadas cruzadas. La cama era inmensa, tallada en roble oscurecido y cubierta con pieles; había más pieles que cubrían el suelo de madera de roble sin pulir.

El fuego, encendido por el fiel sirviente que Lucien había designado para él, crepitaba en la chimenea. Sonrió al ver las llamas acogedoras, y agradeció el calor que mantenía la habitación a buena temperatura y atenuaba las heladas corrientes de aire que, al parecer, eran una presencia constante en esa parte de la torre.

Se quitó la casaca y la arrojó sobre el banco de madera que había a los pies de la cama. Hecho esto, se volvió y vio que no estaba solo.

Lucien sonrió y se incorporó con elegancia. -Supongo que debería haberme quedado un poco más en la horrible fiesta de Avery, pero en cuanto vi que regresabas sano y salvo de tu pequeña incursión en su despacho, me escabullí. Con semejante atuendo, pensé que no ibas a encontrar ningún obstáculo infranqueable. Aparentemente, no lo hubo.

-Sólo tuve un pequeño percance, pero resultó más entretenido que otra cosa.

Lucien alzó una tupida ceja negra.

-Sí... creo que vi a ese pequeño percance al que te refieres bailando con ese viejo verde de Whitmore, quien prácticamente la acorraló al terminar un minué. Espero que hayas podido rescatarla antes de que ese viejo idiota perdiera el juicio por completo.

Jason sonrió.

-En realidad se alegró mucho de verme. Ahora me entero de que no fue mi personalidad irresistible, sino los lascivos avances de Whitmore lo que encendió su entusiasmo.

Lucien le devolvió la sonrisa.

-Al menos sirvió para algo -se acercó a Jason y vio que sacaba un fajo de papeles doblados del bolsillo de su chaleco-. ¿Del despacho de Avery? -preguntó.

-En efecto. Como te dije, sabía dónde estaba la caja de seguridad y cómo abrirla. No estaba seguro de lo que podía encontrar, pero ahora veo que hice bien -desdobló los papeles y los estiró sobre la pesada mesa de roble-. Este documento está fechado tres días después del asesinato de mi padre. Es un contrato entre el duque de Carlyle y la condesa de Brookhurst. Avery se compromete a pagarle la cuantiosa suma de doscientas mil libras más un generoso estipendio de por vida. Con semejante suma de dinero, la condesa podrá vivir rumbosamente hasta el fin de sus días.

-Déjamelo ver -Litchfield se inclinó y examinó con detenimiento los papeles a la luz titilante de las velas-. Dios Santo, Avery se pondría verde de bilis si supiera que has metido las manos en esto.

-Eso solo no basta para invalidar el veredicto, pero es un buen comienzo; es la primera prueba sólida que hemos descubierto, muestra que ha podido haber algún tipo de confabulación por parte de Avery.

Lucien le puso la mano en el hombro.

-Mejor todavía; este documento relaciona a Celia y a Avery. Quizá, su mera existencia sea suficiente amenaza para obligarla a admitir la parte que le corresponde en la farsa y contar la verdad de lo ocurrido aquella noche.

Jason negó con la cabeza.

-No podemos arriesgarnos. Celia no se rendirá con facilidad. No podemos permitir que ninguno de ellos sospeche nada. No debemos alertarlos de nuestros movimientos hasta estar seguros de que la condesa vaya a consentir hablar. Si sospechara un momento que aún estoy vivo, se lo diría a Avery. El hará todo lo que esté a su alcance para detenerme. Mi vida no valdría ni un maldito chelín.

Lucien frunció el entrecejo.

-Tendremos que tener cuidado, pero eso lo sabíamos desde el principio -sonrió levemente-. Como bien dices, este documento solo no basta, pero al menos es el principio. Es para estar más que contentos.

Jason cerró los ojos y apoyó la cabeza en uno de los altos postes de la cama de roble.

-Me siento bien, Lucien, lo confieso. Es la primera esperanza genuina que tengo.

-Esto es sólo el comienzo, amigo mío.

Jason deseó poder sentirse tan optimista. Con cada día que pasaba en Inglaterra, sus posibilidades de salir con éxito se reducían. Tarde o temprano, acabarían por reconocerlo en alguna parte. Las autoridades vendrían a buscarlo y lo enviarían de nuevo a prisión. Y lo colgarían, sin lugar a dudas: esta vez no lo dejarían escapar. Tenía que moverse con el mayor de los cuidados; aun así, las posibilidades de alcanzar el éxito disminuían segundo a segundo.

-Esta noche has hecho un buen trabajo -dijo Lucien dirigiéndose hacia la puerta-. Intenta descansar.

Tal vez podría descansar, pensó Jason mientras volvía a acercarse a la mesa y rozaba al pasar los valiosos documentos. Pensó en el riesgo que había corrido al presentarse en Carlyle Hall, mas después sonrió al recordar su encuentro con lady Velvet. Aunque no hubiera encontrado los documentos, el riesgo habría valido la pena. La recordó en sus brazos, evocó la fragancia de lilas de sus cabellos, y el deseo lo excitó. Recordó también sus suaves labios separándose bajo los suyos, los generosos senos contra su pecho y sintió un dolor agudo entre las piernas.

Tal vez durmiese, pensó. O tal vez pasara una noche de deseo angustioso, reviviendo los ardientes momentos vividos con Velvet Moran.

Velvet dio vueltas y más vueltas en el mullido colchón de plumas, sin lograr conciliar al sueño hasta poco antes del amanecer. Cuando finalmente Tabitha fue a despertarla, se sentía embotada y malhumorada. Una ligera jaqueca empezaba a insinuársele en el latido de sus sienes.

-Su Excelencia ha estado preguntando por usted. Quiere que se reúna con él y sus invitados.

Velvet asintió. Avery representaba el papel a la perfección, gracias a Dios. Los rumores habían ido acallándose hasta convertirse en murmullos de simpatía y con suelo por el secuestro que había padecido. La separación provocaría apenas la habitual cantidad de conjeturas acerca de los motivos. Velvet se echó la gruesa trenza de cabellos oscuros sobre un hombro y sacó las piernas por un costado de la cama.

-Me pondré el vestido de tafetán rayado de color azafrán -dijo a Tabby, empezando ya a temer el día que tenía por delante, pero no bien había terminado de decir la frase, su mente volvió a situarse donde estaba. Durante todas las horas de la noche que había pasado sin dormir, sólo un pensamiento le ocupaba la mente: Jason Sinclair.

¿Sería de verdad un asesino? ¿O habría habido algún equívoco que hizo que lo inculparan a él?

¿Era culpable? ¿Era inocente?

Cuando terminó de asearse, se sentó en el taburete frente al elegante tocador de estilo Sheraton, dejó que Tabby la peinara con el cabello recogido hacia arriba excepto algunos rizos grandes que le colgaban sobre los hombros y trató de convencerse de que era posible; tal vez Jason fuera capaz de asesinar.

Por extraño que pareciera, en realidad no dudaba de esa capacidad suya, dadas las circunstancias adecuadas. Tenía la certeza de que podía llegar a ser despiadado para lograr sus propósitos. Jason era un hombre duro y con mucha determinación cuando alguien trataba de oponerse a él.

Jason Sinclair era peligroso e impredecible. Todos los tendones de su cuerpo mostraban las dificultades que había tenido en la vida, dificultades que lo habían modelado hasta hacer de él el hombre intrépido que era ahora. Trató de convencerse de que podía haber asesinado a su padre con crueldad, pero en su fuero interno nada concordaba con esa conjetura. Mentalmente volvió a revivir los días compartidos en aquel pequeño coto de caza. Ella lo había enfrentado desde el primer encuentro que tuvieron; sin embargo, jamás le había hecho daño, ni siquiera cuando le había dado motivos.

Recordó el encuentro en el establo. Había mostrado mucha ternura con el cachorro. Y cuando habló de su padre, sólo había amor en sus palabras y en su mirada, además de un respeto profundo por el hombre que lo había engendrado. El mayordomo le había dicho lo mismo, que Jason adoraba a su padre, que jamás le habría hecho daño.

Es inocente, pensó Velvet con una convicción que iba en aumento. Mientras Tabby aseguraba los ganchos del miriñaque y después la ayudaba a ponerse el vestido rayado color azafrán, cada vez estaba más segura de estar en lo cierto.

Una vocecilla interna le avisaba de que tal vez fuese una expresión de deseos, puesto que el hombre tenía que haber muerto en la horca, pero no podía quitárselo de la cabeza. Jason Sinclair era incapaz de cometer semejante crimen contra una persona a quien adoraba.

Tal vez ésa fuera la razón por la que había decidido salir de su escondite. Tal vez lo único que había querido todos estos años era demostrar su inocencia. No sabía por qué había esperado tanto, pero si su intención era limpiar su nombre, tenía que ser porque alguien estaba dispuesto a ayudarlo, alguien en quien podía confiar.

Como su amigo de la infancia, el marqués de Litchfield.

El corazón se le aceleró y bombeó sangre a su cabeza aturdida, lo que acentuaba su dolor. Litchfield había creído en la inocencia de Jason, ya que había testimoniado a favor de él en el juicio. El hombre que había ido a visitarlo en el coto de caza era alto y de tez oscura. Ella había logrado ver parte de su rostro; ahora que lo pensaba, tenía la certeza de que aquellas delgadas y duras facciones eran las de Lucien Montaine.

Litchfield era un hombre acaudalado, respetado y admirado en la alta sociedad. Si el marqués estaba tan dispuesto a ayudarlo, ella estaba doblemente convencida de que Jason no había cometido el crimen.

Y Litchfield sabría dónde estaba él.

-¡Tabitha! ¡Tabby! -gritó esperando con impaciencia el regreso de la mujer-. He cambiado de idea. Ven; ayúdame a cambiarme -se dirigió presurosa al armario, abrió las puertas cubiertas de espejos y sacó un traje de viaje de seda rojiza y una pelliza de seda que hacía juego.

-Y ahora -dijo Tabitha volviendo a entrar con aire despreocupado en la habitación-, ¿adónde piensa ir? Yo pensaba que quería pasar la mañana con el duque.

-Ya te dije que cambié de idea. Tengo que encargarme de algo y necesito ropa menos delicada, más formal. Ayúdame a ponerme este traje, después vístete tú también. Y discúlpame ante el duque mientras yo llamo el carruaje.

Tabby sabía que no valía la pena discutir. La ayudó a vestirse y después salió para hacer otro tanto. En cuestión de minutos ya estaban las dos sentadas en el carruaje de los Haversham, Tabby frente a Velvet; ella sería su acompañante. En el pescante, John Wilton chasqueó el látigo y el coche comenzó a rodar a toda velocidad por el camino que los llevaba a Castle Running, la finca de campo del marqués.

Quería ver a Litchfield, obligarlo a admitir que estaba ayudando a Jason y después pedirle una cita con él. Por las razones que fueran, aunque sin proponérselo, Jason Sinclair la había ayudado. Ahora le tocaba a ella corresponder de la misma forma. Ya encontraría la manera, se prometió. Litchfield era el primer paso.

Ella sabía lo suficiente acerca de Jason como para obligar al marqués a colaborar con ella. En esto, estaba segura de conseguir lo que se proponía.

Lucien abrió las puertas del Salón Rojo, entró y las cerró tras de sí sin hacer ruido. Sentada en un mullido y cómodo sofá rojo de brocado, Velvet Moran aguardaba con el vuelo de la falda extendido a su alrededor, la espalda recta y los pequeños hombros erguidos. Al marqués no le pasó inadvertido el aire decidido que la rodeaba como si fuera un exótico y denso perfume.

Al verlo venir, ella se puso de pie y avanzó hasta la mitad de la habitación para

saludarlo.

-Disculpe, milord, por haber venido sin previa invitación. Tengo que conversar de algo importante con usted y me temo que no puede demorarse.

El marqués arqueó una ceja, tomó la mano de la joven y se inclinó ligeramente.

-No tiene por qué disculparse, milady. La visita de una mujer hermosa es siempre bienvenida.

Sus palabras la hicieron sonrojar. Creyó que era un cumplido, pero no mentía. La belleza de Velvet Moran era radiante y encantadora, de una exuberancia estimulante que llenaba de vida aquellos ojos castaños de tono dorado y hacía que su rostro ovalado y sus suaves labios de melocotón fueran casi irresistibles. Incluso sus cabellos, de intenso color caoba, rebosaban de vida y fogosidad.

-Lo que tengo que decir es de carácter muy confidencial -dijo ella, tomando asiento en la silla que le fue ofrecida mientras él se acercaba al aparador.

-Estamos en privado. Puede hablar con toda tranquilidad -destapó la licorera-. ¿Puedo ofrecerle una copa de jerez o prefiere otra cosa?

-Un jerez está bien, gracias.

Volvió y le ofreció la copa de cristal. A continuación, se sentó frente a ella.

-Muy bien, lady Velvet, ¿qué quiere decirme? Apenas dos palabras:

-Jason Sinclair.

Al oírlas, Lucien estuvo a punto de atragantarse con el licor.

-Discúlpeme, ¿qué ha dicho?

-Creo que me ha oído bien, milord. He venido a hablar de su buen amigo, Jason Sinclair, el cuarto duque legítimo de Carlyle.

El se inclinó hacia delante, con los ojos entrecerrados, pero observándola con un respeto diferente.

-Mi amigo fue asesinado en la prisión de Newgate, lady Velvet. Su muerte fue para mí algo sumamente doloroso. Es un tema del que no suelo hablar.

Ella lo miraba con el mismo detenimiento con que lo hacía él.

-Pero, ¿era usted su amigo?

-Sí.

-¿Cree que asesinó a su padre?

-No.

Ella se echó hacia delante, aferrando con fuerza la copa de licor.

-Yo tampoco, milord. Creo en su inocencia, lo mismo que usted.

-Eso me reconforta, milady, pero no veo qué tiene que ver...

-Creo que sí lo ve. Sé que si Jason aún estuviera vivo, seguiría contando con su amistad, ¿no es así, milord?

Ella lo estaba atrapando con mucha destreza. Él lo veía venir, pero no podía hacer nada por detenerla.

-Sí, así es.

-Y los dos sabemos que Jason está vivo, ¿no es así?

El consideró la posibilidad de seguir mintiendo, pero sabía, por la expresión de su mirada, que no le iba a creer.

-¿Para qué ha venido, lady Velvet?

Ella se enderezó, la mirada aún clavada en el rostro del marqués.

-Quiero verlo. Creo que usted puede arreglar un encuentro entre nosotros. Por eso estoy aquí, milord.

El marqués meditó la propuesta, percibiendo el destello de aquellos ojos que ya había visto antes.

-Sería peligroso... para los dos. ¿Por qué desea verlo?

-Si le digo la razón, se lo contaría a Jason y entonces tal vez no quiera verme. Es

suficiente que le diga que mi deseo es encontrarme con él mañana. Dígale que si no se presenta, me veré obligada a revelar su identidad.

El esbozó una semisonrisa.

-No la creo capaz de una cosa así, milady. Velvet alzó una de sus oscuras cejas rojizas.

-Pero no tiene la certeza y no puede permitirse correr semejante riesgo.

No pudo evitar admirarla por su valor. Valentía e inteligencia eran dos cualidades interesantes en una mujer. No era de extrañar que su amigo estuviera tan prendado de ella.

-A Jason no le va a gustar el chantaje.

-Ése es mi problema. Mientras tanto, tal vez pueda sugerir un lugar apropiado para el encuentro.

Movió el licor en el fondo de la copa, la alzó y olió su aroma, pero no bebió ni un trago.

-Hay una mujer que vive en las afueras del pueblo, una viuda amiga mía. No se encuentra en estos momentos, está en Northumberland, visitando a su familia -su boca se curvó hacia arriba-. Sucede que tengo la llave de su residencia. Como somos tan buenos amigos, tengo la certeza de que no le importará que su casa sea el marco para el encuentro.

-Fantástico -enarboló una sonrisa que transmitía tal vez demasiada complicidad para tan tierna edad-. No se olvide de agradecerle de mi parte a su... *amiga...* cuando regrese.

El se limitó a sonreír.

-Recuerde que se lo he avisado. A Jason no le va a gustar que interfiera en sus asuntos.

-Y a mí no me gustó que él interfiriera en los míos. Sin embargo, le estoy agradecida. Tal vez Jason también me lo agradezca.

El marqués se puso de pie, y ella hizo lo mismo. El le llevaba más de una cabeza; Velvet apenas le llegaba a la barbilla, pero había algo en ella, tal vez seguridad, o una voluntad férrea, que sin duda despertaba el interés de quien la contemplaba.

-¿Le parece bien las dos de la tarde, milady? -Perfectamente -respondió-. Le agradezco su ayuda, milord.

La sonrisa de él era algo burlona.

-Ahórrese los agradecimientos, milady, hasta después de habérselas visto con mi amigo.

Ella no dijo una palabra más, se alzó ligeramente la falda del vestido de seda y salió con sigilo de la habitación. Lucien la vio irse y el aire burlón de su sonrisa se transformó en diversión. En Velvet Moran, Jason había encontrado la horma de su zapato. En circunstancias normales, habría sido entretenido observar el choque de sus voluntades. Pero tal como estaba la situación, la interferencia de Velvet aumentaba el peligro que corría Jason.

Pensaba en qué diría su amigo cuando se enterara de la cita del día siguiente.

-¡Por todos los diablos! ¿Me estás diciendo que la mujer entró en tu casa, te dijo que sabía que yo era Jason Sinclair y exigió encontrarse conmigo con la amenaza de que, si no lo hacía, me entregaría al verdugo?

En la pequeña sala junto a su habitación de la torre, Jasón luchaba por no perder la calma.

Litchfield se limitó a sonreír.

-Algo así.

Jason golpeó la repisa de la chimenea con la palma de la mano.

-¡Bueno, pues ya se puede ir olvidando! ¡No pienso bailar con su música... y ya puedes decir a esa pequeña arpía que se puede ir al diablo! -caminó hacia Lucien, se detuvo, giró y volvió al punto de partida-. ¿Cómo diablos se habrá enterado de todo?

-No tengo la menor idea.

-Es una pequeña zorra muy astuta. Yo debería haber sabido que iba a excitar su curiosidad. Tendría que haberme imaginado que ella no se iba a contentar con dejar que el asunto terminara ahí.

-Tendrás que encontrarte con ella -dijo Lucien-. No sabes con certeza qué puede llegar a hacer si no vas.

-Tampoco sé con certeza qué puede llegar a hacer si voy.

Lucien rió por lo bajo.

-Es de armas tomar. Hermosa y muy ardiente. Hace que ardas de deseos de tomarle la mano.

-Hace que ardas de deseo irreparable de llevarla a la cama -gruñó Jason.

-Exactamente -acordó Lucien, y Jason giró la cabeza con brusquedad-. Tranquilo, amigo, es toda tuya. Me conformo con mi amante y un revolcón de vez en cuando con la encantadora viuda Carter cada vez que vengo a pasar un tiempo aquí.

Jason se volvió y se puso a mirar por la ventana.

-No creo que me delate, pero después de Celia, ya no estoy seguro de nada en lo que se refiere a las mujeres.

-La cita puede ser interesante. Tengo curiosidad por ver qué quiere.

-Sólo Dios lo sabe.

-Dios y tú, Jason; mañana a las dos de la tarde.

Jason no dijo nada más, se quedó mirando las verdes colinas que se extendían sin límite entre el castillo y el pueblo. Estaba enfadado, furioso, por la interferencia de Velvet. Y sin embargo, le era muy difícil negar el profundo sentimiento que le inspiraba y que tenía guardado en su interior, una parte de él ansiaba que llegara la hora de la cita.

11

Vestida con un atuendo de montar de terciopelo corubí de elegante corte militar, Velvet avivó el fuego que ella había encendido en la chimenea de la casa de piedra de la viuda situada en las afueras de Hammington Heath. La vivienda era más grande de lo que había imaginado, con tejados de pizarra, paredes encaladas y toda la fachada cubierta de hiedra.

La llave que le había dado el marqués la dejó en un interior de suelos adoquinados y techo sobre enormes vigas de roble. El salón estaba inmaculado; el sofá y los sillones colocados frente a la enorme chimenea, tapizados en tela floreada rosa y blanca le daban un aire cálido y alegre.

Atizó el fuego y se quedó mirando cómo las finas llamadas se extendían en los leños. Con las manos cerca del fuego para gozar con su calor, esperaba oír las pisadas de Jason, pero lo único que se oía eran los ruidos y crujidos propios de la casa.

Ya eran más de las dos de la tarde. ¿Se habría dado cuenta de su fanfarronería y habría decidido no presentarse? ¿Tan seguro estaba de que no iba a delatarlo?

Velvet suspiró en medio del silencio. Después de la visita del día anterior a Castle Running, había regresado a Carlyle Hall a seguir representando el papel de solícita futura esposa de Avery. Ese día, tras presentar sus excusas, fue al establo y pidió que le ensillaran un caballo para llegar hasta el pueblo, no muy lejos de allí.

Velvet se acercó inquieta a la ventana, tironeando de las charreteras doradas de su traje de montar. Los botones de latón formaban filas paralelas en la chaqueta de terciopelo color rubí; ella se acordó del uniforme de caballería color escarlata que llevaba Jason en el baile.

Miró a través de las ventanas con paneles de cristal hacia la verde campiña que se extendía frente a ella. Por Dios, ¿dónde estaba Jason?

-¿Me estás buscando, duquesa? -la voz grave salió de atrás, y Velvet estuvo a punto de desmayarse

-¡Dios Santo! ¡Casi me muero del susto! ¿Cómo has logrado entrar?

El estaba junto a un extremo de la repisa de la chimenea, con un fornido hombro apoyado en ella y con cierta postura de despreocupación, aunque la tensión que rezumaba su

sólido cuerpo no pasó inadvertida a Velvet.

-No fue tan difícil entrar. Ya deberías saber que soy un hombre de grandes recursos -su tono traslucía cierta amenaza, aunque era suave y hasta un poco seductor.

El cruzó la habitación para llegar hasta ella, y Velvet captó un destello ardiente en su mirada. Un músculo palpitó en la mandíbula de Jason y las manos, caídas a los costados, se cerraron en puño. Cielo Santo, estaba enfadado. Furioso, más bien. El marqués ya se lo había avisado, pero, aun así, ella no se sentía preparada para su ira.

-Sé... sé que estás enfadado, supongo que tienes derecho a estarlo, pero tenía que verte.

-¿Por qué?

-Sé quién eres.

El se acercó, tenía la mandíbula tensa y una mirada penetrante en los ojos.

-Me has amenazado, Velvet; no me gusta que alguien me amenace.

Ella alzó el mentón.

-¡Bueno, a mí tampoco me encanta que me secuestren pero eso no impidió que tú me llevaras por la fuerza! -No tenía alternativa.

El llevaba traje de montar, cómodos pantalones de ante y camisa de batista blanca de manga larga. La chaqueta estaba tirada en una silla mullida.

-De modo que accediste a mis deseos y has venido contra tu voluntad. ¿Acaso creíste que te podía delatar?

El fijó una mirada intensa y sagaz en su rostro.

-Esperaba que no, pero no lo podía saber. Tampoco pensé que Celia Rollins se iba a quedar de brazos cruzados mientras a mí me colgaban, sin embargo fue así, y con gran alegría de su parte.

Velvet le apoyó una mano sobre el brazo y sintió que los músculos bajo la manga de la camisa le temblaban por la tensión.

-Lady Brookhurst te traicionó, pero yo no lo haría. No creo que hayas matado a tu padre. Tengo el convencimiento de que lo adorabas. Quiero ayudarte a demostrar tu inocencia -dio un paso atrás, se alzó la falda y se inclinó hacia delante, en una elegante reverencia completa-, Su Excelencia.

Jason no se movió. Los largos músculos de la garganta se le habían contraído, pero no dijo nada. Por un momento, le sostuvo la mirada con sus brillantes y hermosos ojos azules. Acusaba un ligero temblor en la mano cuando la estiró para tocarla, después entrelazó los dedos de su mano con los de Velvet e hizo que ella se incorporara. A continuación, la atrajo hacia sí y la envolvió en sus brazos.

-Ay, duquesa. Hace mucho tiempo que no oigo esas palabras.

Velvet se aferró a él y deslizó los brazos alrededor de su cuello, sintiendo su mejilla presionada contra la suya. Los ojos le picaban por las lágrimas contenidas, pero parpadeó para impedir que afloraran.

-Quiero ayudarte. Por eso vine. Quiero que me cuentes lo ocurrido a ver si encuentro alguna forma de ayudarte.

El negó con la cabeza.

-Agradezco el interés, pero no puedes hacer nada; además, este asunto sólo puede traerte problemas. Incluso puede ser peligroso.

Ella se apartó un poco y alzó la mirada hacia su rostro. -Quiero saber lo que pasó. Por favor, Jason, ¿no me lo vas a contar?

Pasaron largos segundos. Era como si el eco del tictac del reloj resonara en toda la habitación. El soltó un suspiro de cansancio y se volvió echándose hacia atrás un mechón de pelo mientras la guiaba hacia el sofá. Se sentó a su lado.

-Me resulta difícil hablar de esto. Por aquel entonces, yo era muy ingenuo. Ni siquiera sospechaba nada -negó con la cabeza-. Lo planearon desde el principio; Avery y la condesa. Los dos...

-¡Avery! ¿Avery es el hombre que mató a tu padre? El asintió.

-¿Y qué te creías?

-Pensé... que tal vez lo habían engañado, que lo habían convencido de tu culpabilidad por error. No hubo errores.

-Celia quería dinero. Avery quería hacerse con el ducado. Decidieron deshacerse de los dos, de mi padre y de mí, tal vez no de los dos a la vez, pero se limitaron a esperar el momento oportuno para poner en marcha el plan. Aquella noche, cuando mi padre salió de casa y me siguió a la posada, Avery oyó lo que estaba ocurriendo. Vio la oportunidad de oro y no la desaprovechó -se echó a reír con amargura-. Se lo puse muy fácil a ambos. Me había enamorado de Celia y no veía el peligro; yo sólo pensaba en ella.

Velvet percibió una leve agitación que reconoció como celos. Le dolió el pecho al pensar en un Jason enamorado de la hermosa condesa. Era ridículo, pero el agudo dolor persistía.

-Sé que te llevaron a la prisión. ¿Cómo lograste escapar?

-No me escapé.

-Pero...

-La primera noche que pasé en Newgate me atacó una banda de reclusos. Querían la ropa, los zapatos. Allí, eso era toda una fortuna. Me golpearon hasta dejarme casi inconsciente, me desnudaron y después me dejaron sólo con los trapos que no quisieron. Uno de ellos era más grande que los otros, más fuerte. Se quedó con casi todas mis cosas.

Desvió la mirada unos segundos, atrapado en el dolor de sus recuerdos.

-Sin embargo, no pudo usarlas por mucho tiempo. Más tarde, esa misma noche, sus compañeros lo atacaron y lo apuñalaron hasta dejarlo sin vida. Le quedó el rostro muy desfigurado tras el asalto. Cuando los guardias lo encontraron, pensaron que era yo, ya que teníamos la misma altura y el mismo color de cabello -sacudió la cabeza-. A menudo he pensado si Avery no estaría detrás de aquel ataque. Lucien intentó detener la ejecución, pero Avery me quería muerto. No es hombre a quien le gusten los riesgos. -Se encogió de hombros, con los tendones cada vez más rígidos-. Supongo que jamás lo sabré.

El corazón de Velvet quedó compungido.

-Jason...

Ella quería tocarlo, abrazarlo, eliminar de su hermoso rostro la mirada acosada que lo ensombrecía. Pero esperó que terminara, con el pecho dolorido y la garganta ahogada en lágrimas por el sufrimiento que sin duda él había tenido que padecer.

Jason dirigió la mirada hacia la ventana.

-Esa noche pude eludir al verdugo, pero hubo momentos en los que deseé estar muerto. A la mañana siguiente, cuando vinieron en busca del prisionero llamado Hawkins, el hombre al que habían matado, yo me hice pasar por él. Me llevaron a las colonias. Me hicieron esclavo y trabajé como un animal durante cuatro años, hasta que me escapé. Lo único que hacía que siguiera en pie cada día era la promesa que me había hecho de regresar.

Velvet no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que sintió sus propias lágrimas que rodaban por las mejillas.

Jason se inclinó hacia ella.

-Tranquila -dijo, secándole las mejillas húmedas con el dedo-, todo lo sucedido pertenece al pasado -le alzó el mentón con la mano-; como te dije antes, tú no puedes hacer nada.

Velvet miró con intensidad aquellos ojos azules, muy azules.

-No estés tan seguro. Me quedo en Carlyle Hall un día más. Lo suficiente para poder echar un buen vistazo, para hacer preguntas. Me enteré de lo tuyo. A lo mejor descubro alguna otra cosa que te pueda interesar.

-Y a lo mejor, tus preguntas despiertan las sospechas de Avery. Si eso sucede, soy hombre muerto.

Velvet sintió que se le estremecía todo el cuerpo, pero logró sobreponerse.

-Tú también puedes hacer algo que lo alerte.

-No soy tan tonto.

-Ahora que lo pienso... ¿qué me dices de tu aparición en el baile de disfraces? Pudo haber sido un desastre. ¿Y si alguien, aparte de mí, te reconocía?

-Llevaba una máscara -dijo Jason con terquedad.

-Sí, aunque de bien poco habría servido si alguien te hubiese visto entrar en el despacho de Avery. Y además, yo tampoco soy tan tonta como para no ir con sumo cuidado. Tienes que dejar que te ayude, Jason. Es obvio que cuanto más te demores en conseguir pruebas, tantas más posibilidades hay de que te descubran.

Jason apretó los labios hasta que se convirtieron en una fina línea.

-Más que obvio, te lo aseguro.

-Deja que te ayude, Jason.

El se limitó a negar con la cabeza.

-No. No quiero que te hagan daño.

-Maldita sea; quiero ayudarte.

-He dicho que no, Velvet; hablo en serio.

Ella alzó el mentón.

-¿Crees realmente que puedes detenerme? La mandíbula de Jason se puso rígida. Su semblante se cubrió de ira.

-¡Serás descarada y arpía! ¡Eres la mujer más terca y obstinada que ha conocido!

-¡Le ayudaré, Su Excelencia, le guste o no! -¡Maldita seas, tendría que haberte dado una paliza!

Fue hacia ella y la agarró por los hombros con ojos que soltaban chispas. Pasó un largo segundo, pero ninguno de los dos se movió. Gruñó por el fracaso y la empujó hacia él.

-Aunque en realidad, prefiero besarte.

Aprisionó su boca con un beso pasional, moviendo los labios ardientemente sobre los de ella, con urgencia por separarlos.

Ella tendría que haberse enfadado, haberlo apartado, pero en lugar de ello, se aferró más a él. Maldecía el calor que empezaba a recorrerle el cuerpo, la sensación de aquellos brazos que la rodeaban, el sabor de su lengua en la boca. Las dos lenguas se enredaban, la de él se metía en su interior intensamente, como si fuera el dueño de su boca. El beso era duro, brusco, hambriento. El calor que sentía se empezó a desplazar desde la base de la garganta a los hombros, y de allí a los pechos, que comenzaron a henchirse bajo el vestido.

Jason intensificó el beso, tomando posesión de su boca con tal avidez que ella creyó que iba a desmayarse. El calor emanaba desde su estómago y se esparcía por toda la piel. La mano de Jason descendió hasta un pecho para tomar en la mano ahuecada su redonda voluptuosidad, provocando que el pezón se le pusiera rígido. A continuación, desabrochó los botones de latón del corpiño, separó la tela e introdujo la mano. La invadió una oleada de calor, una sensación que la derretía y le arrancaba de sus labios un suave grito de placer. La palma de la mano de Jason le acarició el pezón que aún se endureció más, formando un doloroso pico bajo su mano.

Velvet lo oyó gemir.

Le estaba besando la curva de la garganta, quitándole las horquillas que le sujetaban el pelo, hundiendo los dedos en la espesa melena oscura que caía sobre sus hombros.

-Jason... -susurró ella.

Pero el beso apasionado ahogó su débil protesta y las manos de él continuaron el asalto. Le sacó el corpiño del vestido por los hombros y aflojó la cinta que ataba las enaguas de batista blanca. Una segunda cinta sobresalía y él la terminó de aflojar, dejando su cuerpo desnudo hasta la cintura.

-¡Qué hermosa! -susurró devorando con su ardorosa mirada la piel desnuda. Cuando descendió la cabeza e introdujo un pezón en su boca, una oleada de calor hizo arder el cuerpo de la joven.

-Dios Santo...

A Velvet se le escapaban las palabras, pero no trató de detenerlo. En lugar de ello, arqueó el cuerpo hacia arriba pidiendo más y temblando cuando la lengua de Jason se paseó por la tensa cresta. Ella clavó los dedos en sus hombros y los músculos se estremecieron bajo su mano. Le oía latir el corazón bajo su chata tetilla, que se endureció con su tacto. Ella se estremeció y la mano de él descendió aún más, le subió la falda y trató de sujetarla alrededor de la cintura. El maldijo el miriñaque con ballenas que, aunque más pequeño por ser uno para montar, se interponía de igual modo en su propósito.

Jason alzó la cabeza. Respiró hondo.

-Tenemos que parar, Velvet. Si no paramos ahora, en unos cuantos minutos más no podré detenerme.

Pero ella no quería que se detuviera. Estaba enamorada de Jason Sinclair. Había intentado negárselo a sí misma, pero en cuanto lo vio, en cuanto él la tocó, supo que era cierto. Era un criminal que se había dado a la fuga, un hombre acusado de asesinato. En cualquier momento lo podían descubrir y si lo hacían, le costaría la vida.

Ella le soltó el lazo negro que ataba sus brillantes cabellos, deslizó los dedos entre los espesos mechones y con la mano le hizo descender la cabeza hasta unir su boca con la suya para besarla.

-Hazme el amor, Jason. Por favor. No quiero detenerme.

Jason gruñó. Negó ligeramente con la cabeza mientras le acariciaba un pecho suavemente.

-Te deseo, Velvet, no recuerdo haber deseado a una mujer con tanta fuerza, pero no es lo... no podemos...

-Por favor... -susurró ella, temerosa de que si no aprovechaba este momento, la última oportunidad de descubrir la pasión verdadera, tal vez no volviera a presentarse otra nunca. Jason la besó con delicada intensidad. Cuando ella le desabrochó los botones de la camisa y deslizó las manos en su interior, un escalofrío le recorrió el cuerpo y ella supo que había ganado.

Con mano temblorosa, Jason comenzó a desabrocharle la ropa, para quitársela. Acto seguido se inclinó para quitarle el calzado y las medias. En cuestión de minutos, había desnudado su cuerpo, en tanto él se quitaba la camisa y las botas de montar. Los ceñidos pantalones eran lo único que cubría su cuerpo. Tapaban el voluminoso bulto del sexo, pero cuando la tendió en el sofá, aquella dureza hizo presión sobre el muslo de Velvet.

Ella pensó que tendría que estar asustada, pero se dio cuenta de que no lo estaba. El era un hombre fuerte y corpulento, pero en el fondo ella sabía que iba a poner todo su cuidado para no hacerle daño. Sus manos le acariciaban los pechos, los tocaban, excitaban los pezones hasta que todo su cuerpo se estremeció de placer. Ella gimoteó cuando él descendió las manos y las posó en su monte de Venus. Después paseó los dedos por la maraña de vello rizado y rojizo entre sus piernas.

La sensación era tan nueva, tan intensa, que se puso algo tensa y por un momento se asustó. Jason la besó otra vez. Su boca y su lengua se movían con suave persuasión, y el miedo comenzó a desvanecerse. El calor ardiente acabó con cualquier duda y subió en espirales por todo el cuerpo de ella antes de concentrarse en el estómago.

-Jason... -se quejó Velvet al sentir que él separaba los húmedos labios del sexo y deslizaba un dedo en su interior.

-¡Dios, qué hermosa eres!

A continuación la besó con intensidad, la lengua adentrándose en su boca con el mismo ritmo sensual de la mano. Ella se movía sin cesar, sintiendo el fuego, arqueándose contra él. Lo deseaba y no le importaban las consecuencias.

De pronto él se detuvo y dirigió la mirada hacia su rostro. Respiraba entrecortadamente, y tenía en los ojos un brillo hambriento que ya no trataba de ocultar.

-Tenemos que parar, Velvet. No voy a casarme contigo. Aunque no tuviera que

enfrentarme a las galeras, tampoco me casaría contigo. No puedo. Deténme antes de que sea tarde.

Ella sintió que se le retorcía el corazón.

-¿Estás... estás casado?

El negó con la cabeza, sacudiendo su mata de pelo oscuro.

-No.

El no la amaba. No iba a casarse con ella. La idea le provocó un dolor agudo en sus entrañas. A pesar de todo, la deseaba, deseaba con todas sus fuerzas este preciso momento de pasión.

-Entonces, hazme el amor. Es lo que deseamos los dos.

A él se le ensombreció el semblante y tensó la mandíbula.

-Hay cosas que no sabes, que no puedo explicarte. Lo lamentarás, Velvet. Lo lamentarás de veras. Deténme ahora que aún estoy en condiciones de escucharte.

-Esto es lo que deseo, Jason.

El clavó la mirada en sus ojos.

-No sabes la clase de hombre que soy, las cosas que he llegado a hacer.

-¡No me importa!

La miró fijamente.

-He aprendido qué es la avidez, Velvet. Hace años que aprendí a tomar lo que deseaba para sobrevivir -le alzó el mentón con la mano-. Tal vez tú te arrepientas, pero te aseguro que yo no lo lamentaré.

Se apropió de su boca con un beso salvaje mientras con la mano abarcaba su seno, acariciándolo con avidez y excitando la punta. En cuestión de minutos, ella moría de deseo por él, se estremecía y gemía mientras él acariciaba su húmeda vulva una vez más.

-Estás a punto, Velvet. Húmeda y resbaladiza. Entraré con suavidad, sin hacerte daño. Confía en mí, mi amor. Deja que haga de esto una buena experiencia para ti.

Ella se dio cuenta de que confiaba en él. Más que en ningún otro hombre que había conocido.

-Sí... -respondió con suavidad, jadeando sobre la dura belleza masculina de su rostro-. Sí, por favor, Jason.

La dejó un instante para quitarse los pantalones, después se echó encima de ella en el sofá extendiendo las piernas y colocando su imponente figura entre los muslos de ella. La besó otra vez mientras sus dedos seguían consumando la magia, y de inmediato deslizó su miembro en su interior. No se detuvo hasta encontrar la barrera de su inocencia.

-Soy un canalla egoísta, Velvet -la besó en el cuello-. Siempre recordarás con tristeza la noche en que te secuestré.

Se hundió en sus profundidades y Velvet lanzó un grito, que fue ahogado con sus labios.

Un instante de dolor atravesó su cuerpo. Fue un momento abrasador que soportó apretando los dientes con fuerza. Tan pronto como vino, desapareció. El cuerpo de Jason se imponía sobre ella, apoyado en los codos, los músculos agarrotados, inmóvil gracias a una poderosa fuerza de voluntad.

-Lo siento. Traté de no hacerte daño. ¿Estás bien? Ella tragó saliva y le dedicó una sonrisa temblorosa. -El dolor ha desaparecido. Sólo siento una extraña sensación de plenitud.

La sensual boca de él esbozó una sonrisa.

-Vas a sentir algo más, eso te lo prometo.

Y así fue. Con mucha lentitud comenzó a mover la cintura, saliendo casi por completo de su interior. Contraía las nalgas y volvía a introducirse. Dentro y fuera. Se hundía en ella hasta sentirla plena, después se retiraba hasta hacerla anhelar su retorno. Ella sentía la dureza de él con todo detalle, las estocadas y los avances de su miembro; percibió unas leves vibraciones que la recorrían. Le temblaba el cuerpo; lo arqueó hacia arriba para recibirlo con más profundidad aún. Se aferró a su cuello, resbaladizo por el sudor, advirtió la tensión de los músculos y la cálida sensación en la vagina se desplazó por todo su cuerpo.

Un ardor especial se concentraba más abajo del estómago. Su cuerpo ardía. Él entraba y después salía, con más rapidez, más dureza, más profundidad. El corazón le latía con más y más intensidad hasta que el placer resultó insoportable.

-¿Jason!

Velvet se mordió el labio inferior, su cuerpo se puso rígido, se estremeció y después estalló en mil pedazos. Fue un estallido de placer, oleadas de fuego y de sensaciones increíblemente agradables. Lo abrazó y dijo su nombre entre sollozos contra su hombro, y así dejó que el placer inundara todo su cuerpo. El cuerpo de Jason se puso tenso. Ella sintió la última de sus estocadas y oyó un rugido que salía de su garganta y retumbaba en la habitación.

El se limitó a abrazarla durante largos momentos. Velvet se aferró a él pensando que jamás había experimentado nada tan maravilloso, jamás se había sentido tan increíblemente plena. Pasara lo que pasase, fuera cual fuese el destino que la vida les deparara, siempre iba a poder recordar ese momento. Un regalo especial de la pasión del que nunca la podrían despojar.

Entonces Jason se apartó.

-Se está haciendo tarde. Será mejor que te vistas -había cierta brusquedad en su voz, una brusquedad que sorprendió a Velvet. Era un tono distante que antes no tenía-. Ya has estado demasiado tiempo fuera de casa.

A Velvet la invadió una sensación de desconcierto. Deseaba extender los brazos y tocarlo, sentir el consuelo de su sólida firmeza, como había hecho antes.

-Lo que acabamos de hacer... tú no... ¿tú no has disfrutado?

Él dirigió una dura mirada hacia su rostro.

-¿Si he disfrutado? Sí, duquesa, claro que he disfrutado; más que eso. Ya te dije que no iba a ser yo quien lo lamentara -tomó los pantalones y se los puso, moviéndose para ajustárselos-. No voy a disculparme por lo ocurrido, si eso es lo que quieres. Te advertí antes de empezar.

Ella bajó la mirada, y sintió frío en su desnudez, incómoda por la dureza y la frialdad que él mostraba y deseando que la ternura volviera a aparecer.

-Yo no te he pedido una disculpa. Todo esto es una novedad para mí. No estaba segura... no sabía si...

El se puso la camisa y se frotó la cicatriz del dorso de la mano, como si la piel aún le quemara.

-Eres muy habilidosa, milady. Ha sido el mejor revolcón que he tenido en muchos años.

Velvet se mordió el labio inferior, pero no pudo impedir el suave grito de tristeza que salió de su garganta. Se dio vuelta, buscó su ropa y se metió las enaguas por los hombros esforzándose por no llorar. Pero la batalla estaba perdida y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Había sido un momento muy especial para ella pero para él no había significado nada.

Ella se inclinó hacia delante con la visión nublada y buscó el corpiño de su traje de montar. Sus dedos rozaron los de él cuando se lo alcanzó.

-Velvet... lo siento. No quería decir eso.

Ella apartó la mirada, se obligó a meter los brazos por las mangas y comenzó a abrocharse los botones.

-Fue idea mía, Su Excelencia. Podía haberlo detenido pero no lo hice. Un hombre no puede respetar jamás a una mujer así.

Ella resolló por la dureza con que él la agarró y la atrajo hacia sí, obligándola a encontrarse con su penetrante mirada.

-No digas eso. Ni siquiera lo pienses. Fue mi culpa. Me he comportado como un animal, que es en lo que me transformado. Me llevé tu inocencia. No me importó el precio que pagarías, lo único que prevaleció es la urgencia hambrienta de acostarme contigo. Yo traté de avisarte. Traté de decirte la clase de hombre que soy pero tú no me escuchaste. Ahora ya lo

sabes.

Un dolor descarnado ensombrecía su semblante. Se veía el arrepentimiento en la dureza de su mandíbula. De sólo mirarlo, el pecho de Velvet se estremeció de dolor. Se apartó y apoyó una mano temblorosa en su mejilla.

-Te diré lo único que sé. Sé que eres un amante apasionado y delicado. Sé que te resististe mucho más tiempo de lo que ningún otro hombre habría hecho, pero que yo no te dejé. Te deseaba, igual que tú a mí. Eres tú quien lamenta lo ocurrido, Su Excelencia. Te aseguro que no es mi caso.

El negó con la cabeza.

-Debería haberme detenido. Debería haberte protegido...

-Yo deseaba lo que me diste. Eso es lo único que importa.

El la miró, tratando de encontrar la verdad, de leer su rostro. Lo que vio tuvo que ser convincente porque cerró los ojos un instante y cuando los volvió a abrir, el dolor había desaparecido.

Un largo suspiro se le escapó de los labios.

-Tal vez haya consecuencias. Debí ser más cuidadoso pero... -le lanzó una mirada de prueba- me temo que en ese momento no estaba muy lúcido.

-Supongo que he de tomarlo como un cumplido, Su Excelencia.

-Con ese propósito lo he dicho, milady.

Ella esbozó una leve sonrisa, presa de una súbita timidez. Al volverse para terminar de vestirse, advirtió que sus piernas estaban manchadas de sangre. Jason debió de percatarse de eso, porque salió de la habitación y regresó enseguida con un paño húmedo y una pequeña toalla de lino. Un intenso rubor cubrió las mejillas de Velvet pero aceptó el paño. Jason simuló no darse cuenta, se volvió y salió, dejándola sola.

Se reunió con él a los pocos minutos, vestida de nuevo con su traje de terciopelo color rubí y el cabello recogido en un moño en la nuca. El corte agresivo de su traje le dio la fuerza necesaria para volver a enfrentarlo.

-Si me entero de algo importante, haré que lo sepas por medio de Litchfield.

Los ojos de él se ensombrecieron como si fueran nubes tormentosas en el horizonte de un mar muy azul.

-Ya te lo he dicho, Velvet, es demasiado peligroso.

Aléjate de Avery; hagas lo que hagas, no le preguntes nada. Ella sonrió con dulzura.

-Lo que usted diga, Su Excelencia.

-Y, maldita sea, no me llames así, que alguien puede oírte.

-Como desees, Jason. ¿Me ayudas a montar?

El la alzó con facilidad pero sus manos se demoraron en la cintura de la joven.

-Adiós, lady Velvet -dijo con brusquedad, la mirada aún fija en su rostro-. Eres una mujer muy especial. La garganta de Velvet se puso tensa.

-Adiós, Jason.

Ya empezaba a echarlo de menos. Trató de ignorar la punzada de dolor que había en su pecho y el ardiente deseo de llorar, espoleó su caballo y no volvió la mirada atrás. Lo que ella había dicho era la verdad; no se arrepentía de haber hecho el amor con él. Había sido el momento más singular y sobresaliente de su vida. Jamás iba a arrepentirse. Lo único que lamentaba es que Jason no la amara. Y que jamás volvería a ocurrir.

En cuanto se marchara de Carlyle Hall, iba a ir a la ciudad. La temporada de Londres ya había empezado, y ella debía encontrar un esposo. Jason había dejado muy claro que no estaba interesado en el matrimonio, y aunque consintiera en hacerle recuperar la dote, ella no iba a casarse con él si él no la quería.

Sintió una aguda punzada de dolor. Jason quería acostarse con ella. Era un hombre viril que disfrutaba con los placeres que le podía dar el cuerpo de una mujer. Aparte de eso, no sentía un interés especial por ella.

Lo que no invalidaba su intención de ayudarlo. Velvet cabalgaba de regreso a Carlyle

Hall, apartando de la mente el sentimiento de soledad que de pronto la invadió y concentrándose en cambio en la mejor forma de empezar a investigar.

Avery se encontraba de pie en la puerta del salón diurno, donde se habían reunido a desayunar los invitados que aún no se habían marchado. Entre ellos se encontraba la hermosa joven Mary Stanton, sentada junto a su padre, sir Wallace, frente a una larga mesa con mantel de lino cargada de vajilla de plata.

Avery devolvió la sonrisa que Mary le dedicó, esforzándose por reprimir su necesidad imperiosa de frotarse las manos de alegría. En los próximos treinta días su problema quedaría resuelto. Se casaría con Mary Stanton y quedaría con el control de su inmensa dote y de la fortuna que heredaría de su padre. El engranaje comenzaría a funcionar en cuanto terminara la relación con Velvet Moran.

Avery frunció el entrecejo al verla sentada frente a lady Brookhurst, interesada en lo que tenía todo el aspecto de ser una conversación amistosa. Velvet se reía de algo que había dicho Celia; los extremos de sus grandes ojos marrones se curvaron hacia arriba por el regocijo. La expresión de Avery se ensombreció aún más. Celia no era una mujer ingeniosa, o al menos él nunca la había considerado así. La mayor parte de las veces, su sentido del humor era procaz y más adecuado para los juegos de cama que para la charla de salón.

En los últimos años ella le había negado hasta ese pequeño placer y sólo le daba la mordacidad de su lengua viperina, sin el consuelo de acompañar sus cáusticas críticas con la entrega de su cuerpo. Se limitaba a pedirle dinero de forma insidiosa; aseguraba que lamentaba haber firmado alguna vez el trato que tenían. El mes anterior, no sabía cómo, ella había descubierto el nebuloso estado de sus finanzas. Lo único que la había hecho contenerse y dejar de enseñarle los colmillos, era el compromiso con lady Velvet.

Las vio charlar quizá con demasiada confianza; pidió a Dios que la Haversham tuviera el buen sentido de cerrar la boca y no decir nada del fallido compromiso. Entonces pensó en la astucia con que Velvet lo había manipulado a él y se relajó un poco más. Ella era una sólida adversaria para Celia; por otra parte, él tenía otras cosas más importantes que atender.

Avery se volvió hacia el extremo opuesto de la mesa y comenzó a avanzar en dirección de Mary Stanton.

Velvet volvió a reír por otro de los estúpidos comentarios de lady Brookhurst. Había logrado sentarse enfrente de la condesa, pero el interés de la mujer se centraba casi exclusivamente en el apuesto Christian Sutherland, conde de Balfour. Por desgracia, el conde estaba sentado demasiado lejos, y Celia enseguida se cansó tratando de llamar su atención.

-Créame, en realidad, los hombres me dan lástima -dijo con un suspiro-. Ese que ve allí va de una cama a otra tan vertiginosamente que una llega a pensar que sin duda ha de marearse tratando de recordar los nombres de todas sus amantes.

Velvet elevó la mirada a través del largo trecho de lino blanco almidonado, dejando a un lado el centro de plata que había en la mesa, y deteniéndose en el conde de Balfour, de rubios cabellos, que charlaba con sir Wallace Stanton.

-Es muy apuesto. Supongo que se lo puede permitir.

-¡Ja! Y un buen partido, además. Terriblemente acaudalado. Por estos días anda a la caza de una esposa, aunque dudo mucho que se deje cazar.

-Si lo que usted dice de su poca fidelidad es cierto, mejor será que elija una esposa muy tolerante.

La condesa se rió con ligereza. Llevaba un atuendo de seda color malva con encajes de Bruselas de color negro que iban del codo a la muñeca. Su aspecto era elegante y hermoso, frío y sereno, a pesar de que el conde siguiera sin hacerle ningún caso.

-Pero a decir verdad, todos se alejan, tarde o temprano -dirigió la mirada a Avery y

después de nuevo a Velvet-. Excepto Su Excelencia, por supuesto. El duque está realmente entregado. Tengo la certeza de que será un esposo admirable.

La mentira le salió con facilidad. Ambas la reconocieron como tal. Velvet se limitó a sonreír.

-Sé que lo será, pero de no ser así, supongo que a una esposa que cumple con sus deberes conyugales se le ha de permitir la misma libertad que la del hombre con quien se casó.

La fina ceja negra de Celia se arqueó. Sonrió con obvia aprobación.

-Es usted mucho más inteligente de lo que imaginaba, lady Velvet. Avery es un hombre afortunado al haberla encontrado.

Pero la petulante sonrisa de Avery hacía suponer que sentiría desprecio por una mujer que le pusiera los cuernos, al margen de cuántas amantes pudiera tener él mismo.

Velvet jugueteó con el faisán y los huevos que tenía en el plato y apoyó el tenedor sin llevarse un bocado a la boca.

-Me contaron que usted conocía a su hermano.

La condesa la miró con interés renovado, sorprendida ante la mención del escándalo olvidado hacía ya tanto tiempo, escándalo que Avery se había encargado tan bien de enterrar. Suspiró con dramatismo.

-Sí, lo conocía. Estuvimos muy enamorados. Jason quería que nos casáramos.

A Velvet casi se le cae la taza de porcelana que acababa de tomar.

-No... no sabía que habían estado comprometidos.

-Aún no era oficial. Quedé viuda sólo unos meses antes. Queríamos esperar que pasara el tiempo de duelo recomendable en esos casos antes de anunciar nuestros planes. Por eso nos veíamos obligados a encontrarnos en secreto.

-Entiendo -Velvet se llevó la servilleta a la boca, contenta de haber vuelto a recobrar la calma por el momento-. Avery apenas habla de él. Supongo que la pérdida tanto de su hermano como de su padre es demasiado dolorosa para él.

-Así es -le dedicó una sonrisa seductora-. Pero, aparte de la noche del asesinato, los recuerdos que me quedan de Jason son en realidad muy agradables -se inclinó para acercarse a ella-. Era un amante magnífico. Joven y viril. Casi insaciable en la cama -dirigió la mirada hacia Avery-. Pero tengo la certeza de que su futuro esposo, siendo otro Sinclair, hará un buen papel.

«Difícil», pensó Velvet. Los desapasionados besos de Avery no tenían la fogosidad de los de Jason. Lo único que quería es que no fuera tan obvio para Celia Rollins.

-Supongo que presenciar el asesinato debió de ser terrible para usted. Quiero decir, saber que el hombre a quien amaba iba a morir en la horca y, con él, todos los planes que los dos habían hecho.

La condesa puso una expresión de tristeza.

-Fue terrible. El pobre Avery estaba muy consternado. Ninguno de los dos creímos que un hombre como Jason fuera capaz de cometer tal asesinato -lanzó otro suspiro dramático-. Supongo que en realidad fue culpa mía. Por las razones que fueran, el duque se oponía a nuestra boda. Jason estaba decidido a casarse conmigo sin importarle lo que pudiera decir su padre. Discutieron con violencia. Jason perdió los estribos, sacó una pistola y le disparó. Avery llegó a los pocos minutos, pero fue demasiado tarde.

Velvet sacudió la cabeza.

-Creía que Avery aseguraba haber tratado de persuadir a Jason pero que su hermano no lo escuchaba. Si no llegó hasta que el duque ya estaba muerto...

Por un instante, la condesa se sintió incómoda, pero enseguida trató de quitar importancia a sus palabras.

-Quizás haya llegado antes del disparo. No puede pedirme que recuerde con exactitud qué pasó en realidad después de tantos años.

Velvet esbozó una sonrisa forzada y se apoyó con naturalidad en el respaldo de la silla. No se atrevía a seguir insistiendo, a pesar de lo mucho que deseaba hacerlo.

-Por supuesto que no. Admito que sólo he oído rumores aquí y allá acerca de lo ocurrido. Es un asunto tan horripilante que dudaba en mencionárselo.

-Sí... en fin; es cierto que hay temas más agradables para hablar.

Volvió a mirar al apuesto conde de Balfour y le sonrió, pero él no le devolvió la sonrisa. Sin embargo, lo hizo otro hombre, el esbelto vizconde de Dearing, de cabello rubio rojizo. La condesa le lanzó una mirada contrariada a Balfour y después comenzó a flirtear abiertamente con Dearing.

-Como le digo -dijo a Velvet con aire de complicidad-, hay asuntos mucho más agradables para hablar. Creo que voy a entrar en uno de ellos. Me temo que va a tener que excusarme.

-Por supuesto.

Velvet observó la elegante partida de la condesa, seguida al poco tiempo por el esbelto Dearing, de cabellos claros, que fue tras de sus pasos. La condesa era mayor que él, pero no había perdido su encanto. Era hermosa, malévola y seductora en extremo. No era de extrañar que Jason hubiera estado tan enamorado de ella.

Un molesto pensamiento afloró a su cabeza: tal vez, en cuanto volviera a verla volvería a enamorarse de ella.

12

Jason releyó la curiosa columna del *Morning Chronicle* destinada a los chismes de sociedad; en ella se usaban las iniciales de las personas mencionadas y se contaban todos los sabrosos secretos que el periodista era capaz de sacar a la luz. En este caso, el duque de C. había sido plantado por la caprichosa lady V. quien, al parecer, no podía decidir con cuál de sus múltiples pretendientes quería casarse.

La última línea decía: «O tal vez, la competencia fuera demasiado despareja para un simple duque de la alta sociedad frente a un personaje mucho más romántico como el bandido que la secuestró».

Jason arrugó el diario y lo tiró al suelo de su dormitorio, en la residencia que Litchfield tenía en la ciudad, donde ahora vivían.

Chocó primero contra la pared, de tonos dorados con relieve, y de allí rodó sobre la gruesa alfombra turca que cubría el suelo. Maldita sea, tenía la esperanza de que los chismosos la dejaran en paz. No quería de ningún modo que arrastraran su nombre por el fango; además había creído, al igual que ella, que la amistosa separación que habían acordado con Avery frenaría las malas lenguas.

Jason suspiró, se maldijo a sí mismo por el papel que se había visto forzado a interpretar en el secuestro y maldijo el deseo que lo llevara a acostarse con ella. ¡Por todos los diablos, la joven era virgen! Jamás había caído tan bajo.

No obstante, en lo más profundo de su corazón, le resultaba difícil arrepentirse. Hacer el amor con Velvet había sobrepasado las expectativas más fantasiosas que podía haber imaginado. No recordaba que nunca una mujer le hubiera proporcionado un placer tan intenso. Lo peor era que apenas ella se había apartado para volverse a vestir, él la había deseado otra vez.

Incluso en ese momento, el deseo persistía. Y la sugerencia de un paseo por el Támesis en una de las barcazas privadas no lo acababa de entusiasmar. Deseaba a Velvet Moran y no podía tenerla.

Tarde o temprano, tendría que aceptarlo.

Llamaron a la puerta, y él dirigió la mirada en esa dirección. Su sirviente, un hombre delgado de unos cincuenta años llamado Holcomb, el mismo que lo había atendido en Castle Running, entró.

-Ha venido un caballero, milord. El marqués desea que se reúna con ellos en su despacho.

-Gracias, Holcomb.

Bajó la escalera tras aquel hombre de baja estatura y entró en el despacho de Litchfield, cuyas paredes estaban revestidas de madera de nogal y mostraban pulcras filas de libros.

Levantándose de su escritorio, Lucien lo miró y sonrió.

-Lord Hawkins, tengo el gusto de presentarle al señor William Barnstable.

-Buenas tardes, milord -dijo el comisario de policía, un hombre robusto, de baja estatura y cuello corto y ancho.

-Señor Barnstable -saludó Jason, inclinando ligeramente la cabeza.

-Lord Hawkins es el hombre que le mencioné. Tiene el mismo interés que yo en desvelar la verdad de este asunto. Con su ayuda, queremos que el nombre de nuestro amigo, Jason Sinclair, quede limpio y salga del barro que lo ha manchado durante estos ocho años.

Jason destapó la tabaquera y ofreció al hombre uno de los costosos puros de Litchfield.

-¿Cómo va la investigación, señor Barnstable? ¿Ha descubierto algún dato de importancia?

Barnstable alargó una mano regordeta y tomó un puro negro y grueso. En lugar de encenderlo, se lo metió en el bolsillo del pesado abrigo de lana.

-Han pasado ocho años desde el asesinato. La búsqueda no ha sido fácil.

-Supongo que no -dijo Jason.

-No cuestionamos su trabajo -interrumpió Lucien-, aunque debe entender que estemos ansiosos por llegar a algún resultado -él había dicho al comisario que los hombres habían sido compañeros en Oxford y que una noche, mientras bebían unas copas en Almack's, habían decidido unir fuerzas para descubrir al verdadero asesino del duque de Carlyle y restablecer el buen nombre de su amigo, ya fallecido-. Por su mensaje, se diría que ha dado con alguna información relevante.

-Así es, milord.

La mirada impaciente de Jason quedó fija en el regordete rostro del hombre.

Lucien le lanzó una sombría mirada de alerta. Tranquilo, decía. No debes parecer demasiado entusiasta.

-Por desgracia, el esfuerzo por sacar algo en claro de la posada El Báculo del Peregrino fue prácticamente en vano. Casi todos los sirvientes que se encontraban allí esa noche, ya no están. Los que quedan no recuerdan nada del crimen en sí, aparte del disparo y el eco del grito de una mujer.

-Pero algo ha descubierto.

-Sí, así es -el pequeño rostro del hombre esbozó una sonrisa triunfal, como la de un sabueso que hubiera desenterrado un hueso sabroso-. Creo haber descubierto al hombre que asesinó a su amigo en la cárcel de Newgate.

Jason tensó los músculos. El reloj siguió desgranando su lento tictac.

-Continúe.

-Fue un ladrón llamado Elias Foote.

-Y este Foote, ¿vive todavía? -preguntó Lucien.

-Sí... al menos vivía la última vez que oí hablar de él. Es muy perverso, os lo puedo asegurar. Un truhán que pasa la mayor parte del tiempo en Sothwark o en el muelle. Todavía no me he puesto a buscarlo. Pensé que era mejor que primero lo supieran ustedes.

-Ha hecho muy bien, señor. Barnstable -señaló Lucien-. Lord Hawkins y yo hablaremos con Foote. Usted nos dará una lista de los lugares que él suele frecuentar y nosotros haremos el resto.

-Mientras tanto -Jason se levantó-, continúe sus investigaciones como hasta ahora,

haciendo preguntas y produciendo posibles respuestas. Por ahora, eso es precisamente lo que necesitamos.

El robusto hombre siguió su ejemplo y también se puso de pie.

-Si me entero de algo más, se lo haré saber -sonrió y palpó el puro que tenía en el bolsillo-. Buenas tardes, milords.

Tal vez fuera una buena tarde, pensó Jason, saboreando la idea de que por fin iba a poder hacer algo. Excepto alguna incursión en el nada coqueto East End, donde no había posibilidad de ser reconocido, se había encerrado en la casa mientras su amigo hacía la ronda de todos los acontecimientos sociales a los que tanto Avery como lady Brookhurst podían acudir.

Jason aún no se había aventurado a asistir a dichas veladas, aunque pensaba que su aspecto había cambiado tanto que, si tenía cuidado, con alguna que otra alteración, tal vez podía moverse entre ellos sin que lo reconocieran. Sentía curiosidad por saber qué pensaría Velvet si lo veía, si se alegraría de la reaparición, o si tal vez a esas alturas ya había asimilado la locura que había cometido al entregarle su cuerpo.

El rezaba a todos los santos para no haberla dejado embarazada. No sabía bien qué haría en ese caso.

Jason lanzó un suspiro y trató de alejar aquel pensamiento. Esa noche tenía algo mejor que hacer que sentir una erección por el deseo que le despertaba Velvet Moran. Pondría manos a la obra tras la primera pista sólida que tenía. No sabía con seguridad dónde podrían encontrarlo, pero sabía que tarde o temprano, lo harían. En cuanto dieran con él, podrían descubrir si en realidad Avery estaba detrás del ataque que, como siempre había imaginado, estaría destinado a él.

Miró a Lucien, que lo observaba desde una distancia prudente.

-Debo entender que estás ansioso por ir tras el villano.

Jason sonrió con gravedad.

-Más que ansioso.

Lucien curvó los labios en una fina sonrisa.

-Al menos, te quitarás de la mente a cierta dama de nuestro mutuo conocimiento.

Jason soltó un gemido.

-Eso espero.

Él no había hecho mención a lo sucedido en la casa de la viuda. De hacerlo, su amigo entendería que tal vez la única forma de poder arrancar a esa mujer de su mente sería acostándose con ella hasta saciarse. Teniendo en cuenta que sus intenciones eran del todo deshonestas, la posibilidad de hacer una cosa así era aún menor.

Con las manos tomadas en la espalda, Avery permanecía de pie junto a la ventana del salón, mirando los formales jardines que había en la parte trasera de la residencia de Londres de los Carlyle, en Grosvenor Square. Todo estaba saliendo bien. Ya estaba libre de Velvet Moran, y Mary Stanton respondía a sus favores. Ya había consentido con timidez a sus sutiles insinuaciones sobre matrimonio.

Admitía, con cierta acritud, que el consentimiento de ella obedecía en mayor medida al obvio deseo de su padre que a estar embelesada por su atractivo arrollador, pero en realidad eso no le importaba. Ella aceptaba el matrimonio y se iban a casar.

Por desgracia, Mary había dejado claro que su idea era esperar por lo menos un año antes de la boda. Con una sonrisa, Avery le había dicho que lo entendía, pero mientras tanto maquinaba cómo podría forzar a la muchacha para casarse con ella.

Alguien llamó a la puerta y él pensó que era la persona que estaba esperando. Cruzó la habitación y abrió la puerta, después dejó pasar a Baccy Willard.

-¿Y bien? ¿Has hecho lo que te pedí?

-Sí, Su Excelencia.

Baccy se quitó el tricornio y dejó al descubierto una zona amplia y plana de su oscura cabellera.

-Muy bien. En las próximas cuatro semanas, sir Wallace se va ausentar de la ciudad en viaje de negocios. Ha dejado a su hija en compañía de su amiga, Jennie Barclay. Los Barclay y la señorita Stanton han sido invitados a la velada en casa de lord Briarwood el próximo jueves. Eso servirá para llevar a cabo nuestro plan.

-Sí, Su Excelencia.

-¿Recuerdas qué debes hacer?

-Tengo que encargarme de hacer llegar a la joven la noticia de que su padre ha caído enfermo.

-Exacto. La carta ha de especificar que no debe decir nada a nadie. Que tiene que ir a buscar al duque de Carlyle para que la acompañe y la haga llegar sana y salva al lugar donde se encuentra retenido su padre.

-Sí, yo me ocuparé personalmente.

-Bien. Y la posada en la carretera de Windsor... ¿arreglarás eso también?

-Sí, su excelencia.

Avery dio una palmada en el hombro al corpulento Baccy.

-Nuestros problemas están a punto de acabar, amigo mío.

Baccy asintió y se dio vuelta para marcharse. Al ver alejarse la voluminosa figura, Avery sonrió.

¿Por qué no? El viernes siguiente volvería a ser un hombre acaudalado y de buena posición. La pequeña y hermosa Mary Stanton iba a calentar su cama. El duque de Carlyle sería pronto un hombre felizmente casado.

Avery esperó a oír el ruido de la puerta al cerrarse, pero no ocurrió. Cuando se volvió, Baccy aún seguía en la habitación.

Alzó una ceja muy rubia.

-¿Hay algo más?

-Me olvidaba de algo. Es sobre la otra muchacha, Su Excelencia... lady Velvet. En Carlyle Hall hizo varias preguntas sobre su hermano. La oí hablar con Cummings. Usted me dijo que le dijera si alguna vez oía a alguien preguntar sobre ese asunto.

-Así es -Sonrió-. Pero en este caso, tengo la certeza de que la movía simple curiosidad por saber quién habría sido su cuñado.

Baccy asintió.

-Estaba demasiado curiosa, Su Excelencia. Lo sé porque después la seguí. La oí hablar con la doncella de arriba, Sylvie Winters. Obligué a Sylvie a que me contara lo que habían hablado. Dijo que lady Velvet quería saber más cosas de su hermano... y detalles de la noche del asesinato.

Avery se quedó inmóvil. El corazón comenzó a latirle molestamente en el pecho.

-Esto no me gusta, Baccy. ¿Por qué se iba a interesar Velvet Moran en el asesinato de mi padre?

-No lo sé, Su Excelencia.

-Yo tampoco, pero tal vez debamos averiguarlo, ¿no te parece? -volvió a cruzar la habitación-. Quiero que uno de tus hombres la observe. Si las preguntas continúan, quiero saberlo. Y si ocurre algo que se salga de la normalidad, por mínimo que sea, también quiero saberlo.

-Sí, Su Excelencia.

-Eso es todo, Baccy.

Esta vez, el hombre salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí; Avery se quedó pensando en este nuevo giro del destino.

Velvet Moran era una espina que llevaba clavada casi desde el día en que había decidido casarse con ella. No tenía la menor idea de por qué se interesaba ahora en sus asuntos, pero en realidad eso no le preocupaba. Al terminar la semana, estaría casado con una

Librodot

esposa muy acaudalada. Su mundo se iba a recomponer y él volvería a tener el control de la situación.

Si Velvet se convertía en un problema, él lo eliminaría.

Avery sonrió y volvió a la tranquila visión de los jardines.

-Está radiante esta noche, lady Velvet.

-Gracias, milord-vestida con un traje de seda color esmeralda y enaguas ámbar con adornos dorados, Velvet sonrió a Christian Sutherland, conde de Balfour, que estaba junto a ella en un extremo de la pista de baile. Durante las dos últimas semanas el conde la había estado cortejando, lo que no dejaba de sorprenderla teniendo en cuenta los rumores que corrían sobre ella. Y también debido a que al principio su interés parecía haberse orientado hacia Mary Stanton.

-Ha estado bailando toda la noche -dijo él-. ¿Quiere que le traiga una copa de ponche?

El conde era alto y de anchas espaldas. Su cabello era de un rubio dorado y muy espeso. No era de tez clara, sino morena, y los ojos eran de un intenso castaño oscuro. Las facciones no eran finas sino angulosas. Con todo, el efecto era viril y muy masculino, el tipo de hombre que le hubiera atraído, si no existiera Jason Sinclair.

Velvet sonrió.

-En realidad no tengo sed. Pero me agradaría alejarme un poco del barullo, si no le importa. Ya sé que es totalmente incorrecto, pero le digo que empiezo a cansarme de estas veladas de sociedad.

Los oscuros ojos de Balfour se encendieron con cierta diversión.

-Creo que ya he descubierto lo que me agrada de usted, milady.

-¿Y qué podría ser, milord?

-Su honestidad. Es una virtud extraña en la nobleza.

Ella arqueó la ceja y dejó que la guiara hacia las puertas francesas que conducían a la terraza y al aire fresco de la noche.

-Es usted un poco sarcástico, ¿no es así, milord?

-Tal vez, pero no me faltan motivos.

Velvet suspiró.

-A decir verdad, hay veces que hablo demasiado. Con la enfermedad de mi abuelo me estoy acostumbrando a ser más responsable. La mayoría de los hombres odia un comportamiento tan directo en una mujer. Si no es su caso, entonces es usted la agradable excepción que confirma la regla.

El sonrió.

-Lo tomaré como un cumplido, milady -se detuvieron en un lugar que daba al jardín, iluminado con antorchas dispuestas sobre varias filas de flores de vistosos colores que acababan de empezar a abrirse-. De acuerdo, lady Velvet, ya que los dos hablamos con franqueza, le contaré en qué he estado pensando.

-¿Milord?

-No se puede decir que mi búsqueda de una esposa sea precisamente un secreto. Estoy seguro de que usted también ha oído los rumores.

-Odio los rumores. Por desgracia, suele ser difícil no sucumbir a su atracción.

-En mi caso, los rumores son ciertos. Estoy buscando una esposa, y la verdad es que me resulta una misión infernal.

-No puedo imaginar que un hombre como usted tenga dificultad para atraer a las mujeres.

-Las mujeres son una cosa. Una esposa es muy diferente.

Ella pasó la mano por la balaustrada de piedra, percibiendo la superficie áspera y fresca bajo los dedos enfundados en guantes blancos.

-Durante algún tiempo pensé que había puesto su interés en Mary Stanton.

Balfour curvó los labios en una sonrisa.

-Realmente es usted directa, milady.

-Se lo avisé, milord.

El conde dejó escapar un suspiro.

-Mi familia se opone a un enlace entre nosotros. Prefiere una alianza con una joven de la aristocracia. Con todo, es cierto que me sentí atraído por Mary -sus ojos desprendieron un brillo fugaz que de inmediato se desvaneció-. Por las razones que sean, la señorita Stanton ha dejado claro que sus intereses van en otra dirección.

No podía referirse a Avery. No había punto de comparación entre los dos hombres.

-Aparte de Mary Stanton -continuó-, sólo hay otra mujer que me interesa; esa mujer, milady, es usted.

Velvet rió con suavidad. Gracias a Dios que no estaba enamorada de semejante granuja. Era muy poco halagador que le dijeran que era la segunda opción de un hombre.

-¿Acaso está diciendo, lord Balfour, que preferiría casarse con Mary Stanton pero que tal vez yo podría servirle?

Él maldijo por lo bajo.

-Diablos, eso no tiene nada que ver con lo que quería decir.

-Entonces ¿qué quería decir, milord?

-Me refiero a que yo creo que usted y yo haríamos buena pareja. Es así de simple. Cuando estuvo comprometida con el duque de Carlyle, no pensé ni por asomo que aquello era un enlace amoroso. Puede que no sea duque, pero soy conde *y muy* acaudalado. Me agradaría que considerase mi proposición. Si le interesa, los dos daríamos por terminada esta tediosa ronda de fiestas para dedicarnos a nosotros mismos.

Velvet no dijo nada. Sin duda, el conde de Balfour era un hombre directo. Apuesto y con mucho dinero. Cumplía con su propósito mejor que ningún otro hombre que se le pudiera ocurrir. El conde era la respuesta a sus plegarias; sin embargo, la imagen de Jason no abandonaba su mente.

Jason, con su mal carácter y sus besos salvajes. Jason, con su fiera posesión y sus tiernas caricias. Jason, con esa tristeza en sus ojos que parecía no abandonarlo jamás.

Pensó en la última vez que lo había visto, el día que habían hecho el amor, y acusó una leve molestia en su interior. Se tomó las manos para impedir que temblaran y alzó la mirada hacia el rostro del conde.

-Me ha tomado bastante desprevenida, milord. Espero que me conceda algún tiempo para pensarlo.

-No estoy pensando en un compromiso largo, Velvet. Necesito una esposa y quiero un heredero. Me doy cuenta de que soy impaciente, ahora que al fin me he decidido.

Velvet se estremeció. Ni siquiera la formal proposición del duque había sido tan sinceramente fría. Desvió la mirada de aquellos ojos que la examinaban, pero él le tomó el mentón y la obligó a que lo mirara.

-Seré un buen esposo, Velvet. Eres una mujer hermosa y yo te deseo. Más adelante, cuando hayan pasado algunos años, seré discreto en mis amoríos. Jamás te avergonzaré, como Carlyle sin duda habría hecho. Piénsalo, Velvet. Estoy convencido de que podríamos vivir una vida tranquila, los dos juntos.

Velvet se humedeció los labios. Esto era justo lo que quería; no obstante...

-¿Es... es muy importante mi dote para usted, milord?

Ella no se lo habría preguntado a ningún otro hombre. Habría tenido miedo de correr ese riesgo. Lord Balfour no era una persona a quien temiera desilusionar.

El la escudriñó durante un largo minuto y finalmente negó con la cabeza.

-No, pues de ser así me habría casado con Mary, una mujer de poco noble origen. Aunque no tuvieras un penique, también te elegiría. Quiero una mujer a mi medida y una buena madre para mis hijos. Estoy convencido de que tú cumples los dos requisitos.

Ella dejó caer las pestañas, con la esperanza de ocultar el torbellino de sensaciones que

Librodot

se agitaba en su interior.

-Supongo que eso es algo parecido a un halago, pero me siento desconcertada. Tal vez la verdad es más dura de asimilar de lo que yo creía. Tal vez, como casi todas las mujeres, hubiese preferido que me embaucaran con falsedades en lugar de enfrentarme con la simple y pura verdad.

Algo en aquellos ojos oscuros se ensombreció.

-Si te sirve de consuelo, quiero decirte que jamás habría hablado de esta forma a ninguna otra mujer. Es sólo el respeto por tu persona lo que me ha impulsado a hablar así esta noche.

Velvet esbozó una leve sonrisa.

-Tal vez tenga razón, milord. Tal vez hagamos una buena pareja. Le prometo que lo voy a considerar.

Él la tomó de la mano y apretó su boca en el dorso de la muñeca.

-Gracias, milady. Y ahora... será mejor que entremos antes de que los chismosos se hagan otro festín a nuestra costa.

-Sí... por supuesto.

Pero las miradas cómplices que los miraron de arriba abajo cuando entraban de nuevo al salón dejaban claro que ya era demasiado tarde.

13

Jason leyó una y otra vez la pequeña columna al final de la página del *Morning Chronicle.* La pregunta era: «¿Ha sucumbido el conde de B. a los seductores encantos de lady V.? Últimamente se les ha visto juntos en varias ocasiones». El disoluto conde estaba buscando una esposa y, según el artículo, la dama en cuestión también mostraba cierto entusiasmo al respecto.

«¿Hay boda en el horizonte? Querido lector, sólo nos queda esperar y ver qué pasa.»

Jason maldijo con amargura. Esa zorra condenada. No bien salía de su cama, ya estaba coqueteando con Balfour. La idea lo enfureció. No recordaba que una mujer le hubiera hecho jamás sentir tanta furia. Pero Velvet podía hacerlo.

Durante el resto del día, su pensamiento estuvo obsesionado por ella y su humor se mantuvo casi a punto de ebullición.

Por todos los diablos, ¿acaso ella tenía hielo en las venas? ¿Era que él no le importaba nada? ¿O acaso el fugaz encuentro que habían tenido la había dejado con ganas de más?

Por la noche, lo que sentía ya era cólera. Durante varias semanas había estado suspirando por ella, pero había decidido dejarla en paz. Era inocente, pensó, y ya le había arrebatado bastante. Había tratado de protegerla de sus instintos más bajos, y mientras tanto el disoluto conde había estado degustando sus encantos.

-¡Maldita sea! ¡Maldita sea para siempre!

Jason comenzó a dar vueltas por la habitación, las manos cerradas en un puño, cuando alguien golpeó a la puerta brevemente y ésta se abrió con un chirrido.

-¿Estás listo?

Vestido de negro, como lo venía haciendo en sus incursiones nocturnas, apareció Lucien en la entrada.

-Sí, ya lo creo. Un minuto más encerrado en esta maldita casa y explotaré.

Lucien se echó a reír con suavidad.

-El carruaje nos espera. Esta noche lo encontraremos, estoy seguro. No podrá eludirnos eternamente.

Jason albergaba la esperanza de encontrarlo esa noche. Tenía ganas de golpear a

alguien, y Elias Foote se merecía una buena paliza.

-¿Adónde vamos? -preguntó.

Habían reducido considerablemente la lista de posibilidades, pero hasta el momento no habían hecho grandes progresos.

-A Bell Yard. A una taberna llamada Turnbull, que es uno de los lugares preferidos de Foote, según Barnstable.

Una zona de la parte vieja de Westminster -Thieving Lane, Petty France, The Sanctuaries-, la clase de lugares que esperaba no volver a pisar jamás. Acudió a su memoria el crudo recuerdo de lugares muy parecidos, de crimen y pobreza, y un pasado que se esforzaba por olvidar. Aquello había aflorado al atravesar el barrio de Southwork, al recorrer Shoreditch, Spittle, St. Giles in the Fields, Saffron Hill, los barrios más sórdidos de la ciudad. Foote era conocido en esos lugares, ya se lo habían confirmado, pero aún tenían que dar con él.

Debían ir con cuidado, tomárselo con calma. Si Foote intuía la razón por la que lo buscaban, desaparecería. No podían dejar que eso pasara.

-Tal vez esta noche tengamos suerte -dijo Jason al subir al carruaje que habían alquilado para la noche y aguardaba delante de la casa. Llevaba unos pantalones sencillos de color pardo, una camisa de la misma sencillez y un tricornio raído, aunque casi nunca usaba sombrero. El abrigo era de lana parda, pero ambos sabían que, a pesar de todo, al llegar a la taberna no estarían a tono con el mugriento ambiente del lugar.

Conscientes de que su aspecto causaría sensación, habían tramado decir que andaban buscando a Foote para contratarlo. El trabajo que tenían en mente requería una habilidad especial y habían oído que Elias Foote era la persona idónea. Jason tenía la esperanza de que Foote fuera lo bastante arrogante como para aceptarlo.

No tardaron mucho en llegar a la taberna, una verdadera guarida de ladrones a poca distancia de un callejón repugnante. Un cartel de madera que crujía con el viento colgaba sobre la puerta, cubierta con una capa de pintura roja descascarillada. Ya era más de medianoche, *y* el lugar estaba atestado de borrachos *y* obscenas prostitutas.

Jason dio un empujón a la puerta y entró tratando de ignorar el olor a cuerpos llenos de ginebra y perfume barato. Aún le resultaba más difícil apartar los recuerdos que se le amontonaban con la misma rapidez que el mal olor.

-Hola, guapo.

Una pelirroja de enormes pechos se acercó servilmente apenas entraron.

-¿No pides una copa a esta buena chica? -hizo un guiño hambriento-. Prometo que no lo vas a lamentar.

Jason sonrió; eso fue lo único que pudo hacer para no apartarla de un empujón. Apestaba a ginebra y a humo viejo de tabaco que se acumulaba en capas sobre las mesas y quedaba suspendido en forma de pequeñas volutas bajo las vigas bajas del techo. En cambio, le pasó un brazo por la cintura y siguió descendiendo hasta acariciarle el trasero.

-Una jarra de cerveza, encanto, y otra para mi amigo. La pelirroja sonrió.

-Enseguida, muchachos. Vuelvo en un abrir y cerrar de ojos.

Ella desapareció tan rápido como regresó; Jason aprovechó para echar un vistazo al local.

-Por todos los diablos, odio estos lugares. Litchfield le dirigió una mirada sombría.

-La verdad es que he estado en mejores sitios. Aunque no es de extrañar que un tipo como Foote disfrute en una porción de infierno como esto.

-Aquí tenéis, muchachos -la pelirroja dejó las jarras de peltre sobre la mesa de madera llena de marcas-. Bebed, encantos. Y cuando terminéis, por poco dinero os llevaré arriba y tendréis un buen revolcón.

Jason forzó otra sonrisa.

Librodot

-Por más que me agrade la idea, me temo que hemos venido por un asunto de negocios. Tal vez pueda ayudarnos.

-¿Negocios? ¿Qué clase de negocios? -Buscamos a un hombre llamado Foote -dijo Lucien-. Tenemos un trabajo muy bien pagado para él. Tal vez haya oído hablar de él.

-Sí, lo conozco.

Litchfield dejó caer una moneda entre los redondos pechos que sobresalían del escote de la blusa. Cuando ella se rió y la pescó, Jason alcanzó a verle los pezones pintados de rojo.

-Así que habéis venido por Foote. Está bien, Elias ha estado fuera una temporada. Se dice que vuelve a finales de esta semana. Entonces, vendrá por aquí; él vive arriba, en una buhardilla. Ya me encargaré de que le llegue vuestro mensaje.

Lucien volvió a poner otra moneda en el escote.

-Dígale que volveremos el próximo lunes a medianoche.

Jason colaboró con otra moneda de su bolsillo.

-Y dígale también que sin duda le conviene vernos.

-Se lo diré, no temáis. Podéis confiar en Gracie, os lo aseguro.

Jason sonrió con sequedad.

-Gracias, Gracie. Nos veremos la próxima semana.

Salieron de la taberna; una vez fuera, Jason se detuvo para respirar una bocanada de aire fresco. No era mucho mejor que el aire fétido de adentro. Aun así, se alegraba de haber salido de aquel lugar; tenía la esperanza de que la avidez de Foote le impulsara a presentarse ante ellos.

-No es por aguarte la fiesta -dijo Lucien ya de nuevo en el coche de alquiler-, pero hay una posibilidad, aunque demos con Foote, de que lo que nos diga no nos lleve a Avery.

Los ojos de Jason se posaron en el rostro de Lucien, que entraba y salía de las sombras a medida que el coche avanzaba a la luz de la luna.

-Ya lo sé.

Pero ya no pensaba en Foote. Ya enfrentaría ese problema el lunes siguiente. Ahora había otro asunto, más urgente, que había vuelto a asomar en su cabeza; quería hacer algo al respecto.

La voz de Lucien rompió el silencio del carruaje.

-La noche es joven. Podríamos parar en lo de Madame Charmaine y beber una copa. Dicen que tiene una nueva chica que es un verdadero primor.

-Lo siento, Lucien. Me temo que no voy a ir -llamó al cochero golpeando con los nudillos en el techo del carruaje.

-A Berkeley Square -dijo al conductor.

En las sombras, Lucien alzó una ceja.

-¿Lady Velvet?

-Sí, esa dama y yo debemos resolver algo. Lucien esbozó una leve sonrisa.

-Entiendo.

Jason se preguntó si su amigo entendería de verdad y cómo podría ser así si para él mismo no estaba nada claro. Sea como sea, no se dijo mucho más y el carruaje finalmente giró en la plaza.

-Déjeme en el callejón que hay detrás de la casa -dijo al cochero.

El coche se detuvo junto a la cochera que había en la parte de atrás.

-Suerte -le dijo Lucien en voz baja mientras Jason se alejaba, pero la cabeza de éste sólo estaba puesta en la dama que esperaba encontrar arriba.

Por desgracia, cuando miró en la cochera, el carruaje de los Haversham no estaba. Con toda probabilidad, Velvet estaría en la rumbosa fiesta que ofrecía el conde de Whitmore. Todo aquel que formara parte de la aristocracia estaría allí. Desde su llegada a Londres, Velvet no se había perdido ni uno de esos acontecimientos sociales.

Jason hizo una mueca de fastidio con la boca. No se había imaginado que a ella le atrajera tanto la sociedad cuando habían estado en la casa de campo. Obviamente, estaba

equivocado.

Apretó la mandíbula, molesto por el pensamiento, se abrió camino entre las sombras y cruzó el jardín con cautela hasta llegar a la casa. A menos que estuviera con Balfour, tarde o temprano Velvet regresaría. La paciencia no era por lo general la mayor de sus virtudes, pero una vez cada tanto, y por una buena causa, podía ser asombrosamente paciente.

Sin prestar atención al frío de la casa, Velvet subió la escalera con paso cansado. El carbón era caro. Ya no podían permitirse calentar las habitaciones vacías, y su abuelo ya se había retirado a sus aposentos.

Se quitó la capa con adornos satinados que llevaba sobre los hombros, abrió la puerta de su dormitorio y entró. Tabitha, muy somnolienta, se apresuró a seguirla para encender las lámparas y el fuego de la chimenea; de inmediato se dispuso a ayudarla a desvestirse.

-¿Lo pasó bien, milady?

Velvet suspiró.

-Tanto como cabía esperar, teniendo en cuenta que era la fiesta de ese viejo verde de Whitmore. La presencia de Balfour hizo que se frenase, gracias a Dios, pero me alegré de poder volver al fin a casa.

Había asistido a la fiesta en compañía del conde y la condesa de Briarwood, amigos de lord Balfour, quienes, últimamente, se habían hecho también amigos de ella.

Tabby colgó el vestido y el miriñaque con ballenas en el armario y se volvió para ayudarla a ponerse el camisón. Cuando Velvet advirtió los círculos de cansancio que la rolliza mujer tenía alrededor de los ojos, le hizo un ademán para que se marchara.

-Está bien, Tabby, me arreglaré sola con lo que falta. Vuelve a la cama antes de que te enfríes y trata de dormir.

-¿Está segura?

-Sí, Tabby; no te preocupes.

-De acuerdo, milady. Se lo agradezco.

Con su pesado andar, Tabby salió de la habitación, cerró la puerta tras de sí, y Velvet se sentó frente al tocador para deshacerse el peinado. El cabello se derramó en ondas hasta más abajo de la cintura. Se disponía a cepillarse el pelo cuando se detuvo al oír un ruido en la ventana. Se volvió y se quedó sin aliento al ver la sombra de un hombre en el balcón. En ese instante se abrieron las puertas de golpe y una figura alta y de anchas espaldas entró en la habitación.

-¡Jason! Velvet se incorporó de un salto, el corazón muy acelerado y latiéndole con dolor.

-Jason, ¿qué demonios haces aquí?

Ala luz de la lámpara, el semblante de Jason tenía aspecto de dureza; su firme mandíbula estaba tensa. Hizo una mueca semejante a una sonrisa.

-Bueno, he venido a verla, milady. No me diga que no se alegra de verme.

-Por supuesto que me alegro. He estado muy preocupada por ti. Temo que alguien descubra quién eres.

El la miró fijamente. Su altura imponente y su figura eran casi irresistibles, en contraste con la dulzura de aquella habitación tan femenina. El iba vestido con sencillez, advirtió Velvet; llevaba pantalones pardos de caza y una camisa sencilla, y tenía los negros cabellos recogidos atrás con una cinta negra. La vestimenta era como la de cualquier hombre de la calle, y sin embargo, jamás había visto a un hombre tan apuesto.

Cuando él se puso delante de ella, Velvet clavó la mirada en su rostro para retener aquellas facciones angulosas, entonces su respiración se atascó en algún lugar de la garganta.

-Es tarde -dijo él, recorriendo con la mirada su camisón fino y las medias blancas de seda, únicas prendas que aún llevaba-. Habrás disfrutado en la velada.

Las mejillas de la joven se ruborizaron con el abierto escrutinio de él, una mirada

Librodot

hambrienta que parecía quemarle la piel bajo las pocas prendas que aún conservaba. Apartándose, buscó el salto de cama, que era de seda acolchada, se lo puso y se abrochó varios botones.

-No ha sido una de mis veladas favoritas. En realidad, habría preferido quedarme en casa.

El alzó las cejas, con expresión burlona.

-¿Ah, sí? -había algo en su voz, un dejo de rabia que no podía disfrazar-. Sí, tal vez hubieras preferido quedarte... en compañía de Balfour.

-¡Balfour! ¿Crees que Balfour me interesa? -¿Me estás diciendo que no?

-Bueno, en realidad somos... somos amigos. El ha demostrado cierto interés en mí y yo... yo he...

-¿Has qué, milady? ¿Lo has animado? ¿Le has permitido que se tome algunas libertades? ¿Has estado en su cama? ¡Está bien, parece que no has perdido el tiempo! -volvió a recorrerle el cuerpo con la mirada-. Claro, ya vi que eres una pizpireta muy caliente cuando te tomé aquel día en la casa de campo.

La ira de Velvet surgió con la velocidad de un rayo.

-¡Cómo te atreves! -ella estiró la mano y la estampó contra su mejilla haciendo un ruido tan fuerte que resonó en las paredes-. Lord Balfour se ha comportado como un caballero, que es bastante más de lo que puedo decir de ti.

El semblante de Jason se oscureció de rabia. Él se imponía con su presencia por encima de ella. Sus ojos azules centelleaban, el músculo de la mandíbula se le había agarrotado; por un momento, Velvet sintió miedo.

-Tienes razón, lady Velvet. Yo no soy un caballero. Te lo dije desde el principio -le rodeó la cintura con su brazo y la acercó a él-.¡Tomo lo que quiero, y en este momento, te quiero a ti! -exclamó, presionando la boca contra la de ella con una fuerza abrasadora.

Fue un beso duro, salvaje, lleno de ira y de brutal determinación, mas a pesar de todo, a Velvet se le fue desvaneciendo el temor y un pequeño fuego comenzó a arder en su interior. Las llamas le bañaban la piel y empezó a sentir un calor que invadía todo su ser. Trató de soltarse, de empujar su pecho musculoso, pero él no hizo sino apretarla con más fuerza.

¡Maldito seas! Forcejeó un poco más, pero su firme abrazó no flaqueó. Sintió bajo los dedos de su mano el corazón de él que latía apasionadamente y unos músculos firmes que se estremecían con la furia de su rabia. Jason introdujo la lengua en la boca de Velvet y la recorrió entera, tomando lo que quería. Ella se quedó sin aliento cuando él agarró la parte de arriba del salto de cama y lo abrió de un tirón. La hermosa camisa bordada que había debajo sufrió un destino parecido, lo que hizo que se quedara tan sólo con las delicadas ligas rosas y unas medias blancas de seda.

-Te deseo -susurró él separándole los labios, plantándole uno de sus besos ardientes y apasionados en el cuello, moviendo la boca con una feroz determinación en la curva de su garganta-. Dios Santo, no puedo dejar de pensar en ti.

La confesión escapó espontáneamente. Había dolor en sus palabras y tristeza en sus hermosos ojos. Al oírlas, la lucha de Velvet terminó. Lo había herido, ahora se daba cuenta, y lamentaba no haberle dicho la verdad desde un principio. El no la quería tanto como ella a él, pero de todas formas el dolor estaba ahí.

-Jason... -dijo deslizándole los brazos por detrás del cuello y entregándose a sus manos y su boca, dejando que su cercanía encendiera sus pasiones. Ella también había pensado en él y lo había echado de menos. Dios Santo, cuánto lo había echado de menos.

El la besó de nuevo, ahora con más suavidad, persuadiéndola, más que exigiendo. Su aliento era cálido y varonil. El roce de la lengua le enviaba oleadas de calor al estómago.

-Te necesito... -susurró él abarcando sus senos con las manos, frotando los pezones hasta que se pusieron rígidos y descendiendo después la cabeza para introducir una de las

pequeñas crestas en su boca.

Velvet gemía y se arqueaba hacia él, sentía que su mano descendía y abarcaba sus nalgas para levantarla y apoyarla contra su dura erección. El le acarició las nalgas con avidez y luego deslizó un dedo en el interior de su vagina. Dios Santo, estaba húmeda y dispuesta, deseando que la tomara.

-Me deseas -dijo con voz melosa y enronquecida por la satisfacción masculina-, tanto como yo a ti.

Ella no lo negó, no se resistió cuando él la puso contra la pared y se desabrochó los pantalones, la agarró por debajo y la levantó. Ella gimió al ver que caía sobre la firme erección de él. Estaba húmeda, pero tan tensa que cuando su miembro la atravesó del todo, dio un grito ahogado mientras sentía un espasmo incandescente de placer y dolor a la vez.

-Tranquila -susurró él.

Jason la besó apasionadamente e hizo que ella le rodeara la cintura con las piernas, entonces comenzó a moverse. Le pasó una mano por los cabellos. Hizo que su boca descendiera hasta la de ella para darle un beso ardiente y sensual, y ella le deslizó la lengua entre los dientes. Con las manos aferradas a su cuello, Velvet dejó que Jason la guiara, levantándola y dejando que cayera sobre su verga erecta. Cada estocada era más profunda, los latidos más intensos, pidiendo más y más.

¡Jason! gritó en su interior, con las uñas clavadas en los músculos que atravesaban los hombros de él y la cabeza hacia atrás para sentir mejor las llamaradas que recorrían su cuerpo. El la colmó por completo con sus firmes embestidas y su fiera determinación.

¡Jason! -gritó con toda la furia y el calor que invadían su cuerpo.

Oleadas de placer le rasgaban las entrañas, el calor subía en espirales y las chispas se multiplicaban. El cuerpo se le contrajo, se puso tenso alrededor de él, y Jason rugió. Haciendo gala de una gran fuerza de voluntad se separó del cuerpo de Velvet, y ella se asombró al ver que derramaba su simiente fuera de ella. Al ver eso, una extraña sensación de vacío la invadió.

Los finos temblores de la pasión comenzaron a desvanecerse. Velvet apretó los labios contra su hombro, y los tendones que allí había se endurecieron. El le soltó las piernas que rodeaban su cintura, y Velvet fue resbalando hasta que sus pies tocaron de nuevo el suelo. Sin mediar palabra, él se volvió para abrochar los botones del pantalón. Velvet sacó un camisón blanco de algodón del primer cajón de la cómoda y se lo puso, luego se dio vuelta para encararlo.

Ella se quedó sin aliento al verlo junto a las puertas del balcón. El corazón se le encogió. Iba a marcharse. La había tomado con furia, la había tratado como si fuese una prostituta; la mirada en su rostro decía que no iba a volver.

-Ha sido un placer, como siempre, milady -la línea de la mandíbula parecía estar tallada en piedra-. Saludos a Balfour de mi parte.

Abrió las puertas para marcharse pero la voz de Velvet lo detuvo.

-Tengo que casarme con Balfour -dijo en tono suave-. No estará bien por mi parte, después de lo que ha ocurrido esta noche, pero de todos modos, tengo que hacerlo.

A Jason las cejas oscuras se le juntaron.

-¿Qué quieres decir con eso de que tienes que casarte? ¿Me estás diciendo que te dejé embarazada? -dejó las puertas de balcón y con grandes zancadas se acercó a ella, los músculos de la espalda, de nuevo tensos-. ¿O tal vez es su hijo el que llevas dentro?

Se detuvo justo frente a ella; la mirada de sus ojos azules era sombría y turbulenta.

Velvet no desvió la mirada.

-No estoy embarazada. Mi crimen es aún más grave, Su Excelencia: estoy en la miseria. En mi mundo, eso es un crimen de proporciones inmensas -sonrió con amargura y desesperación-. Eche un vistazo, Su Excelencia. Si los muebles tienen aspecto desgastado y las paredes desnudas, es porque lo están. Por más que me duela decirlo. En realidad, tu

Librodot

hermano Avery y yo estábamos en lo mismo. Yo me iba a casar con él por su fortuna. Mi padre perdió el dinero de los Haversham en el juego. El poco que nos queda a mi abuelo y a mí es el que mi padre apartó para mi dote.

Cuando comenzó a hablar, lo hizo a toda velocidad, por temor a no tener el valor suficiente para continuar si se detenía.

-Por desgracia, yo no puedo utilizarlo. Sólo mi esposo podrá hacerlo. El hombre con quien me case recibirá una pequeña fortuna, pero me temo que también heredará las deudas de Haversham.

Jason se quedó perplejo.

-Me cuesta dar crédito a tus palabras.

-Le aseguro, Su Excelencia, que es la pura verdad. Miró alrededor y advirtió las paredes desnudas, los muebles sencillos.

-¿Y Balfour es el hombre que has elegido?

-Elegí a Avery. No fue una elección de lo más afortunada, como ya sabes. Tú me salvaste de ese destino tan particular pero, por desgracia, eso sólo significa que tengo que buscar a otro.

Unos ojos azules y preocupados se posaron en su rostro.

-Y ese otro es Balfour.

-En realidad, Balfour me buscó a mí. Lo que te dije antes es cierto, Jason. Conmigo ha sido siempre un caballero. Tú eres el único hombre que me ha tocado.

Jason no dijo nada, pero el dolor le nubló los ojos o tal vez fuera remordimiento. La miró, advirtió sus labios hinchados y lastimados por la pasión, sus cabellos despeinados y un lamento sonoro salió de su garganta, como un ruido sordo.

Estaba a pocos pasos de ella. Dio dos zancadas, la abrazó y hundió la cabeza en sus cabellos.

-Dios mío, duquesa, lo siento. Lo siento muchísimo. Por el amor de Dios, tú logras sacar de mí los peores instintos.

Velvet lo abrazó con fuerza sabiendo que no debía hacerlo, que abrazarlo así iba a dificultar aún más la separación, anhelando sin embargo la fuerza de aquellos brazos.

-Tendría que haberte contado la verdad desde un principio. Supongo que no lo hice porque me daba vergüenza. Tú ya tienes bastantes problemas para cargarte con los míos.

Jason retrocedió para mirarla.

-Tus problemas también me incumben. Yo he dañado tu reputación. Me llevé tu inocencia. En el mercado del matrimonio, ésos son dos de los bienes más valorados. Por eso me incumbe -la besó en la cabeza-. Si fuera otra clase de hombre, yo mismo me casaría contigo. Pero lo más seguro es que me cuelguen antes de que todo esto termine. Aunque lograra burlar de nuevo mi destino, no hay ninguna garantía de que pueda demostrar mi inocencia; y si así fuera, no me quedaría en Inglaterra.

-¿Te marcharás? -Velvet sintió un retortijón doloroso. Se marcharía. Tarde o temprano, desaparecería de su vida para siempre-. ¿Adónde... adónde irás?

-Volveré adonde estaba. Ya no pertenezco a Inglaterra, Velvet; mi lugar está en las Antillas. No soy lo bastante civilizado para este tipo de vida. Aquí ya no encajo.

Ella se acordó del baile que compartieron, de su espléndido aspecto la noche del baile de disfraces. Pensó en responderle que él podía encajar donde quisiera, pero no lo hizo. Si Jason quería abandonar Inglaterra, ella no tenía derecho a retenerlo.

-No puedo casarme contigo, Velvet, pero puedo ayudarte. Tengo dinero, una suma considerable. Soy dueño de una plantación en una isla cercana a St. Kitts. Tengo lo suficiente para saldar tus deudas y encargarme de que tú y tu abuelo viváis cómodos todo el tiempo que haga falta. No te verás obligada a casarte. Puedes esperar a encontrar el hombre adecuado.

Velvet trató de no hacer caso al dolor sordo que sentía en sus entrañas, a la tensión que estaba creciendo en su pecho. Ya había encontrado al hombre adecuado. Pero él no tenía intenciones de casarse.

-En realidad, si fuera por mí, no me casaría. He llegado a apreciar la independencia. Una vez casada, tendré que renunciar a ella.

-¿Y los hijos? -preguntó Jason-. Supongo que querrás tener una familia. Es lo que quieren todas las mujeres.

Velvet se encogió de hombros.

-La verdad es que no lo he pensado mucho. Supongo que los hijos llegarán como resultado del matrimonio. Por lo demás, no he pensado mucho en ello.

Hasta esa noche. Tener hijos con Jason era algo totalmente distinto. No imaginaba qué otra cosa podría darle más placer que dar un hijo a Jason.

Velvet sintió la mano de él en su mejilla.

-Siento lo de esta noche, duquesa, pero no lamento haber venido. Ahora que sé la verdad, todo va a salir bien, te lo prometo.

Rozó su boca con un beso tan ligero como las plumas, los labios se acoplaron y el beso creció en intensidad.

-Maldita sea, ya te deseo otra vez.

Velvet sintió que las mejillas le ardían de nuevo. En realidad, ella también lo deseaba.

Pero Jason se volvió con intención de marcharse.

-Está amaneciendo. Tengo que salir de aquí antes de que alguien me vea -echó un rápido vistazo a la ventana y se volvió para mirarla-. Es cierto lo que digo, todo va a salir bien.

-No quiero tu dinero, Jason. Yo tengo el mío, sólo tengo que casarme para poder usarlo.

Pero Jason no la escuchó. Le dio un último e intenso beso y fue hacia la puerta que daba al balcón. Se despidió con la mano, pasó las piernas sobre la balaustrada y comenzó a descender por el enrejado por donde había subido. Maldijo cuando la espina de un rosal se clavó en su mano, oyó que sus botas tocaban el suelo y finalmente desapareció.

Velvet se desplomó en el taburete que había frente al tocador. El reloj dio la hora en la oscuridad. El sonido resonó en las paredes pero ella no se inmutó. Desde que conocía a Jason, jamás había sentido una soledad tan absoluta.

A pesar de que su cuerpo estaba placenteramente saciado, Velvet no durmió mucho en lo que restaba de la noche. Jason había ido, le había hecho el amor en esta misma habitación. El recuerdo de su cuerpo terso hundiéndose en el suyo hizo que el sudor humedeciera su piel. Un pezón se le endureció al pensar en la lengua resbaladiza de Jason lamiéndolo, en cómo lo había abarcado por completo con la boca. Con la mano temblorosa, se acarició ella misma el pezón, con el deseo de que él aún estuviera allí.

Pero estaba sola en la cama, muriéndose por un hombre que la deseaba pero que no tenía intención de casarse. Al menos, no con ella.

Ya era tarde cuando dejó la cama. Fue a la ventana, la abrió de par en par y respiró una bocanada de aire húmedo y neblinoso. Tabby la ayudó a vestirse con un vestido sencillo de muselina y después bajó.

-Buenos días, abuelo.

-Así es, querida, así es -sentado en la mesa del comedor, una sonrisa iluminó su semblante envejecido-. Dormiste bien, por lo que se ve. No te oí llegar.

No era de extrañar. Casi nunca la oía, y aunque así fuera, lo más probable es que al día siguiente no se acordara.

-Dormí muy bien, abuelo -la mentira le salió sin ningún esfuerzo. Al recordar lo que había sucedido, le ardieron las mejillas-. Espero que no hayas estado esperándome. Me temo que he holgazaneado un poco esta mañana.

El asintió y miró la tarjeta de visita que tenía en la mano. La estudió unos segundos y

después su rostro arrugado se iluminó.

-¡Ah! Casi me olvido. Hay alguien que vendrá a verte. El marqués de Litchfield, ¿lo recuerdas? Llegará en cualquier momento.

¡Litchfield! -los nervios le agarrotaron el estómago. Santo Cielo, ¿qué le habría sucedido a Jason?-¿Y qué... qué quiere?

-No tengo la menor idea, querida. Supongo que lo sabrás cuando venga.

Eso ocurrió, tal como había anunciado su abuelo, poco tiempo después. Acababa de tomar el chocolate caliente y las galletas, que apenas podía digerir debido a la tensión que le oprimía el estómago, cuando Snead apareció en la puerta del comedor.

-Tiene visita, milady. Lord Litchfield la está esperando. Lo he hecho pasar al salón.

-Gracias, Snead.

Ella tomó aliento para reunir valor, apartó la silla y se levantó. Por favor, que no le haya pasado nada a Jason.

Le temblaban las manos mientras avanzaba por el vestíbulo y entraba en el salón. Después cerró las puertas tras de sí. Notó un ligero alivio cuando vio al marqués de negros cabellos incorporarse e ir a su encuentro con una sonrisa en los labios.

-Buenos días, lady Velvet.

-Lord Litchfield.

Intercambiaron los saludos de rigor, pero fueron breves. Después el marqués le dio un mensaje lacrado que Velvet abrió enseguida. De su interior salió volando un papel doblado que cayó al suelo con levedad. Cuando se agachó para recogerlo vio que era un cheque por diez mil libras.

-¡Cielo Santo!

Una rápida ojeada al papel le confirmó lo que temía: el dinero era de Jason. Apretó los dientes.

-¿Sabe que hay aquí, milord?

-Sí, milady. Espero que sepa que puede contarme entre sus amigos. Sus secretos, y los de Jason, conmigo están completamente a salvo.

Ella sabía que era verdad. Pero eso no aliviaba la vergüenza que sentía de que él viera que Jason le enviaba dinero. Sentía curiosidad por saber qué le habría contado Jason y hasta qué punto el propio Litchfield lo habría imaginado.

-Puede decir a nuestro querido amigo que, a pesar de sus buenas intenciones, está muy equivocado si piensa que voy a aceptar su dinero.

Rompió el papel en mil pedazos. En cuanto empezó, no pudo parar hasta que los trozos de papel se parecían más a un puñado de confeti que al dinero que con tanta urgencia necesitaba. Volvió a abrir el sobre y metió los pedacitos de papel, después se acercó al marqués y se lo dio.

-Puede decir a su amigo que puede meterse sus buenas intenciones donde quiera.

Litchfield la miró sonriendo ligeramente.

-¿Algo más, milady?

-Diga también a Su Excelencia que no me debe nada. Lo que yo le di, se lo di por mi propia voluntad. El dinero no fue, ni será, la razón de lo sucedido entre nosotros. Y de paso le recuerda que yo tengo mi propio dinero, que pronto podré utilizarlo para resolver mis problemas y que ya no necesitaré su ayuda.

Litchfield mostró una expresión aún más divertida.

-Se lo diré, milady.

El comenzó a caminar hacia la puerta.

-Ah, Litchfield...

-¿Sí, milady?

-También puede decirle que le doy las gracias. Disfruté en nuestro último... encuentro... mucho.

El marqués no pudo evitar una sonrisa.

-Se lo diré, lady Velvet -se despidió el marqués.

Velvet se hundió en el sofá tapizado. Cuanto más pensaba en lo que acababa de acontecer, tanto más se enfadaba. ¡Cómo se atreve! ¡Cómo se atreve a limpiar su pobre conciencia ofreciéndome esa suma! ¡Ella no era ninguna meretriz! ¡No era su ramera! Que Jason lamentara sus apasionados intercambios amorosos no significaba que ella también lo hiciera. Por el contrario, agradecía en extremo que él le hubiera dado la oportunidad de poder disfrutar esa experiencia maravillosa con el hombre que tanto quería.

Velvet se levantó de un salto y se encaminó hacia la escalera. No quería el dinero de Jason. ¡Si volvía a ofrecérselo, le diría que se fuera derecho al infierno!

14

Jason daba vueltas en el dormitorio de la casa de Litchfield. Al oír que la puerta de la entrada se abría y entraba Lucien, salió al pasillo y bajó la escalera. Siguió a su amigo hasta el despacho, entró y cerró la puerta.

-¿Y bien? -preguntó con la misma impaciencia de siempre.

Litchfield se limitó a sonreír.

-Extiende la mano.

Jason hizo lo que le dijo el marqués. Con una sonrisa en el rostro, el marqués volcó el sobre, y Jason recibió en la palma de la mano una cantidad de pequeñísimos trozos de papel. Jason supo con exactitud qué era aquello e hizo una mueca amarga.

-Te imaginarás, por el tamaño de los pedacitos -añadió Lucien-, lo mucho que a la dama le ha agradado tu ofrecimiento.

Jason frunció el entrecejo.

-¿Qué dijo?

-Dijo, y cito textualmente, «Dígale que puede meterse sus buenas intenciones donde quiera».

Jason apretó los dientes.

-¿Y?

-También dijo que te diera las gracias. Dijo que disfrutó en el último... encuentro... mucho. -¿Qué?

-Eso dijo.

Jason dio un puñetazo en la mesa.

-¡La muy zorra! Te juro que es diferente a todas las mujeres que he conocido.

-Estoy rotundamente de acuerdo. Y no es de extrañar que rechace tu ofrecimiento de ayuda, a pesar de que, como dices, necesite el dinero con tanta urgencia.

-De eso no hay duda.

-¿Aún piensas ayudarla?

-Tengo que hacerlo. Se lo debo.

-¿Y qué harás?

La sombría expresión del rostro de Jason se acentuó. Caminaba de un lado a otro; finalmente se dio la vuelta para mirar por la ventana, donde estuvo apenas un instante. Al poco rato, volvió a dar vueltas. Al fin se detuvo y se dirigió a Lucien.

-Haré lo único que puedo hacer, lo que ese demonio me obliga a hacer. Tendré que casarme con ella. Las cejas negras y pobladas de Litchfield se arquearon.

-Pensé que no te interesaba...

-Y no me interesa. Mi opinión sobre el matrimonio no va a variar, pero es lo único que va a resolver el problema de Velvet -tensó el músculo de la barbilla-. Y además, hay algo más.

-¿Qué?

-Anoche, cuando salí de la casa, había un hombre en las sombras del jardín. Cuando entré no estaba, lo que significa que debió llegar después de que regresara Velvet.

-¿Crees que la estaba siguiendo?

-No lo sé. Me aseguré de que no me viera, pero tengo la certeza de que estaba observando la casa por algún motivo. Sospecho que Velvet ha estado husmeando, haciendo preguntas sobre Avery. Si es así, quizás esté en peligro.

-Haré que nuestro hombre se encargue de eso; veremos qué descubre.

-Buena idea. Mientras tanto, voy a hablar con Velvet.

De pronto le vino un horrible pensamiento que le retorció el alma. ¿Y si rechazaba su proposición? ¿Y si prefería casarse con Balfour? En realidad no podía culparla. Era más lógico, con toda seguridad. El suyo no iba a ser un verdadero matrimonio; él nunca se atendría a unos votos matrimoniales.

Sin embargo, no podía deshacerse de la incómoda sensación que se había instalado en el estómago al pensar que ella podía rechazarlo.

Velvet permaneció unos segundos frente al espejo de vestir y dio vuelta a la tarjeta de visita de papel blanco con relieve, proveniente del marqués de Litchfield. Leyó el dorso; sólo decía: *Lord Hawkins.* Las palabras se extendían en tinta azul oscura sobre la blanca y áspera superficie con letras escritas a mano.

Jason había venido. Aguardaba en el recibidor de abajo, completamente decidido a verla. Ella no atinaba a adivinar la razón.

La tarjeta tembló en sus manos. Sólo de pensarlo se quedó sin aliento, y rubor y calor acudieron a su piel. Su presencia tenía siempre el mismo efecto sobre ella. Lo maldijo en silencio, pero sentía el ferviente deseo de causar en él la misma sensación.

Velvet dobló la tarjeta por la mitad, y después volvió a doblarla. Maldición, ¿es que no se daba cuenta del peligro que corría cada vez que salía a la calle? Siempre cabía la posibilidad, por pequeña que fuera, de que alguien lo viera y lo reconociera.

Ella quería estrangularlo. Quería uno de sus besos apasionados; quería las dos cosas a la vez. ¿A qué había venido? ¿Por qué había vuelto a arriesgarse?

Dejó la tarjeta doblada en la bandeja de plata en la que había llegado, se miró en el espejo por última vez, se alisó la pechera del vestido de seda amarillo dorado y abrió la puerta de su dormitorio.

Al principio no lo vio, ya que esperaba verlo sentado frente a la chimenea, al calor del fuego. Recorrió rápidamente la sala con la mirada y vio su alta figura llenando buena parte de la habitación, en el extremo opuesto. Estaba allí de pie junto a la pared del costado, ante una fila de pinturas con marco dorado. Se trataba de retratos de su madre y de su padre, su abuelo y su abuela; también había una pequeña miniatura de porcelana en la que aparecía ella cuando era pequeña.

El no la había oído entrar, al parecer; su innato estado de alerta había quedado anulado por la contemplación de los retratos. Los miraba de forma extraña, con una expresión tensa y meditabunda, los músculos rígidos bajo el abrigo azul oscuro. Había en su aspecto cierta severidad, la sombra que ella había visto en él alguna vez. Era la viva imagen del hombre peligroso que había aparecido aquella noche y la había sacado del carruaje; por extraño que pareciera, ella seguía sintiendo por él la misma atracción desmesurada que había sentido aquella noche.

-¿Jason?

Su cabeza oscura hizo un brusco movimiento para mirarla. Unos ardientes ojos azules se posaron en su rostro. La expresión misteriosa lo abandonó, pero la tensión permanecía, otra clase de tensión, más palpable que la que ella había percibido antes.

-Hola, Velvet.

-No... no esperaba verte.

El alzó la ceja. Su boca intentó sonreír.

-¿Ah, no? ¿Qué creías que iba a ocurrir después de rechazar mi ofrecimiento?

Ella tragó saliva. Tal vez sintiera atracción por él, pero no era ninguna tonta. Jason Sinclair era un hombre duro, y no iba a jugar con sus sentimientos. Se humedeció los labios y alzó el mentón.

-Creí que entrarías en razón y que olvidarías este asunto. Ya te dije que tengo la manera de resolver mis problemas. En cuanto me case...

-¿Es cierto lo que dijiste? -la interrumpió, y ella se sorprendió-. Me dijiste que en realidad no querías un esposo. Que valorabas tu independencia, que si pudieras la mantendrías.

Desde luego que era cierto. Si no iba a casarse por amor, prefería quedarse sola. Por desgracia, no tenía esa opción.

-Sí, era cierto.

Sin darse cuenta, sus anchas espaldas se relajaron. -Entonces, me casaré contigo.

Velvet soltó la respiración de golpe.

-¿Qué?

-Dije que me casaré contigo, al menos por un tiempo. En cuanto nos casemos, me haré cargo de que recuperes la dote. Tus problemas económicos quedarán resueltos y seguirás teniendo tu independencia.

El corazón de Velvet retumbaba como si tuviera un pájaro revoloteando dentro del pecho.

-Me temo que no entiendo. Si me convierto en tu esposa, ¿cómo voy a mantener mi independencia? ¿Y qué quieres decir con eso de que te casarás conmigo por un tiempo?

El tan sólo negó con la cabeza. Ese día iba vestido con cierta fastuosidad, con un frac azul oscuro y pantalones ceñidos. El espumoso lazo de encaje que llevaba en la garganta era blanco como la nieve, en contraste con su tez oscura. El mismo encaje sobresalía en sus muñecas.

-Cuando nos casemos -explicó él-, puedo ayudarte a que vuelvas a tener el control de tu dote. Pero no puedo quedarme en Inglaterra. Yo ya no pertenezco a este lugar. Si logro impedir que me cuelguen, regresaré a St. Ives, la plantación que poseo en las Antillas. En cuanto me marche, podrás pedir la anulación del matrimonio.

A Velvet se le agarrotó el estómago. Era una mezcla de asombro y furia.

-¿Pretendes casarte conmigo, meterte en mi cama y después abandonarme cuando te venga en gana? Qué cómodo, lord Hawkins. Supongo que hay unos cuantos caballeros que gustosamente se adherirían a esos planes.

-No tengo intención de acostarme contigo. En realidad, no tendría que haber ocurrido nunca. Ya te lo dije, Velvet, no quiero una esposa y, desde luego, tampoco quiero tener hijos; ni ahora ni nunca. Si estás de acuerdo, será un simple matrimonio de conveniencia. Tendrás el dinero y yo me quedaré con la conciencia tranquila. Es estrictamente una proposición de negocios.

A Velvet se le retorció el corazón. Jason era el tercero que se le acercaba con una proposición meramente de conveniencia. Ninguno la amaba. ¿Qué pasaba con ella? ¿Era tan difícil amarla?

Se tragó el nudo que tenía en la garganta.

-Aprecio su interés, milord, pero no hace falta que se preocupe. Lord Balfour también me ha propuesto un arreglo por el cual mis problemas quedarían resueltos. Todavía no le he contestado, pero pronto lo haré.

El color desapareció de las mejillas bronceadas de Jason. Sus manos grandes y habitualmente elegantes acusaron un leve temblor.

-¿Estás diciendo que prefieres casarte con Balfour?

-No he dicho eso. Sólo digo que...

-Supongo que tienes razón -él clavó la mirada en el suelo entre sus pies-. Seguramente, Balfour está enamorado de ti. El podrá darte hijos y ser el esposo y el padre que yo no podré ser jamás.

Velvet tuvo la certeza de que su corazón estallaría en pedazos. Dios mío, ¿qué le había pasado a él para sentirse así?

-Lord Balfour no me ama. Es muy posible que esté enamorado de Mary Stanton.

-Entonces, ¿por qué quiere...?

-Por lo que tú mismo dijiste, un simple matrimonio de conveniencia.

La tensión de sus hombros pareció desaparecer. Su mirada se cruzó con la de ella, un azul intenso que no le permitía apartar los ojos.

-En ese caso, te conviene casarte conmigo. Cuando me marche, tendrás tiempo de elegir un esposo como corresponde, un hombre que te ame y te cuide como te mereces.

El dolor de su garganta se agudizó. El no la amaba, pero de alguna forma la quería. Al menos, más que Avery o Balfour.

-Tengo que saberlo, Jason: ¿por qué tienes esa opinión del matrimonio?

Los músculos de la mandíbula de Jason afloraron una vez más. El oscuro misterio que había en su interior lo recorrió en una oleada. Se frotó la cicatriz que tenía en el dorso de la mano como si la piel aún le quemara.

-Un hombre como yo no puede casarse, Velvet. No puede tener esposa ni hijos. Un hombre como yo no puede ni siquiera empezar a saber cómo llevar una vida corriente -la miró y el dolor que había en su mirada le caló muy hondo-. He vivido fuera de Inglaterra más de ocho años. He visto cosas que un hombre no tendría que haber visto jamás, he hecho cosas de las que me arrepentiré mientras viva.

Y también ha sufrido, pensó ella observando su expresión turbada, como ningún hombre debería haber sufrido jamás.

-Nunca podría ser tu esposo, Velvet, nunca podría ser el padre de tus hijos. Este es un país civilizado, y yo ya no soy un hombre civilizado.

-Jason... -extendió la mano para tocarlo pero él dio un paso y se apartó.

-Dame una respuesta, Velvet. ¿Será Balfour o seré yo?

Dios Santo. Todo el sentido común que aún le quedaba le decía que saliera corriendo tan lejos de Jason Sinclair y tan rápidamente como le fuera posible. Era seguro que él le haría daño. Por el momento, sentía que se le desgarraba el corazón a causa del dolor que él padecía, como si fuera el suyo propio. Lo amaba. Cada día que pasara, el amor se haría más fuerte. Y después, él se iría.

¡Corre!, decía su mente. Pero el corazón le susurró las palabras que finalmente pudo decir.

-Te elijo a ti, Jason, me casaré contigo cuando tu quieras.

La sombría expresión de su rostro desapareció con la misma rapidez con la que había llegado. Fue reemplazada por el desconcierto. Era como si todavía no estuviera seguro de lo que estaba a punto de hacer.

-Litchfield puede conseguir una licencia especial. De aquí a tres días, serás lady Hawkins. A finales de semana volverás a ser una mujer acaudalada.

Una mujer acaudalada, *y casada,* pensó Velvet con cierta desazón. Enamorada de un hombre que no la amaba. La esposa de un hombre que nunca había tenido intención de casarse y pretendía abandonarla. Casada con un hombre que seguramente moriría en la horca por asesinato.

Avery Sinclair se apoyó en la pared del elegante salón de lord Briarwood. A unos pasos, Mary Stanton, su presa, hablaba dulcemente con un amigo pero tenía los ojos puestos en el hombre alto que se hallaba junto a la puerta de la terraza: Christian Sutherland, el apuesto conde de Balfour.

Las manos de Avery se cerraron en un puño sin darse cuenta. Mary sentía atracción por Balfour desde el principio. Ella había desanimado a su pretendiente sólo para satisfacer a su padre, quien tenía por muy poco hombre al que llamaba el conde disoluto. Eso, además de la obsesión de sir Wallace con la idea de convertir a su hija en la duquesa de Carlyle.

Avery fijó la mirada en Mary, quien, al verse observada, se sonrojó y desvió la mirada con una carga de culpabilidad. Con la palidez propia de su piel, excepto el rubor que ahora ardía en sus mejillas, el aspecto que mostraba esta noche era de una hermosura excepcional. Llevaba un vestido blanco de tafetán adornado con rosetones de satén azul celeste. El vestido contrastaba con sus ojos de un azul pálido y el rubio platinado de sus cabellos. Esto aumentaba su aire inocente; dentro de los pantalones, Avery empezó a sentir una erección.

Se movió ligeramente tirando un poco de la tela y sonrió al pensar en la noche que le esperaba, en el placer que le iba a suponer obtener el premio que Balfour había anhelado. Del bolsillo del chaleco de brocado color azafrán, sacó la cadena de su reloj de oro y miró la hora, sonriendo al ver que un sirviente uniformado entraba con decisión llevando una bandeja de plata. Enseguida, el larguirucho criado se internó en la nutrida multitud y fue derecho hacia Mary.

Veinte minutos más tarde, ella estaba sentada frente a él en el elegante carruaje negro de los Carlyle. Iba envuelta en su capa, con las delicadas facciones de colegiala marcadas por la preocupación por su padre, supuestamente enfermo. De momento, el plan estaba saliendo a la perfección.

El carruaje avanzó por la última calle adoquinada hasta llegar al camino polvoriento que los conduciría fuera de la ciudad. La voz suave y preocupada de Mary se dejó oír entre el ruido de las ruedas y de los arreos.

-No lo entiendo. Por muy enfermo que esté mi padre, ¿por qué iba a insistir en que fuera con usted? Es muy impropio de él implicar a otra gente en los asuntos de la familia. No puedo entender por qué lo hizo.

-Yo no soy un extraño, querida. En breve seré tu esposo; me honra saber que tu padre ya me considera parte de la familia.

Mary meditó aquellas palabras.

-Debe ser por eso, pero a pesar de todo, ¿por qué hacía falta tanto secreto? Su mensaje era bastante críptico; que no debía hablar con nadie excepto usted -sacudió la cabeza-. ¿Y por qué querrá mi padre que viajemos sin compañía? -de pronto sus ojos se llenaron de lágrimas-. Estoy muy preocupada, Su Excelencia. Ha debido sucederle algo terrible. No hay otra explicación para una conducta tan insólita.

Avery tomó su mano temblorosa y la acarició para tranquilizarla.

-No temas, querida, no te disgustes así. Enseguida llegaremos a la posada donde llevaron a tu padre. Pronto descubrirás la verdad de lo sucedido y adónde nos conduce todo esto.

Y así fue.

Sucedió al llegar a su destino, una pequeña taberna con el tejado de paja que había en el camino que salía de la ciudad. Al subir con premura la escalera que llevaba a la habitación donde esperaba encontrar a su padre enfermo.

Lo supo cuando Avery la obligó a echarse en la cama, la desnudó y se tiró encima de ella. Ella había dejado de defenderse; se limitó a yacer inmóvil, como si fuera una muñeca inválida y maltratada bajo aquel cuerpo, combatiendo sus lágrimas de dolor y humillación mientras él rugía y ejercía presión sobre ella.

Cuando por fin él terminó, sacó su miembro fláccido entre los muslos ensangrentados de ella y anunció que se casarían, con una licencia especial, a la mañana siguiente.

-Lo siento, querida -dijo sin un atisbo de sinceridad-, pero no me diste otra opción -su sonrisa satisfecha provocó náuseas a Mary-. Me temo que te deseaba demasiado para soportar un compromiso largo.

A duras penas ella se esforzó por no vomitar.

Frotándose los ojos llenos de lágrimas y cerrándolos para no tener la visión de él junto a la cama, Mary seguía rígida, mientras tanto, él se abrochó los botones de la bragueta, se encaminó hacia la puerta, la abrió y, con toda naturalidad, salió lentamente al vestíbulo.

Al oír su risa procaz, que resonaba por la escalera que conducía al bar, Mary supo lo que su padre no sabía: que el hombre con quien estaba obligada a casarse no tenía nada que ver con la clase de hombre que su padre habría elegido para ese fin.

Mary hundió la cabeza en la almohada y sollozó con lágrimas desgarradoras, deseando con toda su alma haber escuchado a su corazón en lugar de tratar de ser una hija obediente. Ella habría elegido el hombre al que amara, alguien que la quisiera tanto como ella a él. Ella habría encontrado a un hombre que la hiciera feliz.

La apuesta imagen de lord Balfour acudió a su mente. Se había sentido atraída por él desde el primer momento. Siempre había sido amable con ella y había respondido con ternura e interés a la delicadeza que había percibido en ella. Parecía comprender la soledad que habitaba en su interior, así como ella también percibía la soledad que había en él.

Pero su padre no lo aprobó.

-Ese hombre es un vividor -le había dicho-, de la peor calaña que pueda haber. Un hombre así sólo puede romperte el corazón, hija querida. Has de confiar en mí y dejar que sea yo quien elija cuál es el pretendiente que te conviene más.

Y ella lo permitió. Y él eligió al duque de Carlyle. Mary sollozó aún con más intensidad tratando de no pensar en los dolorosos morados que habían marcado su pálida piel ni en el ardiente dolor que sentía entre las piernas.

Su padre había elegido a Carlyle.

Carlyle, pensó Mary, y la pálida imagen del duque hizo que la bilis se le subiera a la garganta.

Era un error por el que iba a tener que pagar el resto de su vida.

Unas nubes chatas y grises oscurecían el cielo. Un cuervo graznó desde las ramas del olmo que había junto a la entrada de la pequeña iglesia en las afueras de la ciudad, donde Velvet había ido a casarse. La breve y poco inspirada ceremonia del párroco, bajo y de incipiente calvicie, ya estaba por terminar. El viento barría las hojas de los escalones del porche frente a los faldones de brocado plateado que llevaba Velvet mientras ella y Jason descendían la escalinata de la capilla.

Ella no tenía la impresión de haberse casado, pensó. Nada. Desde que la fuera a buscar a su casa por la mañana, Jason se había mostrado amable pero distante, una actitud que reafirmaba que este matrimonio jamás podría ser genuino.

Le habría gustado que su abuelo hubiera asistido, pero últimamente no se encontraba muy bien. Ella le había contado lo de la boda, por supuesto. Le había dicho que a través del marqués de Litchfield, había conocido a lord Hawkins, que se habían hecho buenos amigos y que Jason había aceptado casarse con ella sólo para ayudarla. Su abuelo se lo agradeció efusivamente y acto seguido se olvidó de la razón de la visita de Jason.

En realidad, no importaba. De alguna forma, sus olvidos contribuían a la causa. Con el abuelo en un estado que empeoraba día a día y sin otro hombre en la familia, era obvio a los ojos de todos que Velvet necesitaba un esposo que se ocupara de su bienestar. Verían el matrimonio como la única solución admisible a una difícil situación.

Por detrás de la tupida cortina de sus pestañas, Velvet miró al hombre con quien acababa de casarse, admirando su mandíbula cincelada y las masculinas facciones grabadas en su rostro con tanta solidez. Era un hombre formidable. Irradiaba poderío y presencia. Cualquier otra mujer podía llegar a sentir miedo del peligro, de la oscuridad que, según ella percibía, habitaba en su interior. Todavía no entendía por qué ella no le temía.

Caminaba junto a Litchfield, que había hecho de testigo, mientras descendía los peldaños del porche, y sin darse cuenta se agarró con más fuerza del brazo de Jason. El notó

Librodot

que ella estaba temblando.

-Tienes frío -dijo Jason. Se detuvieron un momento y él le cubrió los hombros con la capa de bordes de satén que ella llevaba-. Dentro del carruaje entrarás en calor.

Pero no era frío lo que ella sentía. Estaba luchando con el terrible peso de una realidad que se había instalado poco después de la boda. Era la esposa de Jason Sinclair Hawkins, o eso al menos decían los documentos. Un primo lejano y muy acaudalado de los Haversham, de la rama de Northumberland. Se conocían desde la infancia. Teniendo en cuenta las circunstancias, la elección era obvia.

¿Era legal? Para su propósito, ella suponía que iba a servirle. En cuanto Jason rescatara la dote de su fideicomiso, nadie iba a exigir que la devolviera. A menos que detuvieran a Jason, era poco probable que alguien cuestionara su matrimonio; a su debido tiempo, tal como su temporal esposo había prometido, la unión sería anulada.

El pensamiento le provocó cierta tensión en el pecho.

Jason la ayudó a subir los escalones de hierro del carruaje, al que después entraron él y Litchfield.

-Supongo que puedo felicitaros -dijo el marqués de Litchfield.

El había estado amable y considerado durante toda la mañana, un suave intermediario entre el desconcierto de ella y el inquietante malhumor de Jason, cada vez más sombrío según pasaban las horas.

-Muy gracioso, Lucien -dijo Jason.

-Gracias, milord -le respondió Velvet sólo para fastidiarlo.

Jason refunfuñó.

-Esta parodia de matrimonio apenas admite celebración. Cuanto antes haya cumplido su fin, mejor para los dos, como sé que mi amada *esposa* reconocerá.

Ella sonrió para provocar su irritación.

-Desde luego, milord. Una unión con alguien tan malhumorado sería un trastorno para cualquier mujer. Jason frunció el entrecejo.

-Lamento no hacer el papel de esposo que hubiera satisfecho tus deseos. Tal vez se debe a que en lugar de acostarme con mi hermosa esposa esta noche, de enterrarme en su interior con la intensidad y la frecuencia que me venga en gana, voy a tener que pasar la noche en soledad.

Las mejillas de Velvet se encendieron por la vergüenza.

Sentado frente a ella, Litchfield se limitó a sonreír. -Suponía que ése era el motivo de tu extremo malestar.

Jason lo fulminó con la mirada.

-No creo que en mi lugar tú te encontraras mucho mejor.

El marqués se rió levemente.

-Para empezar, yo no sería tan tonto. Si la dama fuera mía, pasaría en mi cama la primera noche de matrimonio.

Un músculo palpitó en la mejilla de Jason, pero no dijo ni una sola palabra más. Velvet desvió la mirada de los dos hombres. La conversación le resultaba incómoda, además de la molesta sensación de saber mucho más de la noche de bodas de lo que debía. El golpeteo y el chasquido de los arreos rompía el silencio que se respiraba dentro del carruaje, y las ruedas de hierro runruneaban en el polvoriento camino que conducía de vuelta a la ciudad.

Sin prestar atención al calor que aún le hacía arder las mejillas, Velvet forzó un tono tranquilo en la voz.

-Todavía no me lo has dicho, milord. Ahora que estamos casados, ¿piensas volver a Castle Running o te vas a quedar en Londres, en la casa de lord Litchfield?

La mirada de Jason adoptó un aire burlón.

-Pero, duquesa, pensé que lo habías entendido. Voy a vivir contigo, por supuesto. Soy tu primo, un pariente, después de todo. Hasta que podamos regresar juntos al campo, ¿dónde si

no, iba a vivir un amado esposo como no sea con su nueva esposa?

-Pe... pero acabas de decir que ibas a dormir solo. Cuando hablamos antes, dijiste que no querías acostarte conmigo. Dijiste que...

La mueca burlona de sus labios se desvaneció y volvió a asomar la dura expresión.

-No dije que no quería acostarme contigo. A duras penas he podido mantener las manos apartadas de ti desde que subimos al coche. Lo único que dije es que no iba a acostarme contigo, que no quería un matrimonio en toda regla. El hecho de tener que vivir contigo en la misma casa ya es una maldición de Dios.

Por primera vez en el día, la tensa tristeza de su pecho comenzó a aflojar. Por un momento, guardó silencio. Lo había entendido mal. Jason continuaba deséandola. A ella, a Velvet Moran. No era que necesitara a alguien en su cama, era el deseo que sentía de *ella* lo que le había puesto de tan mal humor. Ahora que lo había dicho, se daba cuenta de que el deseo había estado ahí, en sus ojos, todo el tiempo. Debajo de la incertidumbre de los últimos tres días. Debajo del arrepentimiento y del dolor. Saberlo le despertaba la esperanza donde antes no la había.

-Si no quieres vivir conmigo, ¿por qué lo haces?

-Porque tu curiosidad ha levantado las sospechas de Avery. Te 'han estado siguiendo, han estado observando tu casa cuando tú estás dentro.

-Es imposible que lo haya descubierto. ¿Estás seguro?

-Sí, milady, estoy seguro. He aprendido mucho en estos ocho años, incluyendo la manera de sobrevivir. Esto significa saber bien cuando alguien está midiendo tus movimientos, y descubrir el motivo.

-Dios mío.

-Eso mismo digo yo.

Litchfield no dijo nada, pero la mirada de sus ojos oscuros decía que estaba de acuerdo.

-Si tienes la certeza de que alguien está observando, entonces, y con más razón, no puedes quedarte en casa. Ese hombre tal vez diga a Avery que te ha visto.

-Jason Hawkins será quien viva allí. Jason Sinclair está muerto. Avery no tiene ningún motivo para sospechar que estoy vivo. Ningún motivo que le haga pensar que lo que sientes no es simple curiosidad. Por desgracia, eso ya resulta peligroso. Mi amado hermano no va a tolerar ninguna interferencia de tu parte, sea la que sea. Alguien ha de estar contigo para asegurarse de que estás a salvo.

Velvet no discutió sus palabras. Si Jason estaba cerca, había esperanza de poder convencerlo. Tal vez podría ayudarlo a limpiar su nombre, y si lograba mantenerlo a salvo, tal vez también lograra convencerlo de que no la dejara.

15

Lucien Montaine se deslizó sobre el viejo y gastado asiento de cuero del coche alquilado para hacer lugar a Jason. A pocos metros, una lámpara ardía junto a la puerta de la casa de los Haversham, en Berkeley Square. Lucien distinguió la figura de Velvet junto a las gruesas cortinas de la ventana.

Jason se sentó en el otro extremo del carruaje, se quitó la capa precipitadamente y la dejó a su lado.

-Un día horrible, desde luego -dijo-. No habrá mucha gente en la calle, con esta fría llovizna.

El coche se puso en marcha y la mirada de Lucien volvió a dirigirse hacia la ventana.

-No lo creo. Por cierto, esperaba que tu esposa te acompañara hasta el carruaje.

Jason soltó un gruñido.

-Ese pequeño demonio llegó a sugerir la idea. Quería vestirse de hombre y esperarnos fuera, delante de la taberna. Decía que así podría avisarnos si surgía algún problema o pedir

ayuda si fuera necesario -sacudió la cabeza. Sus cabellos castaños, casi tan oscuros como los de Lucien, se reflejaban en la luz que salía de las ventanas de los comercios-. ¿Puedes creerlo?

Lucien se echó a reír y se recostó en el respaldo acolchado del asiento.

-Lo creo. Imagino cómo te habrá sentado eso a ti.

Jason suspiró.

-Esa mujer es una buena pieza, créeme.

-Una buena y hermosa pieza, si me permites.

-Ni me lo digas. Si hubiera un mínimo de compasión en tu alma, no me lo recordarías. Me muero de deseo por esa pequeña arpía casi todo el tiempo.

Lucien sonrió pero no dijo nada más. Las circunstancias los habían unido. Ahora dependía del destino y de Velvet Moran que el matrimonio fuera duradero o no. Jason miró por la ventana.

-Por todos los diablos, espero que Foote aparezca. Ojalá que el oro ofrecido baste para hacer que se presente.

-No temas. Un hombre como Foote no podrá resistir la tentación de ganarse unas cuantas guineas de oro.

Jason no dijo nada más y el resto del viaje transcurrió en silencio. Una espesa neblina comenzó a cubrir la ciudad, e incluso los vagabundos se resguardaban puertas adentro. Al llegar a la taberna de Bell Yard, pagaron al cochero para que los aguardara en la puerta. Después se apearon, cruzaron la calle embarrada y entraron en el sórdido tugurio.

El lugar rebosaba de humo y tenía la misma iluminación escasa de la vez anterior, aunque al haber menos clientes entre aquellas paredes de madera desigual, el hedor era menos intenso.

-Hola, encantos -Gracie, la tabernera de grandes pechos de la otra vez, se acercó a Jason y le hizo un guiño-. Me preguntaba si mantendríais vuestra palabra.

Jason se obligó a sonreír.

-Dije que estaríamos aquí a medianoche. Todavía faltan diez minutos. ¿Ha llegado Foote?

-Sí. Os espera al final de la barra -señaló con la cabeza en esa dirección, y Jason siguió el movimiento con la mirada.

Era extraño, pero recordaba a aquel hombre corpulento y tosco de la prisión. Era alto y de espaldas anchas y fornidas, tez morena y porosa, con el rostro picado de viruela. Ocho años atrás Jason se había propuesto evitarlo. Por lo visto, había sido una buena decisión.

-Buenas noches, amigos -Foote se levantó al ver que se acercaban-. He oído decir que me buscabais. -Así es -dijo Lucien.

Se sentaron en unos bancos de basta madera burda que había alrededor de una mesa.

-Tienes información que nos interesa comprar. Si nos la das, te recompensaremos generosamente. Foote los miró con recelo.

-Creí que se trataba de un trabajo.

-El trabajo ya se hizo -añadió Jason-,. Hace ocho años. Lo que queremos saber es quién te pagó para que lo hicieras.

Sus ojos desconfiados iban de un rostro al otro.

-Me temo que estáis confundidos, amigos. -Newgate dijo Jason-. Había un hombre, un aristócrata que fue acusado de asesinato. Se llamaba Jason

Sinclair.

Foote dejó escapar el aire por el hueco que tenía entre los dientes de adelante.

-Carlyle. Estáis hablando del maldito duque de Carlyle.

-Eso mismo -dijo Lucien-. Queremos saber quién te pagó para matarlo.

El banco crujió cuando Foote se incorporó de un salto. La mano de Jason lo agarró del hombro y lo obligó a sentarse de nuevo. Apretó una pistola contra sus costillas.

-Tranquilo -dijo Jason-. No es a ti a quien buscamos. Dinos lo que queremos saber y no

te pasará nada.

La tensión que había en los músculos de Foote era tal que vibraban bajo la mano de Jason. No dijo nada durante largos segundos. Permaneció de pie, midiendo la fuerza de sus adversarios. Entonces se encogió de hombros.

-Supongo que me da lo mismo. Ya soy un hombre buscado. Un asesinato más o menos no va a cambiar mucho las cosas.

-¿Quién fue? -presionó Jason-. ¿Quién te pagó para matar a Jason Sinclair?

Foote gruñó.

-Lo creáis o no, fue el hermano de ese desgraciado. Me pagó una verdadera fortuna para asegurarse de que vería muerto a su hermano.

-Estás hablando de Avery Sinclair -añadió Lucien para asegurarse de que no había errores-. El actual duque de Carlyle.

-Ese es el tipo. Muy extraño, por cierto. Pero si creéis que voy a contar esto a un comisario, tendréis que ir pensando en otra cosa. Verme colgado en la horca no era parte del trato -sonrió con malicia-. Y ahora, dadme la moneda y me iré de aquí.

-Todavía no.

Jason acentuó la presión de la pistola en las costillas mientras Lucien sacaba del bolsillo del frac una hoja de papel plegada. Contaban con la reticencia de Foote. La única manera que había para que confesara era evitarle las consecuencias de alguna forma.

-Supongo que no sabes leer -dijo Lucien. Foote los sorprendió con una risotada.

-Lo creáis o no, antes de dedicarme a la vida criminal era maestro.

Jason había advertido que su forma de hablar era aceptable. Una marca hecha frente a un testigo habría bastado. Esto era un extra con el que no contaban.

-Entonces, podrás leer que este documento no dice nada que no sea lo que acabas de admitir -prosiguió Jason-, que Avery Sinclair te pagó para matar a su hermano mientras éste estaba en la cárcel.

Foote leyó el papel.

-Sí, eso dice.

Jason aumentó la presión de la pistola.

-Firma y te damos el oro. Si eres inteligente, saldrás del país. Si te niegas, te llevaremos a la oficina del fiscal. Tanto si reconoces el crimen como si no, es seguro que acabarás balanceándote en la horca.

Sin esperar su respuesta, Jason hizo una señal a Gracie para que se acercara a la mesa.

-Tráenos una pluma y un tintero.

Le tiró una moneda y ella se alejó moviendo las caderas. Enseguida regresó con la pluma y una botella de grueso cristal. Ante la insistencia de Jason, se quedó en la mesa para ver cómo Foote se inclinaba sobre el papel y sus toscas manos dibujaban una firma.

Jason dejó que se secara la tinta, después dobló el papel y se lo metió en el bolsillo. Por sí solo, el documento no era muy valioso: era la palabra de un asesino; estaba claro que no bastaba para absolverlo. Sin embargo, junto con los otros documentos que había encontrado en la caja fuerte de Avery, era algo más de lo que tenían antes.

-Te sugiero, amigo mío -añadió Lucien mientras Jason le entregaba un pequeño saco con monedas-, que te vayas lo más lejos posible de Londres.

Foote farfulló algo ininteligible mientras tomaba aliento.

Jamás me gustó mucho esta maldita ciudad.

-Te va a gustar aún menos -le avisó Jason-, si nuestros caminos vuelven a cruzarse. No me resulta agradable dar oro a un asesino.

Foote frunció el entrecejo y apretó la mandíbula, pero no discutió. Lo que vio en las duras facciones de Jason le decía que había dado con un hombre tan experimentado y rudo como él.

Foote abandonó la habitación y lo mismo hicieron Litchfield y Jason. Al salir del lugar,

se metieron en el carruaje y se recostaron en los asientos de cuero. De una esquina del coche, se oyó una voz en la oscuridad y entonces se dieron cuenta de que no estaban solos.

-Me alegro de que ambos estéis a salvo, milord. Empezaba a preocuparme que hubiera surgido algún problema.

Jason volvió la cabeza para mirar a Velvet. Sintió una mezcla de furia y asombro, y tensó la mandíbula.

-Eres tú, mi amada y pequeña arpía, quien se ha metido en líos esta noche -golpeó con los nudillos el techo del carruaje-. ¡Cochero, a nuestra maldita casa!

Velvet se quitó la capucha de la capa y, con la cabeza bien alta, entró en el salón delante de Jason; se volvió al oír que él cerraba la puerta con un ruido sordo.

El dejó escapar un suspiro de frustración.

-Por todos los diablos, mujer, ¿qué crees que estabas haciendo? Bell Yard es uno de los peores lugares de la ciudad. Una mujer como tú viajando sola... no creí que estuvieras tan loca como para seguirnos.

-No es un problema de locura, milord. Es simplemente que este hombre, Foote, al que tú y Litchfield queríais ver, con seguridad es un peligroso villano. Pensé que lo más sensato sería aguardar en la puerta de entrada para poder avisaros si surgía algún problema.

-¡Lo más sensato! Si uno de esos degenerados hubiera descubierto que allí había una mujer...

-Alquilé un coche en la esquina en cuanto os fuisteis y pedí al cochero que os siguiera. Cuando llegué a la taberna, mi cochero le dijo al vuestro que podía retirarse. Me limité a observar y a esperar. Como vimos, no hizo falta mi ayuda. Pero si las cosas hubieran salido de otra manera, tal vez te habrías sorprendido de lo eficiente que puedo ser.

Jason masculló un juramento.

-Estás loca, Velvet Moran.

Ella tiró su capa sobre una silla.

-Velvet Sinclair... Hawkins -corrigió ella con suavidad.

Los ojos de Jason ardían de vitalidad. La tomó de los hombros y la acercó tanto que ella podía medir la curva longitud de sus pobladas y negras pestañas.

-Yo soy un hombre, Velvet. Tú eres una mujer. Soy dos veces más grande que tú, y mucho más fuerte. Lo creas o no, sé cuidar de mí mismo sin necesidad de tu ayuda ni la de nadie. Y es así desde hace ocho años -la sacudió-. ¿Es que no lo entiendes? No quiero que te hagan daño.

Velvet no dijo nada. Se quedó mirando aquellos penetrantes ojos azules. Cuando él la soltó, ella lo sorprendió arrimándose más en lugar de apartarse. Rodeó el cuello de Jason con sus brazos, se alzó de puntillas y apoyó la mejilla en la de él.

-Yo tampoco quiero que te hagan daño, Jason. Por eso mismo te seguí hasta Bell Yard.

Sus poderosos músculos se pusieron rígidos. Ella creyó que iba a apartarla de un empujón. Entonces hizo un sonido grave con la garganta y la apretó contra su pecho.

-No te entiendo. No te pareces a ninguna mujer de las que he conocido hasta ahora.

Velvet no respondió, pero se acercó aún más a su pecho, absorbiendo su sólida fortaleza masculina. La ropa de Jason olía a lluvia y al humo de la taberna. Lo abrazó y percibió los latidos de su corazón contra su pecho. *Oyó* que el ritmo se le iba acelerando y sintió el deseo que se manifestaba en una endurecida protuberancia, ya dura como el hierro, apoyada en su vientre.

Ella sintió un deseo ardiente y tentador. Lo reconoció como tal. Le dio un beso suave en el costado del cuello, que tenía un ligero gusto a sal, y sintió la calidez de su piel. Después deslizó los labios hasta el borde de su oreja, y él sintió que todo su cuerpo temblaba. Ella le mordisqueó el lóbulo y besó el pulso en la base de su garganta.

Jason gruñó. Deslizó las manos por su espalda, las posó en su cintura y la acercó aún más. La besó en la garganta, recorrió la línea de su mandíbula, enseguida su boca capturó la de Velvet y la besó de una forma tan intensa que abrasó el aire de sus pulmones.

¡Dios Santo! Ella sentía un cosquilleo por todo el cuerpo. Un calor húmedo se apoderó de todos sus miembros y se concentró entre las piernas. Los pechos crecieron, los pezones se pusieron rígidos y rozaron la tela de las enaguas que llevaba bajo el vestido. Quería que él la tocara, que calmara el ardor que sentía. Quería que le hiciera el amor como lo había hecho antes.

Con deseos temblorosos le desabrochó los botones de la camisa, deslizó las manos abiertas por los músculos que había bajo la tela y enredó los dedos en el vello de su pecho.

La garganta de Jason emitió un sonido ronco. Deslizó sus grandes manos dentro del corpiño de su vestido y las introdujo por el escote para abarcar y masajear sus senos. La besó intensamente. Con la lengua la recorrió con afán, y ella sintió torbellinos de calor que salían de la parte baja de su vientre. Las manos de Jason excitaron un pezón, y ella sintió que las piernas no la sostenían.

-Jason... -susurró-. Dios mío...

La mano que él tenía sobre su pecho se quedó inmóvil. El pecho de Jason subía y bajaba a cada golpe de aliento irregular que emitía, a pesar de querer apartarse de ella.

-¡Maldición! -la aferró por los brazos y la apartó de sí como si ella representara algún tipo de amenaza-. ¿Qué diablos crees que estás haciendo?

-Te... te estaba besando. Creía que te agradaba. Apenas un pequeño beso...

-¡Un pequeño beso! Cinco minutos más y estaríamos en el suelo. Te habría levantado la falda y me habría desabrochado los pantalones. Me habría metido dentro de ti con toda la ansiedad y la determinación que llevo dentro, y al diablo con las consecuencias.

Aunque sintió que todo su cuerpo se sofocaba, Velvet alzó el mentón. Percibió un suave ardor en sus partes femeninas y una gran sensibilidad en los senos.

-No sería la primera vez. Al menos, ahora estamos casados.

-¡No estamos casados! Te lo dije desde el principio. Es sólo un arreglo provisorio. No quiero una esposa, no he nacido para ser esposo, ni ahora ni nunca.

Sin prestar atención al calor que aún sentía por todo su cuerpo, Velvet posó la mirada en su rostro.

-Creo que serías un buen esposo, Jason.

El se limitó a negar con la cabeza.

-No lo entiendes -se apartó de ella. Su voz era grave y brusca-. Es tarde. Ya es hora de que te retires a tu dormitorio.

Velvet sintió que el corazón le latía desbocado, irradiando un suave calor en todo su cuerpo que le provocaba un deseo doloroso de tocar al hombre. No quería marcharse; quería que la besara de nuevo. Pero una mirada a su dura y firme expresión le bastó para saber que lo mejor que podía hacer era no insistir.

-Buenas noches, Jason -dijo en voz baja.

El le respondió con una suave inclinación de cabeza y el entrecejo fruncido. No lo oyó entrar hasta varias horas después. En cuanto supo que había entrado, se le empezaron a cerrar los ojos y finalmente se durmió.

Con un vestido de color verde musgo adornado con profusión de ribetes de encaje blanco, Velvet descendió la escalera que conducía a la sala donde se servía el desayuno. No esperaba oír la risa grave de su abuelo ni el estentóreo regocijo de Jason cuando entró para reunirse con ellos. Era un sonido agradable y alegre que la atraía hacia ellos como un pájaro regresando al nido.

-Buenos días, querida -su abuelo sonrió y los dos hombres se levantaron al verla entrar-. Tu esposo y yo nos reíamos recordando historias de nuestros días de Oxford. Hay cosas que

nunca cambian, ¿sabes? Ese colegio parece ser una de ellas -rió con bondad-. Mi compañero, Shorty james, era mi mejor amigo cuando yo era estudiante. En la época de Jason, era el director. Entonces no lo llamaban Shorty, como te puedes imaginar. Sólo a sus espaldas.

Velvet sonrió y Jason le devolvió la sonrisa. El pasado siempre era fácil de recordar para su abuelo. Su gran dificultad era el presente. Al parecer, Jason se había percatado con agudeza del hecho y le daba conversación sobre temas que le hicieran sentirse bien. Velvet sintió una enorme gratitud por su sensibilidad.

Observó a los dos hombres con los ojos entrecerrados y se dio cuenta de que se sentían muy cómodos viviendo bajo el mismo techo. Ojalá su matrimonio fuera genuino, ojalá pudieran en realidad ser la familia que aparentaban. Una dulce ansiedad se encendió en su interior, pero Velvet se obligó a apagarla. Casi nunca se permitía ver a Jason como esposo. Iba a ser mucho más doloroso cuando se marchara.

Alguien golpeó la puerta con suavidad. El mayordomo vestido de negro apareció en el umbral.

-Lord Litchfield ha llegado de forma inesperada. Desea ver a lord Hawkins. Está aguardando en el salón.

-Gracias, Snead -dijo Jason. Se volvió hacia Velvet y el viejo conde-. Si me disculpáis...

-Por favor -respondió el abuelo, pero Velvet se puso de pie y fue tras él.

Lo alcanzó justo antes de entrar en el salón y lo detuvo tomándolo del brazo.

-Soy tu esposa, Jason, al menos hasta que te marches. Lo que Litchfield tenga que decir me incumbe tanto a mí como a ti.

El comenzó a discutir, pero al ver que lo que ella decía era bastante sensato, cambió de parecer e hizo una suave inclinación con la cabeza.

-Como guste, milady.

Litchfield estaba junto a la chimenea cuando ellos entraron. Su semblante moreno mostraba una sombra de consternación.

-¿Qué sucede? -Jason cerró las pesadas puertas para asegurar la intimidad.

La mirada fija y oscura del marqués se dirigió a Velvet, advirtiendo su inesperada presencia, pero no hubo la mínima vacilación en su tono.

-Me temo que se trata de Avery. Al parecer, se ha casado con Mary Stanton. Dicen que el acuerdo lo ha hecho poseedor de una fortuna considerable.

-Cielo Santo, pobre Mary -exclamó Velvet. -Desde luego -añadió Litchfield.

-Tenía la esperanza de que si los rumores eran ciertos -dijo Jason-, el compromiso duraría lo suficiente como para que ella descubriera la cruda realidad.

Litchfield frunció el entrecejo, y sus marcadas cejas negras se juntaron.

-Se dice que es un matrimonio por amor; que se deseaban tanto que se fugaron mientras su padre estaba ausente. Pedí a nuestro hombre, Barnstable, que confirmara la veracidad de la versión y dice que Mary Stanton se vio obligada a casarse. Asegura que el duque sacó a la joven de la fiesta en la casa de Briarwood con el pretexto de que su padre estaba enfermo.

-Muy típico de Avery -dijo Jason con cierto misterio-. No se detiene ante nada cuando se trata de dinero.

-Dios Santo, habrá sido horrible para Mary. Jason fijó la mirada en Velvet.

-Por mucho que lamente la suerte de Mary Stanton, te diré que en la misma medida me alegro de que tú no hayas sido la víctima de Avery.

Un remolino de sorpresa la envolvió. No dijo nada, pero la mirada protectora de Jason la colmó de una ternura rebosante.

La expresión de Litchfield era adusta.

-Si antes ya era un temible adversario, ahora, con el apoyo de su poderoso suegro y una fortuna en su poder, el peligro se ha multiplicado por dos.

-Vamos a tener que acelerar nuestro plan-dijo Jason.

-Te refieres a Celia -añadió Litchfield. Jason asintió.

-Entre otras cosas. Desde que el matrimonio de Velvet ha ido saliendo a la luz, nos han

llovido varias docenas de invitaciones. Una buena parte de la sociedad quiere conocer al afortunado hombre que se ha casado con la heredera de Haversham. No vamos a poder postergarlo mucho más tiempo sin que empiecen las habladurías. Avery estará aún más curioso que el resto. Debemos pensar la manera de eludir el problema y seguir nuestra búsqueda de pruebas contra él.

Velvet se mordió el labio inferior.

-No debías haberte casado conmigo. Tu vida ya corría peligro antes. Ahora el peligro es aún mayor. Jason negó con la cabeza.

-No cambia nada. Ya hemos comenzado los trámites para tener tu dote. En cuanto la tenga, me encargaré de ponerla a tu nombre. Es una deuda que tengo contigo. Eso pronto quedará resuelto.

A Velvet se le retorció el corazón. Una deuda que tenía con ella. El precio de su inocencia. Sabía que eso era lo que él sentía, pero aun así, la expresión le resultó dolorosa.

-Mientras tanto -decía Jason-, quiero hablar con Barnstable y ver si ha descubierto algo más.

Velvet esperaba que el comisario de policía descubriese alguna información que los pudiera ayudar. Avery Sinclair era un hombre ruin y malvado. Cada día que Jason pasaba en Inglaterra, las probabilidades de ser descubierto aumentaban. Y si lo descubrían, con toda seguridad terminaría en la horca. Tenía que haber una forma de demostrar su inocencia. Velvet se comprometió a encontrarla. En cuanto diera con ella, él quedaría a salvo.

Trató de no pensar en el agudo dolor que sintió al recordar que, una vez a salvo, él se marcharía.

Christian Sutherland, conde de Balfour, estaba apoyado en la puerta que daba a la terraza. Hacía una hora que Velvet Moran, ahora casada con su primo lejano de Northumberland, había llegado a la multitudinaria velada acompañada por Lucien Montaine y lord y lady Briarwood, con quienes había hecho amistad.

Naturalmente, Velvet había enviado a Christian un mensaje en el que le informaba acerca de su boda, exactamente al día siguiente de celebrada. Le contaba que ella siempre había estado enamorada de su primo lejano pero que jamás imaginó que él le haría una proposición. Le pedía que lo entendiera, por ser éste un asunto del corazón, y esperaba poder mantener una buena amistad.

Christian la observaba de lejos, veía su sonrisa mientras hacía una pausa para hablar con la condesa de Brookhurst, y comenzó a sentir cierta curiosidad por la historia de que su esposo era un hombre tímido, apasionado por los libros, que prefería enfrascarse en temas intelectuales a formar parte del frívolo mundo de la alta sociedad. Pero no había que alarmarse, le había dicho ella, con lo que, a su parecer, era una falsa alegría. Ella y lord Hawkins tenían pensado organizar una fiesta para celebrar su matrimonio en un futuro muy cercano. Así sus amigos podrían conocer a su ilusorio esposo.

El la había felicitado, por supuesto, y con una buena dosis de sinceridad. Si Velvet era feliz, se alegraba por ella. En materia de esposas, sin embargo, le irritaba hasta cierto punto que las dos primeras mujeres con quienes había querido casarse lo hubiesen rechazado.

Fue un pensamiento que hizo desviar su mirada hacia el extremo opuesto del atestado salón. Su Excelencia, Mary Sinclair, duquesa de Carlyle, estaba de pie con un aspecto fantasmal, como el de una criatura abandonada, junto a la figura enjuta y sonriente de su alto y rubio esposo. Él estaba vestido de punta en blanco, como un pavo real, con un traje dorado y azul marino con incrustaciones de perlas cultivadas y brillantes. La ropa tenía que haberle costado una fortuna. Era una confirmación de su riqueza y del poder que había obtenido al casarse con Mary Stanton.

¿Y Mary? En realidad, Christian era quien había querido casarse con ella. Se había sentido atraído por ella desde el primer momento que la vio. La imagen que tenía ante sus ojos, tan pálida y triste, le produjo una dolorosa angustia en el pecho.

Librodot

Se preguntaba si los rumores, ignorados hasta ahora, serían ciertos. En lugar de una boda por amor, Mary se había visto obligada a contraer matrimonio con el duque.

Sin darse cuenta, las manos de Christian se cerraron en un puño. Mary Stanton necesitaba un hombre en quien pudiera confiar. El había deseado mucho ser ese hombre. Se dio vuelta para no ver la imagen pequeña y frágil que componía junto a Carlyle y salió a la terraza con paso decidido.

Ya era tarde. El rostro de Velvet estaba dolorido por las innumerables sonrisas y agradecimientos de la interminable ronda de felicitaciones que había recibido. Hasta ese momento, había aguantado toda la noche sin quejarse, fingiendo una alegría que no sentía y tratando de enterarse de algún detalle, de *algo,* que pudiera ser valioso para Jason.

Bajo la araña resplandeciente que había en el extremo del salón dorado, se rió ante el comentario obsceno de su compañía actual, la hermosa condesa de Brookhurst, que le susurró, ocultándose con su abanico pintado a mano, un comentario íntimo acerca del joven barón

Densmore, afirmando que estaba dotado como un verdadero toro escocés y mostraba la misma fortaleza en la cama. El comentario hizo enrojecer las mejillas de Velvet. No quería que la condesa lo advirtiera.

Celia Rollins había sido su presa desde el primer encuentro en Carlyle Hall. Cuanto más hablaban, con sutiles acercamientos amistosos por parte de Velvet, tanto mayor era el interés de lady Brookhurst.

Velvet se rió de otra procacidad, esta vez dirigida a la figura de lord Whitmore y su semejanza con un sapo arrugado y seco.

-Es usted de una maldad terrible, milady -dijo Velvet mientras se preguntaba si Jason habría visto alguna vez este lado de su personalidad. Lo dudaba. Lady Brookhurst era una artista en cuestión de embelesar a los hombres, los provocaba para distraer su atención y disfrazar así las verdaderas profundidades de su depravación.

-Querida -dijo-, ya es hora de terminar con las formalidades entre nosotras. De ahora en adelante me llamarás Celia y yo te llamaré Velvet.

Velvet volvió a esbozar una de sus dolorosas sonrisas.

-Será un placer... Celia.

La condesa se acercó más a ella.

-Aborrezco a las mujeres, por lo general. Pero de vez en cuando, aparece una que sabe lo que quiere. Ese es tu caso, Velvet. Eres una mujer dispuesta a vivir como te plazca. No conozco a tu esposo, pero sea la clase de hombre que sea, una mujer con una naturaleza tan apasionada como la tuya no iba a conformarse con nada que no sea un amante fervoroso -dejó caer sus pobladas pestañas negras de una forma que no había hecho antes. Había cierta seducción en la forma de mirar a Velvet que le resultó repentinamente incómoda-. Eso es otra cosa que tenemos en común.

Velvet asintió como si estuviera de acuerdo, pero por primera vez sintió recelo. Lo había logrado, había creado una amistad temporal con una mujer que prefería la compañía de los hombres. Era extraño, pero en los últimos minutos, Velvet podría jurar que Celia había comenzado a mirarla con la misma sensualidad que por lo general reservaba a sus desprevenidas presas masculinas. Sin duda, sólo imaginaba que Celia la observaba apenas disimuladamente. Seguramente, las historias que había oído acerca de mujeres que tenían a otras mujeres por amantes no podían ser ciertas.

Pero de pronto no estaba tan segura.

Celia la miró por encima de un hombro blanco cremoso.

-Mi acompañante, el barón, se está acercando. Creo que sus planes me conciernen y requieren mi presencia por el resto de la velada -le dedicó una sonrisa seductora y a continuación volvió a mirar a Velvet-. Tienes que venir a tomar el té -dijo la condesa con una sensual caída de párpados- ¿Qué te parece el jueves que viene? -sonrió-. Prometo ponerte al

día de todos los cotilleos del apresurado casamiento de tu ex prometido con Mary Stanton. Prepárate a oír hasta el último detalle sórdido, incluida la noche de bodas.

El pulso de Velvet se aceleró. Té con Celia Rollins. Y Avery como tema de conversación. Era el momento que había estado esperando, la oportunidad de poder hacerle preguntas, aunque la idea de pasar una tarde con lady Brookhurst le resultaba decididamente incómoda.

-Será un placer... Celia.

La condesa sonrió satisfecha y alzó una ceja cuando vio venir al joven toro escocés, lord Densmore.

-Aquí viene. Admito que me gusta su expresión. Creo que sus intenciones son del todo deshonestas.

Velvet no dijo nada mientras la condesa la despedía con la mano y se alejaba para encontrarse con su amante. Pocos minutos después, llegó Litchfield con lord Briarwood y su esposa Elizabeth, alta y rubia, a la zaga. Balfour las había presentado para que tuviese una acompañante adecuada. Por suerte, se habían caído bien de inmediato y ni siquiera el matrimonio con Jason había dañado la amistad.

Abandonaron la velada a la media hora, extenuados por la proliferación de fiestas agotadoras a las que habían asistido cada noche.

En el trayecto de regreso a casa, Velvet pensaba en la cita del jueves con Celia. Decidió que comentarlo con Jason no sería una medida acertada.

16

La luz de la luna se filtraba entre las ramas de los árboles tras la ventana del dormitorio, iluminando con su reflejo las calles adoquinadas y los carruajes que traían a los ocupantes de regreso a sus casas de Berkeley Square. Jason caminaba de un lado a otro de la habitación, delante de la ventana con paneles de cristal emplomado, deteniéndose para otear en la oscuridad, pero no veía ningún coche de caballos que se acercara a la puerta principal.

Velvet no había regresado todavía de la velada a la que había ido con Litchfield y lord y lady Briarwood. Por todos los diablos, eran las tres de la mañana. ¿Dónde demonios estaría?

Jason volvió sobre sus pasos, atento a cualquier ruido en la entrada y preocupado, aunque sabía que con su amigo Velvet estaba a salvo. Aparentemente, el hombre que había observado la casa la noche en que él entró en el dormitorio de Velvet había puesto fin a la vigilancia, al menos por el momento, lo que, en cierta medida, lo tranquilizó.

Transcurrieron otros veinte minutos hasta que por fin vio el carruaje de Litchfield, después oyó a Velvet que subía la escalera. Una sensación de alivio le recorrió el cuerpo, seguida por una furia irracional. Abrió con brusquedad la puerta que separaba los dos dormitorios, una puerta que él había tenido la precaución de cerrar hasta entonces, y entró con decisión.

Se oyó un grito ahogado de asombro que salía de una de las esquinas iluminadas por la luz de las velas.

Lo... lo siento, milord -dijo Tabby, oí que estaba entrando la señora en la planta baja. Supuse que ella iba a necesitar mi ayuda antes de retirarse a dormir.

El ruido de las pisadas desvió su atención hacia la puerta, Velvet apareció en el umbral.

Está bien, Tabby. Mi esposo puede ayudarme; según veo, él ha estado esperando mi regreso.

Ella le lanzó una mirada desfachatada, atenuada con una pequeña dosis de desafío. El había ido a sus dominios, decía la mirada. Si lo había hecho, bien podía hacer el maldito papel de esposo.

Tabby observó su alto porte de arriba abajo, después le dirigió una mirada atrevida y

cómplice y abandonó la habitación. Si la expresión del rostro de la mujer era indicativa de lo que estaba pensando, los días de soltero del cochero estaban contados.

Jason esperó a que se cerrara la puerta. Al principio, temía que la criada o el cochero lo reconocieran como el bandido del camino, Jack Kincaid, pero aquella noche había sido oscura y nublada; además, jamás se les podría ocurrir que su señora se hubiera casado con semejante hombre.

Por momentos, él también se lo cuestionaba. Velvet era demasiado confiada. Como mínimo, tendría que albergar algún atisbo de sospecha respecto del asesinato de su padre. El sabía, sin la menor duda, que ella estaba rotundamente convencida de su inocencia. Saberlo le provocaba sensaciones extrañas alrededor del corazón.

-¿Querías decirme algo, milord?

La suavidad del tono de su voz desvió la atención hacia la mujer que había en el extremo opuesto de la habitación.

-Sabes de sobra que sí. Quiero saber qué te ha mantenido ocupada hasta las tres de la mañana.

-Las fiestas que duran hasta la madrugada están en boga, milord. Tampoco has estado fuera de Londres tanto tiempo como para haberlo olvidado.

El trató de no prestar atención a la forma en que sus senos lozanos sobresalían por el escote del vestido verde botella, la forma en que el valle entre ambos se convertía en una sombra oscura y misteriosa, pero su cuerpo lo había percibido y la sangre comenzó a espesarse y a latirle en las venas.

-Se supone que estás casada. ¿Es que nadie ha preguntado por tu esposo?

-Sí, ya lo creo que preguntaron, milord.

Se sentó en el taburete delante del tocador y comenzó a quitarse las horquillas que le sujetaban el cabello. A la luz de la vela, su pelo brillaba como el cobre pulido; el calor de la sangre se concentró en la parte baja de su vientre.

-Tal como acordamos -prosiguió ella-, les dije que tus intereses estaban en los libros y en la lectura, y que te sentías mucho más cómodo en el campo que en la ciudad. Les dije que, no obstante, había logrado convencerte para organizar un baile a fin de mes, para celebrar nuestro matrimonio, y que entonces podrían conocerte. Eso frenará la curiosidad por un tiempo.

El contempló su rostro en el espejo, advirtió el pequeño y ovalado lunar postizo que se había puesto junto a la comisura de los labios y sintió una irresistible urgencia de besar la piel que había debajo. Se moría de ganas de tocarla y sentir la suavidad de su piel.

Se obligó a desviar la mirada, pero tenía el pulso cada vez más acelerado y concentrándose en la ingle, lo que le provocó una erección. Al hablar, le salió un tono áspero.

-Sí, la perspectiva de un baile los calmará por el momento. Tal vez, en ese momento tenga las pruebas suficientes para enfrentar a lady Brookhurst. Si así fuera, se vería obligada a culpar a Avery, y mi inocencia podrá quedar demostrada.

Velvet echó hacia atrás su larga cabellera ondulada y comenzó a pasarle el cepillo para alisarla hasta más bajo de sus pechos. La mirada de Jason se detuvo en ese punto y se le secó la boca. Volvió a desviar la mirada con brusquedad.

-En cuanto mi nombre quede limpio -dijo con gravedad-, me marcharé. Inventarás algún cuento sobre mi abandono y podrás comenzar los trámites para la anulación del matrimonio. Lucien puede ayudarte, hazle caso y mueve todos los hilos que él considere necesarios.

Velvet no dijo nada durante largo rato. Después se puso de pie, cruzó la habitación y le ofreció la espalda, pidiéndole ayuda en silencio para desabrochar la hilera de diminutos botones.

-No hay por qué apresurarse -dijo al fin mientras aguardaba con paciencia a que sus dedos hicieran la tarea.

Jason percibía la suavidad de la piel que había bajo su mano. Un leve perfume de lilas excitó sus sentidos. Dentro de los pantalones, su sexo estaba más duro que una piedra.

-Tal vez -dijo ella-, llegue a acostumbrarme a la idea de estar casada.

La cabeza de Jason hizo un brusco ademán. Liberó el último botón y sus dedos se inmovilizaron.

-En cuanto hayas abandonado el país y yo me quede sola, se me permitirán toda clase de libertades. Una mujer casada que tenga cierta discreción puede hacer casi todo lo que le venga en gana.

Jason apretó la mandíbula.

-Presumir de esposa sin marido no formaba parte del trato. Tú aceptaste la anulación, Velvet.

-Cierto -suspiró profundamente y se volvió para mirarlo. Aunque aún llevaba el corpiño del vestido desabrochado, los senos casi desbordaban el escote . Pero si es verdad que no deseas casarte con nadie, ¿qué más te da? Como esposa tuya, tendría mucha más libertad para moverme sin temor al escándalo. Podría...

-Podrías... ¿qué? ¿Acostarte con quien quisieras, tener todos los amantes que te plazcan?

Velvet se encogió de hombros.

-Yo disfruto cuando hacemos el amor, Jason. Una mujer desea que la acaricien, que la besen...

-Basta ya.

-... necesita sentir el placer que un hombre le puede dar. Desea saborear...

-¡Dije que ya está bien, maldita sea! -le tomó los brazos y la acercó hacia él-. ¡No lo puedo creer! ¿Me estás diciendo que cuando yo me vaya vas a conseguirte un amante?

-Por supuesto, ¿qué pensabas?

-¡Qué pensaba! -dijo al borde del grito-. Creía que ibas a anular nuestro matrimonio, que ibas a vivir con tu abuelo hasta encontrar un esposo adecuado, que te quiera y te respete.

-Ya tengo un buen esposo, Jason. Estoy muy satisfecha del hombre con quien me he casado. El hecho de que no me desee...

-Eso no es verdad, y tú lo sabes. ¡En este momento tengo una erección como una catedral! Dios Santo, si me dejara llevar por mis instintos, arrancaría el vestido de tu provocativo cuerpecito, te arrastraría hasta esa cama, te abriría de piernas y me enterraría en tu interior. Te tomaría con fuerza el resto de la noche, y todas las noches, hasta saciarme. Me aseguraría de satisfacer esas necesidades de las que hablas con tanta soltura. ¡No tendrías que buscar otro hombre que se metiera en tu cama; si buscaras un amante, juro que os mataría a los dos!

Durante varios largos segundos, ella lo miró perpleja, con los ojos bien abiertos, las mejillas teñidas de una hermosa tonalidad rosácea. Si su intención era escandalizarlo, era él quien había cambiado los papeles con habilidad. Había dejado de ser aquel caballero cortés y quería que ella lo supiera. El lo había hecho para vengarse, o al menos eso es lo que él pensaba hasta que ella le clavó la mirada en el rostro.

Se humedeció los suaves labios rosados.

-Bésame, Jason. Quiero que hagas esas cosas que dices.

Jason rugió. ¡Por todos los diablos, esa mujer lo estaba matando!

-¿Es que aún no lo entiendes? Te estoy haciendo un favor. Si hacemos el amor, puede que quedes embarazada. Yo no sé hacer el papel de esposo, ni el de padre. Hace tiempo, tal vez sí. Como heredero de mi padre, eso es lo que se esperaba de mí. Pero las cosas han cambiado desde entonces. Ya no soy el hombre que era, ni lo seré jamás.

Ella se limitó a negar con la cabeza. Las palabras que dijo a continuación le salieron con suavidad.

-Lo que sucede es que tú no te ves a ti mismo como yo te veo. Serías un esposo maravilloso, Jason.

La frustración se apoderó de él. ¿Cómo podía hacérselo ver?

-Si te contara las cosas que he hecho, si tuviera el valor de dejar que vieras la clase de

hombre que soy en realidad... entonces entenderías.

Unos dedos suaves y pequeños se deslizaron por su rostro y le acariciaron la mejilla.

-Cuéntame. Cuéntame qué te sucedió para que te sientas así.

Jason tragó saliva. Empezaron a aparecer en su mente imágenes oscuras, gritos de agonía, sollozos de dolor, pedidos de auxilio. Luchó contra ellas, trató de bloquearlas. Se sentía mareado, con el estómago revuelto.

-No puedo -giró la cabeza y, al hacerlo, dejó pasar el momento de ternura. No me lo pidas, Velvet. Ni ahora ni nunca.

Velvet lo miró y sus ojos se humedecieron con las lágrimas. Eran por él, pensó Jason, no por ella, y algo en su interior se endureció. Ella permanecía de pie, sujetándose el vestido, mirándolo con una mezcla de deseo y pena, y a él se le hizo añicos el corazón.

-Hazme el amor, Jason. Deja que yo te ayude a olvidar.

Sin hacer caso de la presión que sentía en el pecho ni de la mirada compasiva de Velvet, se apartó, desesperado por poner distancia entre los dos.

-Vístete -ordenó-. Por si no lo recuerdas, estás medio desnuda. Te estás comportando como una meretriz y el papel no te va muy bien.

Por todos los santos, aquello no era verdad, no había una pizca de verdad en lo que decía. Ella estaba hermosa y deseable, y él se moría de ganas de abrazarla. Quería hacer el amor con ella, la quería en su cama, y no sólo esa noche.

A Velvet le tembló el labio inferior. Se le llenaron los ojos de lágrimas y un suave sollozo se le escapó al darse vuelta y alejarse de él. Jason decidió dejarla, no someterse a la tortura de oír el ruido de la tela al caer tras el biombo del vestidor, no permitir que la imagen de su piel suave le invadiera la mente. Pero sus pies no se movieron. Quedaron fijos e inmóviles, como si estuvieran clavados a la madera pulida del suelo.

Ella apareció con un sencillo camisón blanco tan provocador como el vestido que llevaba antes. Parecía pequeña y frágil, avergonzada y desorientada como él no la había visto jamás. El era el causante de su estado, lo sabía, con sus medias verdades y sus acusaciones.

Pensó que lo mejor era marcharse, que en realidad no importaba, que era mejor dar término a la salvaje atracción que había entre ellos. Pero sus piernas comenzaron a moverse y cruzaron la habitación hacia ella. Se arrodilló junto a la cama con dosel, le tomó la mano, pequeña y pálida y presionó el dorso con sus labios.

-Si nuestro matrimonio fuera legítimo -le dijo-, no habría nada entre nosotros que no pudiésemos decir, ningún tabú. Yo apreciaría tu pasión, tu deseo. Es una hermosa cualidad y no muy frecuente en las mujeres, algo que cualquier esposo inteligente debería saber apreciar.

Ella ladeó la cabeza para mirarlo, con su cabello oscuro desparramado por la almohada. Las mejillas recobraron algo de color.

-Soy tu esposa. Tú eres mi esposo.

Se limitó a negar con la cabeza.

-No soy tu esposo, Velvet. Nunca lo seré. Fui tu amante. También fui un loco.

Se dio vuelta antes de que ella pudiera añadir nada más, nada que pudiera persuadirlo y quedarse, cruzó la habitación y abrió la puerta de su dormitorio. Por todos los santos, cuánto se iba a alegrar de poner fin a este asunto. Si antes no lo colgaban, la alegría de volver a casa iba a ser inmensa.

Christian Sutherland hizo una pausa mientras descendía por la escalera de mármol. Su mansión del West End se situaba frente a Hyde Park; había sido el espléndido regalo de su abuelo a la mujer con quien se había casado. Ahora era la casa de Christian, su refugio, aunque en estos momentos, al parecer lo habían invadido.

-Por favor... tengo que ver al conde -una pequeña figura envuelta en una capa apareció en la puerta-. Ya sé que no tengo una cita pero, por favor, dígale que quiero verlo.

-Lo siento, señora. Lord Balfour es muy estricto en lo que se refiere a su intimidad.

Aunque tal vez, si me da su nombre...

La visita dejó escapar un sonido desesperado parecido a un sollozo.

-Dígale que soy Mary. Creo que el conde vendrá si le dice que ha venido Mary.

A Christian se le aceleró el corazón. Bajó con rapidez el último escalón y se detuvo en el vestíbulo con suelo de mármol.

. -Está bien, George. Mary es amiga mía. Ella es bienvenida en esta casa. La veré en el recibidor blanco.

Ella alzó la mirada en su dirección. Tenía la cabeza bien oculta en los oscuros pliegues de su capucha.

-Christian -susurró, con cierta histeria en la voz-, por favor, tienes que ayudarme. Estoy muy asustada. No sé qué hacer.

Era la primera vez que se dirigía a él por su nombre,

Balfour se dio cuenta de que ella estaba a punto de entrar en pánico.

Un nudo de preocupación le agarrotó el estómago. -No te preocupes, mi amor.

El apoyó una mano en su cintura y la guió hasta el recibidor. Como su propio nombre indicaba, el salón estaba decorado por completo en tonos blancos y dorados, desde las lujosas telas de color marfil hasta los marcos dorados de los cuadros que colgaban de las paredes.

-Si me dices qué te ha disgustado tanto, estoy seguro de que podremos hallar la forma de remediarlo.

El tomó su capa, húmeda por la neblina, y la dejó en una silla. Después se sentó al lado de la joven en un sofá con flecos dorados.

Mary entrelazó las manos y las apoyó en su regazo. Eran delgadas y pálidas y él advirtió que acusaban un ligero temblor.

-Ya... ya sé que es un abuso terrible, pero tenía que venir. No sabía adónde ir, a quién recurrir.

-¿Dónde está tu padre? -preguntó él con amabilidad, sabiendo que siempre habían tenido una estrecha relación.

Sus ojos azules se llenaron de lágrimas. El jamás los había visto tan apagados, no había un atisbo de vida en ellos.

-Mi padre ha fallecido.

Christian apretó los dientes.

-Lo siento, Mary -le apretó la mano-. Quédate aquí un momento, amor. Enseguida vuelvo -fue al aparador, le sirvió una copa de jerez y volvió al sofá-. Bebe esto -se arrodilló y le puso la copa de cristal en la mano temblorosa-. Un par de sorbos te harán sentir mejor.

Cuando ella tomó la copa, él volvió a sentarse en el sofá, junto a ella.

La copa temblaba entre los delgados dedos de Mary. Ella bebió un sorbo y la dejó sobre la mesa.

-Lo echo de menos -dijo Mary destrozada-. Ya empiezo a echarlo mucho de menos.

-Mary, lo siento muchísimo. ¿Cómo ocurrió?

-Un accidente... el carruaje se salió del camino y cayó en un estanque. Mi padre se ahogó -sus ojos llenos de lágrimas se alzaron para mirarlo en el rostro-. Sé que lo hizo él. No sé cómo pudo hacerlo, pero sé que Avery mató a mi padre.

Un silencio sepulcral los envolvió. Christian sintió que por la espina dorsal le corría un gélido escalofrío.

-Mary, debes de estar en un error. La noticia de la muerte de tu padre ha sido un golpe terrible. Es muy normal que estés tan alterada. En realidad el duque no...

Los dedos de la joven se le clavaron en el brazo.

-Tú no lo conoces como yo. No sabes lo cruel y despiadado que puede llegar a ser. Creo que mi padre empezaba a percibirlo. Creo que empezaba a preocuparse de haber cometido un error cuando eligió a Avery.

Christian alzó la cabeza. Aquellas palabras le calaron más hondo que las inesperadas acusaciones.

-¿Tu padre? ¿Acaso tú no querías casarte con el duque?

El semblante de Mary se cubrió de dolor. Cerró los ojos y las lágrimas le inundaron las mejillas.

-Yo quería complacerlo. El ya era mayor, y yo quería verlo feliz -se inclinó hacia Christian, y fijó la angustiada mirada en su rostro-. Yo me habría casado contigo, milord. Estaba enamorada de ti.

Christian sintió una tensión en el pecho.

-Mary...

La tomó en sus brazos con ternura, le susurró palabras de alivio y dejó que sollozara en su hombro. La abra*zó y* su corazón se retorció de dolor. Por Mary. Y por él.

-La noche de la fiesta de Briarwood -comenzó a decir ella a duras penas-, me tendió una trampa para que me fuera con él. Me llevó a una posada. Yo creía que mi padre estaba allí, pero era mentira -dejó escapar un sollozo desgarrador-. Avery me arrancó la ropa. Me hizo... cosas terribles. Dios mío, fue tan horrible, tan cruel -sacudió la cabeza, y una nueva cascada de lágrimas rodó por sus mejillas-. Siempre imaginé que aquello sería un momento hermoso.

El sintió el filo de un cuchillo en su interior, y una dolorosa sensación. Lo habría sido, pensó con amargura, de haber sido él quien hiciera el amor a la tierna Mary.

Entonces ella se apartó, alejándose para mirarlo a la cara.

-No puedo quedarme ni un segundo más en esa casa, milord. No puedo enfrentarlo, sabiendo lo que ha hecho.

-Tú no tienes la certeza de que el duque sea el responsable, Mary.

-Lo sé... lo siento aquí -se apoyó la mano en el corazón-. El quería la fortuna de mi padre. Como él es mi esposo, ahora que mi padre ya no está y yo he heredado su fortuna, Avery controla hasta el último chelín. ¿Lo entiendes? Fue Avery. De algún modo, ha logrado lo que siempre ha querido.

Christian no estaba seguro de que el duque hubiera llegado a matar a su padre para lograr su propósito, pero en realidad eso no importaba. Le bastaba con lo que el duque había hecho para sentir una profunda aversión por él.

-Me pegó -susurró ella, y Balfour sintió que todo su cuerpo se ponía rígido-. Se encargó de que no tuviera marcas. Yo trato de no enfadarlo. Lo intento, pero al parecer no lo consigo -lo miró con sus ojos celestes cuajados de lágrimas-. Por favor, milord, ¿me ayudarás? No tengo un sitio adonde ir.

Christian se esforzó por mantener la calma. Sentía el deseo de matar a Avery Sinclair con sus propias manos.

-Mary, amor mío, por supuesto que voy a ayudarte -la mente le funcionaba a toda velocidad, evaluando todo tipo de posibilidades-. Pero aunque no estuvieras casada, no puedes quedarte aquí. Soy soltero. Enseguida correría el rumor de que hay una mujer viviendo en mi casa.

-¿Y qué... qué puedo hacer?

¿Qué podía hacer? Ella necesitaba la ayuda de alguien de confianza. Alguien que entendiera lo que sucedía.

-Hay una mujer que tal vez pueda ayudar. Creo que la dama se dio cuenta de la auténtica crueldad de Avery. Tal vez por eso rompió el compromiso.

-Te refieres a Velvet Moran.

-Ahora es lady Hawkins, pero sí, estoy pensando en ella. ¿La conoces?

-Nos hemos visto alguna vez. Siempre ha sido amable conmigo.

Christian la ayudó a ponerse de pie. Con la capa que tomó de la silla, la envolvió con sus discretos pliegues.

-A Avery no le gustará que tú lo hayas burlado. En cuanto descubra que lo has abandonado, saldrá en tu búsqueda. Con el dinero que ahora tiene a su disposición, si quiere puede contratar a todo un ejército.

-Le dejé una nota. Le dije que estaba demasiado destrozada por la pérdida para

quedarme en Londres. Le dije que regresaba a la casa de campo de mi padre, que lo esperaría allí. El entierro va a ser el fin de semana.

-Avery hará lo posible por estar allí. Si vas, sabrá que sospechas de él. Lo verá en tus ojos. No quiero ni pensar en lo que puede hacer.

-Lo sé. Por eso he venido.

Christian asintió.

-Todavía tenemos tiempo. Tendrás que esconderte hasta que se nos ocurra qué se puede hacer.

Mary apoyó una mano ligera y temblorosa en su brazo.

-Gracias, milord.

Una sonrisa de ternura afloró en los labios de Balfour.

-Me gusta más cuando me llamas Christian.

Las mejillas de Mary se ruborizaron, y dos manchas de tenue color rosado aparecieron en sus hasta entonces pálidas mejillas. Le dedicó una sonrisa emotiva, la primera que él vio.

-Siempre estaré en deuda contigo, Christian.

El recorrió la línea de su mandíbula con un dedo, apreciando la delicadeza de sus rasgos.

-Recordaré lo que has dicho, Mary.

No hizo ningún otro comentario, se limitó a llevarla hasta la puerta y pidió al mayordomo que le preparara el carruaje. Su mente le daba vueltas, tratando de hallar la manera de reparar de alguna forma los horribles agravios que el duque había hecho a su pequeña Mary.

Con un sencillo vestido blanco de indiana, Velvet estaba sentada frente a la pálida Mary Sinclair. De pronto se le ocurrió que, por un extraño juego del destino, Mary era su cuñada, aunque, como es natural, ella no lo supiera. Christian Sutherland permanecía de pie a su lado, con un aire protector que ella desconocía.

El conde había ido a verla hacía menos de una hora. Él quería tener un encuentro de carácter privado, inseguro de cómo proceder delante del flamante esposo de Velvet. Pero Jason no estaba en casa.

Velvet lo había llevado al salón, en compañía de aquella pequeña figura, envuelta en una capa, a la que había ayudado a descender del carruaje. En la mitad de la conversación que sostenían y que pintaba a Avery Sinclair aún más maléfico de lo que ella jamás había imaginado, regresó Jason de su encuentro con Litchfield y el comisario, el señor Barnstable.

Al ver aparecer a Jason, lord Balfour se puso tenso y protector con Mary, pero Velvet les había asegurado que su esposo sería solidario y que podían confiar totalmente en él.

Ella no temía que los visitantes reconocieran a Jason. El le había contado que sólo había visto a Christian Sutherland una vez en su vida, y de pasada, hacía más de diez años, y que no conocía a Mary Stanton. Mary dirigió una mirada a Jason, que escuchaba la historia de su forzado matrimonio con la mandíbula rígida y un músculo latiendo en la mejilla.

De no haber sido por la espantosa situación de la pobre Mary, Velvet se habría reído de su disfraz de corte académico, consistente en unas pequeñas gafas con montura de alambre apoyadas en la nariz, recta y bien formada, y el pelo oscuro oculto bajo una sencilla peluca gris que lo avejentaba bastante. La ropa que llevaba lo acercaba más a la imagen de un profesor que a la del noble acaudalado proveniente de Northumberland que pretendía ser: una chaqueta sencilla de pana parda con pechera blanca, pantalones color beige, y las musculosas pantorrillas enfundadas en medias blancas.

-Sucedieron más cosas que no les he contado -dijo Mary de pronto, y Velvet desvió la mirada de golpe hacia la mujer rubia y delgada-. Lord Balfour no quiere que lo diga porque aún no tengo pruebas, pero si quieren ayudarme, deben estar al tanto del riesgo que corren.

-Continúe -apuntó Jason-. Todo lo que diga no saldrá de esta habitación.

Balfour pareció relajarse, pero el aspecto de Mary era de una tensión aún más acentuada.

-Les he dicho que mi padre murió. Pero no les dije que estoy convencida de que mi esposo, de alguna forma, es responsable de su muerte.

El rostro de Jason se ensombreció y Velvet sintió un nudo en el estómago.

Mary comenzó a relatar los pormenores de la herencia que Avery iba a tener bajo su control y señaló que ella creía que su padre había empezado a sospechar de los malos tratos con que Avery castigaba a su hija.

-Nunca conté a mi padre la verdad acerca de Avery. No quería que se sintiera culpable; yo sabía que eso iba a pasar -ella se echó a llorar calladamente, y Balfour le apoyó una mano reconfortante en el hombro-. Tenía que haberlo hecho, tenía que haberme sincerado con él respecto de Avery. El habría encontrado la manera de protegerme. Habría utilizado sus influencias para arruinar al duque, si ése era el precio. Pero ahora está muerto.

Balfour le alcanzó el pañuelo y dirigió una mirada abierta a Jason y a Velvet.

-Mi madre y mi hermano están viviendo en la casa de campo en Kent. Mary no puede quedarse aquí en la ciudad. No sé qué podemos hacer.

-Windmere -dijo Velvet con un tono firme-. No es un lugar lujoso, desde luego nada parecido a lo que está acostumbrada la esposa de un duque.

Balfour sintió una fuerte tensión en los hombros, como si aquellas palabras fueran un recordatorio doloroso de que Mary no le pertenecía.

-Velvet tiene razón -señaló Jason-. Windmere será un buen lugar. Sólo hay unos pocos sirvientes, pero eso es incluso conveniente.

-Y son muy discretos -añadió Velvet.

Si a Balfour le extrañó que la heredera de los Haversham viviera de forma tan sencilla en lo que parecía ser una fastuosa finca de la campiña, no hizo ningún comentario al respecto.

-Mary estará a salvo en Windmere -remató Velvet-. Al duque no se le va a ocurrir jamás ir a buscarla allí.

Balfour se puso de pie, y Mary también.

-Entonces, será Windmere. Nunca sabrán qué valiosa es su ayuda, tanto para Mary como para mí. Si en algún momento se vieran en la necesidad de pedirme algún favor, cualquier cosa que yo pueda hacer por ustedes, no duden un segundo.

Jason asintió.

-Tal vez llegue ese momento, y en un futuro no muy lejano. De ser así, me complace saber que Velvet y yo podemos contaros entre nuestros amigos.

Tal vez llegue ese momento. Balfour no preguntó el significado de aquella críptica frase, sólo asintió y estrechó la mano de Jason, para después abrigar a Mary con su capa.

-Yo me encargaré de que Mary llegue sana y salva a Windmere -el conde miró a Mary, invisible bajo la capucha-. Es un momento muy difícil para Mary. Tal vez me quede con ella hasta que se tranquilice un poco, si no hay inconveniente.

-Por supuesto -dijo Jason.

Cuando ambos se hubieron marchado, Velvet se refugió en los brazos de Jason. El no la rechazó.

-Ha matado a otra persona -dijo ella con la mejilla apoyada en su pecho.

-No tenemos la certeza.

-Tú lo sabes, lo veo en tu rostro. Y una vez más, no hay manera de demostrarlo.

Un músculo se tensó en su mandíbula.

-Tarde o temprano, su avidez lo llevará a no prestar la debida atención a los detalles. Cuando eso suceda, nosotros estaremos preparados.

Velvet se arrimó más. Sentía los fuertes latidos del corazón de Jason bajo su mano. Sus propios latidos también eran fuertes e intranquilos.

Y de pronto, tuvo miedo.

17

Llegó el jueves, pero en lugar de estar tomando el té con Celia Rollins, Velvet se encontraba junto a Jason en el carruaje negro que Litchfield les había prestado, chapoteando en el barro de la carretera que los llevaba a El Báculo del Peregrino.

Ella había rogado a Jason que la dejara ir con él.

-No seré un estorbo -argumentó-. Puedo ayudarte. Si me visto de camarera, podré moverme con libertad entre los sirvientes. A ellos les encantan los chismes. Yo puedo lograr que me digan cosas que ni jamás llegarías a olfatear.

El frunció el entrecejo.

-Tu aspecto es lo más opuesto al de una sirvienta. No podrás engañar a nadie.

Ella alzó el mentón. Le dedicó una sonrisa radiante y seductora. Se llevó las manos a la cintura y sacudió la cabeza.

-¿Sabe?, discrepo con usted, jefe. Le digo que si me empeño haré un buen trabajo, mejor de lo que se piensa, créame -dijo, con el mejor acento de los barrios bajos.

Jason se quedó boquiabierto.

-¿Cómo has aprendido a hablar así, por amor de Dios?

Velvet sonrió.

-¿Has oído alguna vez a Tabby? John Wilton no habla mucho mejor. Con los pocos sirvientes que quedaron en Windmere, nos hemos acercado mucho todos. Jason negó con la cabeza.

-No me gusta, Velvet.

-No tiene que gustarte. Puedes aparentar que no me conoces. Llegaré a caballo. Diré que tengo trabajo en Castle Running, o mejor aún, en Carlyle Hall. Así podré sacar el tema del duque. Diré que tengo un primo que trabaja allí y que me consiguió el trabajo. Después, improvisaré sobre la marcha.

-No sé... Jason se frotó la barba incipiente que oscurecía su mandíbula-. Avery es mucho más peligroso de lo que pensamos. Si de alguna manera se entera de que has estado husmeando de nuevo en el pasado y si ha empezado a encajar las piezas...

-Eso no va a ocurrir. Ese hombre tampoco es omnipotente. No tiene forma de saber que estuvimos en la posada.

Jason guardó silencio unos cuantos segundos. -Sigue sin gustarme.

Velvet sonrió.

-Pero lo harás, ¿a que sí, jefe?

El rostro de Jason se tiñó de una expresión divertida. Dejó escapar un suspiro de frustración.

-Tengo que saber si hay alguien en esa posada que haya presenciado el asesinato. Como sirvienta, puede que tengas posibilidades de saber la verdad. Además, yo estaré allí para asegurarme de que no te metes en líos -clavó los ojos en ella-. ¿No es así, mi amor?

Velvet dejó caer los párpados.

-Por supuesto, milord.

Ella no iba a discutir. Quería que Jason estuviera allí. Quería estar con él todo el tiempo que fuera posible. Estaba convencida de lograr que la quisiera lo suficiente como para quedarse en Inglaterra o, si se marchaba, llevarla a ella consigo. Estar casada con él, había decidido, era lo mejor para los intereses de su esposo, y para los de ella.

Y así fue como salieron a la mañana siguiente, Jason conduciendo el elegante carruaje de Litchfield, de un solo caballo, aunque llevaban también otro caballo ensillado, gris y huesudo, atado detrás para la llegada de Velvet a la posada que, con suerte, pasaría inadvertida. Jason haría el papel de la vez anterior, Jason Hawkins, un aristócrata terrateniente

que estaba de paso.

A poco más de un kilómetro de la posada, Jason detuvo el coche a un lado del camino y dio una mano a Velvet para que se apeara. Después la ayudó a montar el caballo gris, tirando de su sencilla falda parda para taparle las piernas todo lo posible, pero frunció el entrecejo al ver que, por mucho que tirara de ella, aún se veían sus esbeltos tobillos.

-Te seguiré a cierta distancia -dijo con la expresión aún sombría-. Asegúrate de llegar a salvo. En una hora, me reuniré contigo.

-Muy bien.

Ella llevaba una sencilla falda de color pardo y una blusa de muselina de tono crudo. En la cabeza se había puesto una cofia que ocultaba casi por completo su melena de tono caoba oscuro.

Jason tomó las riendas del caballo cuando ella se disponía a partir.

-Maldita sea, no me gusta implicarte en este asunto. ¿Estás segura de que no quieres echarte atrás? Velvet le dedicó una sonrisa desenvuelta.

-¿Qué te piensas, jefe? No me aguanto las ganas de llegar.

Jason se estremeció.

-No te metas en el bar. Puede que una mujer que viaja sola sea una tentación demasiado grande para la clase de hombres que frecuentan el lugar.

Está bien, jefe.

A su pesar, Jason no pudo menos que sonreír.

-Estás tan encantadora con ese atuendo, que me temo que yo mismo sería uno de ellos.

Dos manchas carmesí aparecieron en las mejillas de Velvet. Después, su cálida sonrisa fue desvaneciéndose poco a poco.

-Buena suerte, Jason -le lanzó un beso tierno y azuzó al caballo para ponerse en marcha.

Jason la vio alejarse con una mezcla de incomodidad y admiración. Ella tenía más garra que muchos hombres que él conocía. Era leal y con gran determinación. Si fuera el hombre que había sido hace ocho años, estaría orgulloso de decir que ella era su esposa. Claro que, si fuera ese hombre tan ingenuo, se habría casado con Celia Rollins. No habría sido tan inteligente como para ver las cualidades que admiraba en Velvet. Habría estado demasiado pendiente escuchando a su pequeña en lugar de estar pensando con su cabeza, la grande.

Se maldijo a sí mismo y fue tras Velvet en su carruaje, donde aguardó en un espeso bosquecillo a que pasara la hora que habían convenido.

Cuando por fin llegó, vio el viejo jamelgo gris en el establo. Dio una moneda al mozo de cuadra para que le cuidara el caballo y el coche y cruzó el patio en dirección a la entrada. Las gruesas paredes de piedra estaban cubiertas de hiedra que colgaba sobre la pequeña puerta de madera. Asomó la cabeza y entró.

No la vio hasta que pasó por la puerta de la cocina. Distinguió su pequeña figura entre una nube de vapor que salía de la cocina, asombrado de verla trabajar. Al parecer, había negociado un día de trabajo a cambio de alojamiento.

No debía haberlo sorprendido, pero no pudo evitarlo.

Jason sintió el tirón de una sonrisa. Al menos ya sabía dónde estaba y qué estaba haciendo. Con suerte, ella podía mantenerse fuera de peligro.

Se encaminó hacia el bar, una habitación de techos bajos atravesados por vigas de gruesa madera. Aunque el lugar era antiguo y un poco avejentado, desde la última vez que estuviera allí vio que el suelo de losa estaba bien barrido, y las paredes recién encaladas. Recordó que el dueño siempre se había esforzado por mantener limpio el lugar. Al parecer, seguía en esa línea.

Se acomodó en una mesa de madera que había en una esquina, para poder ver quién entraba y quién salía, se echó hacia atrás y llamó a una criada para pedirle una jarra de cerveza. Pasó el resto del día y la mayor parte de la noche sentado a la mesa o deambulando por la posada. Hablaba con el tabernero y con la criada del bar, con los clientes más antiguos, pero decidió ir con calma, esperar un poco, dejar que Velvet probara suerte con los sirvientes

Librodot

antes de presionar más.

Se apoyó en la pared que había detrás de la tosca mesa de madera, sacó el reloj de oro que tenía en el bolsillo, abrió la tapa y miró la hora. Faltaban quince minutos para las once. Era la hora de su encuentro con Velvet en el establo.

Enterado de que el mozo de cuadra ya se había ido a dormir en un rincón que tenía encima de la cochera, se aseguró de que estuvieran solos. A continuación, salió de la posada por una pequeña puerta que había detrás del bar y cruzó hasta el establo. Lo único que iluminaba la noche era la luz plateada de la luna, que de vez en cuando tapaban unas nubes de formas curiosas.

Entre las sombras, sus zancadas se hicieron más largas. Sentía gran curiosidad por saber qué habría podido descubrir Velvet. Quería saber si se encontraba bien y si tenía un lugar decente para dormir. Si no había descubierto nada, mañana lo intentaría otra vez, presionando un poco más hasta obtener respuestas a sus preguntas.

Una vez adentro, se detuvo y alcanzó a ver la tenue luz de una linterna. La vela que había detrás del grueso cristal tenía un brillo tan mortecino que apenas se veía la llama. Entonces vio el reflejo de la cabeza de Velvet, con la cofia puesta. A pesar de la escasa iluminación del establo donde lo aguardaba, alcanzó a ver los mechones húmedos de su larga y oscura melena, sueltos y con reflejos caoba a la altura de las sienes, y sus mejillas sonrojadas por el arduo trabajo.

-Jason... -dijo ella en la oscuridad-. Estoy aquí, en el rincón.

Allí la vio. Vio también que tenía la blusa húmeda por el calor de la cocina y que se le pegaba al cuerpo de forma provocativa. Sin el miriñaque que por lo general llevaba bajo la falda, las caderas se le redondeaban, muy femeninas, seductoras en extremo.

Se acercó a la caballeriza donde ella se encontraba, delante de una vieja silla de cuero pero se detuvo a prudente distancia, sin confiar en sí mismo ni en lo que podía pasar si se acercaba más.

-¿Hubo suerte?

Ella se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

-No tanta como esperaba. Al menos por ahora. No le sorprendía, pero no obstante lo invadió cierta desilusión.

-Sabíamos que no iba a ser fácil. Mañana volveremos a intentarlo.

Él recorrió con la mirada sus ropas ceñidas, arrugadas. El trabajo duro le sentaba bien. Jamás lo había imaginado. En realidad, estaba igual de hermosa con su sencillo atuendo de trabajo que con un vestido de seda.

-Lo que quiero decir -rectificó ella-, es que no he descubierto todo lo que quería, pero aquí hay alguien que sabe algo, Jason. Alguien de la posada vio algo aquella noche, estoy segura. Ninguno de los sirvientes tiene la menor duda de que el asesino del duque no fue su hijo mayor.

El corazón de Jason comenzó a acelerarse. Trató de apaciguar un brote de súbita excitación.

-¿Crees que podrás descubrir quién es esa persona?

-Lo descubriré, tarde o temprano. Dije a la cocinera que aún tenía unos días antes de empezar mi nuevo trabajo y dijo que un poco de ayuda adicional no le vendría mal. Tal vez, en unos días...

Jason frunció el entrecejo.

-En unos días estarás de vuelta en Londres. Sólo puedo quedarme aquí un día más; si no, despertaría sospechas, y no me iré sin ti.

Velvet apretó los dientes.

-No seas ridículo. Esta es la oportunidad que hemos estado esperando. No pienso irme hasta encontrar a la persona que puede ayudarte a limpiar tu nombre.

-He dicho que vendrás conmigo.

Velvet se llevó las pequeñas manos a la cintura. -Me quedo hasta que descubra a la

persona que vio cómo asesinaban a tu padre.

-Tú te vienes conmigo.

-Yo me quedaré.

Jason apretó los dientes. Esa mujer era un martirio. También era la muchacha más pizpireta y hermosa que hubiera visto nunca.

-Si fueras mi mujer de verdad, te pegaría.

Ella arqueó una ceja y esbozó una lenta sonrisa. -No lo creo.

Una de las comisuras de los labios de Jason se curvó hacia arriba.

-¿Ah, no? Si mal no recuerdo, ya hiciste esa errónea presunción una vez.

Ella se sonrojó con gracia pero se quedó donde estaba, sin intimidarse nada por sus palabras. Entonces, el tono burlón de la voz de Jason desapareció.

-No me conoces, Velvet. Si me conocieras, no estarías tan segura.

Ella lo miró durante largos momentos, recorriendo su rostro con la mirada.

-Té equivocas, Jason. Tú eres el que no sabe quién eres. Yo, en cambio, sé que eres bueno y noble. Eres un hombre de principios. Eres tierno y decente.

-¿Eso crees, Velvet? ¿Que soy un hombre de principios, tierno y decente?

-Sí.

Velvet lo vio acercarse con una mirada feroz en los ojos, que ardían con una luz hambrienta que los oscurecía hasta adquirir casi el color del alquitrán.

-Si crees eso, ya va siendo hora de que te des cuenta de que estás muy equivocada. Deja que te diga lo que estoy pensando en este momento.

Ella se humedeció los labios, nerviosa, al ver cómo su altura la sobrepasaba, pero a la vez sentía una extraña intriga.

-Estoy pensando que nunca en mi vida te he visto tan seductora como en este preciso momento. Estoy pensando que me gustaría quitarte la cofia y meter los dedos entre tus cabellos. Te besaría con afán, saquearía esa dulce boca *y* robaría tus labios maduros *y* seductores

-con los dientes apretados, el deseo le alumbraba los ojos, como una llama ardiendo fuera de control-; después te tomaría, aquí mismo, en el establo. Te apoyaría sobre esa silla de montar, te levantaría la falda y me sumergiría en tu interior. Eso es exactamente lo que estoy pensando. ¿Acaso soy el hombre delicado que imaginabas? Supongo que no estás tan ciega como para no ver que no me queda ni una pizca de delicadeza.

Los latidos del corazón de Velvet apenas le permitían hablar. El calor que sentía era tan intenso que tenía la boca seca y ardiendo.

-¿Por qué no lo hacemos así... como hacen los caballos?

-Cielo Santo, ¿no me estás escuchando? ¡Eres una dama, por todos los diablos! ¡Supongo que no querrás que te tome aquí mismo!

-¿Tú lo has hecho alguna vez, no?

-Por supuesto, pero...

-No hay nadie. Si fuera tu amante en lugar de tu esposa, ¿me harías el amor así?

Los ojos brillantes y azules de Jason se posaron en su rostro.

-Sí, ahora mismo... aquí... te tomaría con el mismo deseo que siempre he sentido desde el primer momento en que te vi.

Velvet le tomó las manos y deslizó las anchas palmas por sus pechos. Los pezones se le endurecieron con el tacto y oyó un gruñido que salía de su garganta.

-Desde el principio has dejado bien sentado que no soy tu esposa. Una vez dijiste que era tu amante. Por favor, Jason... quiero volver a ser tu amante.

El negó con la cabeza, pero no quitó las manos, sino que la apretó con los dedos para comprobar la firmeza, la voluptuosidad de sus senos.

-Soy nada más que un hombre -dijo con brusquedad y la mirada intensa-. Sabe Dios que he intentado ser mejor, pero parece que he vuelto a fallar.

La rodeó con sus brazos y la arrimó a él, la boca firme en su dirección. Le quitó la cofia de la cabeza y enterró los dedos en sus cabellos, sacó las pocas horquillas que le quedaban y dejó que cayera suelto sobre sus hombros. Ella sintió un calor repentino. El olor a hombre, a caballos, a paja húmeda y a cuero era una combinación que embriagaba sus sentidos.

Ella se aferró a él y le devolvió los besos, aceptando la invasión de su lengua, la cálida corriente que provocaba, la sensación de su torso duro como una roca contra sus pechos. El cambió la forma de abrazarla. Desató el lazo de la sencilla blusa que llevaba y deslizó la tela hacia abajo hasta dejar sus senos al descubierto, para después tomar uno de ellos en su mano. Le acarició la punta con los dedos, después se inclinó e introdujo el pezón en la boca, mordisqueándolo con suavidad.

Velvet se movía contra su cuerpo, arqueaba la espalda, clavaba las uñas en los músculos sobresalientes de sus hombros. ¡Cielo Santo! El pecho se le hinchaba dentro de la boca, los pezones le escocían y se dilataban. Ella echó la cabeza hacia atrás, y él le besó la base de la garganta, después siguió besando sus hombros desnudos.

-¡Dios, cuánto te deseo! -la puso de espaldas, le levantó la sencilla falda parda, las finas enaguas de batista y ella quedó desnuda de piernas y caderas. La inclinó sobre la silla del caballo y ella percibió la suavidad del cuero en el estómago. Sus rodillas rozaban el bajo estante donde estaba apoyada. Oyó que los botones de los pantalones de Jason iban desabrochándose uno a uno hasta que se liberó del todo, y su dura erección le presionó las caderas con firmeza.-Separa las piernas, Velvet.

Ella hizo lo que le decía, temblando de excitación, ardor y necesidad imperiosa. Gimió al percibir una cálida sensación que la inundaba cuando sus dedos encontraron el acceso a su interior y comenzaron a acariciarla.

-Estás empapada -las manos de Jason allanaban el camino con suaves caricias-, tersa y cálida.

Metió un dedo hasta adentro, explorando con cuidado, preparándola. Después otro, acariciándola aún más adentro, entre los pliegues carnosos y resbaladizos.

-Jason... -el estómago se le contrajo y los músculos se pusieron rígidos cuando un orgasmo arrollador la desgarró por dentro. Una espiral de placer invadió todo su ser, recorriéndole las extremidades; pensó que tal vez las piernas le flaquearan. Por un momento, se olvidó de dónde estaba; tan sólo era consciente de que un dulce fuego abrasador la atravesaba en forma de intensas oleadas que nublaban su mente. Entonces, un peso rígido y vibrante se deslizó en su interior y las oleadas de dulces sensaciones comenzaron de nuevo.

-¿Jason...?

-Espera, mi amor -apoderándose de ella por completo, con la ingle apretada contra el trasero de Velvet, su grueso miembro la colmó, deslizándose luego hacia fuera para volver a colmarla de inmediato. Un calor abrasador la invadió y se le puso la carne de gallina. Jason colocó sus manos ahuecadas sobre sus senos, excitando sus pezones con los dedos, y después las bajó hasta sus caderas para montarla en serio.

¡Dios Santo! El ritmo, profundo y penetrante hizo que ella arqueara las caderas hacia arriba facilitando aún más la penetración. Los ojos de Velvet se cerraron para abandonarse al placer de ser recorrida por una oleada de placer tras otra. Así transcurrieron unos segundos de inmensa dulzura, invalorables. Gimió, contrajo su cuerpo alrededor de él. Jason rugió y sus músculos se pusieron rígidos al llegar la eyaculación.

En el último momento, se retiró y derramó su preciada semilla en el suelo de paja que pisaban. Respirando con intensidad, la abrazó por detrás, el cuerpo inmóvil y pegado al de ella.

Le paseó los labios por la nuca, por el borde de la oreja. Le acarició los cabellos. Después la hizo darse vuelta y la volvió a abrazar, balanceándola suavemente contra su pecho. Así permanecieron durante largos y silenciosos minutos.

Casi sin advertirlo, la mano de Jason se posó en su seno. Ya no había tensión, sólo una tierna caricia. -Tenemos que entrar ya, mi amor.

Velvet se acurrucó más en él.

-Ha sido increíble, Jason. Casi no puedo creer lo que me has hecho sentir. Si no puedes ser mi esposo, estoy más que conforme con quedarnos así.

Ella sintió que los músculos de Jason se tensaban y se arrepintió de no haberse guardado el pensamiento. El se apartó, le cubrió los senos con la blusa y comenzó a abrocharse los botones de la bragueta.

-Ha sido un egoísmo por mi parte -gruñó-, pero no puedo decir que lo lamente.

-Yo no lo lamento. En realidad, ya estoy esperando el momento en que vuelva a suceder.

Jason se volvió para mirarla, con una expresión que volvía a ser sombría.

-¡No, maldita sea! Si seguimos así, tarde o temprano habrá un bebé. ¿Qué demonios harías si te dejara embarazada?

Velvet parpadeó cuando sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

-Me gustaría, Jason. Me encantaría tener un hijo tuyo -la mano le temblaba cuando se la apoyó en el pecho-. Yo podría amarte, Jason... si me dejaras.

El rostro de Jason palideció como una hoja de papel. La aferró por los hombros.

-¿No lo entiendes? ¡No quiero que me ames! No quiero que tengas un hijo mío. Lo que siento por ti es deseo, nada más. Eres una mujer muy hermosa y atractiva, y yo te deseo. Eso es todo lo que hay entre nosotros. ¡Eso es lo único que siempre habrá!

Un sentimiento doloroso se apoderó de ella. Ella sabía que eso era lo que él sentía, pero, aun así, le dolía oírlo, Dios Santo, le dolía mucho. El se dio vuelta y se alejó hacia la puerta, donde se detuvo. No se volvió.

-¿Adónde vas a dormir?

Ella se tragó el dolor que le aprisionaba la garganta.

-Tengo... tengo una habitación en el ático.

-¿Estarás bien ahí?

-Está ordenado y limpio. Estaré bien.

El seguía sin darse vuelta.

-¿Hay cerrojo en la puerta?

-Sí.

-Échalo.

Desde el refugio de las sombras cercanas al establo, Jason aguardó hasta verla salir y desaparecer por la puerta trasera de la posada. Después regresó al bar, con una gran desazón en el pecho. Maldita sea, ¿qué tenía esa chica que era imposible resistirse a sus encantos? Por todos los diablos, era joven e ingenua. ¿Por qué seguía aprovechándose de ella?

Sin embargo, a pesar de sus palabras, la mente le decía que Velvet era una mujer, no una muchacha. Era fuerte y con gran determinación. Sabía exactamente lo que quería. Con todo, él no quería herirla.

Se sentó con cansancio en una mesa que había a la derecha de la chimenea. Un grupo de soldados de infantería del cuarto regimiento que acababan de regresar de la India, había llegado en las primeras horas de la noche. Eran muy bebedores; la mitad de ellos ya estaban más borrachos que una cuba, y la otra mitad iba por el mismo camino. Había cuatro que bromeaban con la criada. Uno de ellos era un sargento con varios galones en las mangas del uniforme rojo y blanco. Se inclinó v pellizcó el trasero de la escuálida muchacha. Ella dio un respingo y derramó una jarra de cerveza, después se dio la vuelta y le dio un golpe en la mano.

-Cuide sus modales, sargento.

-Puedo pagarte -susurró él, con palabras que eran más bien un dificultoso sonido sibilante-. Un buen revolcón y te pago lo que quieras, encanto... más de lo que haces aquí en una semana. Hace meses que ni mis muchachos ni yo estamos con ninguna mujer.

Jason se movió incómodo en el asiento pensando en Velvet, sin agradarle el rumbo que tomaba la conversación. No había tantas mujeres en la taberna, y varios soldados ya habían hecho algún comentario sobre la «pequeña belleza morena» que habían visto en la cocina al entrar.

La chica vio las monedas que había en la enorme palma de la mano del sargento. Miró de reojo por encima del hombro hacia el tabernero y después asintió.

-De acuerdo. Termino en una hora. Nos encontraremos en el establo. Nunca hay nadie a estas horas de la noche.

Un rubor de culpabilidad tiñó el cuello de Jason. El, que no era mucho mejor que el sargento, había tomado a una joven inocente como Velvet en el establo, tratándola como a una vulgar meretriz, tal como él mismo la llamara un día. Por todos los diablos, habían hecho el amor tres veces y jamás habían compartido un lecho como Dios manda. Y peor aún, siempre que terminaba y se iba, ya volvía a estar excitado y con ganas de tomarla otra vez. Dios Santo, ¿qué tenía esa muchacha?

En la mesa de al lado, el sargento refunfuñaba algo así como que una hora de espera por una ramera era demasiado tiempo, y la chica se fue despreocupadamente a buscar otra ronda de bebida. Jason también pidió una. Una copa de ron que bebió demasiado deprisa, después otra que al fin tuvo el efecto deseado y comenzó a cabecear.

Debió de quedarse dormido porque cuando despertó, a los pocos minutos, vio que el sargento ya no estaba y que dos soldados discutían los pormenores de una apuesta. Uno decía que el sargento iba a aliviar su deseo mucho antes de una hora, y el otro que la muchacha lo iba a rechazar, por mucho dinero que le ofreciera.

Un tercero decía que eso no importaba. Que la chica iba a terminar debajo de él, quisiera o no.

-Una maldita pena, ahora que lo dices -dijo el larguirucho cabo-. El sargento es muy insistente, cuando se trata de mujeres. Una joven tan hermosa no tendría que pasar por eso.

El corazón de Jason le golpeó las costillas. Todo el efecto que pudiera haberle causado el ron desapareció de inmediato. Se levantó con tanta rapidez que tiró la silla y echó a correr. Sus botas retumbaban por la escalera de servicio en la parte trasera del bar.

Velvet se despertó poco a poco, tratando de adaptarse a la oscuridad del ático. Un ruido la había despertado, un sonido de metal o tal vez el cerrojo de la puerta al levantarse. Sabía que eso no podía ser. Había cerrado bien la puerta. Debía ser otra puerta en el pasillo.

Trató de acomodarse hasta lograr una postura cómoda en su estrecho jergón de paja, cuando una extraña sensación se instaló en su nuca. Había alguien en la habitación, estaba segura. Alguien la observaba. Un temor frío le corrió por la espina dorsal y el sudor empapó sus manos. Se sentó de un salto en la cama y abrió la boca bien grande para lanzar un chillido.

Una mano muy rolliza le tapó la boca y ahogó el grito, casi sofocándola. Un pesado cuerpo de hombre, apestando a sudor y ron, la obligó a volver a echarse en la cama.

-Hola, encanto -el hombre enroscó un mechón de cabello en el calloso pulgar de su mano, y ella tembló de miedo-. Qué muchacha tan hermosa hay aquí. Tú y yo vamos a ser buenos amigos.

Ya tenía los pantalones a medio desabrochar, advirtió ella. Un grueso rollo de grasa le colgaba encima del cinturón. Su miedo se incrementó y llegó a sentir náuseas. El era dos veces más grande que ella. Aunque lograra sacarse la mano de encima y gritar, las paredes eran gruesas y no había nadie arriba que la oyera.

Se retorció debajo de él. ¡Dios Santo, pesaba muchísimo! Su repugnante aliento le llenaba la nariz y las lágrimas acumuladas en los ojos le empezaron a escocer. El la soltó lo justo para aferrarle la parte de delante del camisón y Velvet se apartó de un brinco, desesperada por liberarse. Un grito agudo salió de su garganta, pero él volvió a ahogar el ruido con un manotazo. Un segundo manotazo le partió el labio. Sus dedos rechonchos y

largos le rasgaron la parte delantera del camisón y le retorcieron un pecho con crueldad.

-Será mejor que aprendas a obedecerme, encanto. Vas a tener que aprender rápido, ya que al sargento Dillon no le gustan las mujeres respondonas.

Ella se humedeció los labios, sintió el gusto de su propia sangre y se armó de valor para soportar un nuevo ataque de violencia. Se resistía como podía, pataleaba pero no podía sacárselo de encima. Sus gritos morían bajo aquellos labios carnosos y castigadores. Le subió la bilis a la garganta; creyó que iba a vomitar.

Ella aferró en la mano un mechón de cabello y mordió con fuerza la lengua que pugnaba por meterse en su boca; él dio un respingo hacia atrás, soltando un violento taco. Sacó el puño y 10 estrelló en la mandíbula de Velvet, arrojándola de nuevo sobre la cama, casi inconsciente.

-¡Zorra estúpida! Te aseguro que vas a pagar por esto.

-Tú eres quien va a pagar -dijo una voz suave y mortífera desde la puerta-. Te voy a matar, sargento. Te voy a matar con mis propias manos.

Velvet sollozó. La habitación le daba vueltas vertiginosas, pero no le cupo duda acerca de la identidad de la imponente figura amenazante que había en el otro extremo de la habitación, oculta entre la sombra. Jason había venido. Parpadeó para limpiarse los ojos de lágrimas y aclarar la visión. Gracias a Dios, había llegado Jason.

El sargento se enderezó y, apartándose de ella, dirigió los ojos hacia la nueva presa, mientras Velvet se tapaba los senos doloridos con el camisón rasgado.

-La chica es mía, bravucón. Si tengo que acabar contigo antes de tenerla, lo haré.

-Apártate de ella -le avisó Jason con una calma glacial.

Por primera vez, los ojos de Velvet se posaron en su rostro. Estuvo a punto de gritar ante la helada amenaza que vio en él, donde se destacaban los ojos, tan penetrantes que parecían negros, y la boca, que no era más que una línea rígida e implacable. Todos, los músculos de su fuerte cuerpo vibraban de rabia contenida. Tenía las manos cerradas con tanta fuerza que parecía que los nudillos se le iban a salir por la piel.

Ella se quitó la sangre que brotaba del labio, pero no sintió dolor. Miraba fijamente a los rivales y alcanzó a ver el destello del acero cuando el sargento se agachó y sacó un fino cuchillo.

-Jason! ¡Cuidado!

Jason se apartó justo a tiempo y logró esquivar el arma por un pelo. Un costado de su boca se curvó hacia arriba formando una sonrisa rapaz que resplandecía con un propósito brutal. Velvet se humedeció los labios. Le temblaba todo el cuerpo. Jamás lo había visto así, ni podía haberse imaginado la bárbara determinación que transformaba sus hermosas facciones en una fría máscara de rabia.

Jason lo fue cercando, aunque con las pequeñas dimensiones de la habitación no había mucho lugar para maniobrar. El corpulento sargento sonrió con malicia.

-Está buena, ¿eh? Te apuesto a que me echo varios polvos con ella.

Las pupilas de Jason se redujeron a dos puntos. Apretó la mandíbula, pero las palabras del sargento no lograron hacerle perder los nervios de acero. En todo caso, los templaron aún más.

-Voy a matarte -repitió-. Voy a rajarte con tu propio cuchillo y a disfrutar con cada gota de sangre que salga de tu despreciable cadáver.

De la garganta de Velvet salió un sonido lastimero. No conocía a este hombre. Tenía casi tanto miedo de él como lo había tenido del sargento. Se fue a una esquina y allí se quedó, justo cuando el fornido sargento bajaba la cabeza y embestía a Jason como un toro.

Velvet se mordió el labio con fuerza para ahogar el grito que tenía en la garganta. Le dolía la sien, le estallaba la cabeza y la mandíbula le latía, pero no parecía ser consciente de ninguno de estos padecimientos. Estaba demasiado enfrascada en el horror de ver a dos hombres, fieros adversarios, cada uno dispuesto a terminar con la vida del otro.

Ambos cayeron sobre la mesa desvencijada que había cerca del rincón. Jason agarró la

mano con que sostenía el cuchillo y se la retorció hasta que el sargento tuvo que soltarlo, pero en cuanto éste se vio con las manos libres, aferró el cuello de Jason y comenzó a estrangularlo.

-Jason! -exclamó Velvet, con un terror que casi la cegaba.

Al ver que su rostro tomaba un tono cada vez más rojo, ella empezó a buscar desesperada algo que pudiera servirle de arma.

Entonces, Jason lanzó un puñetazo que se estrelló en la cara del sargento y le dejó la nariz ensangrentada y el labio partido. Jason quedó libre, y los dos hombres se tambalearon El sargento le dio un puñetazo en las costillas, pero Jason apenas gruñó. Lanzó otro golpe que le dio al soldado en pleno mentón, lo que hizo que se desplomara hacia atrás. Después lo agarró de las solapas de su chaqueta escarlata, lo incorporó a la fuerza y comenzó a golpearle el rostro, un tremendo puñetazo tras otro.

Gritos de dolor se escurrían entre los labios ensangrentados del sargento. De la nariz le salía la sangre a chorros. Desesperado por salvar la vida, el sargento arañó el suelo hasta que sus dedos encontraron el cuchillo. Descendió la mano fieramente, pero Jason le sujetó la muñeca y se lo arrancó, como si fuera una mera distracción.

Esbozó una fría sonrisa y, empuñando el cuchillo, lo apoyó en el rollizo cuello del sargento.

-Voy a rebanarte el cuello. Dejaré que te desangres como un cerdo hasta morir.

-Jason! -gritó Velvet. Saltó junto a Jason y le aferró la mano que sujetaba el cuchillo y estaba a punto de herir al sargento-. ¡Por el amor de Dios, no lo mates!

El no pareció oírla. La fina hoja de acero recorrió limpiamente la piel manchada del soldado, dejando una huella de sangre.

-¡Ten piedad; es sólo una sirvienta! -logró decir el sargento entre estertores.

Los ojos de Jason se encendieron.

-Es mi esposa -hizo un corte más profundo y comenzó a correr la sangre.

-Jason! -gritaba Velvet.

Ella apenas alcanzaba a ver algo porque tenía los ojos llenos de lágrimas; sólo una nebulosa con la forma alta e imponente de Jason que parecía estar ribeteada de rojo.

-Por favor... te lo pido... no lo mates.

Le tembló la mano, pero siguió ejerciendo presión. La cuchilla de acero vacilaba pero no se movía.

-Jason... -susurró ella, mientras seguía aferrándole el brazo-. Por favor...

Jason soltó el aliento. Dejó caer su oscura cabeza hacia delante sobre el pecho. Tiró el cuchillo contra la pared, agarró con las dos manos la chaqueta del sargento, lo incorporó un poco y lo pateó con tanta fuerza que la cabeza rebotó audiblemente en el suelo.

-Está... está inconsciente -susurró Velvet con los labios secos, mirando horrorizada el cuerpo ensangrentado caído en el suelo.

Jason se incorporó tambaleándose.

-Lo estará por un tiempo.

Avanzó hacia ella con dificultad, con el labio ensangrentado y la chaqueta rota. Sin darse cuenta, Velvet se estremeció cuando él alcanzó a tocarla y sus ojos se clavaron en ella. Había una nube de consternación en esos ojos, una sombra de preocupación y miedo por ella.

Ella se quedó contemplando su cara golpeada. Poco a poco, se fue desvaneciendo la intensidad de la mirada y se transformó en algo que ella no podía interpretar. Jason tensó los músculos de su rostro. Era como si se ocultara, como si se hubiese metido en algún refugio interno.

-¿Estás bien? -le preguntó.

No, Velvet no estaba bien. Le dolía todo el cuerpo y sentía latidos incesantes. Temblaba por la conmoción de la escena y el miedo, y quería llorar más que respirar.

-No... no quiero quedarme aquí. No... no puedo. Por favor, quiero ir contigo.

Ella se sorprendió al ver que él negaba con la cabeza.

-Seguro que no es eso lo que quieres, después de lo que ha pasado -sus ojos seguían sombríos, intimidatorios. Los tristes ojos de un extraño-. Después de lo que has visto.

Ella no entendía nada, no podía volver a poner su mente confusa en funcionamiento.

-¿Qué he visto?

-Lo habría matado, Velvet. Dios, habría rebanado el cuello de ese canalla. Si no hubiera sido por ti, lo habría hecho.

-Sí.

-¿Lo entiendes ahora? -desvió la mirada, incapaz de mantener el contacto visual. Un dolor agudo le marcaba las facciones-. ¿Te das cuenta ahora de qué clase de hombre soy?

Dios Santo. A Velvet le temblaban tanto las piernas que temía caerse, pero se obligó a moverse. Pasó por encima del cuerpo inconsciente del sargento y caminó hacia él con gran dificultad, sintiendo el mismo dolor lacerante por Jason que el que sentía en su cuerpo magullado y amoratado.

Se detuvo frente a él y aguardó a que sus ojos se encontraran de nuevo con los de ella.

-Sí, vi lo que hiciste. Entiendo que me quieres tanto que eres capaz de arriesgar la vida por mí. Vi que eres más valiente de lo que pensaba.

El la agarró por los hombros.

-¡Lo habría matado!

-Sí. O habrías muerto en la lucha por protegerme, si el sargento se hubiese salido con la suya.

Sus ojos la penetraron.

-No te entiendo. ¿Cómo puedes seguir creyendo en mí? Seguro que ahora te entran dudas... seguro que tal vez pienses...

-¿Mataste a tu padre?

El negó con la cabeza.

-No.

-Este hombre me pegó. Me habría violado. Te pusiste furioso, ciego de ira por lo que había hecho. ¡Fue para protegerme! -apretando el camisón rasgado y ensangrentado contra su cuerpo, se acercó más a él-. Sácame de aquí, Jason, por favor. Sácame ahora mismo. Sé que contigo estoy a salvo.

Jason le dirigió una firme y dura mirada. Por un momento, ni se movió. Entonces dejó escapar un grave sonido de su garganta y alargó los brazos para envolverla en un abrazo. Enterró la cabeza en sus cabellos. La abrazó unos instantes, sin hacer nada más, después la levantó en sus brazos, contra su pecho. Abrió la puerta de una patada y salió al pasillo.

-Estaremos a salvo en mi habitación -sus botas resonaban en la escalera-. Mañana por la mañana sacaremos tus cosas.

Velvet no discutió nada. La conmoción había hecho trizas sus últimas reservas; todo su cuerpo comenzó a temblar. Cuando llegaron a la habitación de Jason, él retiró el cubrecama y la acostó con delicadeza sobre el colchón. Encendió una vela en la mesilla de noche, y fue a cerrar la puerta con llave. Sacó una pistola de su cartera, comprobó que estuviera cargada y después la puso sobre la mesa, junto a la vela.

Se sentó con cuidado en un extremo de la cama y se inclinó hacia ella. Alargó una mano temblorosa para tomarle el mentón y ponerla a la luz de la vela; quería examinar sus heridas. Palideció al percatarse de hasta qué punto llegaba la crueldad del sargento.

Los músculos de la garganta se le contrajeron. Apenas podía hablar.

-Dios, lo siento. Lo siento mucho.

-No importa -dijo Velvet con suavidad-. Tú llegaste para protegerme. Eso es lo único importante -pero seguía temblando, y sentía el mismo miedo por dentro.

El separó con cuidado la parte de delante de su camisón y vio los morados que empezaban a aparecer alrededor de sus pechos.

-Dios Santo, te ha hecho mucho daño -cerró los ojos-. Que se muera en el infierno ese canalla -su mirada era penetrante-. Jamás debería haberte traído aquí. Todo esto ha sucedido

por mi culpa.

Velvet le tomó la mano y notó la tensión que corría por ella.

-¿Crees que todo lo que sucede es por tu culpa? Ser duque no te hace responsable de todas las cosas malas que ocurren.

Pero la expresión del rostro de Jason le dijo que él creía que, efectivamente, era así.

-Ni siquiera tu padre era perfecto. Si no hubiera perdido el control, si no te hubiese seguido hasta la posada, tal vez no lo habrían matado... ¿o crees que eso también fue culpa tuya?

La cabeza de Jason se desplomó hacia adelante. Un gran peso se instaló en sus hombros.

-Ya no sé qué creer.

Velvet parpadeó para no derramar las lágrimas que llenaban sus ojos. Apoyó una mano en la mejilla de Jason y percibió la dureza de su mandíbula.

-Sigo temblando. Por favor, Jason... Estoy agotada, pero sé que no voy a poder dormir. ¿Podrías abrazarme?

Ella pensaba que él iba a discutir, que iba a rechazarla. En lugar de eso, se volvió, se agachó y comenzó a quitarse las botas. Después, la camisa y los pantalones. Con el ancho pecho al descubierto y unos ceñidos calzoncillos de algodón como única vestimenta, se metió en la cama junto a ella. Velvet se acurrucó en sus brazos y apoyó la cabeza en su hombro fuerte y musculoso.

-Gracias -susurró.

Se quedó dormida a los pocos minutos. Como ella misma dijo, sabía que estaría a salvo. Y que Jason no iba a cerrar los ojos hasta el amanecer.

18

Velvet despertó cuando *oyó* a Jason que se movía por la habitación. Abrió un ojo y vio que él estaba haciendo el equipaje. Al parecer, había ido al ático a buscar su pequeña maleta, que ahora descansaba sobre la silla que había junto a la cama.

Se incorporó estremeciéndose por el dolor que sentía en todo el cuerpo. Le dolían los pechos, le estallaba la cabeza y en el labio hinchado había una costra.

Jason, ¿qué estás haciendo?

El alzó la cabeza y la miró por encima del hombro. -Te llevo a casa.

-¿Qué ha sido del sargento? -preguntó sin oír su respuesta-. ¿Está...?

-Todos los soldados se han ido. Al menos no tendremos que vérnoslas con ellos.

Metió una camisa de lino en la maleta y ella asomó las piernas con rigidez por un costado de la cama.

-Tampoco tenemos que marcharnos ahora mismo. Estoy segura de que la señora McCurdy, la cocinera, entenderá mi retraso en cuanto se entere de lo sucedido.

A Jason se le agrandaron los ojos sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

-¿Estás loca? -le dijo-. Tu aspecto es infernal; no me cabe la menor duda de que no te sientes mucho mejor. No puedes ir a trabajar en la cocina. Para empezar, no tendría que haberte dejado venir. Ahora mismo te llevo a casa, antes de que te pase algo peor.

Algo de razón él tenía. Ella no podía negarlo. Trabajar era lo último que tenía ganas de hacer hoy, pero aquélla era la oportunidad que habían venido a buscar y no iba a abandonar hasta no tener las respuestas que necesitaban.

-Unas horas, sólo necesito un par de horas. Con este aspecto tan magullado, seguro que los demás criados mostrarán buena disposición. Tal vez confíen en mí y me cuenten lo que necesitamos saber.

-No. De ningún modo -prosiguió con la maleta, metiendo en ella las medias y los pantalones ensangrentados que llevaba la noche anterior-. Nos vamos y no hay más que

hablar.

Velvet se levantó haciendo un gesto de dolor que abarcaba todo su ser. Por suerte, él miraba para otro lado.

-Tenemos que terminar esto, Jason. Tenemos que aprovechar esta última oportunidad. Los soldados se han ido. Por favor... dame una oportunidad más para ver si consigo descubrir la verdad.

La correa de cuero de la valija hizo un chasquido al pasar por la hebilla cuando Jason la tensó. Alzó los ojos para mirarla.

-Ya te he hecho suficiente daño.

-Te lo dije antes. No debes culparte por lo que ha sucedido. Ahora lo único que te pido... por favor... es este pequeño favor. Dame tres horas. Tres horas, Jason; después nos marchamos.

El se puso a dar vueltas por la habitación con grandes zancadas y una expresión sombría y tormentosa en el rostro. Después, tomó la maleta y la arrojó sobre la cama.

-No es justo, y tú lo sabes.

-Deja que te ayude, Jason.

El fue hacia ella y se detuvo tan cerca que casi se tocaban. Se llevó las manos a la cintura y la miró fijamente.

-Tres horas, Velvet. Después te saco de aquí, a rastras si es preciso. No me vengas con excusas. Si no vienes, te echo sobre los hombros y te llevo como si fueras un saco de patatas -se inclinó hasta rozarle la nariz-. ¿Queda claro?

Velvet sonrió.

-Muy claro, milord.

Se vistió a toda prisa con sus ropas de sirvienta, ignorando los dolores que padecía con cada movimiento.

-Nos veremos en el bosquecillo que hay detrás de la posada. Si no estás ahí en tres horas justas, vendré por ti.

-Allí estaré -gritó Velvet mientras bajaba por la escalera.

No bien estuvo fuera de la vista de Jason, cedió al grito de dolor que había estado conteniendo hasta entonces. Dios Santo, le dolía todo el cuerpo.

Cuando Velvet entró en la cocina, la señora McCurdy se afanaba fregando una sartén de hierro muy pesada.

-Santo Cielo, estás aún peor de lo que me suponía.

-¿Oyó... quiero decir, le contaron lo que pasó anoche? -preguntó Velvet, imitando el acento de los barrios bajos.

La señora McCurdy asintió.

-Nos enteramos todos. Algunos soldados hablaron del tipo que salió en tu ayuda, pero parece que nadie lo conoce -de pronto le brillaron los ojos-. Claro que algunas tenemos cierta idea.

La corpulenta mujer chasqueó la lengua y se acercó a Velvet contoneándose, como si fuera una gallina atendiendo a uno de sus polluelos heridos.

-Dicen que tuvieron que sacar a ese rollizo sargento en camilla -advirtió los oscuros cardenales en la mandíbula de Velvet y frunció el entrecejo-. Lástima que ese mal nacido aún respirara cuando se lo llevaron.

Velvet no le dijo que si no hubiera sido por Jason, no habría sido así.

-¿En qué puedo ayudar? -preguntó Velvet, y la señora McCurdy acentuó su expresión de asombro.

-¿No estarás pensando en trabajar?

-Necesito la pasta, señora McCurdy.

La regordeta mujer suspiró.

-Mi Betsy acaba de volver del pueblo. Ella lavará las cacerolas y las sartenes. Tú te sientas aquí mismo y ahora te traigo algunas servilletas para coser.

No era mucho trabajo. Velvet se sintió agradecida por la caridad de la mujer. Hablaron un rato hasta que llegó Betsy, una encantadora pelirroja de la misma edad de Velvet y con una sonrisa irresistible. Las jóvenes se llevaron bien; como su madre, Betsy mostró verdadera simpatía por su situación, al igual que el resto de las sirvientas, la mayoría de las cuales acabaron por ir a verla. Hacia el final de la segunda hora, Velvet había dirigido la conversación hacia donde ella quería.

-El hombre que me ayudó... -dijo como al pasar-, dice que estuvo aquí hace años... la noche que mataron al duque. Me dijo que no le agradaba demasiado la clientela de la posada.

-Yo sabía que era él -se jactó la señora McCurdy-. El joven y apuesto caballero que vino ayer. Ya vino otra vez, a ver a mi Betsy.

Velvet frunció el entrecejo. Jason no había mencionado a la hermosa hija pelirroja de la señora McCurdy.

-Era muy galante -comentó, aunque el tono de sus palabras le salió con un cierto dejo de rencor-. Se jugó la vida para salvarme.

La conversación se iba encaminando, poco a poco. Velvet la conducía cada vez más hacia la noche del asesinato del duque.

-Creo que alguien tuvo que ver lo que pasó esa noche -confesó en voz baja-. Creo que alguien sabe que el joven duque era inocente.

Betsy miró a ambos lados como para asegurarse de que nadie la oía, después se inclinó hacia ella y le habló al oído.

-Yo lo vi todo-dijo-. Sólo tenía diez años, pero vi a ese hombre subir la escalera con una pistola en la mano. Lo vi apuntando desde la ventana y disparar -al pensar en ello, se estremeció-. Yo era muy pequeña, pero jamás lo olvidaré.

Velvet se quedó inmóvil. El corazón se le disparó, latiéndole con tanta fuerza que creyó que iba a atravesarle el pecho.

-¿Viste quién era?

Betsy parpadeó y miró a su alrededor.

-Era él, ese sapo pegajoso. Su Excelencia, el duque de Carlyle. Sólo que entonces aún no era duque.

Las rodillas de Velvet estuvieron a punto de doblarse bajo su peso. Respiró profundamente, con el corazón desbocado. ¡Lo había logrado, había encontrado un testigo! Al oír la voz estentórea y masculina procedente de la puerta de la cocina, se dio vuelta.

-Llegas tarde -dijo Jason con un exabrupto, el rostro tenso y demacrado.

Velvet fue hacia donde él se encontraba, de pie y con

las piernas separadas, y le dedicó una sonrisa a su dura expresión.

-Lo siento. Se me pasó el tiempo más rápido de lo que pensaba, pero creo que estarás de acuerdo en que ha valido la pena -la sonrisa era tan abierta que él no dijo nada más y no se resistió cuando ella lo llevó de la mano a la cocina.

-Lord Hawkins... me gustaría presentarle a alguien -Hizo una mueca, tratando de combatir un repentino ataque de celos-. Si es que no se conocen ya.

Lo habían conseguido. Habían dado con una persona que había presenciado el asesinato. Aunque la chica era pequeña por aquel entonces, era otra valiosa carta del naipe que Jason estaba reuniendo contra su hermano.

Ya en el camino de regreso a Londres, mientras conducía el coche, Jason bajó la mirada hacia la pequeña figura que dormía apoyada en su hombro. Tomó con ternura el manto que tenía en el regazo, se lo estiró hasta el mentón y la arropó bien para protegerla del frío. A la luz de los rayos de un sol tímido que se filtraba entre las nubes de ese día gris y lluvioso, advirtió los oscuros morados del rostro y la furia se apoderó de él.

Sabía perfectamente el dolor que ella sentiría. Se culpó por ello, a pesar de que si no hubiese sido por ella, jamás habría dado con Betsy McCurdy y que ella jamás habría aceptado

testificar en contra de su hermano.

Sin embargo, contrariando el deseo de su madre, y gracias a las persuasivas y dulces palabras de Velvet, y la promesa de protección de lord Hawkins, finalmente la muchacha había aceptado.

-Tengo que hacerlo, mamá -dijo a su madre tratando de no llorar-. Ojalá se lo hubiera dicho a alguien cuando sucedió. Llevo años sintiéndome culpable. Lord Hawkins quiere limpiar el nombre del joven duque, y yo pienso ayudarlo. Es una oportunidad para decir la verdad; esta vez voy a aprovecharla.

Tal vez, sólo iba a tener que contarlo a un juez. Eso esperaba Jason. Pero le tranquilizaba saber que podía contar con Betsy McCurdy; él creía que, efectivamente, ella podía hacerlo.

Velvet farfulló algo en su sueño y se acurrucó más junto a él. Jason le retiró con cuidado un mechón de pelo que el viento había despeinado y se lo pasó por detrás de la oreja. Era pequeña, casi una niña, pero también era toda una mujer. Incluso así, con el rostro magullado y amoratado, con el labio partido e hinchado, la deseaba con una desesperación cercana a la obsesión.

El había tratado de apartarse de ella, de protegerla del deseo que siempre sentía por Velvet cuando estaba cerca, pero hasta ahora, había sido una batalla perdida.

«Bésame Jason. Quiero que me hagas esas cosas que dijiste.» Gruñó para sus adentros. Por todos los diablos, esa mujer le encendía la pasión. Era una muchacha pizpireta cuya pasión encajaba con la suya. Cierto, era obstinada y conflictiva.

Pero también era valiente e inteligente, la amiga más leal que jamás había tenido. Una amiga que había sufrido mucho por él. ¿Qué iba a hacer con ella ahora?

Jason reconoció no estar seguro. Cuando llegaran a Londres, ya estarían listos los papeles que le permitirían disponer de la dote de Velvet. Ella tendría el dinero que necesitaba y él ya había reunido bastantes pruebas como para enfrentarse con Celia Rollins.

Iba a tener que dejar la casa de Velvet, alejarse de ella antes de volver a ser víctima de su deseo. Sin embargo, vivir con ella había sido una buena coartada. El esposo tímido, académico, de Northumberland, un primo lejano que despertaba la curiosidad de la alta sociedad, pero poco más. Por medio de Velvet y Lucien, seguía los movimientos de Avery. Y al vivir en su casa, podía tenerla vigilada, que es lo que había querido desde el principio. No quería que volvieran a hacerle daño.

Se quedaría, decidió, y el cuerpo le empezó a doler sólo de pensar en las noches que iba a tener que pasar en la habitación contigua a la de Velvet. Pero no sería por mucho tiempo, se dijo a sí mismo. En las próximas semanas, su objetivo sería alcanzado... o bien, terminaría colgado de un árbol en Tyburn Hill. De cualquier modo, la vida junto a Velvet acabaría en breve.

Jason se dio cuenta de que la idea le provocaba una extraña tristeza.

Las paredes tapizadas en seda de un tenue azul lavanda reflejaban la luz titilante de las velas en el dormitorio de la condesa. El cubrecama de la inmensa cama blanca y dorada con dosel, hecho con la misma tela de seda azul lavanda, había sido plegado cuidadosamente anticipando la llegada de un visitante.

Avery estuvo a punto de sonreír. La mujer era de una transparencia casi ridícula. Celia sabía que él ahora volvía a tener dinero, una fortuna considerable a su disposición, y quería volver a ganarse sus favores.

-Tanto tiempo... Su Excelencia -la voz grave y seductora procedía de la puerta de su lujoso vestidor de mármol, en el otro extremo de la habitación-. Avery, mi amor, cómo te he echado de menos.

Ella llevaba un transparente vestido de noche color violeta, de un tono más oscuro que el de las paredes. Resaltaba la palidez de su piel, el color negro de sus cabellos

y su apetitosa figura; Avery comenzó a sentir una erección.

Aunque él disciplinaba sus bajos instintos para que no aflorasen, admiraba en secreto los esfuerzos de la condesa y la destreza con que utilizaba sus encantos para conseguir el efecto deseado. Sin embargo, los dos podían encomendarse al juego de la seducción. Estaba harto de su pequeña esposa, insípida e indiferente. Se alegraba de que ella hubiera vuelto a su casa de campo, es decir, *mi* casa, se corrigió. Y Celia siempre había sido maravillosa en la cama.

La miró alzando una ceja.

-¿Qué sucede, querida? ¿Acaso ya ha decaído el espíritu guerrero de Densmore? Lástima... yo que pensaba que ese joven iba a ser algo más duradero -se quitó la chaqueta del frac de terciopelo color ciruela y lo dejó en una silla cercana-. Aunque ya se sabe que tu voraz apetito mutila al más viril de los hombres.

Los labios de rubí de Celia se unieron en un mohín seductor.

-Me hieren sus palabras, Excelencia.

Ella se deslizó hacia él, toda una visión con aquel vestido transparente que flotaba a su alrededor y el pecho casi derramándose por el escote. La imagen de sus senos cremosos y tiernos hizo que Avery empezara a sentir fuertes latidos en su miembro.

-Y suponiendo que fuera cierto -prosiguió ella-, no recuerdo que ése sea tu caso.

Avery se rió con ligereza.

-Qué halago, querida. Tus agradables palabras se verán recompensadas.

El dio unos pasos en su dirección, se detuvo al llegar a ella, a los pies de la cama, y la envolvió en un abrazo. No se molestó en besarla, sino que ahuecó las manos sobre sus senos y comenzó a excitar los pezones. Celia jadeaba mientras él pellizcaba las puntas de sus senos con brusquedad.

A ella se le aceleró la respiración. Siempre le había gustado el juego duro. Con una sonrisa, lo ayudó a quitarse el chaleco de brocado plateado. El lo tiró en cualquier parte y se inclinó para besarle la piel blanca y suave de la base de la garganta. Las manos, que reposaban sobre los hombros de Celia, la obligaron a arrodillarse con urgencia, y ella obedeció al instante. Le liberó el miembro de la cárcel de los pantalones y sonrió satisfecha al advertir la erección.

-¿Cómo quiere complacer su deseo, Excelencia? -su sonrisa era escabrosa, muy prometedora. La mano esbelta y ágil comenzó a frotar su sexo de arriba abajo-. Creo que sé exactamente cómo satisfacerlo.

Avery rugió cuando ella se la metió en la boca y sintió sus labios suaves. Lo recorrió una oleada de placer cuando su lengua rozaba la carne dura. Ella quería dinero. Estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de conseguirlo. Aun así, quería terminar el juego amoroso de la forma más sencilla y conveniente.

Pero él no tenía esa intención.

Le agarró un mechón de sus cabellos y la empujó para apartarla de su sexo. Comenzó a quitarse el resto de la ropa.

-Tenemos toda la noche, querida. En realidad no hay ninguna prisa, ¿no?

Los hermosos ojos verdes de la condesa brillaron con un recelo momentáneo, mas de inmediato el brillo se desvaneció. El se preguntó a cuál de sus muchos amantes vería cuando hubiera terminado con él.

-Ninguna prisa... Su Excelencia.

Una chispa de irritación recorrió el cuerpo del duque. Había un dejo extraño en la forma de pronunciar su tratamiento, un ligero sarcasmo. Secretamente, siempre le había molestado. Esta noche, la zorra lo iba a pagar.

-Métete en la cama -ordenó.

Celia obedeció al instante. Le estaba cambiando el humor, y sus ojos lanzaban chispas. Había percibido la ira de Avery y sabía qué significaba eso. La iba a poseer con brusquedad, tal vez incluso con crueldad. Su anterior reticencia dio paso a una tensa expectativa.

-Ponte boca abajo -dijo él, mientras se subía a la cama y se colocaba junto a ella. Acercó una almohada y la puso debajo de sus caderas, con una sonrisa malévola y fría. La iba a tomar al estilo griego. A Celia nunca le había agradado.

De sólo pensarlo, Avery sintió tal satisfacción que le creció aún más el miembro. Celia maquinaba cómo hacerse con más dinero, pero sólo conseguiría un trato cruel, y algunos rasguños y cardenales.

Avery pensó que aquélla sería la última vez que ella lo recibía en su cama.

Se oía el tintineo de la plata. Un lacayo se afanaba quitando los platos del desayuno de la mesa. Una taza de té osciló ruidosamente en el plato mientras se la llevaban. Por la ventana de paneles de cristal se veía llegar una tormenta de viento, con nubes espesas y una intensa niebla que distorsionaba la visión de las peonías rojas del jardín.

-El viernes es el entierro de sir Wallace -dijo Velvet a Jason, sentado a un extremo de la larga y pulida mesa. Su abuelo había desayunado antes y se había retirado a leer a su despacho, que era uno de sus pasatiempos favoritos-. ¿Crees que irá Mary?

Jason alzó la vista del *Morning Chronicle.*

-Espero que no. Balfour se verá obligado a protegerla si Avery exige que regrese con él a la ciudad.

-Pobre Mary.

-Sí, desde luego lo es, ahora que está unida a los caprichos de mi criminal hermano. Tal vez haya encontrado un paladín en Balfour. Por su bien, espero que así sea.

-¿Qué harán?

-No es fácil saberlo. Si está convencida de poner fin a su matrimonio, podría tratar de conseguir alguna forma de anulación. Por desgracia, si por algún milagro lo consigue, será una mujer arruinada. Es improbable que Balfour le proponga matrimonio. Si lo hiciera, le harían un vacío social. De cualquier modo, con el poder de Avery en su calidad de duque, parece poco probable que ocurra algo así.

-¿Estás diciendo que no hay ninguna esperanza para ellos?

La boca sensual de Jason se curvó en una sonrisa.

-Si mi plan tiene éxito, entonces tienen todas las esperanzas del mundo. Aunque no ha habido ninguna intención, ahora nuestros destinos se han unido. Si se demuestra que Avery es el asesino de mi padre, lo perderá todo, puede que hasta la vida. En esas circunstancias, si ella no queda viuda, seguramente le concederán la anulación.

«¿Y si fracasas?» Velvet no tuvo necesidad de preguntarlo.

-Y si fracaso -dijo él, como si la hubiera oído-, lo más seguro es que yo muera. Mary tendría que abandonar el país para escapar de sus garras.

Velvet no respondió nada. Sentía una presión en el pecho al imaginar muerto a Jason. De pronto, hasta respirar le resultaba doloroso.

-¿Cuándo vas a hablar con la condesa?

-No estoy seguro. Tengo que tener la absoluta certeza de que puedo obligarla a decir la verdad. Si, por el contrario, busca a Avery y le dice que estoy vivo, él hará todo lo que esté a su alcance para asegurarse de que no viva mucho tiempo más.

Velvet no hizo ningún comentario, pero tenía un trozo de plomo en el estómago. Jason no podía ir a ver a Celia hasta no estar seguro de cuál sería su respuesta. Pero Velvet sí podía hacerlo. Justo esa mañana, había enviado una nota a la condesa pidiéndole un nuevo encuentro para tomar el té. Ya había llegado la respuesta; en ella la invitaba que fuera esa misma tarde.

Los morados que aún tenía por el desgraciado percance de la posada ya estaban desapareciendo. Podía tapar el tenue tinte amarillo que todavía quedaba con un poco de polvo de arroz, como había hecho hasta ahora, y ponerse en camino.

A las tres de la tarde iba a reunirse con la condesa en su casa de Hannover. Velvet

Librodot

aprovecharía para ver qué vientos soplaban entre la condesa y Avery. El matrimonio reciente del duque y la muerte de su poderoso suegro eran dos hechos que facilitarían mucho el tema de conversación.

-Tal vez yo podría hablar con ella -dijo Velvet para ver cómo reaccionaba Jason al respecto-. Estamos al comienzo de una hipotética amistad. Tal vez pueda descubrir...

-No -respondió tajante-. Ni siquiera quiero que te acerques a esa mujer. Está claro que no tiene el menor escrúpulo en lo que se refiere a asesinatos. Sólo Dios sabe lo que ella es capaz de hacer.

Un molesto escalofrío recorrió la espina dorsal de la joven. La mujer era peligrosa, de ello no había la menor duda.

-No te acerques a ella -repitió Jason-. Cuando llegue el momento, yo me encargaré de Celia.

Velvet manipulaba una servilleta que tenía en el regazo. Jason y Celia. El la había amado, tiempo atrás.

-A lo mejor estás deseando ese encuentro. Quizá te siga pareciendo atractiva.

Jason negó violentamente con la cabeza. El periódico le temblaba en las manos.

-Detesto a esa mujer. La belleza significa poco cuando está tan impregnada de maldad. Cuando pienso en Celia Rollins, siento una necesidad imperiosa de rodear con las manos ese hermoso y blanco cuello suyo.

Jason volvió a la lectura del periódico, los ojos ocultos casi en su totalidad tras los cristales de las gafas que tenía apoyadas en la nariz, fina y recta. Al percibir la dura expresión que aún ensombrecía su rostro, Velvet retiró la silla hacia atrás, dio un rodeo a la mesa y se acercó a él desde atrás. Cuando le deslizó los brazos por el cuello, se agachó y le dio un beso de ternura en la mejilla, Jason la miró con asombro.

-No te preocupes, milord. De una forma u otra, encontraremos la manera de convencerla. En breve, toda Inglaterra sabrá que eres inocente de cualquier acto criminal.

El le quitó los brazos con suavidad, con mano firme aunque sin hacerle daño.

-No es así, Velvet. Soy culpable de más delitos de los que quiero recordar. El asesinato de mi padre, sin embargo, no está entre ellos.

Tomó el periódico y se levantó.

-Ahora, si me excusas, iré a ver a Litchfield. Llegaré tarde a casa. No te molestes en esperarme para la cena. Comeré algo fuera.

Velvet contempló su alta figura mientras se alejaba y cruzaba la habitación hasta la puerta. Se había mostrado cortés aunque distante desde que llegaron de la posada. Echaba de menos las horas que habían compartido, el consuelo y el calor de dormir con él allí aquella noche.

Velvet suspiró en el silencio de la habitación vacía, con una soledad que jamás había sentido. Jason se había propuesto evitarla, pero ese día le convenía. Tenía una cita con Celia Rollins. Tal vez se iba a enterar de algo útil.

19

Jason subió los peldaños de hierro del carruaje que Litchfield había puesto a su disposición mientras estaba en la ciudad, se acomodó en el asiento y se recostó contra el mullido respaldo de cuero.

El encuentro con Lucien había terminado. Revisaron juntos las pruebas que tenían, sin embargo, la palabra de una mujer que por entonces era una niña asustada de diez años, la confesión escrita de un asesino y el acuerdo económico entre lady Brookhurst y su hermano, no bastaban para condenar al actual duque de Carlyle por el asesinato de su padre.

Jason entrelazó sus manos, meditando acerca del problema y sabiendo qué debía hacer. Barnstable no había descubierto nada nuevo. Necesitaban un testigo creíble y digno de crédito.

¡Necesitaban que Celia Rollins, maldita fuera su alma, dijera la verdad!

Encararla era arriesgado, muy arriesgado, y él lo sabía. Pero Celia era la clave y cada vez había menos tiempo. No quedaba otra alternativa, por mucho que lo meditara. La casa de Litchfield no estaba lejos de la de la condesa, en Hanover Square, por lo que decidió decir al cochero que lo llevara allí. La tensión ya se le empezaba a acumular. Lo que planeaba era peligroso en extremo, pero si quería limpiar su nombre, tendría que correr ese riesgo. Iba a tener que hallar la manera de convencerla, de hacerle ver que tenía en su poder suficientes pruebas para acusarla de asesinato, a ella y a Avery.

El carruaje se acercaba a su destino. Ajeno al vendedor de tinta que pregonaba su mercancía bajo un plátano y al mendigo que cantaba en la esquina, Jason miraba por la ventana sin ver la ciudad que pasaba lentamente delante de sus ojos. Hasta que no llegaron a St. George Street, no se percató de que ya casi habían llegado. A través de la pequeña apertura que había debajo del asiento del cochero, dio indicaciones de girar hacia el pasaje que comunicaba con la parte trasera de la casa, después hizo una señal para que se detuviera delante de la cochera.

-Espéreme aquí -dijo al cochero-. Si viene alguien, dé una vuelta a la manzana y espéreme en el extremo norte del pasaje.

Quería entrar por la puerta de servicio. No le importaba que al cochero le pudiera resultar extraño. No quería anunciar su llegada. Su resurrección de la tumba tenía que llegar a Celia tan sorpresivamente como la traición y alevosía que él había padecido.

En silencio, se acercó a la parte posterior de la casa, bordeó el jardín y se encaminó hacia la pequeña puerta trasera. Sin advertir a nadie, abrió la puerta, entró con sigilo y entonces se detuvo, atento al ruido de posibles pisadas que vinieran en su dirección.

No había ruidos. Ningún sirviente andaba por la casa. Jason recordó que Celia tenía la costumbre de prescindir de toda ayuda que no fuera indispensable cuando esperaba la visita de alguna amistad íntima. Sintió curiosidad por ver a quién esperaría ella y albergó la esperanza de que su galán no estuviera ya en la planta de arriba.

Se oían voces por el pasillo que conducía a la cocina, en la planta baja, pero la escalera estaba desierta. Se en caminó furtivamente por el pasillo hacia las habitaciones del segundo piso, se detuvo unos segundos a escuchar y después entró sin hacer ruido.

Recordaba su gusto extravagante, pero no esa afición a acumular objetos. Había innumerables candelabros de plata sobre platos de cristal tallado. Docenas de cajas de rapé cubrían toda la superficie de una mesa con incrustaciones de marfil. Había relojes dorados, de péndulo, frisos ornamentados en las paredes, trabajos de papelería, pequeños jarrones japoneses, por no hablar de objetos de mayor tamaño, como un recargado clavicordio arrinconado contra la pared.

Al parecer, la afición de la dama a los caprichos costosos había crecido en forma proporcional a su apetito sexual, el cual, según decían, había aumentado en los últimos ocho años hasta alcanzar niveles notables.

Cruzó la habitación con cautela. La gruesa alfombra oriental ahogaba el ruido de sus pisadas y así logró llegar hasta el dormitorio. Se detuvo en la puerta, pero al no oír voces ni movimiento, la empujó y entró.

Un suave grito ahogado lo alertó de la presencia de una mujer; él se volvió hacia donde procedía el sonido. Celia estaba sentada ante su tocador de palisandro junto a la puerta del vestidor de mármol de Siena, una extravagancia que se había hecho construir a expensas de su difunto y llorado esposo, el senil conde de Brookhurst.

Los ojos de Celia captaron la vestimenta del hombre, sencilla pero elegante, y recorrió con su aguda mirada el resto de su físico. Aún no se había dado cuenta de quién era.

-¿Qué está haciendo aquí? ¿Quién le ha dado permiso para entrar?

Su atuendo era más sencillo de lo que cabía esperar. Llevaba un vestido de tafetán verde menta, adecuado para una reunión femenina para tomar el té. Pero su melena oscura y lisa caía suelta sobre sus hombros y sus pechos sobresalían por el escote. Jason volvió a preguntarse a quién estaría esperando.

El sonrió con frialdad.

-Hola, Celia.

Ella giró la mirada hacia aquellos ojos, se encontró con ellos y sostuvo la mirada. Después se puso de pie y, a medida que él se acercaba, deslizó la mano hasta su larga y esbelta garganta.

-¡Jason! Dios mío, ¿eres tú?

El no llevaba gafas. Ninguna peluca cubría su pelo. Sabía que lo iba a reconocer. Quería que supiera quién era. Se plantó muy erguido y con cerca de veinte kilos más que ocho años antes. La intimidación era su arma, y sabía utilizarla bien. Sus ojos, de una frialdad glacial y con una sombra de firme determinación, seguían enganchados en los de ella.

-Han pasado muchos años, condesa.

-¡Dios Santo, eres tú!

La sonrisa se le torció en una expresión casi brutal. -Me temo que sí, mi amor.

Avergonzada, se apartó de él con una expresión de terror en los ojos que lo seguían mirando. Se volvió e intentó alejarse, muy erguida, pero él la agarró del brazo, deteniéndole el vuelo antes de iniciarlo. Con mano firme la tomó de los hombros y la obligó a ponerse contra la pared.

-¿Te marchas tan pronto, mi amor? Qué decepcionante. Y yo que pensaba que saltarías de alegría al ver que estoy vivo.

Ella dirigió una furtiva mirada hacia la puerta. Se humedeció los carnosos labios de rubí preparándose para gritar.

-Ni lo sueñes. Dudo que haya alguien que pueda oírte, y si lo hubiera, no creo que tus gritos tengan ninguna credibilidad, considerando la clase de conducta que se da regularmente en esta casa.

Ella sacudió la cabeza de una forma que él recordaba. Su miedo fue disminuyendo al ver que hasta el momento no le había hecho daño.

-¿Y tú cómo lo sabes? Me abandonaste, me dejaste sola ante los despiadados avatares que el destino pudiera depararme. ¿Qué derecho tienes a condenarme ahora de esa manera?

-¿Que yo te abandoné?

-Eso dije. Como se ve, escapaste de la prisión sin el menor interés por lo que pudiera estar sucediéndome. Me dejaste sola ante los jueces, tuve que lidiar con Avery *y* el escándalo que tú *y* él provocasteis. No te preocupaste en absoluto por mí, mientras que yo, en cambio, quedé destrozada, pensando que habías muerto.

Lo invadió una sensación de ira tan intensa que le produjo un poco de mareo.

-Declaraste contra mí en el juicio, ¿recuerdas? Confirmaste la historia del asesinato que inventó Avery, ¿o acaso te has olvidado de ese nimio detalle?

Ella lo miró a través de sus largas pestañas negras, los labios rojos fruncidos en un mohín implorante.

-Estaba desorientada. Todo sucedió demasiado rápido. Cuando terminaron los trámites y por fin reaccioné, me dijeron que estabas muerto.

Jason la agarró por los hombros. Quería sacudirla hasta que le crujieran los dientes dentro de esa cabeza vacía.

-Ya no soy un niño, Celia. No puedes hacerme creer tus mentiras por mucho que me hagas miradas insinuantes o quieras provocarme con tus redondos pechos. Tú y Avery planeasteis el asesinato de mi padre mucho antes de que sucediera. He venido para asegurarme de que ambos pagaréis por lo que hicisteis; por otra parte, tengo pruebas que lo demuestran.

Los ojos verdes de Celia se tiñeron de pánico y conmoción.

¿De qué estás hablando? No hay pruebas. Tu padre lleva muerto ocho años. ¿Qué clase de pruebas puedes tener?

-Hubo un testigo, Celia. Y el hombre a quien Avery pagó para matarme en la cárcel también ha salido a la luz -se le torció el gesto en una expresión malévola-; por supuesto, también está el documento que Avery firmó el día después del asesinato, un dinero manchado de sangre que él se comprometió a pagarte mientras durara ni miserable vida.

-¡Eso no es verdad, Jason! -se abalanzó hacia él y comenzó a sollozar con amargura-. Yo te amaba. Siempre te amé -sus desesperados ojos verdes lo miraban suplicantes tras las pestañas salpicadas de lágrimas-. Todavía te amo.

Jason la miró desde la considerable altura que la sobrepasaba.

-¿Ah sí, Celia?

-¡Sí, Jason, sí! Te lo digo de corazón, te amo. Tienes que creerme. No sabía nada de los planes de tu hermano. La noche del asesinato estaba asustada, aterrorizada pensando que me mataría a mí también. Dijo que lo haría si contaba a alguien la verdad. Después del juicio, pensé que estabas muerto. El dinero era la garantía de mi silencio.

Jason tensó el músculo de la mandíbula. ¿Cómo podía esa mujer inventar semejantes disparates cuando ambos sabían perfectamente qué había sucedido? Al mirarla ahora, sintió una urgencia imperiosa de golpearla. El jamás había pegado a una mujer, pero ahora se moría de ganas de dejar su perfecta mejilla marcada con la palma de la mano.

-Así que estabas asustada -dijo en tono provocativo-, tenías demasiado miedo a mi hermano como para decir la verdad.

-Sí.

Le recorrió la mandíbula con un nudillo.

-Pero ahora confesarás, ¿no, Celia? Porque sabes que si no lo haces, terminarás colgada al lado de Avery.

Celia fue hacia él, le rodeó el cuello con los brazos y apoyó sus voluptuosos senos en su pecho. Tenía los pezones rígidos, advirtió él con sensación de asco. A ella la excitaba su ira. Deseaba esta versión de él más dura, más fuerte, implacable, desconocida para ella. Y quería el control que siempre había tenido sobre él.

-Avery es un animal. Lo odio con todas mis fuerzas -deslizó la mano hacia la bragueta de Jason-. Es a ti a quien amo, Jason.

Ella tomó su sexo y comenzó a acariciarlo, pero los dedos de Jason la aferraron de la muñeca y apartaron su mano.

-Esos tiempos quedaron atrás, Celia. En este momento, lo único que quiero de ti es la verdad. Tengo intención de arreglar un encuentro con los jueces del Tribunal Criminal de Londres. Te haré llegar la fecha y la hora, y vendré personalmente a buscarte. Espero que les digas que fue Avery quien mató a mi padre. Lo harás, ¿verdad, Celia?

Cuando vio que ella vacilaba, le apretó la muñeca con más fuerza.

-Sí, lo haré.

-Si intentas abandonar Londres, los jueces lo tomarán como prueba de tu presunta culpabilidad, junto con la de Avery. Si tratas de avisar a mi hermano de alguna forma, me encargaré de que tú también pagues por el crimen que él cometió.

La aferró de los brazos, la alzó hasta ponerla de puntillas y la sacudió con fuerza.

-¿Te cabe la menor duda de que pienso hacerlo que digo?

Celia miró aquellos ojos glaciales como la muerte misma, y un temor escalofriante se apoderó de ella.

-No.

-Entonces, debo contar con tu incomparable instinto de conservación, lady Brookhurst, y asegurarme de que cumplirás tu palabra -se dirigió hacia la puerta, pero hizo una pausa y se dio vuelta-. Ah; una última observación.

Ella se humedeció los labios, tensos y pálidos. -¿Sí, Jason?

-Si, por alguna razón, se te ocurre unir tu destino al de Avery una vez más, tu adversario

no será un joven e ingenuo duque sino un hombre que te ha de perseguir hasta el último confín de la tierra para arrancar la vida de ese hermoso y traicionero cuerpo que tienes.

Se dio vuelta y salió airado de la habitación.

Al llegar al pasaje se detuvo. El coche no estaba. Caminó hasta la esquina, vio el carruaje y se subió a él. Por fin las cosas se ponían a su favor. Si Celia se prestaba a declarar, su inocencia quedaría probada. Recuperaría su patrimonio, y su nombre quedaría limpio.

Por primera vez desde su regreso a Inglaterra, se sintió relajado y lo invadió una placentera sensación de alivio.

El carruaje giró en la esquina y pasó delante de la casa. Entonces, distinguió el emblema de los Haversham en la puerta del elegante coche negro de Velvet y volvió a sentir un nudo en el estómago una vez más.

Velvet nunca había estado en la casa de Londres de lady Brookhurst. Desde afuera, el estrecho edificio estilo Hanover no era muy distinto de los otros que se apretaban hombro con hombro a lo largo de la calle flanqueada de árboles. El interior de la casa, en cambio, era otra cosa.

La residencia estaba decorada con un estilo francés muy recargado. Los cortinas y el mobiliario eran de un extravagante dorado y los tapices de seda alternaban con objetos orientales que parecían estar ligeramente fuera de lugar. La mezcla resultante habría sido pasable si no fuera porque había un exceso de objetos. Excepto un pequeño espacio vacío que ocupaba el centro de la sala, apenas algún escaso rincón quedaba libre de la mezcolanza y acumulación de costosos objetos.

El mayordomo arqueó una poblada ceja gris en dirección a Velvet.

-La señora está esperándola arriba, lady Hawkins. Desea tomar el té con usted en su salón privado.

Dicho esto, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta con intención de que lo siguiera, alzando la nariz con gesto altanero.

Velvet fue tras él por el pasillo y percibió una extraña escasez de sirvientes, ya que sólo estaban el mayordomo y una sirvienta que cruzaba los salones vacíos de la planta baja.

La inquietud que se había apoderado de ella poco antes, al salir de su casa, retornó a medida que se acercaba a la puerta del salón privado de la condesa. Se le instaló como una roca en el estómago cuando el mayordomo le abrió la puerta y la miró con aire reprobatorio. Estaba llena de expectativa. Tal vez descubriera algún detalle útil para Jason.

Velvet tomó asiento en un sofá de brocado color marfil y recorrió la sala con la mirada, tan recargada y chillona como las habitaciones de abajo. Se movió con nerviosismo, tratando de encontrar una postura cómoda a pesar de su rígido miriñaque, jugueteó con el vestido de seda bordada color damasco, preguntándose por qué se demoraba la condesa.

La puerta del dormitorio de Celia estaba bien cerrada, no obstante el ruido que llegaba la sobresaltó. Era el ruido de movimientos de muebles y el sonido apagado de voces. Después, un fuerte estrépito y algo muy pesado que caía al suelo. Cielo Santo, ¿qué estaba sucediendo allí?

De puntillas, cruzó la alfombra, esforzándose por descifrar la mezcla de ruidos sordos que procedían del otro lado de la gruesa puerta de madera. Se acercó más y apoyó la oreja, pero los ruidos habían cesado.

Velvet se mordió el labio inferior, con una sensación de curiosidad y a la vez de preocupación. Tal vez la condesa se había caído. Tal vez se había hecho daño. Tal vez necesitaba ayuda. Se armó de valor para afrontar la furia que posiblemente hallara al otro lado de la puerta, giró el picaporte de plata hasta que la puerta se abrió, se asomó y echó una ojeada al interior.

-¡Por todos los santos!

La respiración se agolpó en su pecho cuando vio a Celia tirada sobre la inmensa cama de dosel, la piel tan pálida como las sábanas, la cabeza hacia atrás, ladeada, en un ángulo forzado. Velvet corrió hacia ella, lo justo para alcanzar a ver la figura de un hombre de gran

Librodot

estatura que salía por la puerta francesa del balcón. A pesar de su altura se movía con agilidad; se subió a la barandilla y luego bajó por el enrejado. Velvet corrió rápidamente hasta la ventana, pero el desconocido ya había desaparecido entre los altos setos de boj que formaban el laberinto de la parte delantera del jardín.

Se tomó del poste de la cama con la respiración cada vez más acelerada, dificultosa e irregular. Vio que la condesa no respiraba, que el pecho no hacía el menor movimiento. Un vistazo a su rostro, a la profundidad de aquellos ojos verdes, con la mirada fija y presa de un terror mortal, al extraño ángulo que formaba la cabeza ladeada, y Velvet supo que a Celia le habían roto el cuello. Se le estaban empezando a formar grandes y oscuros cardenales, marcas de una acción mortal realizada por las poderosas manos de un hombre.

Se agarró con más fuerza al poste de la cama, con todo el cuerpo sacudido por fuertes temblores. Dios Santo, habían asesinado a la condesa. Y ella había visto al asesino. ¿Quién era? ¿Por qué la había matado? Santo Cielo, ¿qué debía hacer?

Desvió la mirada del cuerpo retorcido de Celia, trató de recobrar aliento y la capacidad de pensar. A su mente acudieron imágenes de Jason, un hombre de gran estatura, cabellos oscuros y una fuerza extraordinaria. «Detesto a esa mujer», había dicho, llegando incluso a mencionar su deseo de rodear con sus propias manos ese *esbelto cuello blanco.*

Velvet se estremeció. El asesino era tan alto como Jason, quizá más alto aún, y de cabellos oscuros, casi negros.

No podía ser Jason. Seguro que no. Jason jamás la habría matado. Pero el temblor se intensificó, y ella sintió la cabeza tan ligera que pensó que tal vez fuera a desmayarse.

Un ruido en la puerta hizo que se mantuviera en pie. Se volvió y vio la alta figura de Jason en el umbral. Permanecía rígido e inmóvil, los ojos azules, muy abiertos y con expresión de no poder dar crédito a lo que veía. Tenía el rostro tan pálido como el de ella.

-¡Dios Santo! -entró en la habitación sin detenerse hasta alcanzar los pies de la cama-. Por todos los diablos, ¿qué ha sucedido?

Miró unos segundos más el cuerpo inerte y después dirigió la mirada hacia Velvet. Se percató de la palidez de sus mejillas, vio que se tambaleaba hacia él y la agarró justo antes de que las rodillas le flaquearan.

El desvanecimiento duró sólo un instante.

-Es... estoy bien. No quería caerme. Ya estoy bien. Pero él siguió caminando.

Te sacaré de aquí. Cuéntame qué le ha sucedido 'a Celia; después pensaremos qué podemos hacer.

No salieron por la escalera principal, como ella esperaba. La llevó por la de servicio, en la parte de atrás. El carruaje aguardaba en el pasaje que había detrás de la cochera. La subió y después dio indicaciones al cochero de acercarse a la puerta principal, deteniéndose lo justo para hacer regresar el carruaje de Velvet a la casa de los Haversham.

-¿Cómo... cómo supiste donde estaba? -Velvet lo miró pero Jason no respondió. Miraba por la ventana, la mandíbula tensa, la frente surcada por arrugas de preocupación.

-¿Jason?

El se volvió al oír su nombre, entonces pareció recobrar la capacidad de atención.

-Lo siento. Me preguntabas cómo sabía dónde estabas -su expresión de angustia se acentuó-. Vine a ver a Celia. Esperaba convencerla de que admitiera la verdad. Cuando me iba, vi tu carruaje. Pensé que sería mejor regresar para ver qué nueva desventura te esperaba.

Había una marcada tensión en su rostro. Posó sobre Velvet sus ojos azules y turbulentos.

¿Qué pasó, Velvet? ¿Qué hacías en esa casa?

Velvet se recostó en el asiento del carruaje, que avanzaba traqueteando por las calles atestadas de Londres. El ruido producido por las ruedas quedaba atenuado por el estrépito de carros y carretas, y el retumbar de las pisadas e los lacayos que llevaban a sus acaudalados patrones en sillas de mano.

-Lady Brookhurst me invitó a tomar el té -dijo ella-. Me prometió contarme hasta el

último detalle del casamiento de Avery. Ella creía que me interesaría, ya que él había sido mi prometido.

Un músculo palpitó en la mandíbula de Jason.

-Continúa.

-Cuando llegué, el mayordomo me dijo que la condesa quería recibirme en privado. Me pareció bastante raro, pero como me guiaba un propósito claro, en realidad eso no me importó.

-Así que te esperaba a ti. Yo pensé que Celia tenía una cita con algún amante.

Las mejillas de Velvet se ruborizaron de vergüenza.

-Yo me preguntaba... suena algo tonto pero, ¿crees que... crees que Celia tuviera esas intenciones conmigo?

Jason golpeó con fuerza la ventanilla del coche.

-¡Por todos los diablos, Velvet, te dije que te mantuvieras lejos de ella! ¡Esa mujer era una depravada! La idea de verte expuesta ante una criatura de esa calaña me pone la piel de gallina. No sé qué demonios pude ver en ella. No puedo creer que alguna vez haya sido tan tonto como para caer en las trampas de una mujer así.

-Ella era muy hermosa, Jason -dijo Velvet con suavidad, incapaz de borrar la imagen del cadáver de Celia tendido en la cama.

El suspiró profundamente y apartó un mechón de su espesa cabellera hacia atrás.

-Cuéntame el resto -dijo.

Velvet tomó aliento para tranquilizarse, entrelazó las manos con calma y las puso en el regazo.

-Esperé en su salón privado, pero Celia no llegaba. Después oí ruidos procedentes de su habitación. Abrí la puerta y la vi, tirada en la cama, igual que tú. Entonces vi al hombre...

El giró la cabeza con brusquedad.

-¡Lo viste! ¿Viste al hombre que la asesinó?

-Lo vi de refilón, sí.

-Y supongo que él también te vio a ti.

La invadió una oleada de amargura. Velvet había tratado de no pensar en ello.

-Sí.

-¡Te dije que no te acercaras a esa mujer, maldita sea! Temía que ocurriera algo. Maldita sea, Velvet, ¿es que jamás harás nada de lo que te digo?

Ella se enderezó en el asiento, muy rígida.

-No, al menos cuando tenga la posibilidad de hacer algo para ayudarte. Tenía que ir, Jason. ¿Es que no lo entiendes? Yo... -te amo, estuvo a punto de decir, pero reprimió las palabras-, yo quiero ayudarte: si no hubieran matado a Celia, tal vez me habría enterado de algo importante.

Jason fijó la mirada en ella unos segundos, después la apartó y volvió a mirar la ventana, apoyando la cabeza en el respaldo del asiento.

-Era Avery, ¿no?

-No.

El volvió a fijar la mirada en su rostro, ahora mas sombría, más intensa.

-Si no era mi hermano, entonces ¿quién podía ser? ¿Qué aspecto tenía?

-En realidad, se parecía bastante a ti.

-¡A mí! ¿Crees que yo la maté? Celia era la única esperanza que tenía para limpiar mi nombre. ¿Por qué demonios iba a querer...?

-Dije que se parecía mucho a ti. No que fueras tú. Tenía la misma estatura y el mismo físico. Tal vez era algo más corpulento, quizá tenía más ancho el pecho. El pelo era tan oscuro o más que el tuyo. No le vi el rostro.

Jason tensó aún más los músculos bajo su abrigo de color pardo.

-¿Pero no estás segura, eh? Crees que pude haber sido yo.

-Tú dijiste que habías estado allí.

-Decidí que había llegado el momento de enfrentarla. El tiempo se agotaba. Pensé que podía presionarla para que dijera la verdad ante un tribunal.

-¿Y?

-Celia consintió... aunque ahora ya no importa nada.

Velvet lo tomó de la mano, percibió la tensión, la amarga frustración que se había apoderado de él. Los músculos de los pómulos estiraban su tez oscura. Profundas arrugas surcaban su frente.

-Sé que no lo hiciste. Si yo hubiese tenido la menor sospecha, se habría desvanecido al ver la expresión de tu rostro. No hay duda de que tu asombro era tan grande como el mío. Y aunque no hubiese sido así, sé que eres incapaz de matar a una mujer indefensa.

Un destello surgió de las profundidades de sus ojos, la sombra que lo acompañaba siempre, un atisbo de algo oscuro y prohibido que ya había visto en él otras veces.

-Te sorprenderías de lo que es capaz de hacer un hombre en determinadas circunstancias, Velvet -sacudió la cabeza, apartándose un mechón de pelo, y algo de esa sombra desapareció-. Pero no, yo no la maté. Es posible que Avery esté detrás de esto. Tal vez sepa que estoy vivo y que mi intención era asegurar su silencio, o simplemente se haya hartado de seguir pagándole.

-O quizá no haya ninguna conexión. Tal vez tenga otros enemigos de los que no sabemos nada.

Jason miró por la ventana.

-El instinto me dice que no, que Avery es el responsable. De cualquier modo, la mujer está muerta, y con ella, la posibilidad de limpiar mi nombre -sintió que los hombros le pesaban. El color de sus ojos se transformó en un opaco gris azulado, sombrío y derrotado-. Para empeorar las cosas, el asesino te ha visto. Sabe que puedes acusarlo. Con toda probabilidad, ahora irá por ti.

Sin darse cuenta, Velvet se aferró con más fuerza al brazo de Jason.

-Tengo miedo, Jason, por los dos. ¿Qué haremos?

-No dejaré que ese hombre te haga daño. Te lo prometo. Contrataré algunos hombres para que vigilen la casa. Me encargaré de que siempre te acompañe alguien cuando salgas.

Velvet no discutió. No tenía el menor deseo de terminar como Celia.

-¿Y qué pasa con el asesinato? A estas alturas, el mayordomo ya habrá descubierto el crimen, o si no lo hará en breve. Sabe que yo estaba ahí. Yo tendría que informar del asesinato; quizá lo mejor sea que lo haga cuanto antes.

-Sí. No tienes más remedio. En cuanto lleguemos a casa, enviaremos un mensaje a la oficina del comisario. Diremos que te asustaste al ver el cuerpo de Celia, que regresaste a casa a toda prisa y que informaste del crimen en cuanto pudiste.

-Seguro que quiere hablar con mi esposo. ¿Qué hago?

-Dile que no estoy. Puedes decir que tuve que atender unos negocios en Northumberland y que no regresaré hasta dentro de unos días. Eso nos dará algún tiempo. Si el comisario que lleva el caso no lo relaciona con el asesinato de mi padre hace ocho años, no sabrá quién soy y entonces podré hablar con él, si eso es lo que quiere. De no ser así, ya nos preocuparemos de la situación cuando se presente.

Velvet seguía aferrada a su brazo, de bíceps tan voluminosos que ni siquiera las dos manos alcanzaban a rodearlo. El podría haber matado a Celia, podría haberle roto el cuello con la misma facilidad con que se quiebra una ramita. Sin embargo, sabía que era inocente, de la misma forma que sabía que él no era culpable de la muerte de su padre. Era posible que no fuera imparcial. Después de todo, ella lo amaba cada día más. Pero creía en Jason Sinclair desde el primer día. El padecimiento que él sufría era también el suyo; viéndolo ahora, ella sabía que él estaba sufriendo.

-Encontraremos la manera -dijo ella con ternura-, sé que lo haremos. No puedes rendirte, Jason. Yo no lo permitiré.

Los penetrantes ojos azules de él se posaron en su rostro. Había en ellos ternura y todo

un mundo de arrepentimiento.

-Soy un hombre afortunado, Velvet, por haber sido tu esposo aunque sea por un tiempo tan breve.

Su mano le rozó la mejilla y se detuvo en ella unos segundos. La llegada a la casa puso fin a lo que él hubiera podido decir.

La ternura voló de sus ojos en cuanto el carruaje se detuvo y volvió a ellos la desesperación. El había perdido la esperanza y ella no podía consentirlo. Jason no debía ser castigado por un crimen que no había cometido. Ella quería ayudarlo, pero cada minuto que pasaba su permanencia en Inglaterra se hacía más peligrosa.

Velvet sintió un agudo dolor en el pecho. Lo amaba. Quería que se quedara con ella, pero un día, a menos que muriera, era seguro que él se marcharía. Ya lo había decidido y ella sabía bien lo determinado que él podía ser.

El dolor se hizo tan intenso que le retorcía el alma. El, o bien moría o bien se marchaba. De cualquier modo, lo perdería.

Bajó la escalerilla del carruaje y tomó el brazo que él ofrecía para guiarla hasta la puerta de la casa, pero el dolor persistía, era un nudo de amargura en la garganta.

Santo Dios, cómo iba a echarlo de menos.

20

Sentado tras el escritorio de su despacho de su casa londinense, Avery levantó la vista de los papeles que había estado leyendo, la dirigió hacia la puerta y, con un ademán, hizo pasar a Baccy Willard. El hombretón se acercó con su viejo tricornio firme en las manos, grandes y huesudas.

-¿Y bien? ¿Has hecho lo que te dije?

Baccy tragó saliva. La nuez de Adán se le movía de arriba abajo.

-Sí, lo hice. La maté... tal como usted me dijo -clavó la mirada en un punto de la pared más arriba de la cabeza de Avery-. Pero no me dijo que ella era tan hermosa.

-¿Hermosa? -Avery gruñó con crueldad-. Tan hermosa como esas malditas cobras de la India. Adiós y buen viaje, eso digo yo -echó la silla para atrás y se puso de pie-. ¿Te vio alguien? ¿Entraste y saliste sin problemas?

-Yo estaba observándola desde hacía más de tres días. Hoy dejó que los sirvientes se retiraran temprano. Era un buen momento para hacerlo.

-Bien pensado, Baccy.

Baccy se movía nervioso, apoyándose sobre un pie y después sobre el otro.

-¿Qué sucede? -Avery revolvió, inquieto, los periódicos que había en su escritorio, con cierta impaciencia, ahora que sabía que la misión estaba cumplida.

-Había una mujer. Entró en la habitación justo cuando yo me marchaba.

-¿Te vio? -preguntó Avery, inclinándose sobre el escritorio.

-Me vio. No la cara, pero me vio bastante.

-¡Maldición! Hemos de saber quién era, deshacernos de ella antes de darle tiempo a que nos traiga problemas.

-Yo sé quién era.

-¿Lo sabes?

Baccy agachó su greñuda cabeza.

-Era la chica con quien usted iba a casarse.

-¿Velvet? ¿Velvet Moran?

-La misma.

-Dios Santo, ¿y qué estaría haciendo Velvet con una mujer como Celia? -se inclinó aún más

sobre el escritorio. Sus rubios cabellos empolvados brillaban a la luz del sol que entraba por la ventana-. ¿Estás seguro de que era ella? ¿No estarás equivocado?

-Era ella.

Avery se dio cuenta de que estaba sudando. No le agradaba la sensación del sudor corriendo por el costado bajo la camisa de lino.

-Tienes que acallarla, Baccy. Tu vida podría correr peligro.

-Y la suya también. Velvet estaba husmeando, buscaba información sobre la muerte de su padre. Si había hecho amistad con Celia, sólo podía ser con un propósito.

-Mátala -le ordenó-. Quítala de en medio antes de que nos cause problemas.

Baccy arrastró sus pies voluminosos.

-No me gusta matar mujeres. Sobre todo si son hermosas.

¡Escúchame bien, grandísimo zoquete! ¡Vas a deshacerte de esa mujer antes de que abra la boca y te lleven a Tyburn Hill!

Baccy lo escuchó con expresión sombría, frunciendo las negras cejas hasta que prácticamente se juntaron en medio de su frente.

Vamos -apremió Avery-. Ponte en marcha y haz lo que te digo, cuanto antes mejor.

Baccy frunció el entrecejo y asintió con parsimonia, con expresión ostensiblemente velada y amargada por la resignación. Morir colgado era su más secreto temor. El haría lo que le decía Avery. Con paso ligero para un hombre de su porte, avanzó pesadamente hacia la puerta, salió y la cerró con cuidado. Avery trató de reanudar su lectura donde la había dejado, pero la inquietud no lo abandonó, como ocurría casi siempre. ¿Qué quería Velvet? ¿Por qué buscaba información sobre un crimen cometido ocho años atrás?

Si Baccy la mataba, jamás sabría por qué.

Aunque, pensándolo bien, una vez muerta, poco importaba. Sonrió satisfecho y se recostó en el asiento.

Tomó el último fajo de papeles que requerían la firma del duque de Carlyle, metió la pluma en el tintero y escribió su nombre en el pie de cada uno. La tinta salpicó y emborronó las hojas inmaculadas, pero no le importó. El coche lo aguardaba en la puerta. Ya tenía los baúles preparados y cargados. En cuanto terminara con estos últimos quehaceres, saldría de Londres rumbo a la finca de East Sussex, su última adquisición, la antigua residencia de sir Wallace Stanton.

Tenía un entierro al que debía asistir.

Avery esbozó una segunda sonrisa satisfecha. Esta vez era por su unión con Mary Stanton y por la muerte de su suegro, la empresa más provechosa que había llevado a cabo desde hacía años.

Christian Sutherland se encontraba al pie de la escalera que conducía a la entrada de la residencia de Windmere. Había comenzado a caer una pertinaz llovizna, el aire estaba frío y agobiante y el cielo estaba cargado con unos nubarrones oscuros que corrían raudamente. Alzó la vista ante el ruido de las pisadas de Mary, ligeras y suaves, unos pasos ahogados que se acercaban con un ligero temblor.

-Mary...

A Sutherland le cortó el aliento, como le ocurría últimamente cada vez que ella se presentaba como una aparición dorada y esbelta con su figura aniñada y adorable que se le antojaba más seductora que la de la cortesana más sofisticada. Su atracción por ella había aumentado desde que habían llegado a la casa de campo de los Haversham, donde pasaban horas en el jardín o compartían una cena sencilla frente a la chimenea. Le enternecía su honestidad; él veía en ella una sinceridad indudable. Ella era de una timidez adorable y generosa en extremo. Más aún, su talante parecía encajar bien con el suyo, con su dulzura haciendo contraste con la fortaleza de él; una conducta moderada que atemperaba sus audaces propósitos.

Librodot

-Cuando quieras, Christian.

La tomó de la mano y la ayudó a bajar el último escalón.

-¿Estás segura, Mary? ¿No hay nada que pueda hacer para disuadirte?

-Era mi padre, Christian. Yo lo amaba. Tengo que darle el último adiós. No podría vivir sabiendo que no lo hice.

La ira se fue adueñando de él, furia contra Avery Sinclair.

-Si está el duque, si te ordena que vuelvas con él a Londres, no tendré forma de protegerte.

La pequeña figura de Mary se puso a temblar. Christian percibió el miedo que la embargaba.

-Tengo que ir -susurró-. Por favor, no te enfades.

Estaba mucho más que enfadado. Estaba furioso de rabia y frustración. Mary Stanton debía ser suya, no de Carlyle. El la habría tratado con ternura y respeto. Pero ahora sólo Dios sabía el sufrimiento que tendría que soportar en manos del duque.

-Si no hubiese sido por ti... -dijo ella, con voz que era poco más que un susurro- si no hubiese sido por estos días que hemos estado juntos, por el valor que me has transmitido, no sé qué habría hecho. Pero tú eres sensato y fuerte, *y* parte de esa fortaleza *y* sensatez ahora está en mí.

Los ojos pálidos se le iluminaron con el brillo de las lágrimas. Vibraron tras el telón de sus pestañas doradas hasta que rebosaron y rodaron por sus mejillas.

-Nunca te olvidaré, Christian. Recordaré toda mi vida estos días tan especiales.

El sintió que lo atravesaba un cuchillo afilado. -Mary...

La tomó en sus brazos con afán de protegerla. Sentía en el pecho un amargo pesar, además de bastante miedo por ella.

-Mi amor, te lo suplico. Por favor... di que te quedas; aquí estás a salvo. Con el tiempo, encontraremos una solución, saldremos de este embrollo en el que nos han metido a todos las traiciones de Carlyle. Siempre hay una salida, si uno...

-¿Christian, tú me amas?

El le tomó el rostro entre sus manos.

-Me importas mucho, Mary. Tú sabes cuánto me importas.

Al decir esto, advirtió que ella sacudía la cabeza ligeramente.

-En realidad no tiene importancia. Mi vida se ha echado a perder, ya no soy pura, no soy la clase de mujer con quien un hombre de tu talla querría casarse.

Christian le tomó los brazos.

-Eso no es cierto. Ni siquiera Carlyle tiene el poder de humillar tu naturaleza dulce, buena e inocente. No vuelvas a decir eso.

Mary lo miró con una expresión de tristeza en los ojos.

-Eres el hombre más fuerte y más valiente que he conocido en mi vida, y yo te amo con toda mi alma. Si tú me amaras de la misma forma, no hay nada en el mundo que no estuviera dispuesta a hacer para que estemos juntos.

-Mary, por favor. No soy un hombre que ama con facilidad. Mis sentimientos por ti son profundos e irrevocables pero ¿eso es amor? No lo sé, y no voy a mentirte para mantenerte junto a mí.

Ella sintió un nudo en la garganta. Más lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

-Por eso te quiero, Christian. Y por eso sé que siempre te querré.

Ella sintió una opresión en el pecho.

-No te vayas, Mary, por favor.

-Tengo que hacerlo, milord. Por favor, no lo hagas más difícil todavía.

El respiró muy hondo. Si la amara, tal vez ella se quedaría, y tratarían de encontrar la manera de poder estar juntos.

Si la amara.

Pero, ¿la amaba? Jamás había amado a una mujer. No estaba seguro de saber hacerlo.

Tal vez debería haberle mentido. Christian rechazó la idea. Más allá de lo que pudiera pasar, no sería justo para Mary.

Cuadró la mandíbula para hacer frente a la tensión que iba acumulando en su interior y llevó a Mary hasta el carruaje, la acomodó en el asiento y después se sentó frente a ella, estirando sus largas piernas para afrontar el viaje que tenían por delante hasta la casa de ella, en East Sussex.

Quería que ella llegara antes que el duque, que pareciera que había estado allí todo el tiempo. Christian la iba a acompañar casi todo el camino, después la dejaría y ella llegaría sola.

La idea hizo que la opresión del pecho se extendiera hasta sentir que las costillas se le clavaban en los pulmones. De alguna forma iba a ayudarla, se hizo la promesa. El encontraría la manera, ya vería cómo.

Ya había oscurecido; sólo un mínimo recorte de luz de luna iluminaba las desiertas calles de Londres que se veían desde la casa de los Haversham. Los únicos sonidos que llenaban el aire gélido de la noche eran el traqueteo de algún carruaje que llevaba a los ocupantes a sus respectivas casas y el solitario ulular del búho que había anidado en la cochera.

«Se acabó. Después de tantos años, por fin todo ha terminado.» El estaba cansado, extenuado en extremo. El fracaso le pesaba como una mortaja que envolviera sus hombros. En el silencio de su dormitorio, Jason sentía las paredes de la derrota cercándolo más y más, como una cárcel invisible, implacable.

Lo único que iluminaba la habitación era la luz parpadeante de una vela, que ardía con llama baja en el estanque de cera derretida que se había formado con el paso de las horas. En un rincón, sentado en una silla con las piernas estiradas y el cabello suelto a la altura de los hombros, alzó la botella de coñac hasta sus labios y dio cuenta de un buen trago del calmante líquido.

Esa noche necesitaba ese consuelo, necesitaba alejar de sí los demonios del odio.

Nunca lo habían perseguido como esa noche, desde el primer día de aquellos ocho años. Por aquel entonces, cuando lo llevaron a la cárcel, cuando lo obligaron a soportar sufrimientos, dolores y humillaciones, lo había hecho con un único y firme propósito: hacer que su hermano pagara por el crimen.

Las promesas de venganza lo habían mantenido a flote durante la tortura de aquellas semanas a bordo del bergantín cargado de prisioneros, días de estar tan enfermo y descompuesto que no importaba dormir en sus propios vómitos, demasiado débil para levantar la cabeza de la hamaca donde dormía, obligado a respirar el fétido aire que se colaba en el palmo que lo separaba del cuerpo pestilente del hombre que había a su lado.

El odio por su hermano le había dado la fuerza necesaria para sobrevivir a los días abrasadores bajo el inclemente sol de Georgia, con escasa comida y el agua justa para mantenerse vivo, largos días de trabajo extenuante, luchando contra la fiebre, el sudor y la muerte que acechaba en los malignos pantanos.

Cuando creía que no podría seguir, cuando creía que sería preferible estar muerto a enfrentar un nuevo amanecer, se le aparecía la imagen de Avery viviendo en Carlyle Hall, cenando faisán y champaña, mientras él se alimentaba a base de arroz lleno de gorgojos y una sopa aguada hecha con un solo hueso de buey para cincuenta hombres, y lo sacaba a flote. Imaginaba a Avery derrochando la fortuna de Carlyle, destruyendo el buen nombre de su padre, durmiendo con la mujer que Jason había creído que amaba.

Aquel firme propósito fue su aliado. Y la necesidad de venganza era tan intensa, que el solo hecho de pensarlo podía hacer que se le revolviera el estómago.

Siempre creyó que ganaría. Siempre. Esa noche, en las sombras de su silenciosa habitación, se encontraba sentado en la oscuridad enfrentando la terrible certeza de que Avery

sería el vencedor. Las pruebas que él tenía no alcanzaban para indultarlo. Ahora que Celia ya no estaba, tendría que marcharse de Inglaterra sin haber hecho justicia, sin esa venganza que ansiaba con tanta desesperación. Si no se marchaba, tarde o temprano terminaría en la horca.

Y entonces, Avery ganaría también esa última y vacía victoria.

Jason bebió un largo y decidido trago de la botella mientras se burlaba de sí mismo. ¿A quién trataba de engañar? Su hermano ya había vencido hacía años, con la crueldad de su traición. El ya había perdido parte de su vida en los años terribles pasados en Georgia, en aquellos días que siguieron a su huída por los salvajes pantanos, siempre perseguido por el aullido de los sabuesos. Días de ser más animal que hombre.

Sobrevivir era su única meta, con una voluntad tan férrea que anulaba los valores que siempre había tenido, los restos de decencia que aún le podían quedar. Fue durante aquellos días terribles cuando había renunciado a toda posibilidad de vivir como lo había hecho antes, de ser el hombre que había sido.

Jason lanzó una mirada fugaz a la puerta, el pensamiento puesto en la mujer de la habitación contigua, la pequeña belleza de cabellos oscuros, Velvet Moran. Velvet Sinclair, se corrigió. Su esposa, a efectos prácticos, a excepción de uno. Un matrimonio genuino, sancionado por Dios.

Que él no podía tener, había jurado con un pacto de sangre que jamás se lo iba a permitir.

Bebió otro trago de licor. Había habido un tiempo en que sí quería tal unión, en el que había soñado con tener hijos y un hogar y compartir su vida con una mujer que le perteneciera, como habían hecho su padre y su madre. Esos sueños murieron en la cubierta bañada con sangre de una corbeta británica, capturada y destruida para siempre en un cruel acto de violencia y muerte que lo colocaba entre los hombres más viles de la tierra.

Al pensar en ello, se le aparecieron imágenes, el eco del disparo de un cañón, el olor a pólvora flotando en el aire, los gritos de mujeres arrastradas en la cubierta en llamas.

Jason sacudió la cabeza luchando con los recuerdos, con las terribles imágenes, apretando los dedos alrededor del cuello del botellón, cuyos bordes de cristal tallado empezaban a cortarle la carne.

Con gran fuerza de voluntad, logró apartar las truculentas imágenes, dejó la botella en el suelo, se levantó y comenzó a quitarse la ropa. Primero la levita arrugada, después el chaleco y, sacudiendo los hombros, la camisa de batista blanca. Todavía no estaba tan ebrio como para dormir, pero tal vez pudiera descansar un poco. Al menos una hora le sentaría bien. Fuera cual fuese el rumbo que tomara su vida, era necesario estar muy alerta si pretendía sobrevivir en los días que tenía por delante.

Sus movimientos eran lentos y torpes, por efecto del cansancio y el alcohol. Maldijo cuando rozó el borde de la mesa y la ladeó hacia un lado, lo que hizo que una copa de licor sin usar que había encima para ese fin, cayera al suelo y se hiciera añicos.

Maldijo su suerte, que parecía un reflejo de los acontecimientos del día; apenas tuvo la energía para agacharse y recoger los cristales.

Velvet oyó el ruido de rotura de cristal en la habitación vecina. Jason aún estaba despierto. Aunque ella ya lo había sospechado. El asesinato de Celia lo había hundido en la más profunda depresión, convencido de que la última esperanza de demostrar su inocencia había muerto con ella.

Velvet trató de animarlo durante la cena, narrándole en detalle su encuentro con el comisario; le transmitió la noticia de que el hombre parecía satisfecho con el relato del asesinato. El asesino era un asaltante cualquiera, aseguraba el comisario, y sólo quería las joyas de la condesa. Por ahora estaban salvados, le dijo a Jason, pero él se limitó a asentir con la cabeza, después se excusó y se retiró a su habitación.

A los pocos minutos, llamó a un sirviente e hizo que le llevaran una botella de licor a su

dormitorio. Desde entonces no se le había vuelto a oír.

Prestó atención y escuchó los movimientos de Jason a través de la pared que separaba las dos habitaciones. Sabiendo que no debía y con el corazón en un puño, Velvet asomó las piernas por un costado de la cama, se puso la bata acolchada y se dirigió hacia la puerta de su dormitorio. No estaba cerrada. El asesinato de Celia era tan reciente que a Jason le preocupaba su seguridad y quería poder entrar con rapidez si había algún problema. Levantó el picaporte con cuidado, abrió la puerta y entró.

Unas sombras alargadas llenaban la habitación, tan sólo iluminada por el tenue parpadeo amarillo de una vela que ardía con una mecha ya muy baja. Jason se encontraba arrodillado junto a una mesilla redonda y tallada, de espaldas a ella y tratando de recoger los trozos de cristal de una copa rota. Su torso, dorado por el sol, parecía lustrado a la tenue luz de la vela. Estaba desnudo de la cintura para arriba, advirtió, y sólo llevaba los pantalones y las botas.

El se incorporó al oír que ella se acercaba y comenzó a darse vuelta, no sin que antes Velvet se percatara del irregular entramado de blancas cicatrices que formaban un atroz mosaico en su espalda.

Se le escapó un grito ahogado que no pudo reprimir. Jason soltó un juramento, puso los cristales en la mesilla y fue hacia ella.

-¿Qué quieres, Velvet? ¿Acaso no se te ocurrió llamar?

A Velvet le tembló el labio inferior. Se le revolvió el estómago.

-Tu... tu espalda. Dios Santo, Jason, ¿qué te sucedió, por el amor de Dios? ¿Qué te han hecho?

Jason se puso rígido. Fue hacia ella y se detuvo a unos pocos pasos, sin querer acercarse demasiado. Su semblante era de una gran dureza, encerrado en sí mismo y distante.

-Me azotaron. Es lo que hacen con los criminales, Velvet. No es que sea un hombre muy humilde, precisamente. Obedecer órdenes me resultaba difícil, a mí, que fui educado como heredero de un duque. Humillarme les llevó algún tiempo, más que a la mayoría.

Los ojos de Velvet se llenaron de lágrimas. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Cómo pudo no habérselo imaginado? Aunque también era cierto que habían hecho el amor pocas veces y que ella se había ensimismado por completo en lo que él le hacía. O tal vez sólo fuera que él había tenido el cuidado de que ella no las viera.

Velvet cerró la puerta con un leve ruido sordo y fue hacia él cruzando la habitación. El corazón le latía dolorosamente en el pecho. El dolor era por él; cada aliento de su respiración le resultaba un sofoco de angustia y de piedad.

-Date la vuelta -susurró ella, y acto seguido lo vio irritarse aún más.

-No es agradable, Velvet. Esperaba que nunca tuvieras que verlo.

-Por favor, Jason -tenía la garganta tan cerrada, el dolor que sentía en ella era tan intenso que apenas podía hablar-. Quiero ver el daño atroz que te han hecho.

A él le temblaron los músculos, agarrotados por la tensión que sufría todo su cuerpo fornido. Ella pensó que tal vez se negara, pero a continuación se dio la vuelta lentamente. Estiró los hombros al hacerlo y la vela iluminó las estrías y protuberancias. Eran de un tono más claro que el resto de la piel, tostada por el sol, un laberinto de finos surcos que atravesaban los firmes músculos, algunos más profundos que otros, allá donde el látigo había golpeado más de una vez. Le habían arrancado trozos de carne en diversas zonas que habían logrado crecer poco a poco de nuevo, pero enseguida se los habían vuelto a arrancar.

A Velvet se le cortó el aliento; el horror le abrasaba la garganta. Dios mío, cuánto había sufrido. Los ojos le ardían por las lágrimas acumuladas, hasta que rebosaron y se le derramaron por las mejillas. Ni siquiera podía empezar a imaginarse la tortura, la angustia incesante que él había tenido que soportar. La mano le temblaba cuando fue a tocarle la piel cicatrizada y magullada. La apoyó con suavidad en una de las estrías, después se inclinó y apretó su boca sobre la piel tirante y oscura.

Ella oyó el sonido sibilante de la respiración de Jason, percibió la tensión de sus

músculos. Le volvió a rozar la piel con la boca dos veces más, como si con ello pudiera eliminar el dolor, borrar la horrible angustia que había sufrido.

Entonces Jason se volvió con ojos penetrantes, sombríos por los terribles recuerdos, con una rabia que ahora parecía ir dirigida hacia a ella.

-Soy un criminal, Velvet. Traté de explicártelo, quise hacértelo ver. No maté a mi padre, pero he cometido otros crímenes, docenas de ellos, crímenes aún peores que el asesinato.

-No... -era una palabra susurrada. Velvet negó con un gesto de cabeza-. No era lo mismo. Tú eras inocente. Luchabas por salvar la vida. No te merecías lo que te hicieron.

El la aferró por los hombros, clavándole los dedos, tenso e implacable.

-¿Por qué no lo quieres ver? ¿Por qué te es tan difícil entenderlo? -miró su mano izquierda surcada de cicatrices, la cerró en un puño para mostrar el dorso y la acercó a la llama de la vela.

-Esto me lo hicieron cuando estaba en Georgia. Robé dinero, Velvet, en una pequeña iglesia. Asalté al vicario para conseguirlo, un hombre mayor que se interpuso en mi camino. Yo trataba de escapar de la plantación de arroz donde estaba preso. Necesitaba dinero para hacerlo, y no me importaba de dónde sacarlo. Cuando me capturaron, calentaron en el fuego una larga barra de hierro y me marcaron.

Velvet se quedó paralizada. Un fuego abrasador le empezó a arder en el estómago. ¡Cielo Santo!

Se frotó el tejido deformado de la piel del dorso de la mano.

-Por entonces yo era más grande y más fuerte que dos hombres de menor estatura juntos. Como trabajador convicto, valía más vivo que muerto. Si no, me habrían colgado sin más.

El corazón de Velvet se hizo trizas. La lástima que sentía por él la estrangulaba, llegando al borde de la náusea.

-Cuando al fin logré escapar tres años más tarde, puse la mano sobre la llama de una vela para borrar la gran L que habían marcado en ella. Una L espantosa y enorme, Velvet. Toda la gente de Georgia sabía qué significaba esa L.

A Velvet se le escapó un sollozo.

-No lo soporto. No puedo oírlo.

Velvet dio un paso más, el que la acercaba definitivamente a él, le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la mejilla en su hombro.

Amargos sollozos la sacudieron de pies a cabeza. Sintió la mano de Jason, tímida al principio, que finalmente le acariciaba suavemente la espalda.

-No pasa nada, duquesa. Esos días quedaron atrás. Las cicatrices ya no me duelen.

Pero Velvet lloró aún con más ganas. Dios Santo, ¿cómo había podido soportarlo? ¿Cómo había logrado sobrevivir?

-Está bien -susurró él-. Por favor, no llores. No merezco tus lágrimas, Velvet. Un hombre de mi clase no las merece.

Ya había dicho estas cosas varias veces. Ella se apartó para mirarlo, y lo vio a través de un telón de lágrimas.

Esas no son las únicas cicatrices que tienes, ¿verdad, Jason? También están las que llevas adentro, que son mucho peores. Cuéntame qué has hecho, eso tan terrible que te tiene casi destruido. Sea lo que sea, lo hiciste por una razón. Luchabas por tu vida, por reparar el daño que te habían hecho. Cuéntamelo, Jason, deja que comparta tu espantosa carga y ya verás cómo el tiempo se encargará de ir borrando el dolor.

El se limitó a negar con la cabeza. Ya empezaba a asomar la sombra en sus ojos y le iba cubriendo el semblante.

-No me pidas eso, Velvet. Si algo te importo, no vuelvas a pedírmelo nunca más.

La mirada turbulenta delataba una profunda angustia que le llenaba el alma. La llevaba tan grabada en sus entrañas que Velvet sintió un dolor agudo en el corazón.

Ella quería abrazarlo, consolarlo. Quería ahuyentar su dolor, borrar los terribles

recuerdos.

-Está bien, Jason. No tienes que contarme nada si no quieres -se acercó a él para acariciarlo y apartó de su mejilla un mechón suelto de ondulado pelo oscuro.

Después se dio la vuelta y comenzó a desabrocharse la bata. Le llevó más tiempo de lo normal debido al acusado temblor de sus dedos. Jason no dijo nada cuando vio que la dejaba caer de sus hombros ni cuando se encaminó hacia su gran cama con baldaquín, y retiró las sábanas.

El permanecía en las sombras, inmóvil, pero Velvet sentía su mirada clavada en ella, de un azul abrasador, brillante, ensombrecido por el calor y las turbulentas emociones. Sin pensar en el pulso acelerado que sentía dentro del pecho ni en la calidez que empezaba a correrle por las venas, tiró de un extremo del camisón y se lo quitó por la cabeza.

Los ojos azules y brillantes de Jason vieron cómo lo arrojaba sobre la gran cama.

-Por favor... -Velvet comenzó a forcejear con la trenza, la desató y se soltó la melena, que le cayó sobre los hombros-. Te necesito, Jason, y sé que tú también me necesitas. Hazme el amor esta noche. Ayúdate a ti mismo y a mí también, para que podamos olvidar, aunque sólo sea por esta noche.

Transcurrieron largos momentos. Jason no dijo nada. El corazón le latía intensamente, le golpeaba con fuerza en el pecho. Se mantuvo de pie, rígido, como si tuviera miedo de moverse, mirando a la joven que ya no era una joven a causa de él, a la mujer con quien se había casado y que, en realidad, no era su esposa.

El cerró los ojos ante la imagen tentadora de la mujer tendida en su gran cama, con su seductor cuerpo desnudo sobre las sábanas blancas como la nieve. La melena cobriza enmarcaba sus delicadas facciones y los labios carnosos, sensuales. Los senos blancos y lozanos apuntaban hacia arriba y estaban coronados con suaves pezones rosados. A la luz de la vela, un triángulo prohibido de sedoso vello caoba estaba anidado entre las piernas, desafiando sus caricias.

-Ven, Jason.

Sus ojos dorados le imploraban que no la rechazara de nuevo.

A Jason, que ya tenía una erección, le latía todo el cuerpo acalorado. La sangre corría hacia la rígida protuberancia de carne que le oprimía molestamente la bragueta de sus ceñidos pantalones. Día tras día, había tratado de bloquear su deseo por ella desde que habían dejado la posada. Había veces en que, de hecho, lo conseguía. Pero no era el caso de esa noche.

Velvet pasó la mano por el espacio vacío junto a ella, a modo de invitación.

-Ninguno de nosotros sabe a ciencia cierta qué nos traerá el futuro. Necesito que me abraces, que me toques, que me hagas sentir a salvo. ¿Lo harás, Jason?

La respiración de Jason se aceleró, saliendo con una cadencia más corta y más rápida. La ansiedad le aumentaba a cada latido de su corazón, encendido por el brillo de su piel, la turgencia de sus pechos. Vio cómo se le endurecían los pezones hasta transformarse en dos pequeños picos enhiestos, tal vez por el frío que invadía la habitación o quizá por el hecho de saber que él la deseaba con toda su alma.

Su erección se acentuó, doliéndole con cada respiración. Deseaba meter ese rosado botón entre sus dientes, lamerlo y estimularlo hasta que ella se estremeciera y suplicara su posesión. Quería saquear esa dulce boca, invadirla con la lengua. Quería separar aquellas piernas esbeltas, llenarla con su dureza, penetrarla hasta que el deseo contra el que luchaba sin cesar quedara al fin saciado.

-¿Vienes?

Por todos los diablos, él era un simple mortal. Y la necesitaba con toda su alma. Empezó a desabrochar los botones de los pantalones con manos temblorosas, soltó el primero y después el siguiente, se sentó y se quitó las botas.

Tal vez él tendría que pagar por su deseo. Lo más probable es que su destino fuese arder en el infierno pero, ¿qué más daba, un pecado más o menos, en una vida ensombrecida por tantos, por más de los que podía contar?

El susurró el nombre de Velvet mientras se sentaba desnudo en la cama junto a ella.

-Dios santo, duquesa, te deseo con toda mi alma.

Una leve sonrisa afloró a los labios de Velvet. Desplazó la mirada de su rostro hacia sus hombros y después recorrió su pecho, cubierto de vello. Le pasó la mano por los chatos músculos de su estómago y se detuvo para mirar su sexo prominente.

-Eres muy hermoso. Y muy fuerte, Jason, increíblemente viril. Ni siquiera las cicatrices que tienes pueden atenuar tu belleza.

El sonrió sin darse cuenta, conmovido por la sinceridad de sus palabras.

-Se supone que soy yo quien ha de decir esas cosas. Ella lo miró tras sus pobladas y negras pestañas. -¿Me crees hermosa?

-Creo que eres increíble.

Entonces la besó, tomó su boca con suavidad al principio, aunque lo que en realidad deseaba era conquistar, reclamar, poseer toda su esencia. Quería fundir su cuerpo con el de ella, que formara parte de él para que jamás lo olvidara.

Ella le devolvió los besos con mucha menos suavidad, exigiéndole que le demostrara su fortaleza, o tal vez, percibiendo sencillamente la urgencia de él, como tantas veces era capaz de hacer. El soltó un gemido al sentir su pequeña lengua deslizándose en su boca y perdió definitivamente el control.

Las manos de Jason recorrieron todo su cuerpo, percibiendo la suavidad de su piel, la dulzura de las colinas y los valles que la identificaban como mujer. Besó todo el recorrido de la piel hasta sus senos, se metió uno en la boca, lo saboreó y acarició hasta que ella se estremeció bajo su cuerpo. Después, la mano descendió y encontró su suavidad. Estaba mojada y caliente. La acarició profundamente; advirtió que el cuerpo de ella comenzaba a temblar y que le clavaba las manos en los hombros.

-Jason -susurró ella mientras él le separaba las piernas con la rodilla-. Necesito... necesito...

-Está bien, mi amor. Yo tengo lo que tú necesitas.

La penetró con una simple embestida que la llenó por completo e hizo de ellos un solo cuerpo. Fue un acto rápido y feroz, impulsado por una pasión bloqueada desde hacía tiempo, o tal vez por la desesperación. Al terminar, sus cuerpos quedaron unidos.

Pasaron breves momentos y él la volvió a poseer, esta vez más despacio, casi con parsimonia, saboreando la intimidad, sabiendo que estaba mal pero que el placer era tan intenso y el júbilo tan conmovedor, que no le importaba.

Después se quedó dormido, se sumió en el sueño más profundo y despreocupado que era capaz de recordar. Ya se preocuparía al día siguiente por la seguridad de Velvet y la propia y tomaría las decisiones que hicieran falta, por dolorosas que fueran.

Pero esta noche sólo existía esta pequeña mujer, y la paz que no había sentido en años. Lo último que registró fue el placer de sentirla acurrucada en sus brazos.

21

Aún no había despuntado el alba pero unos pálidos rayos de luz grisácea ya asomaban sobre el horizonte. Velvet había dormido un rato, con el cuerpo saciado después del apasionado encuentro sexual, pero su mente no había logrado descansar.

La acosaban imágenes de Jason, de las cicatrices de su espalda, espantosas visiones de las torturas que él había padecido. Se sintió llena de tristeza, con un dolor lacerante por Jason que palpitaba muy hondo dentro de ella y parecía no tener fin.

Hasta esa misma noche no se había percatado de la desesperación con que había llegado

a amarlo. En su condición de heredera de Haversham, nunca había esperado enamorarse de verdad. Creía que sólo conocería la clase de sentimientos propios de un matrimonio de conveniencia y había esperado, en el mejor de los casos, encontrar un esposo bueno e indulgente con quien pudiera compartir una vida pacífica.

No estaba al tanto de la existencia de pasiones abrasadoras como la que sentía, de esa anhelante, penosa, absorbente necesidad de otro ser humano. Ella amaría a ese hombre hasta el último de sus días. Lo sabía con la misma certeza con que sabía que él la dejaría... o que lo matarían.

Pensó en cómo habían hecho el amor la noche anterior. Al principio, él la había tomado casi salvajemente, pero su actitud fue cambiando hasta convertirse en un cuidado y una solicitud tan exquisitos que a ella le hicieron asomar lágrimas a los ojos. No obstante, cada vez que ambos alcanzaban el orgasmo, Jason se había retirado, apartándose de ella para derramar el semen fuera de su cuerpo.

El no quería un hijo que luego tendría que abandonar. El mensaje no podía ser más claro. Le dejaba una hueca sensación de vacío en las entrañas.

El tenía interés en ella, pero no tanto como para quedarse. Se marcharía, aunque de alguna manera quedara demostrada su inocencia y le fueran devueltos el título y las propiedades. Y no la llevaría consigo.

Un sabor amargo le subió a la garganta, pero Velvet se obligó a tragárselo. Lo que compartían no podía durar. Tarde o temprano, lo perdería. Dolía pensar en ello... ¡Santo Dios, cómo dolía! Anheló poder enterrar en el pasado el amor que sentía por él, pero no pudo.

Por el contrario, ansió más que nunca poder ayudarlo.

Cuando el sol comenzó a iluminar el horizonte gris, Velvet se juró, como ya lo había hecho otras veces, que encontraría la manera de hacerlo.

Lucien Montaine arrojó el *Morning Chronicle* sobre el asiento de su coche. La noticia del asesinato de Celia se destacaba en grandes letras negras en la primera página. Lucien, desde luego, ya se había enterado. Era la comidilla de la nobleza; se había propagado con la velocidad de un reguero de pólvora. También había recibido un mensaje de Jason, de tono desalentado; su talante era tan negro como las noticias.

Eso, sin embargo, había sido el día anterior. Ese día había enviado un recado a la casa de Haversham, solicitando una entrevista con lord y lady Hawkins. El conde no se daba fácilmente por vencido.

Y había pergeñado un plan.

-Muy bien, Lucien, oigámoslo -Jason cerró las puertas del salón y lo observó a través de los cristales de las gafas-. Muestras mucha vivacidad. ¿En qué andas, amigo mío? -parecía agotado. Las ojeras debajo de sus oscuros ojos azules parecían dos cardenales, pero Velvet parecía esperanzada.

-Sí, milord, por favor. Si se ha enterado de algo, de alguna noticia que pueda ser útil...

-Me temo que no sepa nada nuevo. Ojalá fuera así. Lo que he venido a proponeros es arriesgado y entraña no poco peligro, pero a estas alturas...

Jason, inclinándose ligeramente hacia delante, lo aferró del hombro.

-Si se te ha ocurrido un plan que puede limpiar mi nombre, el peligro poco importa.

-Suponía que ésa sería tu reacción.

-¿De qué se trata, milord? -preguntó Velvet-. ¿Qué podemos hacer nosotros?

Lucien observó a sus amigos, tomó una bocanada de aire, y arrancó.

-Tal como yo lo veo, hemos reunido algunas pruebas muy buenas contra tu hermano, aunque, por desgracia, no las suficientes para condenarlo. El testimonio de Celia lo habría conseguido, pero ella está muerta. Eso deja a una sola persona.

Jason se quitó las gafas.

-¿Avery? ¿Crees que podríamos obligar a mi hermano a decir la verdad?

Librodot

-Eso no es exactamente lo que tengo en mente. Es más probable que podamos embaucarlo para que tenga que admitir el asesinato. Si pudiera estar presente un magistrado, junto a la evidencia que ya tenemos, seguramente sería suficiente.

La expresión de acoso se esfumó del rostro de Jason. Aun con las severas ropas que lucía y la peluca gris que llevaba, pareció más joven. Entonces, sonrió.

-Eres un genio, Lucien.

-Bueno, eso ya lo sabemos.

Jason soltó una carcajada. Fue un sonido ronco y pleno que Lucien no oía desde hacía demasiado tiempo.

-¿Y cómo lo haremos? ¿Cuándo y dónde?

-Despacio, mi impaciente amigo. Hará falta cierta planificación y un poco de tiempo. Debemos andarnos con cuidado y asegurarnos que no se nos escape ningún detalle. Un solo movimiento equivocado, y tu vida no valdría un penique.

Velvet se puso pálida.

Jason se limitó a asentir.

-Comenzaremos hoy mismo -declaró- elaboraremos un plan y luego le buscaremos todas las fallas posibles. Como dijiste, no haremos nada hasta no estar seguros de que el plan va a funcionar. Por otra parte, toda la sociedad londinense no hace otra cosa que hostigar a Velvet para conocer a su nuevo esposo. Ella los ha mantenido a raya con la excusa de que estoy muy ocupado con mis negocios y viajo a menudo fuera de la ciudad. Pero si no hacemos algo pronto, llegarán en manifestación hasta la puerta, sólo para echarme un vistazo.

Lucien rió por lo bajo.

-Pues entonces lo verán... o, al menos, les haremos creer que están a punto de verlo.

-Lo siento, milord, pero me temo que no lo comprendo -sin darse cuenta de ello, Velvet había apoyado la mano sobre el brazo de Jason. Lucien advirtió que su amigo no lo retiraba-. No podemos permitir que toda esa gente lo vea. Incluso vestido como está y con un aspecto algo diferente del que solía tener, sin duda alguien lo va a reconocer, va a recordar quién es.

Lucien simplemente sonrió.

Les prometiste un baile para presentarles a tu tímido e introvertido esposo. Eso es algo que no podemos hacer... pero en cambio podemos enviar las invitaciones -inclinó la cabeza-. Veamos... la fecha quedará señalada para... digamos, ¿dentro de tres semanas? Eso debería mantenerlos tranquilos el tiempo suficiente para llevar adelante nuestro plan.

Velvet le dirigió una sonrisa radiante.

-Eres realmente un genio, Lucien.

Ese día, ella estaba deslumbrante, femenina en una forma que el conde jamás había visto. El conocía esa expresión; era el semblante delicadamente femenino de una mujer que se sabe amada.

Jason había roto su promesa de no tocarla. Si así había sido, no se trataba de algo que su amigo hubiera hecho a la ligera. Que Jason la deseaba, era evidente en cada mirada suya, pero Lucien estaba seguro de que detrás había algo más. A Jason le importaba Velvet. Lucien se preguntó sobre la solidez de los sentimientos de su amigo.

Y por la dolorosa herida que tendría Velvet cuando Jason abandonara Inglaterra sin ella, tal como estaba decidido a hacer.

El fuego crepitaba y siseaba. Saltó una brasa, produciendo un sonido metálico al golpear contra la rejilla de la chimenea. Afuera ya había caído la noche, fría y desapacible. Velvet apoyó la labor de bordado sobre su regazo, revolviéndose inquieta frente a la chimenea del salón. El tiempo estaba húmedo, y un fuerte viento doblaba las ramas de los árboles, pero dentro de la casa ya no estaba frío, al menos desde la aparición de Jason.

Había suficiente carbón para mantener encendidas las chimeneas. Las velas que iluminaban la habitación estaban hechas con la más fina cera de abejas, no como las

ordinarias de sebo que ella había utilizado en los últimos y desesperantes años.

Ya no era más una indigente. Jason le había entregado su dote pero, aun así, no le había permitido gastar el dinero.

La había provisto de los fondos necesarios para su mantenimiento y el de la casa durante el tiempo que él llevaba allí, representando correctamente el papel de esposo, al menos en ese aspecto.

En otros, él seguía siendo el mismo hombre distante, obstinado y decidido que había sido antes. No había vuelto a acostarse con ella. La noche anterior ella había estado esperándolo arriba al terminar el encuentro que tuvo con Litchfield durante horas, examinando todos los detalles del plan.

Cubierta con una vaporosa bata de seda rosa que había formado parte de su ajuar para la boda con Avery, se había quedado en silencio en la puerta de su habitación, rezando para que él aceptara su invitación.

Jason no se había acercado. Se había limitado a permanecer en el medio de la habitación, sacudiendo la cabeza.

-Estoy haciendo lo imposible, Velvet. Si seguimos haciendo el amor, tarde o temprano habrá un bebé. Tarde o temprano... -se interrumpió en el medio de la oración con la mirada súbitamente endurecida, clavada en ella con expresión acusatoria-. O quizá sea justamente ésa tu intención. Piensas que si estuvieras embarazada, yo no me marcharía. Si ése es tu juego, duquesa, estás muy equivocada. Un niño no haría más que apresurar mi partida. No quiero tener nada que ver con ningún niño... propio o ajeno. Lo dejé en claro desde el principio.

A Velvet el corazón le martilleó dolorosamente. La mayoría de los hombres ansiaba tener un hijo propio, un hijo que llevara el nombre de su padre. ¿Por qué Jason no lo quería? ¿Acaso formaría eso parte del secreto que él guardaba? A Velvet no le cupo duda de que así era.

-No tenía intención de tenderle ninguna celada, milord. Si su interés por mí no basta para retenerlo aquí, preferiría que se marchara.

Jason no replicó.

-Se trataba, simplemente, de que te deseo -ésa, al menos, era parte de la verdad-. Me has enseñado a disfrutar el placer que un hombre puede dar a una mujer. La última vez que hicimos el amor, parecías disfrutarlo igual que yo. Pensaba que quizá...

-¿Pensaba que quizá qué, duquesa? ¿Que me gustaría volver a acostarme contigo?

Atravesó la habitación en dirección a ella, moviéndose con la felina elegancia de costumbre, y se detuvo tan cerca de ella que pudo verle la vena latiéndole junto a los largos músculos del cuello.

Los ojos de Jason la recorrieron de arriba abajo, con un deseo ostensible en sus relampagueantes ojos azules.

-Tú no eres tonta, Velvet. Sabes lo mucho que te deseo, que cuando te veo así vestida hago lo imposible para no rasgarte tus ligeras prendas y tomarte aquí mismo -alzó la mano hasta la mejilla de Velvet, pero no alcanzó a tocarla. En lugar de eso, dejó caer la mano-. No hay nada que me gustaría más que acostarme contigo.

Te suplico, como la amiga en que te has convertido, que cumplas con el acuerdo al que llegamos.

Velvet sintió que le invadía la desesperación. El no la amaba, pero la había aceptado como amiga. Y confiaba en ella, lo sabía. Para un hombre como Jason, la amistad y la confianza no eran cosas que entregara con facilidad, pero de alguna manera, ella había logrado ganarse ambas. Saberlo le proporcionó una extraña clase de consuelo, aunque llevaba a un final obligado de ese juego sin esperanzas que ella estaba llevando, ese peligroso juego sentimental que ella había empezado a tener esperanzas de poder ganar.

Velvet apoyó la mano en la áspera mejilla de Jason y sintió el roce de la barba incipiente.

-No volveré a importunado, milord -sonrió con tristeza-. Que duerma usted bien, Jason.

-Se volvió y se alejó de él.

Ahora, sentada frente al fuego, sin poder evitar los recuerdos, ella se preguntaba cuáles serían los secretos de Jason y anhelaba que alguna vez él confiara en ella lo suficiente para hablar de ellos. El sonido de las cansinas pisadas de su abuelo que se acercaba arrastrando los pies, distrajo su atención.

-Dime, querida, ¿dónde está ese apuesto pícaro con el que te has casado? -entró en el salón, con un libro encuadernado en cuero en su descarnada mano, surcada de venas azules.

-Fue a ver a Litchfield -le recordó Velvet, aunque él había hecho la misma pregunta hacía menos de una hora-. Todavía falta un poco para que regrese.

-Sí, sí, es verdad, Litchfield. Perdóname, parece que lo había olvidado.

Velvet le sonrió con ternura.

-Está bien, abuelo.

El abuelo se rascó la cabeza casi calva, apenas cubierta de finos cabellos blancos.

-Creo que había algo más... algo que debía decirte. Velvet sintió crecer en ella la inquietud.

-¿Qué era, abuelo?

Lo más probable era que no lo recordara. Ojalá que no fuera nada muy importante.

El anciano chasqueó los dedos.

-¡Un mensaje! ¡Por Júpiter, eso es! Ya recuerdo. Lo puse sobre el escritorio, en el estudio. Voy a ir a buscarlo. No tardaré. Regreso en un periquete.

Velvet esperó, impaciente, jugueteando con la labor que tenía en el regazo, pero incapaz de concentrarse en la delicada tarea de bordar según el intrincado diseño.

El anciano conde asomó la cabeza por la puerta.

-Que me condenen, pero he olvidado qué es lo que iba a buscar.

-Un mensaje, abuelo. Dijiste que lo habías dejado en el estudio. ¿Por qué no me aguardas aquí y...?

-¡Eso es! El mensaje que llegó para tu marido. No tardaré ni un minuto.

Se marchó farfullando por lo bajo. En esta ocasión regresó, efectivamente, trayendo la nota que aparentemente había recibido en algún momento de la mañana, un mensaje lacrado dirigido a lord Hawkins.

Velvet lo observó un instante, y lo abrió con manos súbitamente nerviosas. No era momento para detenerse en formalidades. El mensaje podía ser urgente.

Que era, precisamente, lo que parecía.

Velvet paseó la mirada sobre el papel prolijamente doblado y leyó su contenido. Las palabras mostraban una caligrafía esmerada, como si el autor no las hubiera escrito con su propia mano, sino que las hubiera mandado a escribir. El remitente solicitaba una reunión, decía el mensaje. Se había enterado de que Su Señoría estaba buscando información referida al asesinato del duque de Carlyle, sucedido ocho años atrás. Por un dinero a convenir, la información podía ser suya.

«Venga al callejón contiguo a El Cisne y la Corona. Lo encontrará en el Strand, a una calle de Bury Lane. A las diez en punto... ni un minuto más. Venga solo.»

Velvet se mordió el labio y sus ojos fueron hasta el pulido reloj de pie que se había escapado por un pelo de ser vendido con el resto de las posesiones de la familia. ¡Santo Dios! Ya eran las nueve y cuarto, y Jason podía no regresar hasta después de varias horas. Estaba con Litchfield, pero Velvet no sabía muy bien dónde. El estaba harto de estar encerrado; le había dicho que tal vez salieran tarde a buscar un sitio para cenar.

-¿De qué se trata, querida? -la voz del abuelo interrumpió sus cavilaciones-. Pareces un poco irritada.

Velvet echó un vistazo a la nota que tenía en la mano. ¿Cómo había descubierto el remitente el interés de lord Hawkins? ¿Cómo había sabido adónde enviar la nota? Tal vez las

averiguaciones del señor Barnstable lo habían puesto sobre aviso. O quizás estuviera relacionado con alguien de El Báculo del Peregrino.

Fuera cual fuese el caso, era evidente que el hombre sabía algo. Podía tratarse de información de importancia vital. Si Jason no llegaba a tiempo, ese hombre podía desaparecer, y jamás volverían a encontrarlo.

-Debo hacer una diligencia, abuelo. Si Jason vuelve a casa antes de mi regreso, dale el mensaje. La nota le indicará adónde he ido -metió la nota entre sus frágiles y arrugadas manos-. ¿Podrás recordarlo, abuelo?

-Por supuesto que podré.

Aunque lo más probable era que lo olvidara. Ella sintió que en sus sienes brotaba el sudor. Pensó en llamar al mayordomo, pero cuantas menos personas estuvieran enteradas del asunto, tanto más seguro sería para Jason. Además, llevaría consigo al hombre que Barnstable había contratado para vigilar la casa, y seguramente estarían de vuelta mucho antes del regreso de Jason.

Echó una mirada al reloj que marcaba los segundos como si se tratara de una cuenta regresiva en una carrera hacia la muerte. Dándose la vuelta, se dirigió hacia la puerta, llamó a un lacayo para que le preparara el coche, tomó su capa con capucha y fue a buscar al detective que montaba guardia afuera.

Diez minutos más tarde iban dando bandazos por las calles atestadas, pasando como tromba debajo de los carteles que colgaban sobre sus cabezas rumbo al Strand. El Cisne y la Corona no se encontraba, precisamente, en el mejor barrio de la ciudad, ni mucho menos, pero el hombre que tenía sentado enfrente superaba el promedio en peso y corpulencia, era fuerte y fornido, y daba la impresión de ser capaz de enfrentar cualquier conflicto que se produjera.

El susodicho se movió, incómodo, en el asiento de cuero negro.

-No quiero ser entrometido, milady, pero es un poco tarde para que salga cualquier mujer, especialmente en esta zona de la ciudad. No creo que su esposo lo aprobara.

Eso era decir poco, pensó Velvet.

-Me temo que no hay otra alternativa, señor Ludington -le sonrió con amabilidad-. Por otra parte, no me cabe duda de que no corro ningún peligro en tanto usted esté conmigo.

Aun a la escasa luz del coche, Velvet pudo ver cómo se le inflaba el pecho.

-Sí, está bien, tiene razón, supongo, ahora que lo pone en esos términos...

-Y sólo será un momento. Tan pronto dé por terminado el asunto con el hombre que vine a ver, podremos marcharnos.

El hombre no discutió. Se limitó a emitir un gruñido y acomodó más cómodamente su corpachón en el asiento. Afuera había comenzado a caer una espesa niebla sobre las calles fangosas, pero lo que llamó la atención de Velvet fue el olor, un olor a podrido y a pescado que llegaba de los muelles. Los edificios que se alineaban a lo largo del sucio callejón estaban negros de hollín, muchas de las ventanas estaban claveteadas con tablones y la basura se apilaba contra las ruinosas paredes de ladrillo.

El aire húmedo que se filtraba a través de su capa la hizo estremecer. Sentía la piel fría y pegajosa. No tenía miedo, no se trataba exactamente de eso. Pero, decididamente, estaba incómoda.

A través de la niebla, apareció frente a ellos el cartel que decía El Cisne y la Corona.

-¡Allí está! -Velvet dio un golpe seco en el techo del carruaje, e indicó al cochero que se detuviera frente al edificio de la izquierda.

-No va a pasar nada, señor Ludington, estando usted vigilando aquí, junto al coche. Si veo que necesito ayuda, gritaré pidiendo socorro.

Ella no había dicho nada acerca de la cita, sólo había dicho que tenía que hacer un recado en ese sector más bien desprestigiado de la ciudad y que necesitaba que la acompañara.

-No voy a quedarme aquí -afirmó él, incorporándose pesadamente del asiento-. Iré con usted. No cumpliría con mi deber si no lo hiciera.

Velvet disimuló un gesto de frustración y aceptó que el hombre le diera su áspera mano para ayudarla a apearse del carruaje.

-Comprendo que usted trate de ayudarme, señor Ludington pero, desgraciadamente, esto es algo que debo hacer sola.

El negó tozudamente sacudiendo la cabeza.

-Su esposo me contrató para que la protegiera.

-Efectivamente, así es, señor Ludington. Mi esposo le paga. Si quiere que eso continúe así, le sugiero que acepte los deseos de la esposa.

Ese complicado razonamiento era, sin duda, lo opuesto a la realidad. Jason se pondría furioso al ver que había salido... incluso acompañada por Ludington. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

Se cubrió la cabeza con la capucha y tomó la lámpara de latón que había tenido la precaución de llevar consigo.

-No tardaré, señor. Y podrá ver la luz desde aquí.

El se revolvió, incómodo, con la vista clavada en dos marineros borrachos que entraban, tambaleantes, en la taberna. Velvet le dirigió una sonrisa tranquilizadora y no le dejó espacio para seguir discutiendo; en cambio se volvió y avanzó con paso enérgico por el callejón que corría junto al tugurio. Desde el interior salía la música estridente de una obscena canción marinera, pero el callejón estaba desierto. Salvo un mendigo ciego echado en el suelo que se envolvía con una raída manta, ella no vio señales del hombre con quien debía encontrarse.

Su incomodidad aumentó y le puso los nervios de punta. Al sentir un ruido entre las sombras se dio vuelta pero sólo vio los peludos cuerpos de dos grandes ratas grises que se escabullían detrás de unas cajas vacías; Velvet trató de contener un estremecimiento de temor.

El crujido de la grava bajo los pesados pies de un hombre le provocó un escalofrío. Echó una mirada hacia el coche, vio la borrosa silueta del detective, pero la niebla estaba espesándose y parecía encontrarse muy lejos.

-¿Hay... hay alguien aquí? -preguntó ella, con el corazón martilleándole en el pecho y el miedo creciendo a cada latido-. He venido en nombre de lord Hawkins. Por favor... si hay alguien aquí...

Junto a ella apareció una sombra, alta y corpulenta, oscura y siniestra en la niebla blanca que arremolinaba en el callejón.

Velvet lanzó un grito al sentir que un grueso brazo le rodeaba los hombros, y el hombre la acercaba rudamente a él. Vio que él levantaba la mano, una mano callosa de dedos romos. Atisbó el destello de un puñal, sintió que al hombre se le tensaban los músculos y, gritando, intentó liberarse, pero el brazo del hombre era como una banda de acero que la rodeaba.

Trató de volver a gritar, pero él ahogó el grito tapándole la boca con su musculoso antebrazo. En un relámpago de claridad, pudo ver que el hombre que la mantenía sujeta era el mismo que había matado a Celia Rollins; Velvet supo que estaba a punto de morir.

-Lo siento, muchacha -farfulló él con auténtico pesar.

El puñal empezó a bajar en un arco que terminaba en su garganta. Velvet cerró los ojos, anticipando el dolor de la herida, pero no éste no llegó. En lugar de eso, el brazo fue doblado hacia arriba, alejándose de su cuello, cuando el querido señor Ludington apareció muy oportunamente.

Con un chillido de agradecimiento, Velvet logró soltarse de su inmenso atacante y cayó pesadamente contra la pared. Sus pies dejaron de sostenerla, y se desplomó sobre el barro del callejón. Trastabilló hasta lograr ponerse de pie, con el corazón latiéndole vertiginosamente de temor por el robusto detective de Bow Street que luchaba tan valientemente para salvarla.

-¡Corra, milady! ¡Sálvese, mientras pueda!

Ella quiso correr, pero no podía dejarlo abandonado a su suerte y que muriera. En lugar de eso, buscó frenéticamente algún arma tirada en el callejón, y finalmente encontró una barra torcida de hierro oxidado que alguna vez había formado parte de una rueda, y giró hacia el hombretón que aferraba del cuello al pobre señor Ludington.

Librodot

El detective estaba inconsciente, según pudo ver, o tal vez muerto, o a punto de estarlo por asfixia. Pidiendo con una plegaria silenciosa la fuerza que necesitaba, dejó caer la pesada barra con todas sus fuerzas golpeando al malhechor en las costillas; Velvet oyó el agradable ruido de un hueso que se rompía. Se oyó un insulto soez. El cuerpo inconsciente de Ludington cayó al suelo, y Velvet estuvo al borde del desmayo cuando el hombretón se dio vuelta y enfiló hacia ella.

Alzó la pesada barra de hierro con manos tan temblorosas que dudó de poder seguir sosteniéndola y lo enfrentó, con la certeza de que el detective y ella iban a morir en ese mugriento callejón infestado de ratas. En lugar de eso, el hombretón dio dos pasos tambaleantes, y se quedó inmóvil. Con la vista puesta en algún punto encima de la cabeza de Velvet, soltó un obsceno juramento, giró y se alejó corriendo por el extremo opuesto del callejón.

Durante unos segundos, Velvet se quedó aferrando la oxidada barra de hierro, temblando por el miedo y por los primeros destellos de esperanza. Le llevó un momento reconocer el eco de las largas y pesadas zancadas que se acercaban a ella. Al instante reconoció a quién pertenecían y giró con abrumador alivio en esa dirección.

-¡Jason!

El cochero corría a su lado, llevando una de las lámparas del coche para iluminar las penumbras del callejón y la hosca expresión del semblante de lord Hawkins. Jason pasó corriendo frente a ella persiguiendo a su atacante, pero se detuvo tras recorrer cierta distancia, escrutando con mirada sombría la espesa niebla que parecía haberse tragado al hombre como si nunca hubiera estado allí. Jason volvió sobre sus pasos y se detuvo a escasos centímetros de Velvet.

A la débil luz de la lámpara, el cochero se arrodilló junto al detective que seguía tirado en el suelo; Velvet oyó que Ludington soltaba un gemido.

-¿Se encuentra bien? -preguntó Jason al cochero, sin quitar los ojos del rostro de Velvet.

-Se pondrá bien, Su Señoría. Apenas algunos chichones y cardenales. Lo llevaré de vuelta al carruaje.

Jason se limitó a asentir. En silencio, extendió la mano para tomar la pesada barra de hierro que Velvet aún tenía en la mano y logró arrancarla de sus dedos agarrotados y doloridos. Paseó la mirada por el semblante de la muchacha, con la preocupación marcada en las arrugas de la frente.

-¿Estás bien?

Ella asintió con la cabeza, con la garganta demasiado estrangulada para hablar.

-En nombre de Dios, ¿pero qué diablos estabas haciendo?

Velvet no respondió. No podía emitir palabra. -¡Podría haberte matado, maldita sea! ¿Cómo pudiste hacer algo tan insensato?

Ella sintió que se le agolpaban las lágrimas. Aún no podía hablar.

-Por Dios, duquesa... -Jason alzó la mano hasta su mejilla. Velvet advirtió que le temblaba-. ¿Qué haré contigo?

«Abrázame», quiso decirle Velvet. «Por favor, Jason, ¡estoy tan asustada! ¿No podrías, simplemente, abrazarme?»

Pero no llegó a pronunciar esas palabras. No tuvo que hacerlo. Con un ronco gemido, Jason la tomó en sus brazos y la acurrucó muy junto a él.

-¿Cómo pudiste ser tan imprudente? ¿Cómo pudiste arriesgarte así?

Velvet se sorbió las lágrimas y soltó un suspiro entrecortado.

-No había tiempo para que te esperara. Tenía la esperanza de que este hombre supiera algo que pudiera ayudarte. Tuve que arriesgarme.

-Pequeña tonta -dijo él, pero no había rudeza en sus palabras, que se oyeron mezcladas con un dejo de temor y de algo más que Velvet no pudo identificar. La mantuvo abrazada unos minutos más, con el corazón latiéndole tan locamente como el de ella; finalmente la soltó para regresar ambos al coche.

Librodot

Velvet se detuvo ante la portezuela.

-Supongo que el abuelo se acordó del mensaje.

Jason le apoyó las manos sobre los hombros y apretó con tanta fuerza que ella no pudo evitar una mueca de dolor.

-¿Y si no hubiera sido así, Velvet? ¿O si yo hubiera llegado unos minutos después? ¿Te das cuenta de que probablemente estarías muerta?

Detrás de una nube asomó un rayo de luna. Bajo la acuosa luz, el rostro de Jason estaba tenso y pálido.

Sus palabras lograron hacerle revivir la terrible escena, y Velvet se echó a temblar, sintiendo que sus músculos se convertían en débiles tiras temblequeantes. Fláccida, a causa de los últimos restos de miedo y agotamiento, se acercó a él, lo tomó del brazo para no caer redonda al suelo y oyó que él juraba por lo bajo.

Sus fuertes brazos la rodearon, la envolvieron en los pliegues de la capa y la apretaron contra su pecho.

-¡Por todos los santos, duquesa! -la ayudó a ganar la seguridad del interior del coche, la sentó sobre las piernas y la mantuvo abrazada con actitud protectora durante todo el trayecto hasta la casa.

Velvet pudo sentir la tensión que todavía la embargaba y los restos de la furia y el miedo que se había esforzado por dominar.

-Supongo que era una trampa -pudo ella decir por fin, rompiendo el silencio entre ambos.

El abrazo de Jason se hizo casi imperceptiblemente más apretado.

-Supongo que sí. Todavía no sé si era para mí o para ti.

Velvet cambió de posición para mirarlo a la cara. -Era el hombre que mató a Celia, de manera que debía buscarme a mí.

Jason negó con la cabeza.

-La nota iba dirigida a mí. Si tu abuelo se hubiera acordado de dármela, yo habría ido a El Cisne y la Corona y no tú. El mensaje sería de mi hermano. Probablemente descubrió que sigo con vida y me tendió una celada.

-¡Pero era el hombre que mató a lady Brookhurst! ¡Estoy segura!

-Efectivamente. Sin duda, es el hombre de confianza de mi hermano. Parecería que quiere vernos muertos a los dos.

Velvet no dijo nada, pero sintió que la recorría un estremecimiento helado. Escondió la cabeza en el musculoso hombro de Jason, pero en ese momento ni siquiera la poderosa presencia de lord Hawkins era capaz de hacer que se sintiera a salvo.

22

El día del funeral de sir Wallace amaneció frío y ventoso, con densos nubarrones grises suspendidos sobre el pequeño grupo familiar reunido en la colina que dominaba Stanton Manor.

El servicio fue breve; consistió en un sencillo funeral realizado en la parroquia más cercana, muy alejado del ostentoso espectáculo colmado de flores en la catedral de Londres que su padre habría deseado. Pero Mary pensó que, en este caso, sir Wallace la habría perdonado. No estaba en condiciones de enfrentar a los cientos de miembros de la sociedad que se habrían visto obligados a asistir, ahora que su hija se había casado con un duque.

De pie junto a la tumba, esperando que el ataúd de plata repujada de su padre fuera bajado a la tierra, Mary pensó en Avery, con su expresión contrita y compasiva y su banda de satén negro en el brazo, y la imagen le dejó un sabor amargo en la boca.

El duque de Carlyle no sentía la menor compasión. Y, ciertamente, ningún remordimiento. Avery era quien lo había hecho; ella lo sabía desde el fondo de su alma. El

duque de Carlyle había asesinado a su padre. El no tenía escrúpulos y ni una pizca de compasión cuando se trataba de conseguir lo que quería.

De pie y muy rígida junto a él, Mary deseó fervientemente haber sido el hijo varón de su difunto padre en lugar de la débil y vulnerable mujer que era. Deseó tener el coraje suficiente como para clavar un cuchillo en el cruel corazón negro de Avery.

Por fin acabó el servicio religioso, y Avery se acercó a ella y le dio una suave palmada en el brazo.

-Ven, querida -su cara larga con expresión compungida sólo logró aumentar el odio que ella sentía por él-. Es hora de que olvidemos tanta pena y regresemos a la ciudad.

Mary sintió que se le cerraba el estómago; a continuación sintió náuseas.

-Había pensado en quedarme aquí, Su Gracia; al menos, un tiempo más.

Avery sacudió la cabeza tocada con una peluca color plata, echándose atrás de las orejas los gruesos rizos.

-Tonterías, querida. Ya es hora de que regreses. Tienes que cumplir con tus responsabilidades de duquesa. Darme un heredero es una de ellas. Es tiempo de que ponga mi semilla y te deje embarazada.

Mary estuvo a punto de desmayarse. Avery la sostuvo con más fuerza, y pasó el mal momento.

-Lo siento, milord. Se trata de que estoy sumamente afligida por la pérdida de mi padre. ¿No es posible que me deje sola hasta que ese sentimiento ceda?

El frunció la boca con gesto desaprobatorio.

-Vendrás a casa con tu esposo. Eso que dices es lo último que quiero oír al respecto.

Avery se volvió y le dio la espalda, se acercó a uno de los amigos más íntimos de sir Wallace y comenzó una conversación acerca de las inversiones rentables que el hombre había ayudado a hacer a su suegro a lo largo de los años.

Mary los contempló un momento; ella no dejó de advertir el disgusto que obviamente sentía el amigo de su padre por el duque. Finalmente se dio vuelta y, andando con unas piernas que le parecían de madera, emprendió el camino de regreso a la casa. Avery se marcharía esa misma tarde. Y ella tendría que ir con él. Christian se lo había advertido, pero ella no le había hecho caso. Ahora pagaba las consecuencias.

Se preguntó dónde estaría el conde y qué estaría haciendo, y si estaría al menos un poco preocupado por ella. Su alta y dorada imagen apareció ante sus ojos tan claramente como si efectivamente se encontrara allí, y los ojos le ardieron por las lágrimas agolpadas en ellos. Ella sabía que esas lágrimas rodaban por sus mejillas por algo más que la pena por su padre.

Jason se inclinó sobre el plano que Lucien había hecho de un almacén que el marqués poseía en los muelles de Londres. Habían escogido ese sitio como lugar de encuentro para su cita con Avery.

-Hay una pequeña habitación al fondo -Litchfield señaló la parte trasera del edificio-. Avery no podrá verlo. Pondremos al magistrado en esa habitación. El podrá ver el interior a través de un discreto ventanuco y escuchar lo que se dice sin que nadie se entere de que está allí.

-¿Ya has hablado con él? -preguntó Jason-. Tal vez esté poco ansioso por colaborar - estaban trabajando en el estudio de la casa londinense de Haversham. Desde el ataque sufrido por Velvet frente al El Cisne y la Corona, Jason era reacio a dejarla sola.

-No, pero lo hará. De alguna manera, está en deuda conmigo por una inversión conveniente que le sugerí hace varios años. Thomas es socio de un club de juego al que yo también pertenezco. Pienso hablar con él antes de nuestro encuentro de mañana por la noche.

-¿Estás seguro de que se puede confiar en él?

-Creo que es un hombre honesto. No pienso que podamos confiarle tu verdadera identidad, al menos hasta la confesión de Avery. Si lo hiciéramos, él estaría obligado a

encerrarte.

¿Qué pasará si mi hermano no confiesa, pensaba Jason? ¿Qué pasará si no admite ni uno de los condenados cargos? Pero no lo dijo en voz alta. Ambos conocían la respuesta a todo eso.

-Si lo que sucedió anoche dice algo -siguió diciendo Jason-, podemos estar bien seguros de que mi hermano sabe que estoy vivo. No se sentirá particularmente sorprendido de recibir un mensaje sugiriendo que nos encontremos.

-Muy cierto. Por desgracia. Ya que eso elimina el factor sorpresa. Habría sido preferible que no lo descubriera hasta que estuviéramos listos. Por más que, sin duda, el hombre habría estado a punto de perder la razón al verte vivito y coleando después de tantos años.

La boca de Jason se curvó en una sonrisa amarga.

-Estoy seguro de que habría pasado eso.

-En cualquier caso, tendremos que presionar. Necesitamos la confesión de ese canalla; de una manera u otra, la vamos a conseguir.

Jason se frotó la mandíbula, y sintió la aspereza de la barba incipiente, a pesar de que se había afeitado esa misma mañana.

-Me pregunto cómo descubrió que yo estaba aquí. A pocos pasos de ellos, se oyó un ruido.

-Yo no estoy segura todavía de que lo haya descubierto -dijo Velvet desde la puerta de entrada del estudio.

Jason había estado tan enfrascado en sus pensamientos que no la había oído llegar.

-Temo que no te comprendo -le dijo él mientras la recorría con la vista de arriba abajo, sintiéndose asaltado por una inesperada sensación de placer sólo por verla.

-Se trata, sencillamente, de que cuanto más pienso en lo sucedido, tanto más me convenzo de que tu hermano no sabe nada de ti.

Jason soltó un bufido.

-Sabe lo suficiente como para haber estado a punto de matarte.

Velvet entró decididamente en la estancia, llevando su oscuro cabello castaño recogido en un simple rodete en la nuca. Su vestido de tafetán color damasco le rozaba suavemente los tobillos. Jason la contempló, y todo su cuerpo se puso tenso de deseo. Se obligó a reprimir la inoportuna reacción.

-Existe otra posibilidad, sabes -dijo Velvet.

-¿Cuál es? -quiso saber Lucien, cambiando su posición junto a la repisa de la chimenea.

-Que la nota que recibimos fuera real. Que realmente exista ese hombre que vio algo la noche del crimen. No se presentó ante mí porque quería hablar con Jason.

Jason arrugó el entrecejo con aire torvo.

-¿Y la presencia del asesino de Celia? Era meramente una coincidencia, supongo.

-Sabes que no lo era. Probablemente, él estaba vigilando la casa, tal como tú mismo esperabas que hiciera. Cuando me vio salir, se limitó a seguirme, esperando la oportunidad para acabar conmigo.

-Algo que estuvo muy cerca de conseguir -le recordó Jason con gesto adusto.

Lucien se apartó de la chimenea, atravesando airosamente la alfombra con su alta figura de largos miembros.

-Sabes, viejo amigo, quizás ella tenga razón. No hay razón para que Avery sospeche de tu regreso de entre los muertos. La condesa podría habérselo dicho antes de morir, si Avery hubiera sido quien la mató, pero envió en su lugar a su hombre de confianza. Dudo que Celia le haya dicho nada.

Jason meditó el asunto. Miró a Velvet, y una expresión de respeto le curvó los labios.

-Nunca dejas de sorprenderme, duquesa -y a Lucien-: Creo que en esto, la dama está en lo cierto. Yo no debería haber sacado esa conclusión apresurada. A menos que mi hermano se enterara accidentalmente, no tiene motivos para sospechar que estoy vivo.

Lucien lo miró, sonriendo.

-Así recuperamos el factor sorpresa.

-También implica que quizás haya alguien más que puede ayudarnos -añadió Velvet-. Alguien que sabe la verdad. Tal vez intente ponerse nuevamente en contacto con nosotros.

-Tal vez -coincidió Lucien-. Mientras tanto, pondré a punto los detalles de nuestro encuentro y hablaré al respecto con Thomas Randall.

-¿Qué le dirás? -preguntó Velvet.

-Que sospecho que el duque de Carlyle puede estar involucrado en una operación de contrabando, y que quizás esté utilizando mi almacén para hacer sus trapisondas. Diré a Randall que he concertado un encuentro que puede dejar establecida la culpabilidad del duque y le pediré que actúe como testigo.

Velvet le dedicó una sonrisa.

-Salvo que el crimen que Avery reconocerá no será el de contrabando; será el de asesinato.

-Si todo sale bien -recordó Jason a ambos, apretando inconscientemente las manos en un puño. Velvet le rozó el brazo.

-Saldrá, Jason... tiene que salir. Tú eres inocente. Ya es hora de que todos sepan la verdad.

Pero Jason no estaba tan seguro. ¡Podían pasar tantas cosas! ¡Tantas cosas que podían salir mal! Una parte de él ansiaba olvidar la venganza que había anhelado durante tanto tiempo para poder regresar de inmediato a su plantación de las Indias Occidentales y volver a tener la vida sencilla que había vivido en los últimos años. Pero ahora debía tener en cuenta a Velvet. Hasta que no encontrara la manera de detener a Avery, la vida de Velvet estaría en peligro.

Jason fue asaltado por una imagen de la noche anterior, en la que veía a Velvet en el tenebroso callejón, su rostro aterrorizado y el mortal destello del acero. Cerró los ojos para eliminar la visión de Velvet en medio de un charco de sangre, muerta en el callejón infestado de ratas.

Se le cerró el estómago y una bocanada de bilis subió hasta su garganta. Al instante, la espantosa visión se modificó. El charco de sangre comenzó a avanzar hacia él sobre la cubierta inclinada de un barco con un mástil muy alto. Pudo oír los gritos de las mujeres, suplicándoles que pararan la matanza, que alguien las ayudara.

Jason apoyó la mano en la mesa para sostenerse, para alejar de sí esa visión, pero el rojo charco continuaba extendiéndose hasta formar una laguna de sangre a sus pies.

-No... -susurró, pero el griterío no hacía más que aumentar.

Trató de bloquear el paso de los horripilantes sonidos, pero la sangre seguía avanzando deslizándose hacia él. Quería correr, pero no podía moverse. Tenía que escapar. Tenía que...

Jason, Jason, ¿estás bien?

La suave voz de Velvet se filtró a través de su alucinación, dulcemente tranquilizadora. La roja marea comenzó a desvanecerse y los gritos fueron reduciéndose lentamente, retrocediendo hasta el fondo de su mente.

-¿Jason? -la mano de Velvet le rodeó el brazo, y se dio cuenta de que estaba temblando-. Querido mío, ¿estás bien?

Su afectuosa dulzura se derramó sobre él como un bálsamo. Sacudió la cabeza para aclarársela, y se encontró todavía de pie en medio del estudio. Sintió el calor de la vergüenza expandirse por su nuca.

-Perdón. Estaba... no tenía intención de que esto pasara.

-Está bien -Velvet no lo presionó para que explicara nada, como él pensaba que haría, sino que se incorporó y le dio un suave beso en la mejilla-. Estoy segura de que sólo estás agotado. Ya habéis hecho lo que teníais que hacer, y el marqués ya se marchaba.

Jason sintió el sólido apretón de su gran amigo en el hombro.

-Trata de descansar. Yo me ocuparé de todo. En cuanto cada pieza encaje en su lugar, estaremos en condiciones de llamar a tu hermano.

Jason se limitó a asentir. Todavía tenía la mente confusa; las imágenes de sangre y de muerte perduraban en ella, haciendo más intensa aún su preocupación por Velvet.

Por el amor de Dios, si algo malo le pasaba la culpa sería de él; esto añadiría un nuevo pecado a la larga y frondosa lista.

Era una idea demasiado horrible aunque sólo fuera para tenerla en cuenta.

Christian Balfour, sexto conde de Balfour, se sentía un perfecto y completo idiota. Ahora estaba en el jardín de la casa londinense del duque de Carlyle, aguardando entre las sombras poder echar un vistazo a Mary Sinclair, como haría un adolescente enamorado.

Era la segunda noche que se apostaba allí, acechando entre los tiestos llenos de plantas, oculto detrás de los geranios, con la esperanza de atraer la atención de Mary y tener un momento a solas con ella. Sabía que había regresado a la ciudad. Mary guardaba un riguroso luto por su padre, de modo que no había salido, pero el duque no había hecho un secreto del hecho de que la había llevado de vuelta a su casa.

-Esa mocosa atrevida sabe que no debe llevarme la contraria -había dicho-. Ella hará lo que yo le diga, maldita sea. La muchacha no es muy afecta al lecho conyugal, por desgracia, pero yo me ocuparé de que ella cumpla con su deber; mejor será que no se queje. Todo hombre necesita un hijo, por Dios. Unos días más para guardar luto por su viejo; luego abrirá las piernas y bien contenta que estará... hasta que esté seguro de que lleva mi semilla en su vientre.

Carlyle había hecho estos comentarios sentado frente al paño verde de una mesa de juego en el garito de Brook.

Christian había tenido que apelar a todo su dominio de su persona para no golpearlo.

En lugar de eso, allí estaba, esperando como un tonto en el jardín, rezando para que nadie descubriera su presencia salvo, desde luego, Mary.

Vio un movimiento en una de las habitaciones de la planta alta. Era demasiado temprano para que el duque estuviera de regreso. Christian advirtió el titilar de una vela que parecía flotar saliendo de la habitación y bajaba la escalera. La luz desapareció un instante pero reapareció en la biblioteca. El se aplastó contra el muro, junto a la ventana y atisbó en el interior, sonriendo con alivio al ver a Mary.

Golpeó suavemente el cristal de la ventana, y la vela se alzó en esa dirección. Otro suave golpe. El se apartó de los arbustos para que Mary pudiera verlo. Finalmente, ella lo reconoció. Primero se llevó la mano a la garganta, pero de inmediato corrió hacia la ventana y la abrió de golpe.

-¡Christian! ¿Qué haces aquí? Debes marcharte inmediatamente, antes de que alguien te vea.

En lugar de irse, él la tomó de la mano, apremiándola para que pasara sobre el alféizar y saliera al jardín.

-Yo... no estoy vestida decentemente. Llevo el pelo suelto. Debo... tener un aspecto terrible.

Christian sonrió. Con su cabello rubio platinado y sus ojos celestes, Mary parecía un ángel.

-Estás hermosa.

Ella dejó que la condujera por la oscuridad hasta la pérgola situada en el extremo opuesto del jardín.

-¿Qué pasa, Christian? ¿Por qué has venido?

-Tenía que verte, Mary. Tenía que asegurarme que estabas bien.

Mary miró para otro lado.

-Estoy bien. El duque insistió en que volviera con él, tal como tú dijiste que él haría. Debería haberte escuchado, Christian.

-Todavía no es demasiado tarde. Podemos marcharnos, como te dije. Podemos abandonar Inglaterra. Empezar de nuevo en otro lugar.

Ella lo miró con sus ojos claros llenos de pena.

-¿Abandonarías todo lo que tienes? ¿Tu casa? ¿Tus negocios? ¿Tu familia? ¿Por qué, Christian? ¿Por qué harías tal cosa?

El le apoyó una mano en la mejilla. Era suave como plumón de paloma.

-No he pensado en otra cosa más que en ti desde que te dejé. Te amo, Mary. Fui un tonto al no verlo. Te amo, y quiero que estemos juntos, cueste lo que cueste.

Los dulces ojos celestes de Mary se llenaron de lágrimas.

-Te amo, Christian. Más que a mi propia vida. Y por esa misma razón es que no puedo ir contigo. Desde que dejé Windmere, he tenido mucho tiempo para reflexionar. Sea lo que sea lo que haya hecho Avery, no creo que mi vida corra peligro. No tengo otra alternativa que quedarme y tratar de hacer lo que pueda con la vida que Dios ha juzgado conveniente darme.

Christian meneó la cabeza.

-Mary...

-Por favor, Christian. Soy una mujer casada. No puedo hacer otra cosa. Con el tiempo aprenderé a tolerar a Avery, y finalmente llegarán los hijos. Podré encontrar consuelo en ellos.

-Si vinieras conmigo, tus hijos serían nuestros hijos. Ella se limitó a sacudir la cabeza.

-Es demasiado tarde para nosotros, Christian. No permitiré que sufras por lo que han provocado la codicia del duque y las intenciones equivocadas de mi padre. Yo sé qué debo hacer.

Un agudo dolor se instaló en el pecho de Christian. Le resultaba difícil seguir respirando.

-¿Estás segura, Mary?

-Es mejor así -respondió ella, asintiendo-. De todos modos, sería una pésima esposa para ti. Avery ha destruido cualquier sentimiento apasionado que alguna vez soñé poder tener por algún hombre. Aborrezco hacer el amor, y siempre lo aborreceré. Tú mereces una mujer mejor.

La mano de Christian tembló al apoyarla sobre la mejilla de Mary.

-¿Eso crees? ¿Que no puedes sentir pasión? Ella trató de apartar la mirada, pero Christian no se terminaría arruinado. Ambos lo estarían. Tendrían que abandonar todo: casas, familias, la tierra donde habían nacido.

-No puedo, Christian -se apartó de él y volvió para bajar los escalones de la pérgola, pero se detuvo y lo miró por encima del hombro-. Haz tu vida, amor mío. Trata de ser feliz.

Christian no dijo nada. Se quedó allí, en medio de la oscuridad, con un puñal clavado en el pecho y la garganta estrangulada. Tendría que seguir adelante. Pertenecía a esa clase de hombres. Quizá lograra encontrar algún tipo de felicidad.

Pero jamás volvería a amar, jamás se arriesgaría a volver a sufrir el dolor que sentía por perder a Mary. Christian lo sabía con tanta certeza como sabía que seguiría respirando. lo permitió. En cambio, la obligó a volver su rostro hacia el de él y, con gran suavidad, apoyó sus labios sobre los de ella.

Fue un beso tierno, casi insoportablemente suave, pero para Mary fue una suerte de vendaval cálido y tentador que le recorrió todo el cuerpo. La lengua de Christian se deslizó entre sus labios, separándolos para introducirse en su boca. La saboreó, la incitó a hacer lo propio con él; aun sabiendo que no debía hacerlo, sabiendo que era lo más indecoroso que jamás había hecho, Mary respondió a esa incitación. Christian la acercó más a él, abrazándola con fuerza, apretando todo su cuerpo contra el de ella. Ahondó el beso, y Mary se descubrió aferrándole los hombros, tambaleándose para apretarse más junto a él.

La mano de Christian encontró un pecho, pero en lugar de apretárselo brutalmente, lo rozó suavemente con la punta de sus dedos. Con delicadeza lo tomó luego en su mano, y Mary sintió que un dulce calor recorría su vientre hasta derramarse en sus miembros. Era algo increíble, tan maravilloso que se encontró apretándose con más fuerza contra el musculoso pecho del conde. Por fin, Christian se apartó.

-No pasa nada malo contigo, Mary. Nada que un poco de dulzura y de paciencia no

puedan curar.

La respiración de la joven se convirtió en ligeros jadeos entrecortados.

-No debería haberte dejado... sé que estaba mal, pero una vez que me tocaste, no quise que te detuvieras. Christian le acarició el cabello.

-Yo te enseñaré todo acerca de la pasión. Ven conmigo. Ven y empecemos una nueva vida en otro lugar.

Ella lo deseaba. Santo Dios, nunca había deseado nada tan fervientemente en toda su vida. Pero Christian

23

Velvet cerró la puerta del dormitorio de su abuelo y se dirigió hacia la escalera. Al llegar al rellano, se encontró con el flaco mayordomo de cabellos grises.

-Buenos días, Snead. Estoy buscando al conde. ¿Por casualidad lo has visto?

-Buenos días, milady. En realidad, no lo he visto desde el desayuno.

-No está en su habitación y no lo vi en el estudio. Pensé que quizá podría haber salido.

-No lo creo, milady. El coche no ha sido preparado, y los dos palafreneros todavía están aquí. Tal vez esté en el jardín.

Velvet asintió con un gesto. Su abuelo raramente salía, y nunca lo hacía sin un lacayo que lo acompañara. Su memoria no era fiable, y generalmente prefería leer o jugar al ajedrez antes que salir. Revisó el jardín, pero no lo encontró. Revisó la cochera. El carruaje prestado que utilizaba Jason no estaba, pero el de Haversham seguía allí. Habló con el mozo de cuadra y con el cochero, pero ninguno de ellos había visto al conde.

Preocupada, Velvet regresó a la casa y bajó a la cocina. Habló con la cocinera y con varias criadas pero, una vez más, no había rastros del conde.

-¿Todavía no lo encontró, milady? -incluso Snead estaba preocupado.

-No, yo...

Precisamente en ese momento, la llamó la camarera desde la planta baja.

-Esta mañana yo lo vi con su esposo, milady. Estaban conversando.

Velvet sonrió aliviada por el peso que le habían quitado de encima.

-Gracias, Velma -se volvió hacia Snead-. Estoy segura de que está con él. Sin duda, ha salido con lord Hawkins. Jason dijo que tenía que hacer algunos recados. Imagino que habrá llevado al conde con él; simplemente olvidó mencionarlo antes de salir.

El mayordomo sonrió.

-Seguramente, ha sido así. ¿Le pido el desayuno, milady?

-Supongo que bien podría tomarlo -aceptó ella, suspirando-. A menos que el abuelo se canse, Jason no regresará hasta bien entrada la tarde -era la primera vez que él se alejaba de ella desde el ataque, y eso no le hacía mucha gracia.

-He contratado dos hombres más para vigilar-le había dicho-. Dejaré a Ludington dentro de la casa, y a los otros vigilando la fachada y la parte trasera.

-Estoy segura de que estaré bien.

El la miró frunciendo el entrecejo.

-Celia no estuvo bien. Quizá debería llevarte conmigo y vigilarte yo mismo.

Velvet se apoyó la mano en la cadera.

-Nada me gustaría más que tu compañía, milord, pero me niego a dejarme amedrentar por tu hermano en mi propia casa.

Jason soltó un suspiro resignado.

-Tal vez tengas razón. Además, aquí probablemente estés más segura. Para colmo, tengo un montón de cosas que hacer; terminaré mucho antes si no me distraigo le dirigió una

sonrisa maliciosa-. Y tú, mi querida duquesa, puedes ser una gran distracción.

Ella no había vuelto a verlo antes de que se marchara, pero a medida que fue avanzando la tarde y acabó su larga lista de obligaciones domésticas, casi deseó haber ido con él.

A las cuatro, Jason llegó a casa irrumpiendo en el estudio con sus habituales zancadas enérgicas; inmediatamente atrajo la mirada de Velvet.

-Veo que has sobrevivido sin mí -comentó él, burlón, aunque en el azul de sus ojos se reflejaba el alivio.

-Tal como tú, milord. Supongo que mi abuelo estará muy cansado.

-¿Tu abuelo? ¿Y cómo podría saber cómo le ha ido a tu abuelo?

Velvet sintió que la sangre abandonaba su rostro. -Pensaba que estaba contigo.

-Bueno, no; no es así. No me lo habría llevado sin avisarte. ¿Quieres decirme que el conde no está aquí?

-No... no aparece desde la mañana. Oh, Jason, ¿dónde diablos puede estar?

-Oscurecerá muy pronto. Será mejor que pongamos manos a la obra y lo busquemos. Empezaremos por los hombres que hacen guardia afuera. Tal vez alguno de ellos lo haya visto salir.

Velvet se mordió el labio.

-Debería haber pensado en ello.

-Lo habrías hecho, si no hubieras creído que él estaba conmigo.

-Probablemente estés en lo cierto.

De todos modos, lo importante era descubrir adónde había ido su abuelo y traerlo de vuelta a casa. Jason le tomó la mano.-Vamos, mi amor. Lo encontraremos, te lo prometo.

Velvet reprimió su ansiedad y dejó que Jason la condujera hasta la puerta de entrada. Tal como había dicho, uno de los hombres de guardia había visto salir al anciano.

-Salió inmediatamente después de usted, milord. Tomó hacia la plaza. Iba silbando. Parecía saber adónde iba.

Velvet aferró el brazo de Jason.

-Aunque lo supiera, ya debería estar de regreso. ¡Oh, Jason, tenemos que encontrarlo!

-Lo haremos, mi amor. Ya he pedido que nos preparen el coche.

Gracias a Dios. Estando Jason a cargo de todo, parte de su terror cedió. Al menos así fue hasta que recordó al hombre que la había seguido hasta la taberna la última vez que había salido de casa. «¡Oh, cielo santo! ¡Abuelo!»

-¿No crees... no crees que alguien haya podido hacerle daño?

Ahora ambos iban solos en el coche buscando los trayectos que podía haber tomado el abuelo.

-¿Te refieres a alguien como el hombre de confianza de mi hermano? No, no veo ningún motivo para pensar que pudiera estar en un peligro semejante.

Velvet se mordió el labio.

-Quizá tu hermano no necesite ningún otro motivo. O quizás haya secuestrado al abuelo para poder llegar hasta mí.

-O a mí. Todavía no estamos seguros de que no haya descubierto que estoy vivo. Es posible que mi hermano tenga que ver con esto, pero hasta que no hayamos agotado todas las otras posibilidades, creo que no deberíamos obsesionarnos con esa idea. El conde bien puede haberse extraviado paseando.

El nunca haría eso. Nunca sale solo.

Jason le dio un suave apretón en la mano.

-La pérdida de la memoria como la que sufre el conde es común entre la gente de su edad. Mucho me temo que esto no hará más que empeorar. Es imposible predecir qué podría hacer el conde.

Pero Velvet no sintió ningún consuelo. En las cuatro horas siguientes anduvieron sin detenerse, atravesando Mayfair hasta Piccadilly, pasando por St. James, preguntando a todos si lo habían visto, buscando cualquier indicio.

En Pall Mall, un hombre creía haber visto al anciano conde esa mañana temprano, y otro más haber visto en últimas horas de la tarde a alguien que encajaba con la descripción del conde. La búsqueda siguió hasta que ambos quedaron agotados y Velvet abrumada por la preocupación y el miedo. A las once de la noche, y contra sus deseos, Jason ordenó el regreso a casa.

A la medianoche, Velvet estaba prácticamente inconsolable.

-Dios del cielo, ¿dónde puede estar?

Ella se paseaba por el salón, con los ojos clavados en la oscuridad detrás de la ventana.

-Por desgracia, podría estar en cualquier parte. Probablemente tuviera algo de dinero. Quizá, cuando cayó la noche, tuvo la cordura suficiente para procurarse alguna clase de habitación.

-¿Y si ha sido herido? ¿Y si en este mismo instante está tirado en una cuneta, golpeado y lastimado, preguntándose por qué nadie fue a buscarlo? O aun peor, ¿y si ha sido secuestrado? ¿Y si el hombre que me atacó...?

-Ya está bien! -Jason la tomó de los brazos y la obligó a callar-. Basta, ya es suficiente. No sabemos que haya ocurrido nada ni remotamente parecido a lo que dices. Hasta que no sepamos exactamente qué ha sucedido, no voy a permitir que te quedes aquí, torturándote.

A Velvet se le llenaron los ojos de lágrimas.

-¡Estoy tan asustada! Tengo que encontrarlo, Jason, tengo que hacerlo. Toda mi familia ha muerto. Mi madre y mi padre ya no están conmigo -se echó a llorar, y él la tomó en sus brazos-. El es todo lo que tengo, Jason. Es todo lo que tengo.

-Lo encontraremos, duquesa. Por favor, no llores. Te lo prometí, ¿recuerdas? En cuanto amanezca, recomenzaremos la búsqueda. Vendrá Lucien, y contrataré hombres para que nos ayuden.

Las lágrimas empaparon la blanca camisa de Jason, pero Velvet no podía dejar de llorar. Aferró las solapas de su chaqueta.

-¡Siempre ha sido tan bueno conmigo! El conde es la única familia de verdad que yo he tenido. Mamá murió cuando yo era pequeña. Mi padre no estaba nunca en casa. De no haber sido por el conde, no sé qué habría hecho.

Elle tomó el mentón y le pasó el dedo por la línea de la mandíbula.

-Habrías resistido. Habrías sido fuerte, tal como siempre lo has sido.

Velvet meneó la cabeza.

-No lo creo. El conde me enseñó a ser fuerte. El me transmitió el valor necesario para ir por el mundo con la frente bien alta. Cuando murió mi padre y descubrimos que había perdido todo nuestro dinero, el abuelo me convenció de que yo podía salvarnos a los dos -alzó los ojos hacia él, con el rostro bañado por las lágrimas-. Tú te marcharás, Jason. Si el conde también desaparece, no tendré a nadie. Yo no soy tan fuerte como tú crees.

El le depositó un suave beso sobre la frente.

-Me tendrás a mí, Velvet. Aunque yo no esté aquí, siempre podrás contar conmigo para que te ayude. Si alguna vez necesitas algo, lo único que tienes que hacer es pedirlo.

Velvet lo miró fijamente.

Necesito a alguien que me ame, Jason. ¿Podrás darme eso?

Algo pareció destellar en los ojos de Jason, algo doloroso y evasivo. Jason no le respondió, sólo se limitó a quedarse inmóvil donde estaba, contemplándola, con una docena de emociones indescifrables reflejadas en el rostro.

Al ver que el silencio se alargaba entre ambos, Velvet se apartó de él.

-Mañana será un día muy largo -dijo con voz temblorosa-. Supongo que deberíamos tratar...

Jason se acercó a ella antes de que ella pudiera terminar.

-Sí... supongo que deberíamos -deslizó un brazo posesivo en torno de su cintura y salió con ella del salón hacia la escalera. Cuando llegaron a la puerta de su dormitorio, en lugar de marcharse, él entró con ella. Sin pronunciar palabra, la obligó a darse la vuelta y comenzó a desabotonarle el vestido.

-¿Qué... qué haces?

El terminó con el último de los botones y atacó los lazos del corsé.

-Te llevaré a la cama. Soy tu marido, al menos por ahora. Puedo amarte en tanto esté aquí. Procuraré ser cuidadoso. Si hay consecuencias, las enfrentaremos después.

La envolvió una oleada de calor. Los pezones se le pusieron tensos y erectos.

-¿Tú también lo deseas?

Jason clavó los ojos en su boca.

-Soy un hombre, Velvet. Lo he deseado desde el momento en que te conocí.

Pero Velvet pensó que si ella no hubiera perdido la compostura, no se hubiera mostrado tan completamente perdida, él no estaría allí con ella.

-¿Y el abuelo?

La línea de la boca de Jason pareció suavizarse.

-Ese hombre que has descrito no querría que te preocuparas. Si estás en la cama, conmigo, estarás demasiado ocupada para pensar en ese asunto -sin darle tiempo para discutir, tiró de las lengüetas de su miriñaque y le bajó la rígida armazón con ballenas por las caderas. Le quitó la camisa, la acomodó sobre el lecho y le quitó los zapatos y las medias. Quitándole también las horquillas que le sujetaban el pelo, dejó que los rizos espesos cayeran sobre sus hombros.

-Ahora te toca a ti. Me parece que ya es hora de que aprendas a desvestir a un hombre.

La idea era deliciosa, pero la posibilidad de huir de sus preocupaciones, de disfrutar el placer que él le prometía, luchó con su conciencia. El abuelo podía estar en peligro. Sin embargo, no se podía hacer nada hasta la mañana siguiente, y ella necesitaba el consuelo que el espigado y duro cuerpo de Jason podía brindarle.

-Siempre he disfrutado con el desafío de aprender algo nuevo -dijo ella sonriendo. Se acercó más a él, le quitó la levita y empezó a trabajar con los botones del chaleco de brocado color plata. No era fácil. Y mucho menos cuando las manos de Jason le rozaban los pechos, se deslizaban por su espalda para apretarle las nalgas, mientras le besaba la línea de la mandíbula.

-No puedo... si no te quedas quieto no podré hacerlo -dijo, casi sin aliento, con las manos trémulas por el calor que comenzaba a recorrerle el cuerpo.

Los ávidos ojos azules de Jason se demoraron en ella. -Muy bien, duquesa, como gustes.

De pie, con las piernas ligeramente separadas, Jason dejó que ella le quitara el chaleco y el lazo, le soltara las lengüetas de la camisa y le quitara la prenda. Sus músculos resplandecieron a la luz de la vela, ensombrecidos por el rizado vello castaño de su pecho. Velvet dejó correr la mano sobre sus chatas tetillas y vio que se ponían firmes y rígidas. Por donde lo tocara, sus duros músculos se flexionaban y endurecían.

-Me alegra que lo disfrutes -dijo él en tono ronco-. Ya es momento de que me quites las botas.

Velvet alzó la mirada hacia él y vio la chispa de diversión -y de deseo-, en las tirantes líneas de su semblante. Jason se sentó sobre el taburete, estiró las piernas, y Velvet le quitó las negras botas de montar de caña alta. Después le bajó los calcetines por las pantorrillas musculosas, solazándose con la vista de los largos tendones que unían tobillo con rodilla.

Cuando ella terminó, Jason se puso de pie.

-Los pantalones, duquesa. Creo que es lo que sigue.

Velvet se humedeció los labios. Le temblaban las manos cuando empezó a desabrochar los botones y el miembro de Jason reaccionó a su contacto. Al oírlo aspirar con fuerza, afanosamente, se le ocurrió pensar en el poder que ella tenía, y una sonrisa maliciosa afloró a sus labios. Tomó la abultada protuberancia del sexo en su mano ahuecada, lo apretó con suavidad y comenzó a acariciarlo, sintiendo que la rigidez aumentaba en su mano.

La sensual boca de Jason esbozó una ligera sonrisa.

-Así que te gusta tomar la iniciativa, ¿verdad? Nunca dudé de ello -él la tomó de la

muñeca-. Pero me parece que tu impaciencia podría tener uso en otro lugar.

Velvet se puso de pie mientras él se quitaba el resto de las ropas y, desnudo, la llevaba hasta la cama. Siguieron una cantidad de besos profundos y febriles, con su lengua invadiéndola y sus manos acariciándole los pechos hasta que los pezones se le endurecieron.

-Bien, duquesa -la azuzó él, divertido, entre beso y beso-. Pensaba que te gustaría estar al mando.

-No, yo...

Pero sus palabras se desvanecieron cuando las grandes manos de Jason le rodearon la cintura y la montaron encima de él. Con los dedos, buscó su suave sitio secreto. La acarició allí, y Velvet sintió una oleada de calor que la recorría. Se sentía húmeda y ardiente, loca de deseo cuando él volvió a levantarla y a bajarla en un solo movimiento para empalarla con la verga.

-Bueno, ya estás al mando. Para cambiar, esta noche tú cabalgarás.

Dos manchas color púrpura aparecieron en las mejillas de Velvet. Se humedeció los labios, levemente hinchados por los besos de Jason. Sentía el cuerpo pleno y acalorado. Hizo un movimiento tentativo, y el calor que sentía allí donde sus cuerpos se unían, subió en espiral. Se levantó, apretó a Jason dentro de su cuerpo, sintió el calor latiendo entre sus piernas, volvió a levantarse, a sentir el calor, y comenzó a moverse con ritmo frenético.

-¡Dios de los cielos...! -gruñó Jason al sentir que ella bajaba y subía sobre él, meciéndose sensualmente, montándolo en serio, disfrutando con el calor y el creciente placer.

Disfrutando del poder que tenía.

Su oscuro cabello castaño formaba una cortina que los rodeaba, ocultándolo todo, salvo el resplandor de la vela. Un sonido áspero brotó de la garganta de Jason, y

Velvet advirtió, con satisfacción, que él estaba perdiendo el dominio de sí mismo.

-¡Por Cristo! -murmuró Jason, atrayéndola más hacia él mientras la aferraba de las nalgas y se incorporaba para acompañar cada una de sus embestidas. Velvet sintió la presencia de una cálida y embriagadora dulzura que comenzaba a envolverla. Echó la cabeza hacia atrás, y su largo cabello rozó los testículos de Jason en el preciso momento del orgasmo. Debajo de ella, Jason se puso rígido y llegó a su propio orgasmo. La obligó gentilmente a apartarse de él en el último momento posible y la acomodó a su lado, acariciándole el cabello con mano temblorosa.

Durmieron un rato, después despertaron y volvieron a hacer el amor, en esta ocasión con gran dulzura y suavidad, disfrutando de la pasión que sentían.

Aunque la preocupación por el abuelo aún se cernía sobre ella, Velvet se sumió en un sueño profundo y reparador. Era el descanso que él había prometido darle, el sueño que ella tan desesperadamente necesitaba. Jason había cumplido con su palabra.

A pesar de que Velvet dormía plácidamente, Jason no pudo hacerlo. Estaba preocupado por el conde. Por cualquier motivo que su hermano pudiera haber pergeñado, el anciano bien podía encontrarse en peligro. En cuanto amaneciera, reuniría sus fuerzas y se dedicaría a buscarlo. Rogó que el anciano no fuera una nueva víctima de la avidez de sangre de su hermano.

Se revolvió entre las sábanas y volvió a acomodar, una vez más, a Velvet a su lado. El llameante cabello se derramaba sobre su hombro y varios mechones sedosos se le enroscaban en la mano. Observó su respiración regular que le subía *y* bajaba el pecho, *y* pensó que nunca había obtenido tanto placer de una mujer.

Quizá no debería haber quebrantado su propósito de no tocarla. Pero nunca podría olvidar las lágrimas que había visto en los ojos de la joven cuando hablaba del con de. *Es todo lo que tengo, Jason.* Siempre la había creído invulnerable. Fuerte como un árbol joven frente al viento. En ese momento se daba cuenta de que, por fuerte que ella fuera, seguía siendo una mujer. Sujeta a los temores que siente toda mujer, a sus deseos y necesidades.

Ella necesitaba a un hombre, alguien que la cuidara. En tanto él fuera su esposo, tendría que ser ese hombre.

La decisión estaba tomada. La separación sería por ello más difícil, pero ambos sobrevivirían; a su debido tiempo, el olvido remediaría las cosas.

Y ella viviría mejor sin él.

Esa idea lo perturbó como nunca lo había hecho antes. Pensó en la terquedad de Velvet, en su naturaleza obstinada, en su facilidad para meterse en problemas. Un hombre equivocado desearía doblegarla. Incluso podría maltratarla. Avery lo habría hecho. Un hombre débil no la comprendería, no se daría cuenta de que, a pesar de toda su fortaleza, había veces en las que no podía hacer frente a las circunstancias, veces en las que necesitaba la guía y la ayuda de un esposo al que pudiera amar y respetar.

Se le ocurrió que él era la clase de hombre que podría manejarla. Ella era fuerte, pero él también lo era. Contra toda lógica, ella creía en él, y eso se traducía en respeto. Y él comenzaba a comprender cuáles eran sus necesidades, tal como ella parecía comprender las de él. Durante un fugaz instante, lo asaltó la idea de que podría llevarla con él cuando regresara a la plantación.

La idea era tan dulce, tan plena de añoranza, que sintió un dolor en el pecho.

Jason hizo a un lado la idea. Aun en la oscuridad, pudo ver lo disparatado de ese pensamiento. Ella lo respetaba porque no sabía la verdad. Cuando la conociera, todo lo que sintiera por él desaparecería como cenizas en el viento. Sólo perduraría en ella un amargo desencanto.

Y, tarde o temprano, llegarían los hijos. Después de lo que había hecho, no podría siquiera mirar a un niño sin sentirse aguijoneado por la culpa. ¿Cómo podría tener un hijo?

El hecho era que él no tenía otra alternativa que dejarla. Más allá de lo que él deseara o de lo que ella creía desear, la relación entre ambos nunca podría funcionar.

Aunque él fuera tan estúpido que se enamorara de ella.

Velvet emitió un suave sonido entre sueños y se acurrucó contra él. El la besó con ternura. La emoción y el deseo le inundaron el pecho. Jason sintió la aguda punzada de la desesperación al advertir, con súbita y absoluta claridad, que ya se había enamorado de ella.

24

El sol brillaba alto sobre el horizonte cuando Velvet despertó a la mañana siguiente. Y se encontró sola en la cama.

La inquietud por su abuelo la asaltó de inmediato. Salió a gatas desde debajo de la colcha de satén, tomó su bata azul de seda, abrió la puerta de par en par y se precipitó por el corredor, indiferente a su cabello enmarañado, sus mejillas arreboladas y, sobre todo, a su aspecto de haber hecho el amor recientemente.

Sus terribles horas de ansiedad se disolvieron en la nada: al llegar a la escalera, vio que en la entrada se encontraba el anciano conde de Haversham, vestido con las mismas ropas ajadas y arrugadas del día anterior.

-¡Abuelo! -Velvet bajó corriendo y se precipitó en los frágiles brazos del anciano-. Santo Dios, ¿dónde demonios has estado? ¿Qué te ocurrió, abuelo? Estábamos terriblemente preocupados.

-El conde ha pasado una larga noche, Velvet -se adelantó Jason antes de que el viejo pudiera contestar-. Supongo que querrá darse un baño y cambiarse.

El conde estaba agotado y desaliñado. La piedad formó un nudo en la garganta de Velvet.

-Sí -dijo, con voz artificialmente vivaz-. Es una gran idea.

El anciano se limitó a asentir, con los hombros caídos como ella jamás le había visto. Como por arte de magia, apareció Snead para llevarse al viejo conde. Velvet tuvo que reprimirse para no ir tras ellos. En lugar de eso, se volvió hacia Jason.

¿Qué pasó? ¿Dónde estaba?

En el taller de un zapatero de St. James llamado Elias Stone. Aparentemente, Stone se había quedado trabajando hasta tarde cuando apareció tu abuelo, incapaz de recordar dónde vivía.

A Velvet se le estrujó el corazón. Dios del cielo, siempre había temido ese momento.

Le dieron un lugar para dormir, esta mañana averiguaron dónde vivía y fueron lo bastante bondadosos como para traerlo a casa sano y salvo -la boca de Jason se curvó en una sonrisa-. Como el señor Stone no aceptó compensación alguna por su buena acción, le he ordenado que haga seis pares de botas para mí y una docena de pares para ti, milady.

Velvet le sonrió, y él le devolvió la sonrisa.

Gracias a Dios que tu hermano no tuvo que ver con esto.

La sonrisa de Jason se esfumó.

No, en esto no. Finalmente hemos descubierto algo de lo que el canalla no es culpable.

Velvet sintió un alivio indescriptible. A la tarde, la casa había vuelto a la normalidad, y al llegar la noche, el buen humor del conde había reaparecido. Cuando llegó la hora de irse a dormir él ya había olvidado su desventura; Jason había dado orden a la servidumbre de que todos estuvieran alertas para que no volviera a suceder nada por el estilo.

Pero había surgido una preocupación desde una dirección totalmente diferente y Velvet estaba, una vez más, cabizbaja y malhumorada.

Después de cenar, Jason se acercó a ella en el salón. Le levantó el mentón con un dedo.

Deberías estar bailando como una peonza en vez de estar tan abatida, sabes. Tu abuelo apareció sin un rasguño y los criminales planes de mi hermano para nuestra desaparición hasta ahora han fracasado.

Velvet le dedicó una sonrisa qué se esfumó rápidamente.

-Mary Sinclair ha regresado a la ciudad. Aparentemente, se ha reconciliado con el duque.

Jason frunció el entrecejo, y se recostó contra el respaldo del sofá.

-Nadie se reconcilia con mi hermano. El ha ordenado su presencia, y ella ha obedecido. Parece que Balfour no estaba preparado para arrojar la prudencia por la ventana y llevársela consigo.

-O Mary no quiso irse con él.

Jason soltó un gruñido.

Pues entonces, la dama es una tonta.

-¿Crees que puede estar en peligro?

Tal vez sí, tal vez no. Mi hermano no es loco. Sabe lo que quiere y simplemente es lo suficientemente inescrupuloso como para usar cualquier medio a su alcance para conseguirlo. En este momento quiere un heredero. Tiene una esposa, de modo que, según su forma de pensar, no hay ningún obstáculo que deba vencer.

Velvet no dijo nada durante largo rato.

-Mary está enamorada de Balfour.

Los ojos de Jason giraron hacia ella.

Entonces, probablemente sea por esa razón que sigue con mi hermano. Está casada con un duque. El escándalo de su huida arruinaría a Balfour. Perdería todo por lo que tanto ha trabajado. Quizá lo ama tanto que está dispuesta a renunciar a él sólo por su bien.

En los ojos de Jason había algo. Algo que ella no había visto antes en ellos. De alguna oscura manera, ese algo tenía que ver con ella.

Quiero verla -dijo Velvet-, quiero saber si está bien.

Sabes que no puedes. Tu vida correría peligro.

-Estoy segura de que ese tipo no me asesinaría en su propia casa.

-Avery es impredecible. Sólo Dios sabe qué es capaz de hacer.

-Pero ni siquiera estamos seguros de que sea el hombre responsable de la muerte de Celia. Sin duda, si el señor Ludington me acompaña...

Jason se acercó a ella y la tomó del brazo.

-Dije que no. Es demasiado peligroso que vayas allí. ¡Te prohíbo ir y, por una vez en tu condenada vida, me vas a obedecer!

Velvet tragó saliva. Jason nunca le había hablado en ese tono. Tal vez, en este caso, él supiera qué era lo mejor.

Bajó los ojos.

-Como usted diga, milord.

Jason alzó una de sus finas cejas oscuras. Vio la aceptación de la muchacha, aparentemente *creyó* que decía la verdad, y aflojó el apretón con que le sujetaba el brazo.

Gracias.

Velvet sintió sorpresa al oír esa palabra, después una tímida sonrisa afloró a sus labios.

-¿Esta noche te quedarás conmigo?

Sí -dijo Jason sin titubear.

¿Por ti o por mí?

-Porque ambos lo queremos. Ahora que he aceptado mis defectos, decidí dejar de tratar de parecer un santo -señaló la puerta con una inclinación de cabeza-.

Conozco un remedio para la tristeza, milady. Es un poco diferente del que cura la preocupación. ¿Se lo muestro?

Velvet se humedeció los labios. La expectativa hizo que la asaltara una oleada de calor.

Creo que me gustaría mucho.

Los vivaces ojos azules de Jason la recorrieron de arriba abajo, inflamados y completamente perturbadores. Finalmente se posaron sobre las redondeces gemelas que asomaban por encima de su corpiño.

-Ven -le dijo suavemente-. Ya es hora de que vayamos a la cama.

Jason puso una mano posesiva en la cintura de Velvet, la obligó a ponerse de pie, y ella fue con él, ambos pasaron por la puerta y subieron juntos la escalera.

Entonces, ¿el plan está arreglado? -Jason se acercó a Litchfield que permanecía junto a la chimenea del estudio.

Así es. El magistrado ha accedido. Sólo falta atraer a tu hermano a la trampa.

¿Y cómo habéis pensado hacerlo? -le preguntó Velvet.

Ella estaba sentada en un cómodo diván de cuero, bebiendo una taza de té, pero Jason pudo notar que estaba nerviosa.

-Le enviaremos un mensaje -respondió Litchfield-. Le diremos que tenemos información que demostrará que él es quien mató al duque de Carlyle. Le ofreceremos mantener en secreto esa información a cambio de diez mil libras.

-¿Y pensáis que él va a creeros?

-Lo creerá. El chantaje es el tipo de acción que Avery es capaz de hacer en circunstancias similares. Creerá que existe alguien deseoso de mantener la boca cerrada por un precio. Cómo reaccionará ante la amenaza que le presentamos, es el factor desconocido de la ecuación.

La taza de Velvet bailoteó sobre el plato.

-Supongo que esperáis que llegue solo al almacén.

-Dudo que venga solo -replicó Lucien-. Todas sus maquinaciones muestran que Avery es un cobarde. Probablemente lleve consigo a un guardaespaldas para que lo proteja, pero lo más probable es que no lleve a nadie. No querrá arriesgarse a que alguien descubra algo, por si acaso la prueba resultara ser verdadera.

Velvet dejó su taza casi sin tocar sobre la mesa.

¿Y si mi teoría es equivocada? ¿Y si él sabe que Jason sigue con vida? ¿Qué pasará si adivina que su hermano está involucrado en todo esto?

Jason soltó un suspiro.

Desgraciadamente, allí está el problema. Si por casualidad él ha descubierto que yo estoy en todo esto, no hay forma de saber qué puede hacer.

Velvet se puso de pie y se acercó a él, le rodeó la cintura con sus brazos y lo abrazó.

-Tengo miedo, Jason.

El le besó la cabeza.

Está bien que tengas miedo. El secreto consiste en no permitir que ese miedo te paralice.

-No cabe duda de que el plan está lleno de peligros -convino Lucien-. Pero si funciona, Jason quedará libre.

Su alto y moreno esposo le tocó la mejilla.

-Tengo que correr ese riesgo, Velvet. Por mi padre. Por mí. Se acaba el tiempo.

-Llevaremos a Barnstable y a Ludington con nosotros -dijo Lucien-, y los apostaremos afuera para que hagan guardia. Si perciben cualquier clase de amenaza, de cualquier tipo, nos harán una señal y sencillamente abandonaremos el plan y nos marcharemos.

-No me gusta, Jason. Nunca nada es tan sencillo.

Lucien se acercó a ellos con sus elegantes zancadas.

Animo, milady -dijo a Velvet-. El plan es bueno. Gracias al inflado ego de Avery, que lo convence de que es intocable, tenemos fundamentos para creer que va a funcionar. Todo lo que necesitamos es un desliz, una indicación de que es algo menos que puro en relación con el crimen. Si somos capaces de hacerlo hablar, él podría terminar incriminándose. Junto a las pruebas que ya tenemos, eso alcanzaría para limpiar el nombre de Jason.

Efectivamente -Jason le acarició el mentón-. Tenemos que acorralarlo, Velvet, presionarlo para que al menos diga parte de la verdad -se volvió hacia su amigo-. ¿El encuentro será mañana por la noche?

Mientras estamos aquí hablando, él recibe la nota que yo le envié. Mañana por la noche, en los muelles, sabremos si nuestro plan puede funcionar o no.

Avery leyó la esquela que acababa de entregarle el criado y volvió a leerla una vez más. Dio un golpe con el puño sobre la mesa. A pesar de sus planes tan cuidadosos, a pesar de tanto tiempo que había pasado asegurándose de estar a salvo, alguien sabía la verdad acerca de la muerte de su padre. ¡Maldita sea! Lo último que necesitaba era un problema como ése.

Media hora más tarde se encontraba instalado en su estudio, sentado detrás de su escritorio. Frente a él estaba Baccy Willard, con las gruesas piernas algo separadas y las nudosas manos juntas en el vientre.

Avery sacudió la esquela como si se tratara de un estandarte infamante.

¡Ocho años, y todavía no me he librado de esto! Sea quien sea el que envió esto, tiene el descaro de exigir un encuentro conmigo. ¿Lo puedes creer? Dice que debo llevar el dinero a un almacén abandonado de los muelles. Dice que debo ir solo.

No debe ir solo.

-Desde luego. ¿Me crees tonto?

Baccy permaneció inmóvil.

Quiero saber quién es este hombre. Quiero saber qué ha descubierto -se abanicó con la nota mientras su mente se afanaba tratando de recordar todos los hechos de las últimas semanas-. Esa maldita chica está implicada en esto... puedo presentirlo. No creo ni un instante que sea mera coincidencia el hecho de que apenas semanas antes de que llegara esta nota, Velvet Moran andará por ahí fisgoneando y tratando de conseguir información. Su amistad con Celia fue demasiado conveniente, demasiado oportuna. Estaba buscando algo pero, ¿qué? ¿Qué motivos puede tener para buscar información sobre algo ocurrido hace ocho años? ¿Qué podría ganar?

- Tal vez quiera saberlo alguien que ella conoce. Avery alzó la vista. A veces Baccy era más lúcido de lo que parecía.

-¿Cómo quién, por ejemplo?

El grandullón encogió los voluminosos hombros.

-No sé. Tal vez su flamante esposo. Quizá necesita el dinero.

Avery negó con la cabeza.

Está casado con la heredera Haversham. El no necesita dinero -de pronto, el duque frunció el entrecejo, con la mente girando como un torbellino, reuniendo las piezas, tratando de que encajaran-. ¿Qué otro motivo podría tener esa persona, Baccy?

El hombretón volvió a encogerse de hombros. -No sé.

-Venganza. Tal vez el hombre con quien ella se casó fuera amigo de mi padre. O de mi hermano. O esté relacionado de alguna manera, tal vez un hijo bastardo de mi padre del que nunca tuve noticias.

Baccy no dijo nada, pero Avery se puso de pie.

Tú lo has visto. ¿Qué aspecto tiene?

-¿Quién?

-El esposo de Velvet. ¿De quién diablos estamos hablando?

-Oh -Baccy intentó recordar-. Alto, supongo. Casi tan alto como yo. Pelo castaño -levantó los ojos-. Lleva gafas. Pero esa noche, en el callejón, le vi los ojos. Azules. Los ojos más azules que he visto.

Las últimas palabras golpearon a Avery como un puñetazo en el estómago.

-¿Ojos azules? ¿El hombre con el que se casó tiene ojos azules?

-Más brillantes que el mismo cielo. Como zafiros, sí, señor. Los más azules que he visto.

Avery se hundió en la silla.

No -Sacudió la cabeza-. No es posible. No puede ser él -se puso de pie de un salto, rodeó el escritorio, pasó frente a Baccy y fue hacia la puerta-. Ven conmigo.

Corredor tras corredor, con Baccy a la rastra, Avery lo llevó hasta la Gran Galería; pasaron frente a varios retratos familiares hasta que se detuvieron frente a un cuadro ligeramente inclinado a un lado.

Míralo bien, Baccy. ¿Es él?

¿Quién?

-El esposo de Velvet, zopenco. Dijiste que lo viste. ¿Es el hombre que viste?

-En ese cuadro está usted.

Avery apretó los dientes, tratando desesperadamente de no perder los estribos.

-Sí; el de la izquierda soy yo. Ahora mira al otro, al moreno. El ya es mayor. Un adulto cerca de los treinta. Imagínalo más alto, más corpulento. ¿Es él, Baccy? ¿Es el hombre que viste?

Baccy se acercó al cuadro. Finalmente, se volvió y sonrió.

-Es él, el hombre del callejón. Había niebla, pero yo ya lo había visto antes en la casa; esa noche lo vi realmente bien.

El matón podía estar equivocado, desde luego, pero algo le dijo a Avery que no lo estaba. Se dio la vuelta, miró una vez más el cuadro, y de pronto supo sin el menor asomo de duda que el hombre que debería enfrentar en el almacén de los muelles era el hermano al que creía muerto desde hacía tanto tiempo.

Pasaron varios segundos. Baccy no se movió, y Avery siguió mirando el retrato.

Tiene que ser él -dijo finalmente con una sonrisa-. Todo encaja. El rapto. La precipitada boda de Velvet; mi hermano siempre tuvo algo especial con las mujeres -sus labios se curvaron en una sonrisa-. El bastardo ha vuelto de la muerte, pero no seguirá vivo mucho tiempo.

-¿Quién? -preguntó Baccy.

¡Mi hermano, pedazo de burro!

-Oh.

-El cree que me atrapó, pero lo cierto es que yo lo atrapé a él. Siempre fui más listo que él -rió sin alegría . Supongo que algunas cosas no cambian nunca.

En el muelle, la noche era bastante tranquila. Las pequeñas olas que golpeaban en el muelle de madera empapada producían un suave chapoteo en la noche sin luna. El olor a pescado y a moho llenó las fosas nasales de Jason mientras se trasladaba en el coche, junto a Ludington y Barnstable, rumbo al almacén abandonado de Lucien.

Litchfield llegaría con Thomas Randall, el magistrado. El marqués pensaba llevarlo directamente a la oficina desierta situada en la parte trasera del edificio para que no viera a los demás. Lucien no quería correr el riesgo de que Randall pudiera reconocer al hombre que alguna vez fuera el joven duque de Carlyle, aun cuando sólo había ostentado el título unos pocos días antes de su supuesta muerte en la cárcel de Newgate.

Jason atravesó la estancia y encendió una vela a medio consumir que vio sobre un cajón. Sacó su reloj del bolsillo y controló la hora. Lucien debía llegar en veinte minutos. Todo estaba dispuesto. El éxito o el fracaso aguardaban a la vuelta de la esquina.

Sólo cabía esperar.

Velvet alzó los ojos hasta el reloj de pie del salón. Habían pasado apenas cinco minutos desde la última vez que lo mirara. Esa noche se estaba volviendo la más larga de su vida.

-Yo debería haber ido -murmuró, dejando a un lado con un suspiro su labor de bordado para volver a tomarlo de inmediato, clavando en la tela la aguja con determinación-. Debería haberlos obligado a llevarme con ellos.

-¿Qué pasa, querida? ¿Dijiste algo? -el conde levantó la vista del libro que estaba leyendo.

-No, abuelo. Yo sólo... sólo estoy un poco irritable esta noche.

El anciano marcó la hoja que estaba leyendo.

-¿Por qué no pides a la cocinera que te prepare un buen vaso de leche caliente, y te vas a la cama? Eso es lo que tengo ganas de hacer yo -se puso de pie y dejó el pesado volumen sobre la mesa taraceada-. De hecho, es precisamente lo que voy a hacer: me voy a acostar.

Velvet también se puso de pie.

No creo que mi estómago resista nada así, pero prepararé un vaso para ti. Te lo llevaré en cuanto esté listo -atravesó la habitación hasta donde él se encontraba, se puso de puntillas y le besó la arrugada mejilla-. Que duermas bien, abuelo.

El farfulló un somnoliento saludo de buenas noches, bostezó y abandonó el salón, dejando a Velvet a solas con sus turbulentos pensamientos. Fiel a su palabra, se dispuso a bajar a la cocina para calentar la leche, pero apareció Snead, como solía hacer tan a menudo, y se hizo cargo de esa tarea.

Debido a la insistencia del mayordomo, ella también bebió un vaso, pero el bálsamo, generalmente tranquilizador, no hizo nada para calmar su nerviosismo que, en cambio, crecía con cada latido de su corazón. Cuando de pronto se oyeron insistentes golpes llamando a la puerta de entrada, ella estuvo a punto de dar un salto.

Snead apareció en la entrada al mismo tiempo que ella. Llevándose la mano a la garganta, donde retumbaba el rápido latido de su sangre, lo observó mientras miraba por la mirilla, giraba el picaporte y abría la puerta.

Embozada de pies a cabeza, Mary Sinclair, actual duquesa de Carlyle, apareció en el vano.

Lamen... lamento molestarla a tan altas horas de la noche, pero yo... ¿Puedo entrar?

Velvet, que sabía que Jason iba a encontrarse con Avery, se sintió aún más preocupada, si eso era posible.

-Desde luego, Excelencia -ella se obligó a mantener la calma.

Snead ayudó a la dama a quitarse la capa, y a la luz de las velas que había sobre la mesa

de mármol, el rostro pálido y trémulo de Mary poco hizo para calmar sus temores.

-Lady Hawkins, ¿podemos hablar en privado? Me trae un asunto urgente.

«¡Oh, Santo Dios!»

-Sígame. Podremos hablar en el salón -Velvet se volvió hacia ella apenas se cerró la puerta-. Dígame qué ha pasado.

Mary se pasó la lengua por los labios, que se veían azulados y apretados por el desasosiego.

Su esposo corre peligro. Yo... pude oírlos hablar en la Gran Galería ayer por la tarde... me refiero a Avery y a uno de los hombres que trabaja para él. En ese momento no entendí bien a qué se referían, ni lo hice hasta esta noche, cuando vi que ambos se preparaban para salir a una especie de cita.

El miedo que atenaceaba el vientre de Velvet se extendió hasta su pecho.

-Dígame todo lo que sabe.

Mary apretó las manos.

No demasiado, me temo. Aparentemente, el duque ha descubierto alguna clase de secreto acerca de su esposo. Creo que Avery va a enfrentarlo, y que lord Hawkins se encuentra en peligro.

El miedo se hizo más fuerte, apretándose en un nudo de hielo. Avery sabía que Jason estaba vivo. Sólo Dios sabía qué pensaría hacer.

Tengo que advertírselo -volvió a mirar el reloj de pie-. ¡Oh, por Dios, no hay tiempo suficiente!

-Tal vez llegue a tiempo si voy con usted. Mi coche aguarda afuera.

Velvet lo pensó sólo un instante. Si Mary era descubierta ayudando a Jason, sólo Dios podría saber qué precio se cobraría el duque. Pero el tiempo apremiaba. Preparar su propio carruaje le llevaría unos minutos preciosos con los que Velvet no contaba.

Muy bien. Vamos. Y roguemos para que lleguemos antes de que sea demasiado tarde.

La única vela titilaba sobre el cajón vacío. Jason levantó la tapa de su pesado reloj de bolsillo y trató de ver la hora a la vacilante luz amarilla.

-Está retrasado.

-Ten paciencia, amigo -dijo Lucien a su lado, entre las sombras-. Avery está jugando al gato y al ratón. Tiene toda la intención de ser el gato en este juego, y no el ratón. Está asegurándose de que el lugar de encuentro es seguro.

Jason pensó en Ludington y en Barnstable, apostados frente al edificio en la oscuridad. Si Avery llegaba a verlos, no entraría y el juego estaría terminado antes de haber comenzado.

-¿Y Randall?

Está en el lugar convenido. Y preparado, como todos los demás.

Pero los minutos siguieron pasando, y el duque de Carlyle continuaba sin aparecer.

¿Dónde demonios estará? Jason sintió urgencia por pasearse por la estancia, pero se obligó a permanecer inmóvil. ¿Acaso su hermano habría descubierto la trampa? ¿O simplemente se había negado a asistir, convencido de que la prueba mencionada en la nota era falsa?

El sonido de algo que se arrastraba atrajo su atención. Litchfield se ocultó aun más en las sombras cuando se abrió la derruida puerta del depósito y por ella entró Avery Sinclair a la sobrenatural luz que llegaba de la vela.

Durante un instante se quedó inmóvil, mostrando su elegante y espigada figura envuelta en una capa negra, con el pálido rostro coronado de cabello rubio recogido en una cola de caballo.

-Muy bien, maldita basura, aquí me tienes, tal como pediste. Ahora, es tu turno. Tendrás que mostrarte, si esperas que te dé el dinero.

Jason salió de entre las tinieblas. El temor y la sorpresa que había esperado ver

reflejados en el semblante de su hermano no aparecieron nunca, y en su lugar vio aflorar una sonrisa presumida y satisfecha.

-Ah, de modo que eres tú, querido hermano. Así lo imaginé, pero, desde luego, no podía estar seguro.

Jason se puso tenso. Maldición. Avery no tenía un pelo de tonto.

-No pareces sorprendido en absoluto. Si tenemos en cuenta los extremos a los que has llegado para asegurarte de que estuviera bien muerto, me parece algo bastante asombroso. Por otra parte, la mayoría de tus tácticas brutales siempre me han asombrado.

¿Tácticas brutales? ¿Qué tácticas brutales? Por lo que recuerdo, el asesino de la familia eres tú. Tú eres el que fue condenado a la horca.

Pero el culpable del asesinato eres tú. Ambos lo sabemos. Y ahora tengo la prueba que necesitaba.

-¿Ah, sí? -La risa de Avery se oyó, amenazante, en el recinto vacío-. No creo que tengas la menor posibilidad de demostrar que soy culpable de un crimen que cometiste tú.

Los músculos de Jason se tensaron aún más. La sorpresa con que habían contado, había fracasado. Avery había adivinado que su hermano estaba detrás de la misiva. Jason sabía que eso podía pasar. Todos habían rezado para que no sucediera.

Lucien emergió de entre las sombras para seguir presionando, ya que cualquier palabra pronunciada al descuido todavía podía salvar la situación.

Había un testigo, Carlyle. Quizá podías saber que Jason seguía vivo, pero estoy seguro de que no contabas con esto.

Cierto desasosiego pareció ensombrecer las facciones del duque, pero de inmediato desapareció.

Si hay un testigo, se trata de alguien a quien habéis sobornado para mentir en defensa de mi hermano -sonrió con malicia-. Si tuvierais alguna prueba real, no habríais concertado este encuentro. Habríais ido directamente a las autoridades.

Jason no dijo nada. Su hermano tenía razón. Salvo en las cuestiones financieras, nadie había acusado nunca de estúpido a Avery.

-Ahora que lo pienso -siguió diciendo Carlyle-, vuestro testigo aparece como por arte de magia... y mi testigo resulta convenientemente asesinada.

Afuera se oyó un ruido, un rumor de voces que comenzó a crecer.

Jason miró a Lucien. No se había oído ninguna señal proveniente de Ludington o Barnstable para alertarlos. Quizás Avery había descubierto su presencia y de alguna manera había silenciado a la pareja.

-Vamos -ordenó Lucien.

Jason asintió con un gesto mientras se encaminaba hacia la puerta baja disimulada entre las sombras, la ruta de escape que habían previsto.

-¿Partís, caballeros? -la voz de Avery perforó el silencio de la habitación, alcanzándolos justamente cuando Jason bajaba la cabeza y se disponía a pasar por la abertura. El duque se echó a reír-. No creo que podáis.

-¡Jason! -a un costado del edificio, Velvet se encontraba en la oscuridad, junto a Mary Sinclair. Ambas mujeres habían sido apresadas por otros tantos hombres-. ¡Es una trampa! ¡Corre, Jason! ¡Corre!

Pero ni siquiera la advertencia acongojada de Velvet podía salvarlo del pequeño ejército e hombres que rodeaba el edificio, alguaciles y vigilantes, todos hombres pagados por Carlyle.

-¡No se mueva! -gritó una voz autoritaria desde detrás de ellos.

Lucien empujó a un lado a uno de los hombres, y Jason se precipitó en esa dirección, sólo para encontrarse con media docena más que le cerraban el paso. Disparó un fuerte puñetazo a la mandíbula de uno de ellos, pateó a otro, golpeó a otro más en el estómago y giró para salir corriendo. Tres hombres le cortaron el paso. Alguien lo golpeó con un grueso garrote de roble en un costado de la cabeza. A pesar de eso, él siguió resistiéndose. Luchó con

uno de los vigilantes, arremetió contra otros dos hombres de su hermano, se enredó en una confusión de brazos y piernas, gruñidos y gemidos, y recibió una lluvia de golpes que pronto le impidieron mantenerse en pie.

Lo último de lo que tuvo conciencia fue la punta de una enorme bota negra que lo golpeó con enorme fuerza en el estómago, el lacerante sonido de costillas rotas y los sollozos de Velvet.

-¡Jason! -con un enorme esfuerzo, Velvet logró librarse del hombre que la sujetaba y corrió hacia Jason, que yacía tendido en el suelo. Estaba cubierto de sangre, inconsciente, en el suelo mugriento. Indiferente al barro que le empapaba las faldas, Velvet se arrodilló a su lado y le echó suavemente el pelo hacia atrás.

-Es inocente -susurró, levantando los ojos hacia el alguacil y el magistrado que ahora se reunían con ellos, con las lágrimas corriéndole por las mejillas-. El culpable del asesinato es el duque.

Thomas Randall miró a Lucien con expresión disgustada y severa.

-¿Qué significa todo esto, Litchfield? Vine aquí con la impresión de que iba a ser testigo de la revelación de un crimen. En cambio, lo encuentro aliado a un hombre sentenciado a la horca por homicidio. ¿Se da cuenta de que está protegiendo a un criminal y haciéndose cómplice de él? Eso solo es un crimen muy grave.

-Me doy cuenta, milord -el marqués se irguió en toda su imponente altura-. Desgraciadamente, era un riesgo que debía asumir. ¿Sabe, lord Randall?, lady Velvet y yo tenemos pruebas irrefutables de que Jason Sinclair es inocente del asesinato de su padre.

Un murmullo de incredulidad corrió entre los hombres.

-Entonces debería haber venido a mi oficina con esa información. Puede hacerlo, a las diez de la mañana, entonces podrá elevar su recurso al Tribunal de Justicia de la Corona. Mientras tanto, el prisionero permanecerá bajo custodia en la prisión de Newgate.

Un sollozo se escapó de la garganta de Velvet. Lord Randall volvió su severa mirada hacia Jason, que finalmente había empezado a reaccionar.

-Lleváoslo -ordenó, y Velvet fue obligada a permanecer quieta mientras levantaban a Jason y lo llevaban a la rastra.

Lucien le apoyó la mano en el hombro.

-Esto todavía no ha terminado -le dijo con suavidad-. Contrataremos al mejor abogado de Londres. 1 o que tenemos quizá sea suficiente.

Velvet negó con la cabeza.

-Sabes que no será así. Y menos contra un duque. Y ahora tú también estás en peligro -Velvet lo miró a los ojos-. ¡Dios santo, Lucien, podrían encerrarte en la cárcel igual que a Jason!

El le dio un suave apretón.

-No te angusties, cariño. Yo metí a Thomas Randall en esto, que es uno de los magistrados más respetados de la ciudad. Eso sólo demostrará mi sinceridad. Yo no creo que esté en peligro. Es por Jason por quien debemos preocuparnos.

Una idea la asaltó, y Velvet alzó bruscamente la cabeza.

-Y por Mary -susurró, volviéndose justo para ver al duque llevando de vuelta al carruaje a su errabunda esposa-. Dios del cielo, ¿qué le hará Avery?

Lucien frunció el entrecejo.

-Ojalá lo supiera. Lo único que podemos hacer es rezar para que pueda convencerlo de que estaba preocupada tanto por la seguridad de Avery como por la de lord Hawkins.

Velvet miró a Jason, que tenía los brazos atados en la espalda. Le sangraba la cara, y hacía una mueca de dolor a cada paso que daba. Con un brutal codazo en las costillas y un último y rudo empujón, uno de los hombres lo metió dentro del coche policial que lo aguardaba. La portezuela se cerró de un golpe, y el coche se alejó traqueteando. Velvet pestañeó, tratando de contener las lágrimas.

-Jason dice la verdad -insistió-, pero nadie le creerá -su mirada fue entonces hasta el

recargado carruaje de los Carlyle, que comenzaba a avanzar por la calle-. Mary Sinclair es incapaz de mentir; no mentirá ni siquiera para salvarse.

25

Aquello era una baladronada, pura y simple. Velvet lo sabía, y también Litchfield. Las pruebas que tenían era, con mucho optimismo, cuestionables: la palabra de una criada que en el momento del crimen era apenas una niña, la declaración bajo juramento de un asesino y un acuerdo financiero que vinculaba al duque de Carlyle con la condesa de Brookhurst, un documento que podía significar muchas cosas, incluso el costo de una amante cara.

No era suficiente, y ambos lo sabían. No obstante, y junto al abogado que habían contratado, el honorable Winston Parmenter, entraron en la sala privada donde enfrentarían a los seis jueces que representaban a la Corona en los casos que implicaban sentencia de muerte. Se trataba de una vasta habitación, cubierta de paneles de roble, muy luminosa por los altos ventanales de cristal. Los jueces, de toga y largas pelucas, se sentaban detrás de una estrecha mesa de madera, en tanto Jason lo hacía solo, en una mesa situada frente a ellos, con el rostro magullado y contuso y un ojo amoratado, prácticamente cerrado.

El no se volvió para mirarla cuando entró ella, sino que mantuvo la vista clavada en algún punto delante de él, sin mirar ni a derecha ni a izquierda. Velvet se mordió el labio con fuerza para sofocar el llanto, para evitar gritar su nombre. Ella sabía cuánto la necesitaba Jason, aunque a juzgar por la fachada cuidadosamente controlada que él tenía, nadie podría darse cuenta de ello. Quizá ni él mismo lo supiera.

Ataviada con un austero vestido de seda gris ribeteado de negro, Velvet se obligó a apartar los ojos de su estropeada cara, y se sentó junto a Litchfield y al abogado. Parmenter, un hombre alto e imponente de treinta y tantos años, con pelo castaño que ya blanqueaba en las sienes y frente que parecía fruncida la mayor parte del tiempo, se tomó un momento para revisar sus notas, de las que luego levantó los ojos para dedicarle una sonrisa tranquilizadora.

Se cumplieron las formalidades de rigor y a continuación, Thomas Randall, en su función de presidente del Tribunal, fue directamente al grano.

-Permítaseme empezar por recordar a los presentes que esto no es más que una audiencia preliminar, una presentación de pruebas hasta ahora desconocidas de un crimen que fue juzgado hace ocho años. Los cargos son graves. Las acusaciones hechas contra un hombre tan prominente como el duque de Carlyle son realmente muy serias. Si no provinieran de otro miembro de la nobleza, un hombre con una reputación tan impoluta como la del marqués de Litchfield, no deberían concedérseles el menor crédito.

Revolvió los papeles que tenía sobre su pesado escritorio de roble.

-En el otro extremo del espectro, el duque de Carlyle no sólo ha acusado a su hermano del asesinato de su padre, del cual el prisionero ya ha sido declarado culpable, sino también del de la condesa de Brookhurst.

Velvet sintió que se ahogaba. Jason emitió un sonido gutural. Junto a ella, Litchfield se puso rígido.

«Santo Dios del cielo.» La furia se mezcló con el miedo que la invadía, mareándola. No se atrevió a mirar a Jason. En cambio, se dio la vuelta hacia el marqués, que se acercó y le apretó la mano.

El abogado se puso de pie.

-Acusar a mi cliente del asesinato de lady Brookhurst es ridículo, milord. No existe absolutamente ningún fundamento para creer que el hombre que mató a Celia Rollins sea Jason Sinclair.

-Según el duque, los hay. Parece que hubo un testigo que vio al asesino cuando se marchaba de la casa de la condesa. El ha solicitado que se indague bajo juramento a la dama y

que nos dé una descripción del hombre que ella vio cuando abandonaba la escena del crimen.

¡Oh, por Dios, estaban hablando de ella! Velvet pensó que iba a desmayarse.

-Seguramente no se está refiriendo a la esposa de mi cliente -dijo el abogado, consciente de que la presencia de Velvet ese día en casa de la condesa debía figurar en el expediente.

En ese momento intervino Avery, que estaba en el rincón donde su abogado y él se habían sentado en silencio.

-Ciertamente, me estoy refiriendo a la esposa de mi hermano... si efectivamente es su esposa.

La insinuación era clara. Litchfield golpeó con el puño sobre la mesa. Una oleada de murmullos se levantó en la sala, y el juez hizo sonar su martillo.

-¡Orden, orden!

-Su señoría, no hay motivos para difamar la integridad de la dama -dijo el abogado con gran serenidad, serenidad que, aparentemente, era la razón por la que había sido contratado-. El matrimonio está debidamente documentado. Desde luego, estamos dispuestos a aportar la documentación necesaria si el señor juez lo solicita. Sin embargo, no veo en qué puede llegar a ser relevante el matrimonio de mi cliente en este caso.

-Objeción aceptada -dijo Thomas Randall-. Lo único que queremos es el testimonio de la señora.

Velvet negó con la cabeza.

No -susurró-. No lo haré. Darán la vuelta a mis palabras. Harán que parezca que yo vi a Jason. Yo... no puedo...

-Milords -Litchfield se puso de pie-. La señora está, obviamente, demasiado alterada para dar testimonio. Les recuerdo, tal como ha dicho el señor Parmenter, que el hombre acusado es su esposo. Aparte de eso, ella ya ha sido interrogada por las autoridades. Cuando el crimen fue cometido, ella describió al hombre que vio ante el alguacil que instruyó el caso. Sin duda, ese testimonio es suficiente para satisfacer al tribunal.

Randall hizo un gesto a uno de los empleados.

-Tal vez lo sea. Creo tener aquí las notas que el alguacil Wills tuvo la amabilidad de alcanzarme. Lea al tribunal la descripción de la dama, por favor.

-Muy bien, Su Señoría -el rechoncho hombrecillo carraspeó para aclararse la garganta y comenzó a leer las notas de la declaración hecha por Velvet al alguacil-. «Se trataba de un hombre alto y muy fornido. Tenía el cabello largo y oscuro, sin empolvar, atado con una cinta. No le vi la cara.»

-¡No! -exclamó Velvet, poniéndose bruscamente de pie-. ¡No era Jason! ¡Lo habría conocido! ¡Lo habría reconocido!

Con un golpe de su martillo, el juez pidió orden. Intervino otro de los jueces.

-Usted dijo, milady -dijo, dirigiéndose a ella-, que no le vio la cara. ¿La vio, o no la vio?

El corazón de Velvet estuvo a punto de salírsele del pecho. Mentir sólo empeoraría las cosas.

-No... no la vi.

-Gracias. Siéntese, por favor.

Ella hizo lo que le ordenaban con la boca seca y el golpe del martillo del juez repiqueteando en su oído.

-Recuerdo a todos -dijo Thomas Randall-, que este procedimiento es informal. El prisionero ya ha sido condenado. Sólo estamos aquí para ver las nuevas pruebas reunidas para decidir si es suficiente para modificar la decisión de la corte. Señor Parmenter, puede proceder con su presentación.

Sentada en el borde de la silla, temblorosa, Velvet observó en un silencio aterrorizado cómo eran presentadas a los seis jueces de la corona las escasas pruebas que habían logrado reunir.

-Si el tribunal lo permite -dijo Parmenter-, la testigo Betsy McCurdy llegará sin tardanza. Su testimonio confirmará el recurso presentado y resolverá cualquier duda que los

magistrados puedan tener en cuanto a quién es el criminal en este caso.

El abogado siguió adelante con confianza y destreza, presentando el resto de las pruebas, pero Velvet temió, como sabía que también temía Jason, que aquello no fuera suficiente.

-Me gustaría hacer una pregunta a lord Litchfield -dijo otro de los jueces, observándolo por encima de sus impertinentes-. Querría saber por qué no fue directamente a ver a lord Randall con esta información. ¿Qué pensaban lograr, el prisionero y usted, con la presencia de lord Randall en un almacén abandonado?

-Esperábamos obtener la confesión del duque, milord. Habría simplificado mucho la tarea.

Velvet miró de reojo a Lucien. Si lo que él sentía era realmente inseguridad, no se traslucía en sus ojos plateados.

-Sí, efectivamente -convino Randall-. Una confesión proveniente del prisionero también habría simplificado nuestra tarea. Por desgracia, ninguna de las partes parece dispuesta a hacernos ese favor. Ya que ése es el caso, debemos tomar nuestra decisión basándonos en las pruebas con que contamos -echó un vistazo a sus notas y levantó los ojos hacia Jason-. Hasta que terminenos con nuestras deliberaciones, el prisionero permanecerá bajo custodia en la cárcel de Newgate -bajó el martillo.

Velvet sintió que se le cerraba la garganta. Newgate. Se decía que el mismísimo infierno era apenas un poco peor que Newgate. Y Jason ya había sufrido mucho.

El abogado se puso de pie.

-Por favor, Su Señoría. Nos gustaría solicitar una custodia especial para mi cliente hasta que el asunto haya sido resuelto. La última vez que él fue puesto en prisión, alguien trató de matarlo.

Randall lanzó un suspiro.

-Lo lamento, pero el prisionero ya ha burlado su sentencia una vez. Dada esa circunstancia, la decisión de esta corte permanece firme. En cuanto hayamos arribado a una decisión, se le hará saber.

Otro golpe de martillo, y todos se pusieron de pie.

Por primera vez, Jason miró en dirección de Velvet. La amarga resignación pintada en su rostro le produjo un doloroso nudo en el pecho. Giró hacia él, pero el abogado le bloqueó el paso.

-Lo siento, milady. Aquí no puede hablar usted con él, pero podrá visitarlo apenas esté instalado -en la prisión, quería decir. Santo Dios, le parecía estar viviendo una pesadilla-. Usted querrá ser generosa con el carcelero, desde luego, y dejar dinero suficiente para asegurarse de que él esté cómodo.

-Sí... -respondió Velvet en un susurro.

-Yo me ocuparé, Velvetdijo Lucien gentilmente, tomándola del brazo y acompañándola afuera-. Haremos todo lo que podamos para que esté debidamente instalado.

Pero no sería suficiente. No lo sería, a menos que encontraran la manera de salvarlo. Por el momento, sólo Dios parecía capaz de hacerlo.

Jason tenía la espalda apoyada contra la grisácea pared de piedra. La humedad de la celda se filtraba a través de su camisa blanca, adhiriéndose como una película a su piel. Un acuoso rayo de sol entraba en la celda contigua a la suya, pero apenas llegaba un débil resplandor al sucio jergón de paja tirado sobre el suelo de fría piedra.

Una rata atravesó corriendo la celda, haciendo un ruido chirriante con sus diminutas garras. Se sentía rodeado por el aire fétido en el que se mezclaban el sudor, los mugrientos cuerpos sin lavar, las ropas podridas, el olor agrio de la orina y las heces, el hedor rancio de la enfermedad. El había sido enviado a las mazmorras subterráneas de la prisión, a pesar de que Lucien había pagado y exigido que se lo alojara en el edificio principal en lugar de hacerlo en las zonas comunes de la prisión.

Pero en Newgate el dinero sólo vencía las normas en tanto y en cuanto complaciera a los guardias. Por la moneda que habían recibido lo trasladarían, habían dicho, en pocas horas, a una celda más grande y más limpia. Lo llevarían en cuanto estuviese preparada. Por supuesto, las horas podían significar días, y los días convertirse en semanas. Mientras tanto...

Mientras tanto, permanecía allí, sentado en la oscuridad, aspirando los pestilentes olores a cloaca, tratando de no hacer caso a la humedad o a las capas de limo que enlodaban las piedras bajo sus pies.

Tratando de no recordar otras épocas en esa misma y fétida prisión, una época que había estado a punto de destruirlo.

Y también había otros recuerdos que trataba de evitar, al menos al principio. Recuerdos de Velvet, la mujer que había invadido su vida con su pasión, que había invadido su lecho para terminar invadiendo todo su corazón. Recuerdos de su sonrisa, de su risa, de su coraje ante el peligro. De su lealtad y su confianza. Trató de no pensar en lo que sentía al besarla, al acariciar sus bellísimos senos, en el placer de estar dentro de ella. En la manera en que su menudo cuerpo se apretaba en torno de él.

No quería recordarla, hacer que cada minuto, cada segundo de soledad, fuera más doloroso.

Pero finalmente había llegado la oscuridad y se le había metido en la cabeza, arrastrándolo hasta ese pasado de agonía, hasta la primera vez que había estado allí. Hasta los años terribles que siguieron. Hasta ese atroz día de mayo en el que había dejado de ser un hombre para volverse algo mucho menos humano.

Para mantener a raya los recuerdos, cedió a la necesidad que sentía de Velvet y dejó que su mente se concentrara en los días que había pasado con ella, en las risas que habían compartido, en las horas de pasión, en los regalos invalorables que ella le había hecho: su inocencia, su amistad, su inclaudicable lealtad y apoyo.

Durante un rato pudo mantener alejada la oscuridad, evitando el recuerdo de la sangre, la muerte y los gritos de agonía. Finalmente, el tufo fétido, la mugre y la negrura de la celda se impusieron sobre su voluntad, y los recuerdos de Velvet se desvanecieron.

El largo túnel de sombras lo engulló, llevándolo hasta el pasado para dejarlo a solas con sus demonios. El horror y la desesperación se abatieron sobre él, envolviéndolo en sus tentáculos de desdicha; en esta oportunidad llegaron para quedarse.

Ella tenía que verlo. No mañana por la mañana, cuando Lucien pensaba llevarla. No al día siguiente. No al otro día. Necesitaba verlo esa misma noche. En ese mismo momento. Más allá de lo que dijera cualquiera.

Velvet se vistió apresuradamente con la sencilla falda de lana y la blusa de algodón que había usado en El Báculo del Peregrino, zapatos resistentes y una práctica capa con capucha. El coche de los Haversham ya estaba listo y aguardándola. Sin prestar atención a la expresión preocupada de Snead, Velvet salió, bajó la escalinata del pórtico y se acomodó dentro del coche. Frente a ella, semioculto en las sombras, iba el señor Ludington. Tanto él como Barnstable tenían chichones y cardenales de su encuentro con los hombres de Avery.

Curiosamente, aunque por primera vez totalmente informados acerca de las verdaderas circunstancias de Jason, ambos habían permanecido leales, apoyándola, seguros de que el hombre que luchaba tan valientemente para probar su inocencia -y para proteger a las personas que estaban a su cuidado-, no podía ser culpable de asesinato.

El corpulento detective se revolvió en su asiento, incómodo en el lujoso interior de terciopelo rojo del carruaje.

-¿Está completamente segura (le que quiere hacer esto, milady? Sería más seguro que esperara que Su Excelencia venga a buscarla mañana por la mañana.

-Mi esposo me necesita. Algo anda mal. Puedo sentirlo. No puedo esperar hasta mañana.

Ludington no hizo ningún comentario. Algo andaba mal... de eso no cabía duda. El esposo de la señora estaba a punto de ser colgado en la horca. Ojalá pudiera hacer algo para cambiar las cosas. Ya que hasta el momento sus esfuerzos no habían servido para nada. acompañar a la dama a Newgate no era mucho pedir.

El coche avanzó traqueteando por las tenebrosas calles, y a medida que se fueron acercando a la prisión el bullicio de la ciudad fue haciéndose más intenso. Vagabundos y carboneros, deshollinadores y mendigos atestaban callejones y aceras a lo largo de todo el trayecto. Por las ventanillas se filtraban olores nauseabundos y pregones de los vendedores ambulantes que ofrecían sus mercancías. Pasaron bajo grandes carteles colgantes con el nombre de diferentes tugurios y sucias tabernas, y finalmente llegaron a la prisión.

Ludington ayudó a Velvet a apearse del coche, sorprendido cuando ella lo tomó del brazo y se apoyó en él. El hombre advirtió que ella necesitaba su apoyo; se enderezó y la acompañó hasta la oficina del jefe de guardiacárceles.

Se produjo un movimiento de dinero que cambió de manos, una bonita suma, incluso más de lo que ella había supuesto. No importaba. Estaba preparada para pagar lo que hiciera falta para lograr el objetivo que la había llevado hasta allí. Se marchó de allí con la promesa del guardia -asegurada por el cebo de más guineas de oro-, de que sería aprontada una nueva celda para trasladar a Jason a la mañana siguiente. A continuación, el señor Ludington y ella fueron llevados a través de una pesada puerta de madera que conducía hasta las mazmorras de la prisión.

Un carcelero gordo y barbudo, con una lámpara que humeaba, los acompañaba mostrándoles el camino. Incluso a cierta distancia, Velvet pudo oler su tufo agrio, el sudor y la mugre impregnados en su ropa. Se mezclaba con el rancio hedor que la rodeaba, un hedor que le revolvió el estómago. Al descender por los oscuros pasadizos de piedra, en los que el moho y la humedad que impregnaban las paredes parecían adherirse a su capa, ya no pudo diferenciar los diferentes olores.

La escoria de la humanidad se hacinaba en las celdas por las que pasaron. Velvet sintió que le subía la bilis a la garganta al escuchar los obscenos comentarios que suscitaba su presencia, los dedos como garfios que se asomaban por las rejas para alcanzarla, los gemidos de los enfermos y los moribundos. Apretó el brazo de Ludington, pero siguió caminando, obligándose a mirar para adelante y a no pensar en los pobres desgraciados que vivían en un sitio mucho peor que cualquier albañal de Saint Giles.

Cuando por fin llegaron a la puerta de la celda de Jason, ella estaba temblando, y no se debía a la corriente helada que soplaba por el corredor.

Es aquí, señora -el gordinflón introdujo una gran llave de hierro en la cerradura y el metal produjo un torturante chirrido. Tomó una pequeña vela de sebo que había junto a la puerta, la encendió y se la entregó-. Dispone de una hora con el prisionero, ni un minuto más.

Velvet asintió, aceptando la vela con manos temblorosas.

Gracias.

Ludington se acercó hasta ponerse a su lado.

-Estaré aquí, milady. Al lado de la puerta. Puede llamarme si me necesita.

Ella le dirigió una sonrisa forzada.

-Estaré bien.

Pero no estaba bien. Estaba enloquecida de desesperación por la idea de que Jason estaba preso en semejante lugar, deseando que hubiera algo que pudiera hacer para liberarlo, jurándose, como docenas de veces antes, que lo encontraría.

Reunió coraje y aspiró una bocanada del fétido aire en un esfuerzo por darse ánimo. Entró en la oscura celda. La llave rechinó cuando el guardia *echó* el cerrojo.

-¿Jason? -se preguntó por qué él no se había asomado y levantó la vela para iluminar el lugar-. Jason, soy Velvet, ¿dónde estás?

Ninguna respuesta. Un ruido arrastrado, y el rumor de minúsculas patas con garras deslizándose en el resbaladizo suelo de piedra. Velvet se mordió con fuerza el labio para

ahogar un grito. Sólo era una rata. La menor de sus preocupaciones. Iluminó con la vela el rincón más alejado de la celda. ¿Dónde estaba Jason? ¿El guardia se habría equivocado de celda?

Entonces lo vio, sentado en el suelo, con pesados grilletes de hierro que lo mantenían sujeto a la pared por los tobillos. Tenía los ojos abiertos pero no la veía, sino que miraba algún punto en la oscuridad.

-Oh, santo Dios.

Un sollozo le subió a la garganta junto con las lágrimas. Velvet apoyó la vela en el suelo con manos que no dejaban de temblar y se acercó a él lentamente. Se arrodilló a su lado, le rodeó el cuello con los brazos y apretó su mejilla contra la de él.

Jason, mi amor, soy Velvet. Todo irá bien.

Jason no dijo nada y siguió mirando delante sin ver.

Jason, por favor... soy Velvet.

Entonces, él se movió, apenas un ligero movimiento. Ella lo sintió inhalar profundamente, y luego una vez más, llevando cada vez más aire a sus pulmones. Parpadeó, y sacudió la cabeza como si despertara de un sueño. Ella se apartó y lo miró a los ojos. Sus diminutas pupilas negras empezaron a enfocarla.

¿Velvet?

Sí, mi amor. Estoy aquí -se secó las lágrimas que habían comenzado a rodar por sus mejillas, se inclinó y le dio un tierno beso en los labios-. ¿Estás bien?

Se oyó un profundo suspiro de desesperación, seguido por el rechinar de las cadenas.

-No deberías haber venido aquí, Velvet.

¿Dónde estabas, Jason, cuando llegué? ¿Qué estabas viendo?

La mirada de Jason buscó la suya a la luz de la vela, mirándola con sus ojos intensamente azules y llenos de desolación, en un rostro surcado por profundas líneas de dolor.

-El pasado -respondió simplemente-. Por eso no deberías haber venido.

Tenía que hacerlo. Tenía que verte. Tenía que asegurarme de que estabas bien. Tú eres mi esposo, Jason -clavó los ojos en los de él y se negó a apartarlos-. Y te amo. Tenía miedo de decírtelo antes, pero ahora... ahora quiero que lo sepas. Te amo, Jason. Desde hace mucho tiempo.

Los músculos de la garganta de Jason se movieron arriba y abajo, pero no dijo nada. Dejó caer la cabeza sobre el pecho, y a la vacilante luz de la vela, Velvet pudo ver que su fuerte mandíbula estaba ennegrecida por los cardenales y tenía los labios cortados e hinchados.

Lentamente, Jason levantó la cabeza. Extendió sus grandes manos y le rodeó la cara.

-Nunca quise que me amaras. Traté de decírtelo, traté de protegerte. Lamento el dolor que te he causado, los terribles problemas que te he hecho vivir.

Yo no lo lamento. Te amo. Atesoro cada momento que hemos compartido. Rezo pidiendo que llegue el momento en que estés libre para que podamos volver a estar juntos.

El se limitó a sacudir la cabeza.

Eso no va a suceder, Velvet. Incluso aunque ocurriera un milagro y lograra salir vivo de este lugar, todo ha terminado entre nosotros. Lo que hayamos compartido, pertenece al pasado.

¿No! No digas eso. Yo...

Tú no me amas. Sólo crees que me amas. El hombre que tú amas, no existe. Ya no. No existe desde hace mucho tiempo.

Eso no es cierto. Tú eres exactamente el hombre que yo creo que eres, y mucho más.

El hizo caso omiso de sus palabras y le acarició el labio inferior con la punta de los dedos, con una caricia tan leve como una pluma.

-He sido egoísta, duquesa. No debería haberte tocado nunca, no debería haberme casado

Librodot

contigo. Debería haberte dejado tranquila. Si lo hubiera hecho, no te habrías hecho daño - paseó la mirada por la sórdida celda infestada de ratas, vio a Velvet de rodillas a su lado, sobre el sucio jergón de paja, y el corazón se le encogió dolorosamente dentro del pecho. Ella no pertenecía a un lugar como ése, ni siquiera debería haber sabido que existía semejante sitio.

El era la razón de que ella estuviera allí. Era culpa suya... otra vez.

Deslizó un dedo por la mandíbula de la joven, anhelando no tener que volver a lastimarla una vez más y poder ahorrarle la verdad. Pero ya era tarde para eso.

-¿Quieres saber qué estaba viendo aquí, sentado, en la oscuridad? ¿Quieres saber la verdad? Bueno, te diré la verdad, Velvet. Después, quiero que te vayas de este lugar dejado de la mano de Dios y no regreses nunca más.

26

Ya habían pasado ocho largos años, pero a él le parecía que había sido sólo ayer. Fue a finales de mayo. Había estado en Georgia durante tres torturantes años de calor, bichos y trabajo abrumador. En ese entonces estaba lleno de odio, un odio que lo cegaba. Ansiaba su libertad y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguirla.

Trató de escapar, por supuesto, pero los perros siempre lograron encontrarlo. Lo habían azotado hasta dejarlo medio muerto, pero ni siquiera eso pudo detenerlo. Jason estaba decidido a marcharse de allí.

La cuarta vez que lo intentó sabía que lo más probable era que lo mataran, pero su suerte finalmente había cambiado. En el impenetrable bosque de pinos cercano al campo su camino se cruzó con el de un anciano negro que también estaba huyendo. Samuel necesitaba un hombre fuerte para que empujara su canoa con una pértiga por los pantanos de Georgia. Si había algo que a Jason le sobraba era fuerza.

-Yo tenía la fuerza, y él conocía los pantanos -dijo Jason a Velvet-. Una vez que se sintió más seguro, Samuel enfiló hacia el norte. Nos dirigimos a Carolina del Sur, hasta un lugar llamado Charleston. Allí había barcos; me habían dicho que esos barcos zarpaban hacia puertos de todo el mundo. Inglaterra estaba fuera de la cuestión, desde luego, pero tenía que haber algún sitio al que pudiera ir, algún lugar en el que estuviera a salvo.

Jason apoyó la cabeza contra la fría piedra gris, mirando hacia arriba, y dejó que los recuerdos siguieran saliendo a la superficie.

-Resultó ser que los barcos legales estaban vigilados, por si algún fugitivo de los campos de trabajo forzado intentaba subir a bordo. De haber tratado de embarcarme en alguno de los barcos del puerto, su capitán me habría entregado.

Velvet buscó la mano de Jason en la oscuridad y la tomó entre las suyas, cálidas, tiernas y reconfortantes. El se preguntó en qué momento exacto la retiraría.

Para continuar su relato él hubo de recurrir a todas sus fuerzas. Le contó que finalmente había encontrado un barco en las afueras del puerto, un barco de mercenarios, según le había dicho Miles Drury, su capitán. Estaba tripulado por hombres desesperados, hombres dispuestos a trasponer los límites de su propia conciencia.

El Valiant era un bergantín inglés. No fue sino hasta mucho después que Jason descubrió que había sido robado.

Y los hombres no eran mercenarios. Apenas eran ladrones sin el menor escrúpulo. Jason los recordaba bien: parias, borrachos, asesinos sanguinarios y piratas. En otro momento jamás habría subido a un barco tripulado por hombres semejantes, pero entonces no le importó. Había pasado tres interminables años junto a canalla como aquélla y había sobrevivido. Volvería a hacerlo.

Seis días después de partir comenzó la piratería. La víctima fue un bergantín que navegaba hacia Bermuda. Fue el primero de media docena de barcos, y la tripulación se cebó con semejantes botines. Jason no prestó oídos a su conciencia. Merecía la parte que le correspondía, se dijo, como compensación por la grave injusticia sufrida. Podría utilizar el dinero para regresar a Inglaterra, probar su inocencia y la culpabilidad de Avery. Para que su padre descansara en paz.

Y hasta ese momento, excepto los hombres heridos en la lucha para proteger sus pertenencias, nadie había resultado innecesariamente muerto.

Su capital aumentó, y una extraña clase de amistad fue desarrollándose entre el capitán Drury y él. El marino era un galés que había ido a las colonias como trabajador contratado.

-Tú eres un caballero -afirmó el corpulento y canoso Drury una noche después de la cena, mientras se hallaba junto al timón, fumando su pipa de arcilla-. Y educado en Inglaterra. Raro de encontrar en este negocio.

Y así siguieron adelante, hasta esa fatídica mañana de mayo, un día cálido y ventoso en que el *Starfish,* un barco de pasajeros con destino a Barbados, apareció en el horizonte.

-Vaya presa, ¿eh, compañero? -Black Dawson, el rechoncho primer oficial, se acercó a él, que observaba desde la cubierta de popa.

-Parece buena -replicó Jason algo incómodo-. Pero tal vez haríamos mejor si buscáramos un barco de carga en lugar de ése, que sólo transporta pasajeros.

Los barcos mercantes eran una cosa. Los de pasajeros, otra muy diferente. No le gustaba la idea de ver a la tripulación sedienta de sangre de Drury abalanzándose sobre un barco lleno de pasajeros inocentes.

Black Dawson soltó un gruñido.

-Allí habrá dinero y objetos de valor. Bastante más de lo que imaginas.

El resto de la tripulación pensaba lo mismo. Jason fue poniéndose cada vez más nervioso cuando el *Valiant* se acercó al bien equipado barco. Poco después del mediodía, estuvieron en posición.

-Disparadle un cañonazo delante de la proa -ordenó el capitán- Veremos si se pone al pairo.

Jason se puso tenso al escuchar el rugido atronador del cañonazo que casi dio en la roda del barco, pero el *Starfish* no se puso al viento; siguió avanzando a toda vela en el obstinado y valiente, aunque inútil, esfuerzo de su capitán de escapar al cada vez más cercano bergantín.

Fueron necesarios varios disparos de cañón cuidadosamente apuntados delante de a proa del *Starfish* para que éste finalmente izara la bandera blanca de rendición; el *Valiant* arrió los juanetes y se acercó lentamente al *Starfish* para abordarlo.

Haga que sus pasajeros se reúnan en cubierta -ordenó Drury al capitán del *Starfish-.* Dígales que formen fila junto a la borda de estribor.

Black Dawson aguardaba, ansioso, junto a Jason.

Mira eso, hombre -le dio un rudo codazo en las costillas-. ¿Les ves las faldas? Llevo tres meses sin probar mujer. Creo que la abstinencia ha terminado.

De improviso, Jason sintió que se descomponía. Aun a la distancia, pudo ver a media docena de mujeres pálidas, alineadas junto a la borda de estribor. Sin decir palabra, dejó al rollizo primer oficial y se encaminó hacia la popa, en busca del capitán Drury.

-Sus hombres se proponen violar a las mujeres. Tiene que hacer algo para detenerlos.

El capitán lo miró por encima de su pipa.

-Usted no está hecho para esto, Hawkins. Nunca lo estuvo. No debería haberle permitido que viniera con nosotros. -Se dio vuelta para controlar a la tripulación, que se disponía a abordar el *Starfish no* bien se lanzaran los garfios y ambos barcos quedaran amarrados.

El capitán Drury se quitó la pipa de la boca.

-Lo siento, muchacho. Puedo ser el capitán, pero no puedo impedir que tomen lo que se han ganado. Por otra parte, la mayoría de esas mujeres son casadas. Un poco de juego no les

hará ningún daño. Ya han tenido un hombre entre las piernas mucho antes de esto.

-Fue mucho más que un juego -dijo Jason a Velvet, mientras el horror de ese día lo invadía en dolorosas y densas oleadas-. Arrastraron a las mujeres por la cubierta y les arrancaron las ropas. Los hombres que debían defenderlas fueron muertos a sablazos, rajados al medio desde el esternón hasta la ingle y arrojados al mar para alimentar a los peces.

Velvet emitió un sonido inarticulado. La mano que sostenía la de Jason comenzó a temblar. Aun así, él se obligó a seguir adelante, a describir la escena en cubierta, esa escena surgida del Infierno del Dante, la escena en que él había rogado al capitán que impidiera y que después, infructuosamente, él mismo había tratado de detener. Justamente, a causa de todo el trastorno que provocaba, fue golpeado hasta que cayó, inconsciente, en medio de su propia sangre sobre cubierta.

Varias horas más tarde, despertó por la algarabía de las obscenas y soeces risotadas de los hombres borrachos con el ron que habían encontrado en la bodega del *Starfish.*

Le latía la cabeza y veía borrosamente, pero se obligó a incorporarse y a mirar por encima de la borda. El *Starfish* se balanceaba como un barco fantasma en medio del mar; la cubierta estaba desierta. Todos los hombres habían sido arrojados al mar, y todas las mujeres, después de violadas y atormentadas siguieron el mismo camino.

De pie junto al capitán, con una cuchillada en la cabeza y otra en la mandíbula, Jason se quedó mirando la cubierta ensangrentada del *Starfish* con la mente demasiado ofuscada para creer lo que había ocurrido. Fue entonces cuando la vio. Una niña de no más de once o doce años, una criatura espectral con enormes ojos verdes aterrados y largos cabellos castaños. Black Dawson la había encontrado abajo, oculta en algún lugar en el vientre del barco al que querían pegar fuego.

En ese momento la arrastraba triunfalmente hacia sus compañeros, enarbolando su menudo cuerpecillo como si fuera un trofeo; él se proponía ultrajarla antes de pasarla a sus compañeros.

Jason se adelantó, prácticamente cegado por la furia, una ira tan violenta que casi no podía controlar. La mano de Drury le aferró el brazo como si fuera una abrazadera de hierro.

-No hay nada que puedas hacer.

Jason se volvió bruscamente hacia el hombre que alguna vez había considerado su amigo.

-¡Tiene que detenerlos! ¡Es sólo una niña! El capitán sacudió la cabeza.

-Es tarde para eso. Si te sirve de consuelo; tú tenías razón. No deberíamos haber atacado ese barco. Ahora lo lamento, pero lo hecho, hecho está.

-Pero la niña...

-La violarán, todos ellos. Después se librarán de ella, tal como hicieron con las otras. Ahora están cebados con la sangre. Si intentas detenerlos, te matarán, y la niña morirá de todas maneras.

-¡No! ¡No puede dejar que la maten! -Jason sacudió la cabeza con incredulidad-. Es una criatura, por Dios. ¡Una criatura! -giró sobre sí mismo y enfiló hacia los forajidos, pero dos fuertes brazos lo sostuvieron desde atrás.

-Tú no irás a ningún sitio, compañero. El capitán quiere que sigas vivo, y también yo lo quiero.

Serge Baptiste era un hombretón que parecía una montaña, un enorme marinero portugués al que la tripulación llamaba «el Bautista». A pesar de la imponente talla de Jason, el Bautista era todavía más grande. Junto a Patsy Cullins, otro corpulento marinero, le sostuvieron los brazos en la espalda y lo obligaron a arrodillarse sobre la cubierta.

-Le arrancaron la ropa a jirones -siguió diciendo Jason en tono sin inflexiones-. Mientras cuatro hombres la sostenían boca arriba, Black Dawson se arrodilló entre sus piernas.

Asqueado por lo que veía, trató de mirar hacia otro lado, hacia el mar infinito, pero la afilada aleta de un tiburón surcando la superficie del agua no contribuyó a darle respiro. Un

penetrante y aterrorizado alarido hizo que volviera los ojos hacia la niña.

El lamentaría los minutos siguientes cada segundo de su vida; no obstante, en las mismas circunstancias, volvería a hacerlo otra vez. Lanzando un rugido de furor, Jason logró librarse de sus captores, tomar la pistola que un marinero llevaba en el cinturón y encañonar a la niña.

Sólo tenía un disparo. No tenía sentido que matara a Black Dawson, aunque ardía de ganas de agujerear el duro cráneo del bruto: más de una docena de marineros aguardaban para ocupar su lugar. Jason apretó los dientes y disparó; el eco de la detonación reverberó en toda la cubierta de la embarcación.

-La bala dio en el blanco -dijo entonces Jason, en un hilo de vez que era poco más que un susurro-. Recuerdo la forma en que se le cerraron lentamente los ojos. ¡Había estado tan asustada! En ese momento, su bonito rostro parecía casi en paz -al final se le quebró la voz-. Hicieran lo que le hiciesen, al menos su sufrimiento había terminado.

Jason.... -Velvet murmuró su nombre, pero él no la oyó. Estaba recordando la manera en que había dejado caer la pistola, apartando la mirada, recordando la humedad de las lágrimas que se deslizaron por sus mejillas.

Entonces no le importó que lo vieran llorar. Tampoco que lo mataran. Deseó, de hecho, estar muerto. Deseó ser él el que yaciera en un charco de sangre, en lugar de la pequeña.

Pero Black Dawson se limitó a echarse a reír, con un agudo ladrido divertido que fue creciendo y creciendo hasta que toda la tripulación alcoholizada cayó sobre cubierta en una explosión de carcajadas.

Miles Drury le apoyó la mano en el hombro, pero Jason se apartó de un salto.

-Tendré que desembarcarte en el primer puerto -dijo Drury-. La parte que te toca te asegurará alguna clase de futuro. Hasta entonces, mantén la boca cerrada y quédate abajo todo lo que puedas. Tal vez consiga mantenerte vivo.

Jason no respondió. No quería el dinero manchado de sangre del capitán. No le importaba vivir o morir. No le importaba nada, salvo poder hacer retroceder el tiempo hasta el momento en que se había embarcado en ese malhadado bergantín; bien sabía Dios que eso era imposible.

En lugar de eso, él estaba tan maldito como el barco, tan condenado como los hombres que navegaban en él. Jamás olvidaría lo sucedido en ese día atroz, ni se perdonaría nunca por lo que había hecho.

Y supo entonces, con tanta certeza como lo sabía en ese momento, que nadie que supiera la terrible verdad sería capaz de perdonarlo.

Unos suaves sollozos atrajeron su atención y lo arrancaron de las tinieblas del pasado. Sintió un cálido contacto que se demoraba sobre su piel: la mano de Velvet seguía aferrando la suya. Una tenue vocecilla susurró su nombre, ronca por las lágrimas y por una inocultable angustia. Unos brazos delgados le rodearon el cuello y sintió contra la mejilla el contacto de otra bañada en lágrimas, con las que se mezclaron sus propias lágrimas saladas.

-Jason...

-Perdóname -susurró él, sabiendo que ella jamás podría hacerlo, sabiendo que sólo Dios podría, y que no tenía el coraje de pedírselo. El sentía que no merecía perdón, aunque Dios lo perdonara en su inmensa misericordia.

Apretada contra él, Velvet se estremeció transida por la pena, respirando afanosamente, con los músculos de la garganta agarrotados.

Pero ninguna palabra salió de sus labios. Sólo se oía el suave sonido de sus sollozos. El no debería haber pedido su perdón, no debía haberla presionado para que le diera lo único que no podía darle. Sólo conseguía hacer más grande su propio dolor.

Algo cálido le rozó la mejilla. Una mano temblorosa le tomó tiernamente el rostro con una dulce caricia que jamás había soñado volver a sentir.

-Mi amado Jason. No necesitas mi perdón. Nunca lo necesitaste. Ese día hiciste lo que creías que era lo mejor. Arriesgaste tu propia vida para ayudarla.

Librodot

-La maté. La asesiné.

-La salvaste. La salvaste de la única forma en que podías hacerlo. Yo habría recibido de buena gana esa bala; sin duda así lo sintió ella.

Jason negó con la cabeza.

-Ella era apenas una niña. *Una niña.* Le quité toda oportunidad de vivir.

Velvet se apartó ligeramente para mirarlo a los ojos.

Las mejillas le brillaban por las lágrimas a la vacilante luz de la vela.

¿Y tú, Jason? Tú no has vivido de verdad ni un solo día desde la muerte de esa niña.

El no respondió. Le dolía demasiado la garganta para poder hablar.

-Eres sólo un hombre, Jason. Sólo un hombre. A veces cometes errores, como cualquier otro hombre. Ese día tomaste una decisión, una elección terrible entre dos posibles cursos de acción inconcebibles, inhumanos. Sabías que era probable que te mataran, sin embargo elegiste ayudar a esa niña inocente, aliviar su sufrimiento de la única manera que podías.

El aspiró con fuerza, temblando. Por Dios, cómo detestaba que ella lo viera llorar.

Eres humano -siguió diciendo Velvet-. Dios lo sabe. Haz las paces con Dios, Jason. En cuanto a mí, yo te amo incluso más que antes. Y tenía razón: tú eres todo lo que yo pensaba que eras, y aun más.

Un dolor agudo atenazó el pecho de Jason. Se volvió en brazos de Velvet y la apretó contra su pecho.

¡Ah, Dios mío, duquesa! -le pasó las manos por el cabello, estropeando su esmerado peinado, soltándole las horquillas y dejando que los espesos rizos le cayeran sobre los hombros-. Te amo, duquesa. Te amo con locura, maldita sea.

Ella había vuelto a echarse a llorar. Jason pudo sentir cómo le temblaba el menudo cuerpo, pero cuando levantó los ojos hacia él, a la débil luz de la vela, la vio sonreír.

Velvet sacó un pañuelo de entre los pliegues de su falda y se enjugó las lágrimas.

-Me amas. Quieres decir que no es sólo deseo.

-Yo no quería que fuera algo más que eso.

Volvió la sonrisa, esta vez más brillante. Se dispuso a decir algo más, pero el guardia golpeó la puerta.

Es hora de irse, señora -la llave rechinó, y la puerta giró sobre sus goznes.

Los ojos de Velvet parecían no poder apartarse del rostro de Jason.

La oscuridad no puede hacerte más daño, Jason. No volverá a hacerlo nunca. Has salido de las tinieblas y estás en la luz; el pasado es apenas un recuerdo. -Le tomó el rostro entre las manos-. Prométeme que lo recordarás. Cuando la oscuridad te amenace, piensa en la luz, Jason. El amor es la luz. ¿Lo recordarás?

Jason tragó saliva con dificultad por el nudo que tenía en la garganta.

-Lo recordaré -dijo en voz baja.

Entonces ella lo besó; fue un beso de amor y ternura, un beso de promesa y determinación. Jason le devolvió el beso con todo el amor, la gratitud y la esperanza que sentía en el corazón. Pensó que nunca había conocido una mujer como ella. Y que si vivía, jamás la dejaría ir.

27

Christian Sutherland no podía dormir, a pesar de que ya eran las dos de la mañana. Sólo podía pensar en lo que había oído decir de lord Hawkins: que no era lord Hawkins en absoluto sino el hermano mayor del duque de Carlyle, el que debía haber sido duque, un hombre condenado a la horca por el asesinato de su padre.

Christian no lo creía. Le resultaba imposible, después de conocer a Jason Sinclair y tras las muy convenientes muertes de Celia Brookhurst y sir Wallace Stanton. Imposible, después de lo dicho por Mary.

Demasiadas casualidades, demasiada buena suerte para el duque, un hombre que, bien lo veía Christian ahora, carecía de principios y era un redomado y despiadado impostor.

Pero, ¿qué hacer al respecto? ¿Cómo podía ayudar a Sinclair? ¿Y qué haría con Mary?

De pie junto a la ventana de su alcoba, contemplando una esquina de Hyde Park, Christian pensó en la mujer que amaba y supo que la decisión que ella había tomado al quedarse con Carlyle había sido totalmente equivocada. Si se tenían en cuenta las cosas que ya había hecho el duque, Mary no le debía nada, y tampoco él. Y temía que Mary estuviera en peligro.

Christian había oído la historia acerca de la reunión arreglada por Litchfield con el magistrado, en los muelles, como todo el resto de la nobleza londinense. También se había enterado de la inoportuna llegada de Mary y Velvet Sinclair y de los esfuerzos de Mary para ayudar al esposo de Velvet. Mary se había puesto en contra de Carlyle. Avery estaría furioso. Sólo Dios sabía lo que era capaz de hacer.

La idea de Mary sufriendo en manos del desalmado duque hizo que se le revolviera el estómago.

Inconscientemente apretó las manos sobre el alféizar, clavando los dedos en la madera. Le enviaría una nota, pensó, le pediría que se encontrara con él no bien pudiera salir de su casa sin llamar la atención. ¿Pero qué pasaría si Avery interceptaba el mensaje? Por todos los santos, podía ocurrir cualquier cosa. Sencillamente, aquello era demasiado peligroso para Mary.

Apretó los dientes lleno de frustración y comenzó a pasearse frente a la ventana. Tenía que verla. Se la llevaría por la fuerza, si eso es lo que hacía falta para sacarla de allí. Ella lo amaba, y él a ella. Con el tiempo, él lograría que ella entrara en razones.

Caminó arriba y abajo con las manos apretadas en un puño, la mandíbula tensa por la ira y la preocupación. Habría llegado a marcar un sendero sobre la alfombra, si el mayordomo no hubiera llamado en ese momento a la puerta de su dormitorio.

-Perdón, milord -George Marlin, el mayordomo de la familia Sutherland desde hacía más de veinte años, parpadeó para despejarse, con los ojos semicerrados por el sueño y su gorro de dormir ladeado sobre la cabeza.

-¿Sí, George, qué pasa?

-Lamento molestarlo a estas horas de la noche, milord, pero la dama que vino antes aquí... creo que su nombre es Mary...

Christian se puso tenso.

-Sí, sí. ¿Qué pasa con ella?

Ha venido a verlo.

Christian cerró los ojos y sintió una súbita punzada de alivio.

Gracias a Dios.

Su alivio duró apenas un instante y se convirtió rápidamente en inquietud. ¿Le había pasado algo a Mary? ¿Estaría lastimada o tendría algún problema? Christian se dirigió hacia la puerta a grandes zancadas, junto al hombrecillo que correteaba afanosamente a su lado.

Sé que es sumamente irregular, Su Señoría. En circunstancias normales, no la habría dejado pasar a una hora como ésta, desde luego, pero después de la última vez...

-Hiciste lo correcto, George.

La he hecho pasar al Salón Blanco, señor.

Christian aprobó con un gesto. Bajo la escalera de dos en dos y entró como una tromba en el salón, donde estuvo a un tris de chocar con Mary. Sus claros ojos celestes, abiertos como platos y con expresión indecisa, fueron a encontrarse con los de él.

-Christian...

Librodot

Mary, gracias a Dios que has venido -ella no se resistió cuando él la tomó en sus brazos-. ¿Estás bien? ¿No te ha hecho daño? ¿No te ha...?

Mary apartó la mirada.

¡Estaba tan furioso! Dijo que yo lo había traicionado tratando de ayudar a lady Hawkins. Nunca lo vi tan fuera de sí.

-Dime que no te hizo daño. Si te ha tocado un solo pelo, lo mataré.

-Quiso castigarme. Creo que me habría tomado por la fuerza, pero llegó ese hombre, Willard, y aparentemente, Avery tuvo que atender con él asuntos más importantes que reñir a una esposa desmandada. Él continúa ocupado desde entonces, pero sé que en cuanto termine con lo que está haciendo...

Christian la apartó de él.

-Tú no te marchas de esta casa -dijo en tono cortante por la resolución-. Si tengo que atarte y llevarte lejos para poder conservarte a mi lado, no dudes que lo haré.

Mary le dedicó la más dulce de las sonrisas. Se le llenaron de lágrimas los adorables ojos celestes, y una rodó por su mejilla.

-No me marcharé. No lo haré sin ti. Siempre que tú quieras que me quede.

La mirada de Christian era ardiente e intensa.

Te quiero, Mary. Te he querido desde el primer momento en que te vi. Jamás debería haber permitido que volvieras junto a Carlyle.

Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza.

Es un asesino, Christian. Mató a mi padre; ahora estoy convencida de que también mató a su propio padre.

-Creo que tienes razón, Mary. Debería haberte escuchado desde el principio -Christian volvió a abrazarla.

-Tenemos que ayudar a Velvet y a Jason. ¿Qué podemos hacer?

No sé. Los jueces todavía no tomaron ninguna decisión. Siempre existe la posibilidad de que sea absuelto.

-No hay ninguna posibilidad de que eso suceda, y tú lo sabes.

Christian lanzó un suspiro. Mary tenía razón. Los jueces jamás lo absolverían para condenar a un duque, sobre todo con pruebas tan inconsistentes.

-Pase lo que pase, lo primero que debemos hacer es asegurarnos de que tú estés a salvo. Te enviaré a casa de mi familia, en Kent. Una vez que hayan comprendido todo lo que ha pasado y que ambos estamos decididos a estar juntos, harán cuanto esté a su alcance para ayudarnos.

-Todavía no puedo ir. No puedo, hasta que Avery pague por los crímenes que cometió.

Christian empezó a protestar, pero algo en los ojos de Mary le advirtió que no continuara.

Tengo una idea, Christian. Creo que podría ser útil.

-Dime -la alentó él.

-Las autoridades parecen haber abandonado todo esfuerzo por hallar al asesino de lady Brookhurst. Aparentemente, no tienen pistas. Pero si Avery está detrás del hecho, como yo sospecho, debe haber sido algo hecho por alguno de sus hombres. Los chismosos están diciendo que Jason es quien lo hizo, que incluso la descripción que Velvet dio del asesino coincide con la de su esposo.

-Ah... sí, ya veo adónde apuntas. Quienquiera haya cometido el asesinato debe parecerse a Jason, o al menos tener su peso y su talla.

-Y el mismo cabello oscuro -Mary le apretó el brazo-. Precisamente, hay un hombre de esas características entre los empleados de Avery. Muy raramente va a la casa, y cuando lo hace casi siempre utiliza la entrada que da directamente al estudio de Avery, pero alguna que otra vez yo lo he visto. Se llama Willard; es el hombre que mencioné hace un rato.

Christian meditó el asunto. Era posible. Por otra parte, todo podía ser una mera coincidencia.

-Es un disparo a ciegas, pero supongo que es mejor que no hacer nada. Y si podemos encontrar al hombre que mató a Celia, lo más probable es que nos conduzca directamente a Avery.

-Pienso exactamente lo mismo. Sin duda, vale la pena intentarlo.

Christian la besó con ternura.

-Cualquier intento vale la pena, amor mío.

Lamentablemente, en eso no estaba incluido el retar a duelo al canalla asesino. La idea del duelo lo atraía con una fuerza que crecía minuto a minuto. Christian era un tirador avezado, y la muerte de Avery ahorraría a todos un sinfín de problemas. Pero lo cierto era que con el duque fuera de escena habría aún menos pruebas que ayudaran a limpiar el nombre de Jason.

Con toda seguridad, Jason Sinclair sería colgado.

Tal como lo había prometido, Litchfield llegó puntualmente a las diez de la mañana siguiente, para acompañar a Velvet a la prisión. Ella estaba vestida y esperaba ansiosamente su llegada. Quería ver a Jason y asegurarse de que se encontraba bien.

Cuando oyó el ruido de cascos de caballo en la entrada, Velvet se apresuró a salir al encuentro del marqués. La expresión tensa y demacrada que él traía le aceleró el corazón.

-Lucien, por Dios, ¿qué ha pasado? -sin responder, él la tomó del brazo y la llevó hasta el salón, donde cerró firmemente la puerta tras ellos-. Por favor, milord, debe decirme qué ha ocurrido.

-Tal vez sería mejor que se sentara, milady. -Lucien, por favor; no me asuste.

El aspiró con fuerza. Los músculos de su mandíbula estaban tensos.

-Lo siento, Velvet. Hace una hora, los jueces hicieron pública su decisión. La deliberación les llevó menos tiempo de lo esperado.

Su expresión se volvió aún más sombría, y Velvet se desplomó en el sofá.

Santo Dios, siguen creyendo que es culpable -dijo ella.

Las lágrimas le escocían en los ojos; a pesar de sus esfuerzos para contenerlas, comenzaron a rodar por sus mejillas.

El marqués se sentó a su lado y le tomó la mano con gran delicadeza.

-No debe darse por vencida, Velvet. El culpable es Avery. En algún lugar está la prueba que lo condenará. Todavía tenemos tiempo para encontrarla.

Velvet pareció no escuchar sus palabras, ensordecida por el zumbido que había comenzado a atormentar sus oídos.

La sentencia original... ¿sigue en pie?

-Sí.

-¿Cuándo será? -la pregunta fue poco más que un susurro.

Lucien dejó escapar un ligero suspiro de pesadumbre.

-El lunes.

Lunes. Por supuesto. La ejecución. Cuatro días más y Jason sería colgado.

Las pruebas que presentamos simplemente no alcanzan para forzarlos a ponerse en contra de un duque del reino -siguió diciendo el marqués-. Y a la cuestión se sumó el homicidio de Celia. Resultó mucho más conveniente cargar ese crimen en la cuenta de Jason.

Velvet se mordió el labio, prácticamente incapaz de comprender cabalmente las palabras de Lucien. Jason sería ejecutado. En apenas cuatro días.

-Seguiremos buscando información -estaba diciendo el marqués-. Barnstable y Ludington están trabajando sin parar. Sin duda, encontrarán algo.

Velvet trató de sonreír, de coincidir con él y hacer que ambos pudieran sentirse mejor. Pero los labios comenzaron a temblarle. Se dio vuelta y comenzó a llorar desconsoladamente.

Lucien la rodeó con sus brazos tranquilizadores y la apretó contra su pecho. Velvet sollozó como una niña sobre su hombro.

-Tranquila, cariño -susurró él-. No debes claudicar. No es justo para Jason.

Velvet sintió que le dolía la garganta. Sentía el pecho tan agarrotado que cada bocanada de aire significaba una punzada dolorosa en sus pulmones. No obstante, logró reunir el resto de sus fuerzas y se sentó más recta en el sofá.

-Tiene razón, desde luego. Debemos ser fuertes, por Jason -él le ofreció su pañuelo, y ella se enjugó las lágrimas-. ¿Alguien... alguien le ha *comunicado la* decisión de los jueces?

-No tenía sentido esperar. Parmenter fue a verlo. A esta hora, él ya lo sabe.

Velvet alzó el mentón.

-Debemos ir a verlo de inmediato. No debe dejarse vencer. No podemos permitirlo.

Lucien no discutió, aunque realmente pensaba que su amigo preferiría estar solo. Existían cosas que requerían tiempo para que cualquiera se adaptara a ellas, y enfrentarse con la propia mortalidad era, ciertamente, una de ellas. Llegar ante el verdugo por un crimen no cometido era una tarea que a Lucien le resultaba inconcebible.

Sin embargo, Lucien no quiso discutir. Velvet estaba decidida a ir a ver al hombre que amaba, y nada que él pudiera decir iba a detenerla. Era una clase de amor en la que él nunca había creído. En cierto sentido, envidiaba a su amigo.

Debo hacer una advertencia, milady. A esta altura, Jason debe de haber sido trasladado a la zona común del edificio principal de la prisión, pero el sitio sigue siendo intolerable. La experiencia no será muy placentera.

-Estoy al tanto e la clase de infierno que es Newgate, milord. El señor Ludington me acompañó allí anoche.

-¿Qué?

-Jason me necesitaba. Tenía que ir.

¡Pero todavía no lo habían trasladado! Seguramente no habrá bajado a...

Tenía que verlo. Estuve con él en su celda. El marqués gruñó algún comentario ininteligible y sacudió la cabeza.

-Jason me había dicho que usted era algo serio. Estoy empezando a ver a qué se refería. Por favor, recuérdeme que elija una esposa agradablemente sumisa cuando llegue el momento de casarme.

Velvet no pudo menos que sonreír, aunque su sonrisa fue poco más que una cansada curva en los labios.

Una esposa sumisa lo aburrirá muy pronto, milord, pero supongo que tendremos que esperar y ver. Velvet no había dormido en las últimas noches, y sentía el cuerpo dolorido por la inquietud y la fatiga. Pero el marqués se sentía responsable por ella. Ya estaba bastante preocupado como para añadir más peso a su carga. Litchfield hizo otro sonido de desagrado. Tomó la capa de Velvet que le entregó el mayordomo, se la echó sobre los hombros, y ambos partieron rumbo a la prisión.

Jason miraba por entre los barrotes de su celda. El cuarto de paredes de piedra era espacioso y sorprendentemente limpio; él recordaba de la vez anterior cuánto mejor era la vida en el edificio principal de la prisión.

La clave era el dinero, como en la mayoría de las cosas. Pero más allá de cuánto pudiera tener una persona, ningún dinero parecía poder modificar lo que el destino había dispuesto para ella. Quizá fuera cierto que el dinero era la raíz de todos los males.

¿O se trataba de los extremos a los que algunos eran capaces de llegar para conseguirlo?

Como su hermano, Avery, que había llegado a matar a su propio padre. Y también a preparar la muerte de Celia y la de sir Wallace Stanton.

Jason siguió mirando por entre los barrotes de su celda, dejando que el sol atenuara la sensación de frío que no había calor capaz de hacer desaparecer por completo. Desde donde estaba podía ver a los prisioneros que paseaban en el patio, mostrando sus tristes andrajos como sucios espectros que regateaban por un mendrugo, una pizca de tabaco o alguna

harapienta prenda de vestir. Jason prefirió mirar hacia arriba, hacia el trozo de cielo azul que se divisaba sobre los altos muros de piedra, las torres, ventanas, cúpulas y tejados de Londres.

Una ciudad tan extensa y vibrante. Hasta su regreso, no se había percatado de lo mucho que echaba de menos Inglaterra. Sus ondulados y exuberantes prados, sus pantanos y sus bosques, el rocío fresco que bañaba sus verdes paisajes. Hasta la niebla que se deslizaba sigilosamente sobre las populosas calles de la ciudad.

Para él, Inglaterra ya estaba perdida, al igual que el sueño de venganza que había ido a buscar. En sólo cuatro días lo colgarían. Sólo cuatro días más.

Había habido una época en la que eso no le habría importado, una época en la que anhelaba la muerte y en la que habría aceptado su llegada como si fuera una mano amiga. Los años habían cambiado todo eso.

Y los días compartidos con Velvet.

Jason pensó en ella, en lo mucho que había llegado a amarla, y lamentó, como en otra docena de oportunidades, todo el dolor que él le había causado. Nunca había querido hacerle daño, pero desde el principio eso era, precisamente, lo que había hecho. Recordó su visita de la noche anterior, los secretos que había desnudado frente a ella, y sintió un dolor en el pecho. Ella había logrado alejar a sus demonios y lo había llevado hasta la luz sanadora, aunque no fuera más que por esos últimos y preciosos días.

Era el regalo más valioso que Velvet le había hecho.

Lo asaltó la imagen de su rostro, tan vívido como si ella estuviera realmente allí: sus suaves labios rosados, los dorados ojos ligeramente rasgados, la sombra de sus espesas pestañas oscuras, su encendida cabellera castaña. Si cerraba los ojos, podía recordar con exactitud la sensación que le provocaba tocar su piel, la perfecta y turgente curva de sus senos. Ella lo había atraído desde el momento en que la había subido a su caballo. Recordarla y pensar en ella hacían que la siguiera deseando. Pero debería dejarla en paz.

Jason apretó los dientes, dominado por una sólida decisión. En esta cuestión, ella debería hacerle caso, se prometió. El le daría algo a cambio por todo lo que ella le había dado a él. En esto, su último deseo, ella haría lo que él le ordenara. No había alternativa.

Velvet atravesó en silencio los húmedos corredores de gruesos muros, agradecida por el sólido apoyo de Lucien. Había llegado a valorar la amistad del marqués, que necesitaría mucho, bien lo sabía, para poder sobrellevar los días que tenía por delante.

Mientras tanto, debía pensar en Jason. Velvet no tenía intención de dejar traslucir su desesperación ante el hombre que amaba. Haría cualquier cosa por evitarlo. Se detuvo ante la puerta de la celda, y sintió los acerados ojos de Lucien puestos en ella, iluminados por un fulgor de pena y preocupación.

-¿Está segura de que está preparada para esto? Velvet alzó el mentón y se obligó a sonreír.

-Por supuesto.

Lucien hizo un gesto afirmativo al guardia, éste abrió la puerta, y el marqués y ella entraron en la celda. Allí los esperaba Jason, con una sonrisa en los labios que ella no había esperado encontrar. Sin decir una sola palabra, ella se arrojó en sus brazos y sintió que él la abrazaba apretándola casi dolorosamente. La sostuvo así unos minutos desgarradores y después se apartó de ella.

-Antes de que alguno de vosotros se ponga demasiado dramático -dijo Jason-, estoy bien ahora, en esta parte de la prisión; al menos aquí puedo ver algo por la ventana. Parmenter ha estado hace un rato. Me ha dado las amargas noticias, de modo que estáis aliviados de tan dolorosa obligación. Me alegra deciros que el hombre no ha perdido el optimismo, como tampoco yo, y espera que algo bueno pueda suceder antes del lunes, cuando se cumpla la sentencia.

-Barnstable y Ludington están trabajando a tiempo completo dijo Lucien-. Tienen media

docena de hombres a su disposición, y habrá más si los necesitan. Les he ordenado no dejar piedra sin mover.

Velvet se acercó más a él.

-Ya encontraremos algo, Jason. Incluso ahora, mientras estamos hablando, Lucien está intentando conseguir una audiencia con el rey *y* los ministros. Hay grandes posibilidades de que Su Majestad interceda en tu favor.

Pero Lucien ya la había prevenido contra la posibilidad de abrigar demasiadas esperanzas de tal audiencia. En esos días el rey tenía mucho menos poder y actuaba sólo por recomendación de sus ministros. Estos ministros necesitaban del apoyo del Parlamento. Era poco probable que se arriesgaran a oponerse al Parlamento yendo en contra de la decisión de los seis poderosos jueces del tribunal.

Jason volvió a sonreír, casi alegre. Demasiado alegre, advirtió de pronto Velvet, y el corazón le dio un doloroso salto. Jason creía sin lugar a dudas que iba a morir el lunes siguiente, pero estaba decidido a protegerla de la verdad todo el tiempo que pudiera.

Velvet, sencillamente, no pudo soportarlo. Por un instante temió estallar en llanto, pero la presencia de Jason tan cerca de ella le dio la fuerza necesaria para permanecer tranquila.

En cambio, lo miró a los ojos y se limitó a devolverle la sonrisa, dejando que él siguiera adelante con el juego. Esperaba que, de alguna manera, contribuyera a tranquilizarlo.

Conversaron un rato, hablaron de la estrategia, de las cosas que Lucien y sus hombres buscaban y que podrían hacer aparecer la prueba que necesitaban para liberar a Jason. Algo que ninguno de ellos creía que realmente fuera a suceder.

Entonces, Lucien los dejó solos.

-Debo atender unos asuntos -dijo-. Regresaré en un par de horas para acompañar a Velvet a casa -miró a Jason, y alzó una ceja-. ¿Crees que es seguro dejarla aquí o existe la posibilidad de que tu esposa organice un motín en mi ausencia?

-Si lo intenta -replicó Jason con una sonrisa-, espero que tenga éxito.

Hasta Velvet se vio obligada a sonreír.

-Si existiera la ínfima posibilidad de que tuviera éxito, podéis estar seguros de que lo intentaría. Sin embargo, viendo la cantidad de guardias que hay afuera, dudo que haya muchas esperanzas de escapar de aquí.

Lucien palmeó a Jason en el hombro.

Mantén el espíritu, amigo mío -dicho lo cual, abandonó la celda.

Velvet contempló el desierto interior, advirtiendo la presencia de un catre en un rincón de la habitación, con su estrecho jergón de paja, la única silla de madera y una estropeada mesa, también de madera.

No puedo creer que sea verdad que estés aquí -dijo, tras un instante de silencio-. Parece que estuviera viviendo una especie de trance. Espero despertar en cualquier momento.

-Tal vez lo hagas -replicó él en voz baja-. Lucien siempre ha sido medio milagroso.

Velvet meneó la cabeza, tratando de sacudirse el embotamiento contra el que venía luchando desde la noche del arresto de Jason.

-No es justo. Tú no tienes nada que ver con este sitio, Jason. Ya era así hace ocho años y sigue siendo ahora -alzó los ojos hacia él-. El señor Barnstable está trabajando para encontrar nuevas pruebas. En cuanto las consiga, se las llevaremos a los jueces. La corte pondrá fin a esta tontería de una vez por todas; entonces podrás volver a casa.

Se acercó a él, le alisó un mechón de su oscuro cabello y sintió que se rizaba debajo de sus dedos.

-Tendremos una familia, Jason. Una verdadera familia, tal como yo la soñé.

El le sonrió con tristeza.

-¿Ese era tu sueño, Velvet? ¿Qué hiciéramos una familia?

Ella escudriñó su amado y apuesto semblante.

-Solía pensar en cómo sería si te quedaras conmigo. Quiero que tengamos niños, Jason. Quiero despertarme a tu lado y saber que ése es tu lugar, que no te marcharás nunca.

-Te amo, duquesa. No creo que habría podido abandonarte, aunque quisiera.

Entonces la besó, y fue un beso tierno lleno de amor y de melancolía, cargado de pena y de promesas que él sabía que no podría cumplir. Jason ahondó su beso, reclamando su boca como podría haber reclamado su cuerpo, dejando su sello y su recuerdo en ella para siempre.

-Hazme el amor, Jason -susurró ella, aferrándose a sus hombros-. Aquí. Ahora. Dame un hijo.

En el pasado él se habría alejado de ella, habría rechazado su proximidad. En ese momento, Velvet vio que sentía la tentación de hacer lo que ella le pedía. La avidez y el deseo relumbraron en el encendido azul de sus ojos. Un amor por ella que él no trató de ocultar.

Lentamente, se apartó de ella.

-Querría hacerlo, Velvet, pero no puedo -dijo Jason-. Aquí, no. En este lugar terrible, no. Quiero que los recuerdos que tengas de mí sean dulces, llenos de la pasión y el amor que compartimos -la apartó un poco más y la mantuvo a cierta distancia para poder mirarla de frente.

-Quiero que me prometas algo. Es el último favor que *voy a* pedirte.

A Velvet se le estrujó el corazón. Él estaba a punto de decirle lo que ella no quería escuchar; que no regresaría a casa. Sacudió la cabeza.

-Puedes pedírmelo cuando salgas de aquí -le dijo ella-. Mañana regresaré y...

-No -le apretó los hombros con más fuerza-. El favor que te pido es que te quedes en casa. No quiero que vuelvas aquí.

-No! No puedes pedirme eso. Te amo. Quiero estar contigo. Yo...

-No quiero que me veas encerrado en este lugar, y no quiero que veas cuando me cuelguen. Quiero tu palabra, Velvet. Quiero tu promesa de que harás esto para mí, que cumplirás con este último deseo mío.

A Velvet se le cerró la garganta con un dolor tan grane que no pudo hablar. Las lágrimas desbordaron sus ..,os, y un río fluyó por sus mejillas.

-No puedo. Tengo que verte. Tengo que estar contigo.

-Por favor, Velvet. Hazlo por mí. Hazlo porque me amas.

El dolor de la garganta se le extendió al pecho. Oh, Dios, le dolía todo.

-Jason...

-Te amo, duquesa. Si las cosas fueran diferentes, si yo pudiera volver a casa, sería el esposo con el que soñaste. Haría cuanto estuviera a mi alcance para hacerte feliz. Jamás me alejaría de ti, Velvet. Jamás -apoyó su boca en la de ella, aquietando el temblor que la agitaba-. Pero eso no va a suceder. Y como no va a suceder, quiero tu palabra, tu solemne promesa de que jamás volverás aquí.

Ella se aferró a él, incapaz de dejar de llorar, apoyándose en él mientras su cuerpo se sacudía por el llanto. -Te amo -susurró Velvet.

-Entonces hazme este último favor que te pido. Hazlo por mí, duquesa. Hazlo por mí.

Ella no quería decir que sí. Quería estar con él cada hora, cada minuto que les quedaba. Pero eso no era lo que él quería, de modo que, finalmente, accedió.

Haré lo que tú quieras.

-Y no irás a Tyburn. No podría soportar la idea de que estás allí.

No, no iré a Tyburn.

¿Me lo prometes?

-Sí.

Con sus poderosos brazos, Jason la apretó contra su cuerpo. La abrazó mientras ella seguía llorando; ninguno de los dos habló ni se apartó. Finalmente, él aflojó su abrazo, mirándola intensamente por última vez, después miró la ventanilla en la parte superior de la puerta. Lucien había regresado. Era hora de que ella se marchara.

El la tomó dulcemente del mentón y le secó las lágrimas con delicadeza.

-Siempre has sido fuerte, Velvet. Más fuerte que cualquier mujer que haya conocido. Sé fuerte ahora; lo necesito.

Velvet pestañeó para aclarar su visión. Apenas podía soportar mirarlo, ver esos ojos azules que no volvería a ver nunca más. De puntillas, le dio un beso en la boca con labios que temblaban, un beso de tierna despedida lleno de nostalgia y de todo el amor que sentía por él. Era lo único que le quedaba para darle, todo lo que él permitía que le diera.

Jason le devolvió el beso con una lenta y dolorosa ternura que laceró el corazón de Velvet.

-No dejaré que mueras -susurró ella-. No dejaré que te aparten de mí.

Jason le dio un beso en la frente.

Ve con Dios, amor mío.

Velvet se volvió hacia la puerta con movimientos de sonámbula y abandonó la celda.

No miró atrás. No se atrevió.

En lugar de ello, dejó que Lucien la condujera de regreso por el mismo corredor, cuyas paredes de piedra no eran para ella más que una borrosa mancha velada por las lágrimas.

-Me pidió que no volviera -susurró-. Me obligó a que le prometiera que no volvería más.

Lucien dejó escapar un suspiro.

-Supuse que lo haría.

-Tenemos que salvarlo. Tenemos que encontrar la manera.

Pero Lucien no respondió. No había nada que decir.

-¡Por fin! Después de tanta desgracia que me ha acarreado mi hermano, finalmente le ha llegado el merecido castigo -Avery arrojó el *Morning Chronicle* sobre el escritorio y miró a Baccy Willard, que aguardaba de pie frente a él. A duras penas, logró contener la sonrisa que pugnaba por salir de sus labios-. El maldito bastardo será colgado esta mañana.

Baccy no respondió. Detestaba las ejecuciones, sentía lástima por cualquier pobre alma que terminara en la horca. Le molestaba que su patrón siempre pareciera disfrutar con las desgracias ajenas. Incluso con la muerte de su propio hermano.

¿Y la muchacha? -preguntó, incapaz de ocultar el miedo que había en su expresión-. ¿Todavía quiere que la mate?

Avery ya había meditado la cuestión.

Dejémosla por ahora. Con mi hermano muerto, no tiene motivos para seguir causando problemas, e incluso si lo hace, nadie le creería. Los jueces nunca estarían dispuestos a admitir que colgaron a un inocente.

-¿Y su esposa?

Avery se puso rígido. El tema era delicado y molesto. La pequeña mosquita muerta había tenido el descaro de huir.

Sabemos adónde ha ido. Y todo el mundo cree que he enviado a la frágil criatura de vuelta al campo. Como el tiempo no es un factor importante, me las veré con Balfour a mi gusto y placer; una vez que lo haya hecho, me ocuparé de mi descarriada esposa y haré que regrese a casa.

Y azotaría a la muy tonta cuando llegara. La mujer aprendería por las malas las consecuencias de tratar de ser más lista que él. No lo volvería a intentar.

-Mientras tanto -añadió Avery, con maligna satisfacción-, simplemente nos quedaremos tranquilos y disfrutaremos con la ejecución.

Baccy frunció el entrecejo, pero Avery apenas podía soportar la espera.

28

No parecía posible que los cuatro días, cada uno de ellos una verdadera eternidad,

pudieran ya haber pasado. Sólo quedaban esas horas finales, horas de una congoja demasiado honda para lágrimas, horas de sueños destrozados y promesas hechas añicos.

Velvet no acertaba a recordar cuándo había sido la última vez que había faltado a su palabra. Quizá fuera alguna promesa hecha cuando era niña, alguna travesura que había negado, o tal vez aquella vez cuando había prometido no volver a jugar en el arroyo sin el permiso del abuelo manteniendo los dedos cruzados porque sabía que volvería a hacerlo.

Violar una promesa solemne, hecha a Jason por amor y respeto a sus deseos, no era algo que Velvet pudiera hacer a la ligera, pero permitir que su esposo enfrentara la horca sin su apoyo era algo que, sencillamente, no podía hacer.

De modo que se hizo fuerte para acallar su conciencia, y se preparó para la dura prueba que tenía por delante. No lloraría. Ese día, no. Había llorado lágrimas interminables en las amargas y largas horas de la noche, llorado hasta que se sintió vacía, hueca por dentro, tan carente de sentimientos como un haz de paja.

Entonces se preparó para enfrentar ese día, vistiéndose con el sencillo vestido gris ribeteado de negro que había usado para ir a la sesión del tribunal.

El discreto coche negro que Jason había pedido prestado a Litchfield aguardaba frente a la casa. Velvet salió, subió al coche y corrió las cortinas, encerrándose y encerrando también sus emociones. Durante las horas siguientes se limitaría a existir, a sobrevivir por Jason, a ser la reserva de fortaleza que necesitaba el hombre que amaba. No dejaría que él la viera ni le haría saber que estaba allí ni que lo vería morir. Mantendría su palabra hasta donde pudiera.

Pero tenía que estar allí, convencida de que él podría sentir su presencia aunque no pudiera verla para sacar fuerza y valor de ella.

Y Litchfield también estaría allí, ocupándose de la comodidad de Jason de todas las formas que pudiera, para traer su cuerpo de vuelta a casa una vez que su vida hubiera acabado; él era el amigo más bueno y leal que Jason y Velvet pudieran tener.

Velvet se apoyó en el respaldo del asiento, tratando de no pensar y de hacerse fuerte para el momento que le esperaba. Pero jamás había asistido a una ejecución ni estaba preparada para el clima de fiesta ni la algarabía del gentío reunido en Tyburn Hill.

Tampoco estaba preparada para la extensa fila de costosos carruajes ocupados por la crema de la sociedad, congregada para disfrutar un día de esparcimiento.

Miró por la ventana, y vio que tampoco estaba preparada para ver la larga hilera de carros que llevaban a los prisioneros a la muerte. Cada hombre estaba sentado sobre su propio ataúd.

-¡Jason... oh, Dios mío!

Incluso a la distancia pudo verlo, más alto que el resto, de hombros más anchos, el más corpulento y el más gallardo. No había una pizca de debilidad en la rigidez de su columna vertebral, en su cabeza levantada con orgullosa decisión, tal como ella sabía que no la habría.

Mientras avanzaba el carro en el que él viajaba, la multitud se apretaba a su alrededor, una abigarrada muchedumbre que iba desde el más mísero de los rateros hasta los miembros más encumbrados de la nobleza. Las damas de alcurnia lo observaban con sus anteojos de teatro, encaramadas sus pelucas empolvadas sobre los rostros pintarrajeados. Petimetres calzados con zapatos de hebillas de plata y ajustadas calzas de satén bajaban de sus sillas de mano. Damas cubiertas de seda de Mantua, hombres ataviados con terciopelo de Manchester, se mezclaban con los mercachifles que ofrecían sus trapos, con los deshollinadores, las amas de cría y las prostitutas.

Tyburn Hills, en Marble Arch. Velvet conocía su existencia, como todos en Londres, pero ni en sus más locas pesadillas podría haber imaginado la realidad. No podría haber imaginado que la gente bailara y brindara cuando el verdugo deslizaba la soga por el cuello de la víctima encapuchada. Nunca podría haber sospechado que esa gentuza cantara tonadillas obscenas u observara blandamente el espectáculo mientras, a pocos pasos, había hombres que morían.

No era posible que imaginara el olor de las manzanas asadas cuando una mujer se abría

Librodot

paso entre el gentío con un hornillo lleno de brasas en las que asaba la fruta que llevaba en un cesto sobre la cabeza.

El aroma flotó hasta ella; a Velvet se le revolvió el estómago por las náuseas. Por un instante pensó que podía desmayarse. Pero el momento pasó y volvió a inclinarse hacia delante, apoyada en el borde de la ventanilla.

Un vicario pasó junto a la hilera de carros, murmurando plegarias para quienes las desearan. Jason aguardaba pacientemente su turno, sin mirar a derecha ni a izquierda, indiferente a la chusma burlona que lo rodeaba, como si para él no existiera. Velvet a duras penas podía contenerse y no ir hacia él para tocarlo por última vez. El no querría eso, lo sabía; ella respetaría su último deseo.

En cambio, buscó entre la muchedumbre a Lucien, segura de encontrarlo, pero no lo vio. Quizá fuera mejor, ya que él no habría aprobado que ella estuviera allí.

De modo que sus ojos volvieron hacia su alto y apuesto esposo para enviarle su fuerza, deseando haber sido capaz de salvarlo. Un movimiento en la fila de coches alineados a lo largo del camino que llevaba a la colina atrajo su atención. Velvet divisó el escudo de los Carlyle, con sus grandes letras doradas, en la portezuela del carruaje del duque. Incluso a la distancia pudo oír la risa de Avery y la de la descarada ramera que lo había acompañado a la ejecución.

La invadió la furia, llegó con tanta fuerza que pudo sentirla en la boca. Le corrió por la sangre, borrando la parálisis dolorosa y volviendo su cuerpo a la vida por primera vez en muchos días. Avery estaba allí. Había ido a ver cómo ahorcaban a su hermano. La ira la dominó y la encegueció para cualquier otra cosa que no fuera la visión de ese inhumano y falso duque, el hombre que esta ha matando a su esposo.

Velvet buscó el pequeño picaporte de plata, lo hizo girar y abrió la portezuela de un golpe, luego bajó por la estrecha escalerilla.

El carro había culminado su sinuoso recorrido hasta lo alto de la colina. Jason apenas oía el rechinar de sus pesadas cadenas de hierro ni a los guardias que abrían el cerrojo de la larga barra de metal que sujetaba su pierna a la vieja madera. Todavía tenía grilletes en los tobillos y esposas en las muñecas que estaban en carne viva.

Jason hacía caso omiso del dolor. Se había endurecido para esa ocasión y estaba listo para aguantar hasta el final. Deseó no estar tan lleno de resentimiento y que su final fuera más pacífico, pero era difícil encontrar la paz cuando su padre no había sido vengado, y su hermano seguía eludiendo al verdugo y gozando los frutos de su criminal traición.

Y estaba Velvet, siempre Velvet. Ella lo necesitaba, tal como él la necesitaba a ella. Ella era fuerte, en efecto. Pero también era inocente y vulnerable. Necesitaba un hombre, un esposo, y él era exactamente el hombre adecuado para ella.

Lo sabía con absoluta certeza. Por desgracia, esa certeza había llegado demasiado tarde.

-Date prisa, hombre. Tú eres el próximo, ¿no lo sabes? El siguiente en la fila para la horca.

Pero no era fácil andar más rápidamente arrastrando el peso de las cadenas, aunque lo hubiera querido. En lugar de eso, mantuvo un paso sin prisa, con toda la dignidad que pudo, teniendo en cuenta el peso del hierro. Así y todo, llegó a la plataforma demasiado pronto. Jason se detuvo en la base, aspiró profundamente para darse coraje y encaró el largo ascenso de los escalones.

El corazón de Velvet parecía retumbar. La ira era una buena sensación latiendo en sus venas, como si finalmente volviera a estar viva y fuera un ser humano de carne y hueso por primera vez en muchos días. Marchó hacia delante, deseando tener un arma para usar contra Avery, llevada por su furia, una emoción que valoraba tanto más cuanto más se acercaba el

momento de la muerte de su esposo.

La furia la protegía, le daba fuerzas. El coraje para ser fuerte por Jason.

Casi había alcanzado el sitio donde estaban los cuatro elegantes tordillos, inmóviles en el frente del carruaje, piafando su incomodidad por la ruidosa y destemplada muchedumbre, cuando una mano fuerte como una garra le aferró la muñeca. La presión de unos dedos huesudos se impuso por encima de su ofuscamiento, obligándola muy a su pesar a hacer un alto a pocos pasos del coche. Obnubilada por la ira que sentía, le llevó un momento comprender qué sucedía.

-Un penique para este ciego -suplicó el mendigo, de cuclillas, sosteniendo un tazón de estaño frente a él. Estaba cubierto de harapos, y uno de sus ojos nublados la miraba sin verla, en tanto el otro aparecía tapado por un mechón de sucio pelo gris-. Una moneda para este hombre que la necesita.

Velvet se dispuso a continuar. Jason moriría en cualquier momento. Avery estaba allí, delante de ella y la ira seguía bullendo en su interior.

-Ayude a este pobre viejo, señora -canturreó el mendigo-. Una moneda o dos para un poco de pan.

La furia comenzó a esfumarse. Velvet quiso convocarla nuevamente, pero sus ojos fueron hacia Jason, y se sintió ahogada por las lágrimas. Había creído que nunca más volvería a llorar. Se secó las mejillas de un manotazo y buscó en el bolsillo de su falda. Sacó un chelín de su pequeño monedero y lo arrojó en el tazón del mendigo.

-Gracias, milady -el mendigo se puso de pie; era más alto de lo que parecía, tan descarnado que los huesos le sobresalían a través de la tela de la camisa. Se echó hacia atrás el sucio mechón de pelo-. Tiene usted buen corazón, milady, como su esposo. Siempre me daba una moneda cuando venía a la taberna. No era como su hermano. Nunca fue así. Yo fui quien los vio, milady; yo le envié el mensaje. Fue el más joven el que lo hizo, el más joven quien mató al viejo duque esa noche en la taberna.

Por un instante, Velvet no pudo moverse. Después se tambaleó, y temió que fuera a desmayarse. Le temblaban las rodillas y sentía la boca seca.

¿Usted los vio? ¿Cómo pudo hacerlo? Es ciego.

-Ciego de un ojo, mi amor, no de los dos.

¡Oh, santo Dios!

Se acercó a él, lo aferró de la huesuda muñeca y se precipitó hacia el patíbulo, temiendo que el anciano se plantara y saliera disparando. En lugar de eso, la siguió mientras ella volaba hacia la escalera, abriéndose paso entre la multitud rumbo a la plataforma en lo alto de la colina. Rateros y asesinos, ladrones y prostitutas se apartaban a su paso.

-¡Dadme paso! -gritó Velvet-. ¡Tengo que pasar!

La urgencia de su voz pareció conmoverlos y el paso se hizo más ancho. Corriendo, trastabillando, afanándose en trepar la colina, Velvet arrastró al viejo, rezando para que las palabras del mendigo produjeran la suspensión de la pena.

Tiempo. Hasta esa pequeña concesión era más de lo que osaba esperar.

La palabra de un mendigo contra la de un duque.

Aquélla era una locura de la peor clase; a pesar de ello siguió adelante. Una luz de esperanza comenzaba a encenderse en su corazón. Trató de no darle pábulo, pero la luz se resistió, aunque ella sabía con terrible certeza que esa esperanza moriría junto con Jason.

Velvet alzó la vista a tiempo de ver que sobre la aun distante plataforma pasaban la soga en torno del cuello de Jason. El no llevaba capucha; enfrentaba a la multitud con toda la tranquila dignidad de un verdadero duque de Carlyle.

-¡Deténgase! -gritó Velvet-. ¡Debe detenerse de inmediato!

Pero todavía estaba demasiado lejos, y la muchedumbre era demasiado ruidosa para que el verdugo pudiera oírla. Tal vez no se detendría aunque la oyera.

Los labios de Velvet comenzaron a moverse en una silenciosa plegaria. A cada paso que daba, rogaba por la intervención de Dios. Es inocente. Es un buen hombre. Por favor, ¿no lo

vais a ayudar? Ya casi había llegado al cadalso. El gentío había empezado a callar; apenas murmuraba, cautivado por la muerte que estaba por presenciar. El verdugo controló la soga en el cuello de Jason.

Velvet abrió la boca para gritar, pero en ese momento se interpuso en su paso una enorme mujerona de abundante pecho que chocó con ella con fuerza sorprendente; ambas cayeron en una mezcolanza de carne, piedrecillas cortantes y polvo. Sin prestar atención a los insultos de la mujer y al dolor que sentía en una pierna, se puso en pie y siguió corriendo, aferrando una vez más el escuálido brazo del mendigo.

Pero, oh, Dios del cielo, ¡iba a llegar demasiado tarde!

Por el rabillo del ojo atisbó un borroso movimiento. Un hombre llegaba corriendo a la plataforma. Era Lucien, ella pudo ver que subía la escalera de dos en dos y llegaba a la horca precisamente en el momento en que el verdugo quitaba la madera donde Jason apoyaba los pies.

-¡Nooo! -aulló Velvet, mientras sentía que la inundaba una oleada de agonía, una angustia profunda que le dio vuelta el estómago. Pero Lucien no se detuvo y corrió sobre la plataforma para lanzarse y atrapar a Jason antes de que llegara al final de su letal caída.

-¡Oh, Dios del cielo!

Las lágrimas corrían en cascada por las mejillas de Velvet.

Otros hombres se acercaban corriendo entre la muchedumbre. El conde de Balfour llevaba a dos jueces a través de la gente que se había sumido en un profundo silencio al ver la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

¡Bajad inmediatamente a ese hombre! -ordenó uno de los jueces. Velvet vio que se trataba de Thomas Randall, el hombre que había acompañado a Lucien en el almacén-. ¡Bajadlo, os digo! ¡Rápido, maldita sea!

Velvet creyó que las piernas no la sostendrían. Le temblaba todo el cuerpo, pero la fuerza con que aferraba el brazo del mendigo que no era tan ciego, no flaqueó.

¡Su Señoría! -Velvet corrió los últimos metros frente a la plataforma, jadeando en procura de aire para sus pulmones-. Este hombre fue testigo del asesinato del duque de Carlyle. Por favor, sé que su palabra no vale casi nada frente a la de un duque, pero junto a las otras pruebas que hemos reunido...

-Tranquila, milady. Gracias a su cuñada Mary Sinclair, el conde de Balfour pudo rastrear a un hombre llamado Bacilius Willard. Gracias ala... ejem, persuasión, de lord Balfour, este hombre ha abandonado el camino del pecado. Ha podido ver la luz de la verdad y la justicia, y ha confesado ser el autor del crimen de la condesa de Brookhurst. Declaró que su empleador, el duque de Carlyle, fue quien le ordenó hacerlo. Esto, más todas las pruebas ya presentadas...

Entonces se oyó un disparo. Una voluta de humo blanco se elevó desde el medio del gentío, y varias mujeres chillaron. De pie junto a Lucien, Jason se agachó para esquivar la bala de plomo que le pasó rozando la oreja, tan cerca que pudo oír su zumbido.

-¡Es Avery! -Lucien señaló al hombre que avanzaba entre la gente dando codazos y empujones-. ¡Tenemos que detenerlo!

Jason soltó un juramento cuando el último grillete de hierro cayó sobre los tablones de madera. Se detuvo apenas un instante antes de saltar de la plataforma para caer junto a Velvet. La besó en plena boca, y se echó a correr. Abriéndose paso entre la chusma, que volvía a mostrarse soliviantada ante los últimos sucesos, intentaba llegar hasta Avery.

Flanqueado por Lucien y un pequeño ejército de vigilantes, zigzagueando y dando empellones, corrió hacia el hombre que había disparado.

Avery corrió hacia su carruaje, con la estúpida convicción de que nadie lo había visto. O que, si alguien lo había hecho, podría comprarlo, como siempre lo había hecho antes.

Nunca llegó a destino. Jason lo atrapó antes de que pudiera llegar a la portezuela y lo arrastró al suelo, rodando hasta terminar a horcajadas sobre él. Soltó un fuerte puñetazo

directo a la mandíbula de su hermano, y Avery gimió de dolor al golpear el suelo con la cabeza. Jason lo aferró de los volantes de su bordada camisa, lo obligó a ponerse de pie y volvió a golpearlo, partiéndole el labio, que manchó de sangre su levita de seda.

-Te mataré -amenazó Avery, rodeando con sus manos el cuello de Jason y empezando a apretar.

Jason se soltó de un golpe y volvió a golpearlo. Una multitud se había congregado alrededor de ellos, alentándolos, aunque Avery no representaba un peligro ante la fuerza evidentemente superior de Jason. Este se puso de pie y arrastró a su hermano a hacer lo mismo, decidido a dominar la furia que sentía surgir en su interior y que clamaba por venganza. Quería a Avery vivo. Quería que su hermano fuera llevado ante el tribunal y pagara por lo que había hecho.

Alguien abucheó, la gente se adelantó, y Avery se retorció para liberarse. Rebuscó en su chaqueta y sacó algo del bolsillo interior, una pistola que de pronto apareció en su mano.

-Como siempre he dicho, si uno quiere algo, tiene que hacerlo en persona -Avery amartilló el arma.

Jason sabía que estaba demasiado cerca, que era imposible que él errara. Santo Dios, no podía permitir que ese canalla volviera a ganar. Saltó hacia el costado, tensando el cuerpo ante el inevitable disparo, y rodó sobre sí mismo. Un disparo como un trueno resonó en el silencio, y enseguida otro más. Fueron necesarios varios segundos para que Jason advirtiera que el primero había surgido desde atrás y había dado a Avery justo en el medio del pecho. El segundo era el sonido del arma de su hermano, que había disparado al aire, inofensiva.

Silas Ludington guardó su todavía humeante pistola en el pantalón, sin dar importancia al asunto.

Por fin -declaró, sin el menor asomo de piedad.

Los ojos de Jason fueron hacia el hombre caído a pocos pasos de él. Un último suspiro surgió de los finos labios de su hermano. Los ojos sin vida de Avery se pusieron en blanco, como si quisieran seguir la trayectoria de su bala perdida.

-¿Está muerto? -preguntó Lucien cuando llegó hasta ellos.

Sí.

Litchfield le puso la mano en el hombro.

Entonces, todo ha terminado.

Jason asintió, sintiendo que le quitaban un enorme peso de encima. Como había dicho Lucien, todo había terminado.

Jason volvió sobre sus pasos hacia la colina; desde el otro extremo de la muchedumbre, Balfour lo saludó. Ese día, sus destinos se habían decidido para bien, como también el de Mary Sinclair. No existía nadie que lo mereciera más que ellos.

Al pie de la plataforma, lo aguardaban Velvet y Thomas Randall. Ella tenía los ojos húmedos por las lágrimas, pero había en ellos un brillo de infinito amor y esperanza.

-Su esposo es muy afortunado -dijo el magistrado-. Ha eludido las garras de la Parca dos veces en el mismo día. Me complace saber que se ha hecho justicia -volvió la mirada hacia Jason-. Creo, Su Gracia, que es hora de que lleve a casa a su encantadora esposa.

Velvet se mordió el labio. Por primera vez, parecía indecisa.

¿Podemos irnos a casa, Su Gracia?

Jason se le acercó y la estrechó contra él.

-Sí, duquesa. A casa, a Carlyle Hall -le apoyó la mano en la mejilla-. Lo que te dije era en serio. Te amo y no me marcharé. Estás condenada a mí, duquesa, hasta el fin de mis días.

Su boca se curvó en la más tierna de las sonrisas.

Gracias a ti y a algunos buenos amigos, parece que será un tiempo muy largo.

En Tyburn Hill, la muchedumbre volvía a lanzar hurras. Por el hombre de la colina, el legítimo duque de Carlyle, que había contemplado cara a cara a la muerte y había vivido para contarlo, y por su hermosa duquesa de llameante cabellera, que lo besaba con locura.

Hasta la chusma de Tyburn Hill se conmovió al ver el final feliz.

Librodot

Epílogo

INGLATERRA, 1765

Los últimos rayos de sol de la tarde bañaban el horizonte con distintos tonos de luz dorada. Se acercaba el otoño, ya se caían las primeras hojas y los atardeceres eran cada día un poco más fríos.

Mientras se preparaba para bañarse y cambiarse antes de que llegaran los invitados -lord *y* lady Balfour *y* sus dos pequeños hijos, Michael y Sarah-, Velvet se asomó a la ventana del dormitorio y contempló a su marido.

Sobre la loma cubierta de hierba que había más abajo de la terraza, el duque conducía por la brida un pony moteado de gris montado por Alexander Jason III, su hijo de cuatro años. Mary, su hermana de apenas dos años, caminaba a los tumbos junto a los pies de su padre, abrazándole de tanto en tanto las piernas, aferrándose con alma y vida y negándose a soltarlo. La tercera vez que esto sucedió, Jason, riendo de buen humor, se agachó, la levantó y se la subió a los hombros. Mary lanzó chillidos de placer. Del otro lado del jardín el conde de Haversham, convertido en un feliz bisabuelo, los contemplaba con inocultable satisfacción.

Velvet sonrió levemente y sintió un tirón en el corazón. Jason era un padre maravilloso, mejor de lo que nunca había imaginado. Finalmente había superado los oscuros secretos de su pasado y, en su condición de legítimo duque de Carlyle, se había convertido en el hombre que estaba destinado a ser. Los años de padecimiento le habían dado fuerza de carácter y una percepción de la gente que muy pocos tenían. Era bondadoso y atento, capaz y justo. Después de haber sobrevivido a tan angustiosa existencia, comprendía los problemas de los demás como pocos aristócratas lo habían hecho.

Se oyó un golpe en la puerta. Velvet se apartó de la ventana y fue a abrirla, pero Tabby se adelantó a ella.

Bueno, jóvenes, ya era hora de que llegarais -la robusta mujer señaló la tina de cobre situada en un rincón, y hacia allí marcharon obedientemente los niños-. Daos prisa y no derraméis agua.

Velvet permaneció allí mientras llenaban la tina. Los niños regresaron abajo, y Tabby la ayudó a quitarse la bata de seda rosa. Ya desnuda, se deslizó en la tina.

¿Necesita que la ayude?

No, Tabby. Estoy bien.

Disfrute de su baño, Su Gracia.

La fornida criada abandonó la habitación sin ruido y cerró la puerta tras ella.

Velvet suspiró y se apoyó en el borde de la tina. El agua estaba caliente y balsámica, llevándose consigo los problemas de un día ajetreado, un día colmado de risas de niños y el cálido amor de su esposo.

Pronto regresarían a Londres. Jason era miembro de la Cámara de los Lores y se tomaba la tarea con mortal seriedad. Su interés principal era el sistema judicial. Conocía sus fallas y nunca dejaba de hablar de las dificultades que enfrentaba el hombre común.

Tras la muerte de Avery, incluso él había llegado a ayudar a Baccy Willard. Mientras podía haber sido condenado a la horca, Jason pidió para él clemencia al tribunal, consiguiendo que en cambio fuera condenado a prisión. El verdadero criminal era Avery, él estaba convencido, y el pobre ignorante de Baccy era un simple peón en los juegos mortales de su hermano.

Velvet se hundió más profundamente en la tina, y dejó que el agua se deslizara entre sus pechos mientras pensaba en lo feliz que era.

-¿Soñando despierta, mi amor?

Sintió las manos de él, grandes pero suaves, en los hombros. No lo había oído entrar, pero él siempre se movía con el sigilo de una pantera.

Ella se volvió para mirarlo, vio la forma en que paseaba los ojos por sus hombros desnudos y los pechos que parecían flotar en el agua.

-Estaba soñando contigo -le dijo, sonriéndole, excitada por el calor de la mirada que él no hizo esfuerzo alguno para ocultar.

-Me alegra saberlo. Eso hace mucho más sencillo lo que tengo en mente.

Ella arqueó una ceja.

-Ah, ¿de qué se trata, exactamente?

-Seducción, amor mío. No era mi intención cuando llegué, pero ya que te has vestido para la ocasión... Velvet soltó un chillido cuando él, inclinándose, la sacó de la tina y el agua salpicó sus altas botas negras. -Jason Sinclair, ¿es que has perdido el juicio?

El le sonrió con los brillantes ojos azules llenos de malicia.

-No lo creo. No tiene nada de loco que un hombre haga el amor a su adorable mujer.

Su mirada estaba cargada de deseo. Velvet sabía de qué se trataba; ella sentía lo mismo, un intenso deseo por Jason latiendo casi dolorosamente en su bajo vientre, un deseo que parecía que no desaparecería jamás.

Velvet le sonrió.

-Una vez me dijiste que decirme que me amabas era lo más duro que habías hecho en tu vida -enroscó un dedo en un rizo del vello de su pecho-. Pero no es tan duro, ¿verdad?

El sonrió con picardía y llevó la mano de ella hasta su miembro erecto.

-A decir verdad, duquesa, es muy duro.

Velvet se echó a reír, él la acomodó debajo de su cuerpo, le cubrió la boca con un beso y comenzó a hacerle el amor. Había habido un tiempo en el que él creía que no quería una esposa, que no quería una familia. En ese momento, si tenían suerte, la familia volvería a agrandarse.

Velvet supo, sin lugar a dudas, que su marido sería complacido.

Sin hacer caso del agua que chorreaba por su cuerpo desnudo, Jason la llevó hasta la cama y se echó encima de ella, con su largo y duro cuerpo cómodamente instalado entre las piernas de su esposa.

-Al menos deberías haber dejado que me secara. El le dio un suave beso en los labios.

-Yo te secaré.

Bajó la morena cabeza y le lamió las gotas de agua que tenía en el pezón para después meterse todo el seno en la boca.

Velvet gimió con la sensación dulce y ardiente y arqueó el cuerpo hacia arriba, clamando por más. El negó con la cabeza.

-Todavía no he terminado de secarte.

«¡Oh, Santo Dios!» La boca de Jason se paseó sobre sus pechos, lamiendo toda el agua que los cubría, y continuó besando todo el trayecto hasta el ombligo. Allí bebió con ganas, metiendo la lengua, girando y dando vueltas para seguir su camino más abajo, hasta los suaves rizos castaños que se abrieron al sentir su invasión. Apoyó la boca sobre el sensible botón de su sexo, lamiendo y acariciando, hurgando con decisión hasta que Velvet se retorció debajo de él.

En cuestión de minutos, ella había alcanzado un intenso orgasmo, con las manos apretadas en la espesa cabellera morena de Jason y el cuerpo arqueado fuera de la cama. Con el cuerpo todavía escociéndole, permaneció tendida durante un momento muy largo, floja y satisfecha, oyendo la risilla de masculina satisfacción de Jason mientras se quitaba la ropa.

Se acostó sobre ella, y su musculoso cuerpo la aplastó contra el colchón.

-Te amo, duquesa -le besó el cuello-. ¿Te lo he dicho últimamente?

FIN